





5000

ANT

XIX

265



UN SEDUCTOR.

Novela original

DE DON VICENTE BALBOA Y GARCIA.



1840.

IMPRESA Y DISTRIBUCION DE DON VICENTE BALBOA Y GARCIA.

Plaza de las Yndias, número 11.

1840.



16 cms

R-91301

UN SEDUCTOR.



Novela original

DE DON FEDERICO BELLO Y CHACON.

TOMO I.



CADIZ.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE ARJONA Y CANTELMÍ
plazuela de las Viudas número, 92.

1846.

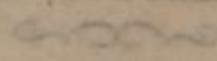
16 34



UN SEDUCTOR.

Original

DE DON FERNANDO DE ALBA Y ORAZCO.



TOMO I

Es propiedad del Editor.



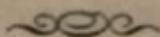
IMPRESA

DE LA LIBRERIA Y LITOGRAFIA DE ALBA Y ORAZCO

plaza de las Ventas número 27

1882

AL PÚBLICO DE CÁDIZ.



Al lanzarme en una senda desconocida aun para mí, á quién podré ofrecer mejor los votos de mi ardiente gratitud, que á un público que con tanta benignidad acogió mis anteriores producciones? A él deben ser dirigidos todos mis cortos conatos, á él deben elevarse todos los acentos de mi ténue voz.

Acoge pues con benignidad esta produccion que me atrevo á dedicarte, nó como un esfuerzo sobrenatural de mis cortas luces, sino como un gage de reconocimiento y gratitud. Ruégote pues que la admitas, y al juzgarla, mires, no el escaso mérito de la obra sino el escaso talento del autor.

Acógela pues y esto será para mí un objeto de orgullo, y un estímulo para que te presente nuevas producciones de mi corto ingenio, prendas seguras aunque no brillantes del afecto y agradecimiento de

Federico B. y Chacon.



Al leerme en una senda desconocida sin pa-
 ra mí, ¿quién podrá ofrecer mejor los votos de
 mi ardiente gratitud, que á un público que con
 tanta benévola acogida mis anteriores produc-
 ciones, á él deben ser dirigidas todas mis cortas co-
 ntribuciones.

Acoger pues con benévola esta producción
 que me sirve á beneficio, no como un estímulo
 remunerativo de mis cortas tareas, sino como un
 caso de reconocimiento y gratitud. Hago lo que
 que se admita, y al juzgarme, misas, no el escaso
 mérito de la obra sino el escaso talento del autor.

Adopta pues y calza esta para mi un objeto de
 orgullo, y un estímulo para que te presente nue-
 vas producciones de mi corto ingenio, prendas se-
 guias aunque no brillantes del arte y agrado de
 mi talento de

Antonio de S. y S. y S.

Preliminares.

En el año de 1782 se veia à doce leguas de Murcia á las orillas del Segura, una casa blanca que aunque de sencilla y modesta fábrica ofrecia un singular contraste con las chozas que habitaban los labradores de las cercanias. Constaba de dos pisos bastante cómodos, cuyas ventanas estaban cerradas, las del mas bajo con celosias, y las del mas alto con vidrieras, tenia adjunta una huerta y un pequeño jardin cuidadosamente dispuesto; lo que unido á estar primorosamente blanqueada, y á tener en la puerta un enorme aldabon de bronce en figura de ma-

no cerrada, hacia que la mirasen como un palacio los atónitos labradores á pesar que sus compañeros que habian estado en Murcia les decian con tono de importancia que habian visto otras casas mejores.

El propietario de la casa, conocido con el nombre del señor Martin, era un hombre alto y forzudo, cuyo cabello empezaba á blanquear, cuya frente ancha y cobreña estaba apenas surcada por algunas arrugas, cuyos ojos eran vivos y profundos y cuya fisonomia en fin, ofrecia un conjunto sorprendente de simpatia y bondad. Sus maneras eran en verdad algo toscas; pero su carácter franco y sincero le habian grangeado el afecto de todos los labradores de aquellos contornos.

El padre del señor Martin no habia sido en otro tiempo mas que un pobre labrador de aquella misma tierra, en medio de la cual se edificó despues la casa de que hablamos: á fuerza de ahorros y de fatigas habia logrado reunir un corto caudal que pensaba dejar á su hijo único, objeto de todos sus cuidados y anhelos. Este lo acompañaba desinteresadamente en su trabajo, sobre el que parecia haber caido la bendicion del cielo. El padre tenia que hacer todos los años algunos viages á la capital de la provincia, para hacer que se vendiesen los productos de sus tierras; pero su edad no le permitia emprender esos viages sin mucha fatiga, y el jóven se ofreció al momento á ir en su lugar.

Habian pasado muchos dias y Martin no habia vuelto aun. El anciano obligado por su

tardanza, habia practicado en vano todas las diligencias que estaban á su alcance. Un dia por fin en el que se cumplian 45 que el jóven habia ido á Murcia, se oye parar un caballo á la puerta de la cabaña: poco tiempo despues el hijo se hallaba en los brazos del padre. Pero con gran sorpresa de éste, aquel ha perdido los colores que animaban su rostro, reemplazados ya por una mortal palidez, sus ojos hundidos no brillan con el alegre fuego de la juventud, y su frente está cubierta de nubes de tristeza. Mas cuando el anciano le preguntó la causa de una mudanza tan estraña, Martin se desentiende, se turba ó contesta con medias palabras.

El padre observa con tristeza que el jóven ya no es el mismo. Ya no atiende con el mismo afan al trabajo, ni se muestra tan alegre, ni tira tan lejos la barra en las fiestas de los labradores. El padre evita todo lo posible los viages de su hijo porque sabe que cada uno de ellos le cuesta una enfermedad, cuya causa ignora; pero el jóven parece no poder respirar á su gusto en el campo, y siempre está buscando nuevos pretextos para ir á la ciudad y aun algunas veces se pone en camino sin decirle nada á nadie.

Un año despues del primer viage de Martin murió el anciano, y el jóven se encontró dueño de un caudal que aunque corto era suficiente para asegurar la ecsistencia de un labrador económico.

Entonces se volvió otro hombre: su mente parecia fijarse en un proyeto secreto. Desde entonces se dedicó con un ardiente afan al trabajo;

se metió en empresas difíciles que le salieron bien; hizo cálculos superiores al parecer á sus alcances; de modo que triplicó su caudal en algunos meses, y á la vuelta de algunos años pasaba por el hacendado mas rico de Murcia, y poseía un caudal que podia luchar ventajosamente con el de muchos comerciantes de crédito de la provincia. Sus viages á Murcia eran mucho mas frecuentes desde que se vió libre: sin embargo al volver no era tanto su abatimiento: sus ojos brillaban mas que de costumbre: una secreta esperanza parecia animar sus empresas.

En uno de estos viages pareció tardar mas de lo acostumbrado: hacia cinco meses y aun no habia vuelto. Los labradores que lo esperaban recibieron una carta en la que les notificaba su prócsimo casamiento, lo que como era de esperar, hizo eco en aquellos alrededores.

Martin no decia en la carta cuál habia de ser su futura compañera; y la gente del campo de suyo curiosa y entrometida, deseaban con ansia conocerla. Todos opinaban que debia ser alguna señora de consideracion de la ciudad, y las aldeanas que decian entre sí que debia haber elegido una de ellas, esperaban con impaciencia que viniese la escogida para encontrarle defectos.

Al cabo de un mes, se paró delante de la puerta de la casa de Martin un coche cerrado con las persianas echadas, y salió de él el jóven y una mujer cubierta con un largo velo. La puerta se cerró al momento trás ellos, con gran pesar de los aldeanos, que no pudieron de ningun modo ver á la nueva esposa de Martin por mas diligen-

eias que hicieran para ello. Causábales suma admiracion el ver que este no salia, y que la casa estaba cerrada de dia y de noche, que creció mas al saber por los criados del jóven, que su amo se iba á viajar dentro de pocos dias con su nueva esposa; lo que sucedió en efecto.

Este incidente no hizo mas que aumentar la curiosidad de los aldeanos, que propuestos á penetrar aquel misterio á todo trance, esperaban constantemente la vuelta de los desposados; mas su sorpresa llegó á lo sumo cuando al cabo de año y medio vieron llegar á Martin, acompañado de una niña de pocos meses. En vano llovieron sobre él las preguntas mas importunas: Martin, cuando le hablaban de su esposa, se coneretaba á decir suspirando: ¡ha muerto!

Todos los cuidados de Martin se dirigieron entonces á la conservacion y perfeccion de aquel tierno ser que traia consigo: desde entonces vendió todas sus tierras, se desentendió de todos los negocios, é hizo edificar su morada en medio de una estensa huerta suya, la casa que hemos descrito al principio. La jóven entre tanto, crecia al par en edad que en gracias, y los cuidados de Martin parecian cada vez mas asiduos para con ella. Los maestros mas hábiles fueron traídos de la ciudad para perfeccionar su ingenio, sin perdonar gasto alguno para que saliese lo mas perfecta posible. A los quince años, Isaura, pues ese era su nombre, bailaba como una sílfide, tocaba á la perfeccion el harpa y el piano, dibujaba, y en fin, tenia todos los conocimientos que se pueden pedir en una señorita del rango mas

elevado. Unase á esto una presencia gentil, un talle de ninfa, unos ojos grandes y negros, un cabello finísimo del mismo color, una frente de marfil, una nariz regular, una boca imperceptible, unos dientes de perla y un conjunto seductor, y se hará cuenta fácilmente el lector, que no quedaria desairada en las reuniones de la ciudad, adonde iba algunas veces.

Los labradores cercanos á la casa blanca, y que podrian ver frecuentemente al señor Martin y á Isaura, habian reparado que este se habia vuelto mucho mas taciturno desde su casamiento y que en medio de todo su afecto hácia Isaura, algunas veces la trataba con una frialdad que no podia contener, y la acariciaba con un desvío que en vano procuraba disimular.

En la época en que principia nuestra narracion, era á principios del verano. Innumerables árboles de espeso follage y elevada copa ornaban las orillas del Segura, mientras que internándose mas la vista se perdia en las inmensas arboledas, las ramas de aquellos árboles se doblegaban bajo el peso de sus frutos. En medio de ellos se veia alguna que otra cabaña de los labradores, algo mas lejos y algunas casas de recreo de los vecinos de la ciudad que iban á pasar el verano al campo, de las que ninguna podia rivalizar con la sencilla magnificencia de la casa del señor Martin; y por fin, en el fondo del cuadro y un poco mas lejos que todas ellas una pobre y reducida hermita adonde iban los labradores á oír misa todos los domingos.

La reunion.

LA casa del señor Martin, era una de las que estaban mas próximas al rio, con quien comunicaba por una sombría calle de árboles. Allí se reunian por lo regular de noche la mayor parte de los vecinos de la ciudad, que habitaban en las cercanias. La mas amable franqueza, la mas sincera cordialidad substituia allí á la fria y ridícula etiqueta que se veian obligados á observar en la ciudad, pues en casa del señor Martin, segun él mismo decia, no se conocian ceremonias.

Introduzcamos al lector en una de estas reuniones.

Estas se tenían por lo regular en el salón bajo de la casa, en medio del cual había una gran mesa de pino llena de frutas de la estación que estaban á discreción de todos, pues en casa del señor Martín reinaba la abundancia en medio de la sencillez. Este último estaba sentado en una gran poltrona de nogal puesta en medio de la sala, rodeada á intervalos de una nube de humo por medio de una pipa de hueso que solo apartaba de cuando en cuando de su boca, para dirigir algunas palabras á los que con él estaban. Estos eran varios de las cercanías que se hallaban sentados en sillas de madera tosca en torno del señor Martín, y cerca de la gran mesa que estaba en medio del aposento, que iremos describiendo por su turno según se vaya presentando la ocasión. Isaura en fin, algo separada del corro estaba cosiendo á pocos pasos de su padre.

La pieza estaba alumbrada por un enorme reverbero puesto encima de la mesa.

—Ya ven ustedes que eso parece algo sospechoso, dijo el señor Martín acabando una narración, en la que según la expresión de su fisonomía parecía tomarse más interés que el de costumbre, interés que secundaban á su vez los otros en cuyos rostros estaba pintada una anhelante curiosidad. Tan solo Isaura parecía haber escuchado la relación sin más interés que el que se toma en cualquier conversación ordinaria; pero el ojo observador hubiera descubierto en ella una agitación extraordinaria producida por los esfuerzos que había hecho y hacia aun para contener una emoción que en vano procuraba disimular.

Todos guardaron silencio por un rato.

—Es verdad que eso dá que pensar, dijo un hombre como de cincuenta años, pequeño, regordete, cara, con nariz larga, boca grande y gafas verdes, con todos los atributos en fin, de un pedante envanecido.

Este era el señor D. Cosme, el oráculo de los labradores de los contornos, que habia tenido en otro tiempo escuela en Murcia: pero por haberse querido meter en bandos políticos, cayó en manos de la justicia, y esta le usurpó sus bienes, y le hizo cerrar la escuela, porque decian que enseñaba máximas revolucionarias. Perdido todo apoyo y agotados todos los recursos de su ingenio, el señor D. Cosme alquiló con lo poco que le quedaba una casa en el campo, donde comia cada dia en casa de un vecino, y enseñaba á leer y á escribir por cinco reales al mes á los hijos de los aldeanos.

Sea por su carácter natural, ó por la necesidad en que se hallaba de mostrarlo por lo que no encontró campo mejor para lograr sus intentos que la compañía de aquellos ignorantes labriegos que decian con respeto, casi con veneración, que el señor D. Cosme sabia todas las lenguas menos la castellana: con estos antecedentes no se hará estraño que al anunciar el ex-maestro de escuela que iba á emitir su venerable opinion, se apretase mas el corro en torno del digno profesor, y se abriesen mas las bocas para poder prestar mas atencion.

—Habiendo oido la relacion del Sr. Martin, dijo D. Cosme despues de haber tosido dos tróes

veces, lo que por mi parte he observado.

Aquí la curiosidad de los aldeanos aumenta, y el señor D. Cosme que tal vez se goza en ella, fose otras dos ó tres veces, y pide con tono magistral un polvo de tabaco. Mil cajas se abren al punto para ofrecer su contenido al digno preceptor, cuya maniobra impide que nadie advierta la palidez que por grados se ha ido apoderando del rostro de Isaura, por mas que esta hace lo posible por parecer distraida y casi estraña á la relacion que tanto ocupa á los demas.

—Diga usted, diga usted señor D. Cosme, dijo impaciente el señor Martin.

—Pues señores, repuso por fin D. Cosme, ayer tarde venia aquí como todos los dias, por mas señas que por el camino venia pensando en unas mejoras que podian introducirse en la sociedad, sobre.....

Aquí el señor Martin, cuya impaciencia y ansiedad iban cada vez á mas, interrumpe otra vez al ex-preceptor, con gran admiracion de los otros labradores, que no conciben cómo pueda interrumpirse á un hombre que sabe todas las lenguas. D. Cosme encubre su cólera bajo la capa de un estoicismo frio, porque cree que no le está bien á un hombre de sus circunstancias enemistarse con el señor Martin, y prosigue:

—Venía pues, como iba diciendo, y al ir á entrar por la calle de árboles que conduce á esta casa, oigo una voz desconocida, que salia de detras de unas matas que estaban á

poca distancia de la calle.

A la primera impresion, la materia venció al espíritu, y estuve casi decidido á huir vergonzosamente y sustraerme al riesgo que me amenazaba: mas el espíritu volvió pronto á ocupar su lugar superior; el filósofo volvió á pensar, y entonces me arrepentí de mi primera determinacion; y me decidí á escuchar lo que tan misteriosamente se hablaba. Para esto, me voy acercando con tiento á las matas, y no solamente oí las voces, sino tambien ví dos hombres....

—Dos hombres? preguntó el señor Martin.

—Si señor, dos hombres, que estaban hablando á media voz....

—Pero qué decian? Acabe usted interrumpió el señor Martin, cuya impaciencia crecia cada vez mas.

El ex-profesor no pudo contener un gesto que se le escapó á su pesar en medio de su ecsasperacion oculta al verse interrumpido tantas veces en una materia tan importante; sin embargo nadie aperebió su gesto, el señor don Cosme trató de contenerse aun mas para en adelante, y prosiguió:

—Os confieso que al principio por mas atencion que ponia no pude coger nada de la conversacion: mas despues que la discusion se fué acalorando mas, y los interlocutores perdiendo un poco mas el disimulo, pude oír algunas palabras sueltas, como noche.... la tercera ventana.... piso alto.... escalar.....

—Escarlar la tercera ventana del piso al-

to, por la noche, exclamò el señor Martin uniendo como pudo las palabras inconexas que acababa de oír; esa es justamente la ventana que dá al aposento de Isaura.

—Cabal, añadió don Cosme, ese mismo nombre lo oí pronunciar dos ó tres veces.

Un agudo y penetrante grito llamó en este momento la atención del auditorio: todos se dirigieron casi maquinalmente á un punto de la sala. Isaura acababa de caer desmayada.



Una tentativa.

Las diez acababan de dar; el cielo estaba cubierto de densas y negras nubes que apenas daban lugar á que el pálido resplandor de algunas estrellas se difundiese débilmente entre la oscuridad. La corriente del Segura algo mas agitada que de costumbre, reflejaba en sus olas: su moribunda luz, entre siniestros destellos. Una calma imperturbable reinaba en aquellos estensos campos: inmóviles las copas de los árboles no interrumpian el general silencio con el susurro de sus ramas. La casa blanca se divisaba en lontananza, hácia

el occidente, medio cubierta por los árboles y por los nubarrones, como una nube que aun guarda en su seno los últimos destellos del sol.

Aquella calma, aquella tranquilidad casi sepulcral presagiaba algo aciago: el aspecto de un cielo oscuro cubierto de nubes espesas y arremolinadas no debian inspirar confianza al viajero. Algunas gruesas gotas empezaban á caer sobre los árboles, y á conmover sus hojas.

Inútil es decir que como en toda tertulia de campo, se habian retirado ya todos los que se hallaron presentes á la escena anterior, y la casa blanca habia quedado desierta. Ninguna luz se veia en las ventanas, lo que parecia indicar que todos sus moradores se habian entregado al reposo.

Una brilló de pronto en la tercera ventana del piso alto; pero su claridad se disipó á los pocos momentos.

Habian pasado algunos minutos de su aparicion, cuando dos bultos se dejaron ver al fin de la calle de árboles que conducia á la casa.

Un instante se dejó ver la luna como perdida entre los grupos de nubes, y su luz trémula permitió distinguir dos hombres embozados en capas largas: uno de ellos parecia alto y delgado, y aun se descubria en él el aire mal encubierto de un gran señor: el otro mas bajo, parecia tambien mas tosco en sus maneras. Sus rostros estaban enteramente cubiertos, parte por el embozo, y parte por un sombrero bajo de alas anchas.

Así que estuvieron á una distancia proporcionada de la casa, le dijo el mas alto al otro con tono imperativo:

—Tadeo , acercate.

El hombre á quien se dirijia este mandato, se encaminó con precaucion y sin desembozarse hasta una distancia desde donde pudiese ecsaminar detenidamente la casa, y despues de haberlo practicado, volvió adonde el otro lo esperaba.

—Señor no hay luz en ninguna de las ventanas , le dijo.

—Pues bien , vamos: fué la única respuesta del otro.

Durante este intervalo el aire se habia vuelto cada vez mas denso , la lluvia mas continua , el viento mas fuerte: todo daba indicios de la cercania de una tempestad que habia de reunir toda la violencia del invierno con toda la carga-zon del verano.

Los dos embozados se arrimaron á la tercera ventana del piso alto: despues de haberla ecsaminado por segunda vez con una atencion mas escrupulosa aun , Tadeo hechó al suelo la capa y el sombrero, y dejó ver una presencia innoble, y un rostro horriblemente cicatrizado: en su cintura brillaba la hoja de un puñal que tenia allí sujeto.

—Me darás la señal? le preguntó el desconocido.

—Si , señor.

—Cual?

—Dos palmadas.

—Pues bien , aqui la espero.

Tadeo empezó á trepar hácia la ventana.

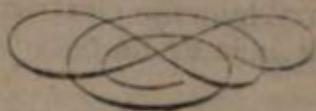
Un instante despues, el viento sopló mas fuerte silvando entre los árboles: el primer relámpago rasgó la nube esparciendo una luz funeral sobre este cuadro. A su claridad incierta pudo ver el desconocido à Tadeo que despues de haber roto uno de los vidrios, introducido un brazo por él y abierto la falleva, se lanzó por fin en el aposento.

Pasaron algunos segundos de una ansiedad casi mortal.

—Mucho tarda la señal, dijo para sí el desconocido.

En este instante un trueno retumbó en el espacio: su estruendo se confundió con la detonacion de un arma de fuego. Un cuerpo acababa de caer á los piés del desconocido.

—Maldicion! Es Tdeo!.... exclamó éste; y despues ecsaminándolo prosigió: está muerto! nos hon descubierto! Y hechó á huir con paso precipitado.





Explicaciones.

EL desmayo de Isaura habia puesto toda la casa en movimiento: la tertulia se habia concluido antes de tiempo; é Isaura no habia vuelto en sí ni daba esperanzas por mas ausilios que se le prodigaban.

No era tan rudo el señor Martin que no comprendiese la ecsistencia de una relacion secreta é interesante entre Isaura y aquel desconocido que era objeto de la conversacion en la tertulia.

Habia algunos dias que el propietario de la casa blanca habia visto á un hombre alto, embozado y de aspecto sospechoso rondar por los

alrededores de la casa blanca, como escaminándola, y esquivando el encuentro de sus vecinos. Un hombre como ese era muy propio para infundir sospechas, pues, según el señor Martín, un hombre que ronda una casa con tanto misterio y sin objeto alguno conocido, no podía ser sino un ladrón que está buscando un medio para escalarla y apoderarse de lo que hay dentro; esta era la narración que interesaba tanto á los miembros de la reunión.

Mas al ver el desmayo de Isaura, sus sospechas se dirijieron en otro sentido: la jóven no hay duda que se tomaba interés por el desconocido. Ahora bien, según el señor Martín; una jóven no se puede tomar interés por un jóven de gentil presencia sin amarlo: luego por consecuencia necesaria Isaura amaba al desconocido.

Todo esto le parecia al señor Martín muy natural: él habia amado tambien, pero él creia haber educado muy bien á Isaura, y no podia comprender como habia podido citar secretamente de noche á un hombre. Mas el caso estaba oscuro; el estado de Isaura no permitia que le preguntasen, y el señor Martín se dispuso á cerciorarse de la verdad por si mismo.

Para esto, cogió su escopeta y subió al cuarto de Isaura despues de haber ordenado que la condujesen á otro: allí despues de haber apagado su luz y apostándose en uno de los rincones mas profundos del aposento, dirijió el oído á la ventana y permaneció en acecho.

Apenas habian pasado ocho minutos, oyó ruido en la ventana de la calle de árboles; prestó

él oído con mas atencion, ecsaminó su escopeta, y esperó con serenidad que llegara el momento de hacer uso de ella.

Pronto pudo apercibirse de todas las manio-
bras que hizo Tadeo para entrar y lo vió por fin,
cumplido su intento. penetrar de un salto en la
pieza y dirijirse con atrevimiento hácia la cama.
Poco tuvo que hacer el señor Martin para con-
vencerse por la estatura y el aire de Tadeo que
no era el mismo que habia visto, y se preguntó
con sorpresa: ¿qué es esto?

Entre tanto Tadeo al ver acercarse há-
cia él lentamente á un desconocido, de alta
estatura, de ademan resuelto, y apuntándole
con un arma de fuego, quiso echar la mano
á su puñal, pero conoció que no se hallaba en
estado de sostener una lucha empeñada y des-
igual contra aquel que se adelantaba hácia él
en medio de la oscuridad. A pesar del riesgo
en que se hallaba supo conservar la serenidad
suficiente para tomar el partido mejor, que fué
el de plantarse de un salto sobre el alfeyzar
de la ventana para echarse fuera; la bala des-
pedida por la escopeta del señor Martin le pa-
só el pecho, y Tadeo cayó como hemos visto á
los pies del desconocido.

El señor Martin lo creyó muerto en el ac-
to, y su primera accion fué asomarse á la ven-
tana, á ver si alguno habia sido testigo de su
asesinato; mas solo divisó á Tadeo tendido ca-
si verticalmente debajo de la ventana, y al otro
á quien por su presencia y estatura conoció al
punto, corriendo á mas no poder á lo largo de

la calle de árboles. Entonces bajó.

En el salon de reuniones se encontró todo como lo habia dejado: la labor de Isaura estaba caida al suelo. El señor Martin se sentó en la poltrona: aquel dia se sintió con la frente mas caliente que de costumbre.

—Este es el primer asesinato que he hecho: dije pasándose la mano por la frente: aquella idea lo oprimia. Sin embargo, prosiguió, no soy tan criminal, lo hice por defender el honor de mi hija.

Aquella excusa que habia buscado él mismo á su accion lo consolaba: parecia gozarse en ella, mas al pronunciar el nombre de hija, su frente se volvió á oscurecer, sus ojos centellearon, y exclamó con una sonrisa sardónica:

—Mi hija!

El señor Martin volvió á quedar sumido en sus reflexiones.

Era valiente, pero le faltaba la sangre fria que caracteriza al asesino: la cólera habia embargado sus sentidos al ver á un extraño en el cuarto de Isaura; se hallaba en aquel momento con un arma en la mano, y la accion no habia dado lugar á la deliberacion. El nombre de Isaura venia á unirse para acibarar aun mas sus ideas; su frente ardía, su cabeza estaba sostenida por sus dos manos.

Unos gemidos que parecieron salir de fuera de la casa, interrumpieron en este momento las reflexiones del señor Martin: era el herido que habia vuelto en sí y se quejaba de sus dolores.

Despues de haberse cerciorado de lo que era,

el señor Martin ordenó á los criados que le pusieran un cuarto con su cama , y lo cuidasen con el mayor esmero posible , teniendo cuidado de avisarle cuando se hubiese disipado un poco su peligro: en seguida volvió otra vez al salon bajo.

Pero ya sus ideas no eran tan tristes como antes , ni su cabeza parecia tan cargada: no habia cometido un asesinato.



Reflexiones.

HABIAN pasado algunos dias y tanto Isaura como Tadeo se hallaban algo mejores; sin embargo, el señor Martin no habia aun juzgado por conveniente interrogarles, temeroso de aumentar su peligro.

Mientras no llega este tiempo, pasemos á hablar de un personage á quien no hemos conocido hasta ahora mas que superficialmente y bajo un aspecto misterioso.

Don Juan de Estrada, rico descendiente de las principales familias de Murcia, habia quedado á la edad de diez y ocho años enteramente

libre y con todo el dinero suficiente para ser pródigo. Don Juan se dedicó á gozar del mundo, y sus facciones regulares y su presencia gentil, le habian grangeado al punto innumerables conquistas. Don Juan quiso apurar hasta las heces la copa de los placeres, quiso ahogar entre el vino y los amores todos los recuerdos y esperanzas de su ecsistencia; era en fin lo que el siglo XVIII llama un perdido, y el siglo XIX un calavera.

El nombre de don Juan llegó pronto á hacerse popular en Murcia y aun en sus alrededores: las madres lo temian como al demonio y las nodrizas asustaban con él á los niños; Sin embargo él vivia: se habia propuesto gozar á su modo, y gozaba; á lo que le ayudaba mucho su carácter que no le permitia acordarse de lo que habia hecho media hora antes.

Pero don Juan conocia que con aquella vida se aturdia, mas no gozaba: se hacia indiferente á todo, mas no era feliz. Por otra parte, se encontraba á los treinta y seis años, con casi todo su caudal consumido y saturado ya de los placeres que antes buscaba con tanto afan. Le convenia pues casarse con una mujer que pudiese sostener el rango decente á que pertenecia.

En este tiempo vió á Isaura en un baile de Murcia, y sintió amor hácia ella: pero este amor no era como los otros un deseo, era un amor mas puro, un sentimiento casi desconocido para él. Quiso pues lograr su amor, y se corroboró aun mas en su designio cuando supo que era rica por sí y heredera de mucho mas.

Mas una dificultad se ofrecia al punto; siendo pública su vida estragada y libertina, qué padre habia de querer confiarle el destino de su hija? Don Juan pensó seriamente en ello, y resolvió por fin preparar las cosas de modo que el padre no pudiese decirle que no.

Para esto empezó á galantear á Isaura todas las veces que la veia en Murcia: pero esta se cortaba ó contestaba con el mas frio cumplimiento á todas sus ternezas.

Entonces fue cuando don Juan acabó de comprender que cuesta mas trabajo rendir á una jóven de quince años, á los treinta y seis que á los diez y ocho. Resolvió pues tocar otro resorte.

Empezó por estudiar con atencion el carácter de Isaura, descubrió en ella una tinta de melancolia, y un genio dulce aunque cortado por un poco de temor al mundo, efecto de su poco trato. Don Juan determinó ponerse á su nivel, se revistió de su mismo carácter, y empezó á copiar, por decirlo así todas sus acciones. Pronto descubrió en ella una inclinacion oculta á las simpatias.

Por este medio pudo conseguir don Juan algunos favores, algunas miradas, algunas palabras con preferencia á los otros. A medida que don Juan conocia que iba tomando imperio en el corazon de Isaura iba tomando algunos rasgos de su carácter propio, y desechando algunos del fingido. Por fin aun no habian pasado tres meses, y ya consiguió que Isaura lo amase.... casi con su carácter natural.

Ya estaba casi vencida la dificultad por parte

de Isaura, porque, segun él mismo decia, es muy fácil convencer á una muger que ama: solo faltaba hacer llegar el amor á un término tal, que el señor Martin no pudiera decir que nó.

Pero con gran sorpresa de don Juan, Isaura fué la que se mantuvo firme en este punto, negándose decididamente á toda cosa que menoscabase su honor en lo mas mínimo: esta circunstancia contrarió sabremanera los proyectos del seductor que no esperaba una resistencia tan denodada en una jóven al parecer tan tímida y tan fácil de gobernar.

Entonces se vió obligado á cambiar el rumbo de sus intenciones, y á alcanzar por medio de la violencia y el rápto, lo que no habia podido conseguir con sus mas hábiles medios de seduccion. Tomó pues un caballo, y acompañado de su criado Tadeo, único sabedor del secreto de sus amores, se encaminó hácia la casa del señor Martin.

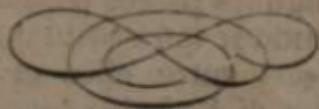
Despues de haberse enterado minuciosamente de todas las interioridades de la casa, gracias á las pesquisas de todos, se decidió á ir él en persona, y ver la altura de la casa, sus partes débiles y sus medios de penetracion. Esta indagacion le costó algunos paseos por sus cercanias en los cuales no pudo ir tan oculto que no lo viesen algunos vecinos, y entre ellos el señor Martin que como hemos dicho habia concebido sospecha de él: Tambien pudo en algunas ocasiones hablar con Isaura; pero el objeto de todas sus conversaciones fue renovarle sus juramentos de amor, y repetirle con la mayor elocuencia y habilidad que le fué posible emplear las propo-

siciones anteriores ; pero Isaura permaneció firme en su propósito, y don Jnan se acabó de convencer que por este medio nada adelantaria con ella.

El plan de este era tan bien combinado como maligno pensaba arrebatár á Isaura y llevarla á Murcia, aislándola completamente de su padre y de todos sus conocidos para precisarla á condescender con sus deseos, volviéndosela en seguida á su padre, á quien no quedaba en este caso mas que un medio para salvar el honor de su hija, que era aprobar el casamiento de Isaura con su seductor.

Ya sabemos el mal fin que tuvieron sus tentativas.

El Sr. Martin se instruyó de todos estos pormenores , por Tadeo, y entónces fué cuando comprendió la causa del desmayo de Isaura, por lo que juzgó inútil afligirla con inútiles interrogatorios y prefirió sepultar en el olvido todo lo concerniente á este asunto.



Un nuevo personaje.

HABIAN pasado algunas semanas de estos acontecimientos, y ya el herido se había ausentado casi sano de la casa para ir á Murcia dando espresivas gracias y pidiendo repetidos perdones al señor Martin. Ya Isaura se hallaba fuera de peligro, y podia dar algunos paseos por el jardin apoyada en el brazo de su padre quien procuraba distraerla con las mas amenas conversaciones que podia encontrar, sin decirle una palabra que despertase sus recuerdos.

El señor Martin tenia la costumbre de en-

viar todas las semanas un criado á Murcia, para que recogiese en el correo las cartas dirigidas á él. Una mañana en que acababa de venir el criado, el señor Martin entró en la habitacion de Isaura con una carta en la mano.

—Dentro de poco no estarás sola, le dijo.

—Qué dice usted? le preguntó Isaura.

—Que dentro de poco tendremos un huesped.

—Qué huesped?

—Un primo tuyo por parte de madre que ha estado viajando hace tres años, y ahora poco desembarcó en Barcelona desde donde me dirigió esta carta, en que me dice que cuando la reciba, ya estará en camino para venir á verme durante algunos días; pero como esta carta tiene ya algun atraso, resulta que lo espero de hoy á mañana.

Isaura calló, y la conversacion recayó pronto sobre otros asuntos.

Al otro dia por la mañana un caballo paró delante de la casa blanca, y el primo de Isaura entró en el salon bajo, donde esta y su padre lo esperaban ya.

Alfredo Albat, pues así se llamaba el primo de Isaura, era un jóven de 22 años de estatura mediana, buena presencia, ojos grandes, negros y vivos, nariz aguileña, y perfil casi griego: su espeso bigote encubria una sonrisa fria, que tal vez llamarian algunos burlona, que vagaba casi continuamente en sus labios y sus facciones, en fin tenia un cierto aire de amabilidad y candidez. Estaba vestido con una sencilla elegancia: los nudos de su corbata de musolina de Indias es-

taban sueltos negligentemente, su camisa estaba sujeta con un alfiler con una perla; llevaba en fin espuelas y botas de montar que le subían casi hasta los muslos.

Ya hemos examinado á Alfredo en lo físico, resta examinarlo en lo moral. Era una de aquellas personas á quienes el mundo ha prodigado todos los dotes necesarios para agradar á todos y desempeñar un papel brillante en la sociedad, pero no ha podido destruir en ellos su cordedad primitiva: así Alfredo, el que habia viajado por casi media Europa, el que se habia hecho envidiar en las mas brillantes tertulias de Paris, no se hallaba con valor suficiente para dar á conocer al público su talento, ó para declarar su amor á una mujer. Por lo demas, el carácter de Alfredo era dulce, amable, y el mas propio para hacer la felicidad del que estuviera á su lado.

El jóven al entrar examinó la sala con la vista; y sus ojos se detuvieron al encontrarse con los de Isaura: sin duda no esperaba verla allí: Esta se puso colorada y bajó los ojos.

Despues de algunas ceremonias de costumbre, el señor Martin, á quien pesaban sobremanera los cumplimientos, se apresuró á presentar bruscamente Isaura á su primo. Los dos jóvenes se pusieron encendidos; pero con la diferencia que Isaura bajó los ojos al suelo, y Alfredo los clavó á hurtadillas en el rostro de la doncella. Cada uno balbució por su parte algunas palabras inteligentes. El señor Martin le preguntó que tal le parecia su hija, y el jóven hizo de ella un elogio que á cualquiera hubiera parecido afectado, p-

ro que en realidad parecia salir del fondo de su corazon.

Despues de haber hablado un rato, el señor Martin le propuso à Alfredo que fuese à descansar del viage al cuarto que le estaba destinado, y el jóven aceptó.

—Qué te parece tu primo? le preguntó à Isaura asi que este se hubo alejado.

—Bien, respondió esta con una manifiesta frialdad.



Una entrevista.

Al otro día se levantó Isaura temprano según su costumbre, y se fué al jardín. Era á principios de Julio, y la naturaleza sonreía al sol que se levantaba con magestad y no lanzaba aun sus rayos verticales. Las flores abrían aun al influjo de su calor benéfico sus cálices mojados por el rocío, y el árbol agitaba sus ramas al soplo de la brisa de la mañana. Sin embargo Isaura entró en el jardín distraída y como pensativa: no parecía gozar como otras veces en las flores que ella misma cuidaba.

La jóven habia visto ayer á su primo con la

mayor indiferencia: no sentia inclinacion alguna hácia él. Mas asi que el jóven se fué, Isaura no pudo menos de pensar en él: hallaba un no se que de atractivo en su fisonomia; no sabia si su espresion era de maldad ó de benevolencia; pero se decia: si este jóven me hubiera amado como don Juan, tal vez no hubiera hecho lo que ha hecho él. Isaura, pues, no cesaba de pensar en Alfredo, se fatigaba con su memoria, experimentaba por él un sentimiento desconocido para ella: en una palabra, no sentia amor completo hácia él, pero tampoco una indiferencia absoluta.

Por otra parte el afecto que á su pesar profesaba á Alfredo, era todo diferente del que habia sentido por don Juan. A este último lo habia conocido, como ya hemos dicho, en un báile de Murcia: estaba rodeada de galanteadores, entre los cuales estaba don Juan. La vista de Isaura se fijó en este desde que lo vió: aquel ser parecia colocado por el hado en el camino de su vida para contrarrestar todos sus afectos. Hay momentos en que el alma adivina: Isaura, criada en el campo, sin trato ni experiencia ninguna, se estremeció al ver á don Juan; una idea superior pasó como un relámpago por su mente, y le hizo presentir una idea nueva, en la que habia de hacer un gran papel el héroe misterioso que tenia ocupados sus sentidos.

Mas cuando levantaba la jóven los ojos se encontraba con don Juan que estaba espiondo con constante avidéz sus menores movimientos: temia ella encontrar su mirada escudriñadora, y

se vió obligada á tener los ojos fijos en el suelo.

Don Juan empezó pronto á prodigarle galan-terias: Isaura como hemos dicho se turbaba ó contestaba con medias palabras.

Lo veia horrible, de doble edad que ella: no lo amaba; pero no se hallaba con valor suficien-te para responderle.

El , con su rápida penetracion y esperiencia, conoció al punto todos los afectos que luchaban en el corazon de la jóven. Entonces fué cuando determinó abandonar su carácter y revestirse del de Isaura , y por este medio pudo conseguir que le dirigiese algunas palabras ó que con-testase con mas afabilidad á las suyas.

Habiendo adquirido ya este medio tan espe-dito para la comunicacion de los sentimientos, le fué fácil á don Juan encender en el corazon de la jóven un fuego difícil de extinguir. Pero este no era puro y refulgente como la luz del sol; era sombrío como el resplandor de un incendio.

Al paso que el seductor iba tomando rasgos de su carácter antiguo, iba tornando á ser horri-ble á los ojos de Isaura; pero ya lo amaba, y con un amor sumiso y respetuoso: uníase á es-to una atraccion irresistible y misteriosa que la arrastraba á su pesar hácia su seductor.

Cuando supo la tentativa de don Juan, reci-bió una sensacion terrible: todos sus órganos padecieron: sin embargo no era sentimiento por juzgar á su amante indigno de su amor, era mie-do, de la misma especie que el que se experi-menta al caer en manos de una fiera.

Desde entonces don juan no se presentó á su

pensamiento sino con un velo horrible, y llevando en su frente la marca de su crimen. Pero cosa rara, lo amaba aun, y sentia con mas energia la atraccion hácia él.

Entonces fué cuando conoció á Alfredo.

Al primer instante no vió en él mas que un hombre regular con catorce años menos que don Juan: este no le inspiraba terror.

Cuando el señor Martin la presentó á su primo, ella se ruborizó: tal vez seria por cortedad.

Miró á Alfredo: su rostro le infundia alegría, parecia destinado por el hado para suavizar sus amarguras.

La memoria de don Juan vino á oscurecer el cuadro risueño de su porvenir: sus ilusiones se disiparon y la indiferencia volvió á ocupar su lugar. Entonces le preguntó el señor Martin que tal le parecia su primo.

—Bien: contestó Isaura sin emocion alguna.

X Isaura estaba sentada al pie de un árbol sumergida en estas reflexiones cuando oyó ruido; levantó la cabeza y vió á Alfredo de pie é inmóvil delante de ella.

La jóven no pudo menos de ruborizarse al verse sorprendida en su pensamiento, y lanzó un grito de sorpresa: Alfredo se puso encendido y balbució algunas palabras de escusa.

—Dispense usted señora... si he interrumpido.... sus reflexiones: dijo en fin con un tono algo mas inteligible.

—No hay porqué caballero, respondió ella con una voz poco segura.

—Es hermoso el jardin.... se conoce que lo cuida usted.

—Tengo un gusto particular en ello... me agradan las flores.

—Le gustan á usted las flores?

—Si señor. Y á usted?

—Cuando uno es jóven es fácil amarlo todo; Sin embargo, otro objeto llama mi atención mas que las flores.

—Cuál es ese objeto preferido? preguntó Isaura con sencillez.

Alfredo se puso casi trémulo: quiso hablar y no pudo. Sus piernas flaquearon, y tuvo que sostenerse contra un árbol. Por fin respondió con timidez, casi con miedo.

—No lo adivina, usted señora?

Aquí Isaura se puso aun mas encendida, y bajó los ojos: tal vez habia comprendido algo. Sin embargo, esa idea desapareció al momento como las ilusiones que se forjan del paraíso. La jóven recobró á medias su tranquilidad y contestó:

—Cómo quiere usted que lo adivine? Decídmelo.

—Es que tal vez no os gustará oír en mi boca vuestro nombre.

La jóven se puso como el carmin: Alfredo tembló, y con la mayor ansiedad esperó ver el resultado de sus palabras.

Isaura no respondió nada; mas le abandonó una mano: Alfredo la tomó é imprimió en ella un beso. Aquel beso llevaba todo el sello de una pasión ardiente y concentrada; ella lo comprendió, y retiró su mano con viveza.

Mas su vista se fijó á su pesar en Alfredo,

los ojos de los dos amantes se encontraron. En aquel instante no ecsistia nada para ella en la tierra mas que Alfredo: su fisonomia le parecia mas espresiva, su mirada mas dulce, su voz mas armónica y vibrante.

Los dos amantes estaban en el colmo de la felicidad: sus corazones se habian comprendido.

Mas una idea sobrevino de pronto á Isaura: su frente se nubló, y sus ojos se oscurecieron. El recuerdo de don Juan vino á emponzoñar tantas delicias.

El jóven advirtió la mudanza que habia sufrido el rostro de Isaura: su cuerpo volvió á temblar, y su semblante á enmudecerse.

En este momento se oyó una voz: era la del señor Martin.

Este, al entrar lanzo á los jóvenes una mirada maliciosa y escudriñadora: su esperiencia no le permitia dudar de lo que habia pasado entre los dos.

Mas los ojos del padre no espresaban ni sorpresa ni cólera; al contrario, brillaban con un animado fuego que cualquiera hubiera atribuido á alegría.

Algunos dias pasaron despues de este acontecimiento. El padre observaba en silencio las acciones de los jóvenes, sin dar la menor muestra de gusto ó desaprobacion. Isaura estaba al parecer mas tranquila, el recuerdo de don Juan ya no le atormentaba tanto: cotejaba cada accion de Alfredo con los rasgos de su amante anterior, y su seductor le parecia horrible. Alfredo por su parte era feliz y lo manifestaba sin rebozo en

todas sus acciones.

Una mañana entró el señor Martin en el aposento de Isaura con aire muy satisfecho, y se fué á sentar cerca de ella.

—Isaura, eres feliz? le preguntó bruscamente.

—Si señor: por qué me lo preguntais? dijo Isaura sorprendida.

—A ti te falta algo? deseas alguna cosa?

—No señor.

—De veras no deseas nada?

—De veras.

—No te fastidia tu vida?... el vivir sola....

—Nó papa, no vivo sola, pues vivo con vos.

—Sin embargo.... sin compañía.... no te quiero decir eso.... en fin, quisieras casarte?

—Con quién papa? preguntó Isaura,

—Estas pocas palabras, proferidas al parecer con un ingénuo candor, dieron á conocer al señor Martin qué conocia á fondo el carácter de su hija, todo lo que él esperaba. En efecto, una jóven que al hacerle una proposicion de casamiento pregunta en seguida, *con quien* es porque teme ó desea que una persona sea elegida ó desechada. Si Isaura no hubiese abrigado estos sentimientos hubiera respondido que nó ó eludido con evasivas la proposicion de su padre. Restaba conocer el sugeto que despertaba esas emociones en el corazon de la jóven, y las sospechas casi ciertas del señor Martin recayeron al punto sobre Alfredo: habia observado con atencion á los dos amantes y habia descubierto el móvil oculto de casi todas sus acciones. Mas

parecióle conveniente sondear aun mas el carácter de la jóven, y prosiguió:

—Te agradaria un joven de veinte y dos años, de buena presencia, facciones regulares, un corazón franco y sincero, y que segun me parece camina con las mejores intenciones?

—Pero cuál es? dijo Isaura con impaciencia, casi con serenidad, medio adivinando cuál podía ser el original del retrato que le trazaba su padre.

—Alfredo Albat.

Isaura se puso pálida como el marino. El señor Martin prosiguió.

—Es un gallardo jóven, posee quince mil pesos de renta... en fin te puede ser conveniente.

Pero Isaura no lo escuchaba: aquel nombre habia dominado sus sentidos: tenia una grande accion sobre su alma. Se hubiera abandonado á la alegría, hubiera obedecido á los trasportes que la impulsaban; mas otra idea terrible y poderosa luchaba con la primera: don Juan se habia presentado á su vista, ofreciéndole el deshonor y un dominio absoluto sobre su existencia y reprochándole su infidelidad.

El señor Martin miraba á su hija y parecia dudar del éxito de su empresa, por fin la miró cara á cara y le dijo con una dulce impaciencia.

—Responde.

La jóven alzó la cara y miró á su padre: parecia oír su voz por la primera vez. Algun trabajo le costó reunir sus ideas, hasta que respondió con una voz vacilante y entrecortada

—Pero.... quién os ha dicho.... que ese caballero.... me ama?

—El mismo.

—El mismo?

—Sí, ayer me explicó todas sus intenciones.. Y bien, qué te parece?

—Yo, papa....

—Sin cortedad: aquí estamos solos; si no te gusta.... es negocio concluido.

—Bueno papa.

—Qué dices? preguntó el padre con alegría.

—Que sí.

En el mismo instante se asomó el señor Martin y llamó á Alfredo: este se presentó radiante de alegría; pero lleno de turbacion.

—Mi hija te acepta por esposo , le dijo el señor Martin.

Alfredo se arrojó con ardiente afan á los pies de Isaura , y cubrió sus manos de besos.

X



—Pero... quién es el dicho... que sea ca-
 —El mismo.
 —El mismo.
 —Si está tu padre...
 —Yo...
 —Sin...
 —Buena...
 —Que...
 —Que...



Entre paréntesis.

EL mundo está dividido en dos clases de personas, ó por mejor decir, de almas: almas grandes y almas bajas. La primera clase merece sin duda todos los encomios que se le den: tiene mucho partido en el mundo, no sé si tendrá el mismo en otro tribunal.

Este nombre, *alma grande*, ha llegado á santificar ciertos vicios, á deshonrar ciertas virtudes, á desviar de su rectitud la balanza de Astrea; todo en fin lo ha podido ese nombre mágico y sobrenatural: solo falta que se forme un partido que lleve por divisa, *el de las almas grandes*.

Pregunto ahora, qué quiere decir alma grande?

La segunda clase de las almas bajas: esta es mas comun, mas natural, y por lo tanto mas comprensible. Para entrar en esta clase se necesita tener las virtudes que sientan mal á un héroe, ó los vicios que repugnan á la naturaleza de un alma grande. *Quizas alguno de mis lectores habrá dicho ya que tengo un alma baja.*

Entre los subalternos de la segunda clase, hay algunos que tienen la manía ó la pretension de querer á la fuerza figurar algo en la primera: á estos se les podrian aplicar algunos refranes y todos españoles. Ahora bien, por qué ninguno de estos se sale por lo regular con la suya?

Porque sus medios son tan errados como su carácter, ó per mejor decir como la clase de su alma: el alma baja quiere conseguir á fuerza de oro ó de intrigas, lo que el alma grande consigue por su valor, energía ó *influencia*. Solo nos queda que analizar esta cuestion: *quiénes son mas felices en este mundo, las almas grandes ó las pequeñas?*

Las últimas.

Por qué? preguntarán, sorprendidos mis lectores.

Pongamos á las dos almas en igual estado: que ninguna de las dos consiga lo que pretende. El alma baja cree por lo regular en el destino, y cree que el destino es mas poderoso que ella: asi considera su caida como un golpe de ese destino contra quien no puede luchar, y

se resigna á ella con mas tranquilidad , amontonando para otra vez sus medios , menos nobles ; pero mas positivos. Pero un alma grande como tiene la pretencion de querer dominar al destino , si pierde , reúne el dolor de no haber conseguido lo que queria , y el de quedar vencida por un poder que cree inferior al suyo. Júzguese á cual de las dos le dolerá mas.

Supongamos ahora que las dos consigan lo que querian: cuál de los dos gozará mejor de su fortuna? El uno se entregará á todos los gozes morales , intelectuales y materiales que le pueda proporcionar su estado y posesion ; el otro no disfrutará de los placeres materiales, por que son incompatibles con un alma grande , y tocante á los otros , no podrá recoger el fruto que le puedan dar, porque como la insaciable ambicion es su primer móvil , otro deseo mas elevado , y por lo tanto mas difícil , ensancha sus planes , varia sus proyectos y ocupa su mente.

Es verdad que se puede suponer hay algun alma baja, que no tenga deseo alguno de subir mas alto del nivel en que se halla , y en ese caso queda destruida en parte la comparacion; pero quién es el hombre que no desea nada en este mundo?

Todos los mortales buscan su bien y su utilidad: todos sus conatos se dirigen á este fin comun , y en los medios que emplean para ello es en lo único en que difieren. Pero estos medios participan del carácter del alma: cuando ellos son nobles , el alma es noble , sublime,

elevada ó grande , cuando son rastreros y positivos, el alma es baja.

Por lo regular , todas las almas grandes tienen un mismo carácter , unos mismos vicios y unas mismas virtudes , todas están representadas por un mismo tipo y fundidas en un mismo molde. Las almas bajas , al contrario, ofrecen mil caracteres diferentes, mil faces contrapuestas, mil puntos de vista diversos. De qué procede esto? de que los medios nobles que escoge el alma grande para conseguir su bien ó su utilidad, que es lo que se entiende por bien en esta vida , se parecen todos entre sí , porque lo grande siempre se parece á lo grande, y lo noble siempre se parece á lo noble ; pero en los medios mas bajos hay siempre mucha diversidad. De ahí proceden los distintos caracteres de los diferentes móviles que agitan el comun de los hombres.

Pero ya el lector estará cansado de una digresion tan fastidiosa y al parecer tan inútil: pasemos á hacer una aplicacion de ella en el personage que quizas se esperan menos los lectores. Algunas otras tendremos que hacer, ya táticas , ya espresas , en el discurso de la novela.

Don Cosme.

DON Cosme, el ex-maestro de escuela que hemos visto figurar en la reunion de la casa blanca, era uno de esos caracteres que cuadrando en todos sus rasgos á las almas bajas, tienen algunos destellos estranos é inconéscos que solo convienen á las almas elevadas.

Tenia ambicion; pero no propia, sino agena, por decirlo asi: la suya consistia en ayudar á cualquiera, con razon ó sin ella, con tal que su empresa fuese grande y brillante. Por eso se habia metido en el torbellino de la política,

sin esperanzas de conseguir nada: por eso sin duda lo habian arruinado.

Un descuido absoluto del porvenir, una pedanteria sin límites, una decidida inclinacion á pasar por sábio, caracterizaban á don Cosme en la ciudad: entre los aldeanos era un oráculo de sabiduría, un hombre de una especie superior á ellos. Era sumamente aficionado á intrigas: daría una parte de su vida por descubrir un secreto, un enredo ó entrar en una trama de cualquier clase que fuere: tal vez creeria que esto lo realizaba mas á la vista de los otros.

Por lo demas, el ex-maestro de escuela no tenia opinion propia: seguia el partido del que sabia interesarlo ó seducirlo mas. Le agradaban mucho las frases enérgicas, las pasiones fuertes, los caracteres disimulados y altivos: el que sabia ostentar estos rasgos, lo tenia siempre á su disposicion.

Ya hemos referido el estado de don Cosme, y las causas que contribuyeron á destruirlo: desde entonces reunió los restos de su caudal, alquiló una pequeña casa de campo, donde, segun hemos dicho, vivia comiendo cada dia en casa de un vecino.

La casa de don Cosme estaba situada á trescientos pasos de la hermita: no constaba mas que de un piso, cubierto de pizarras. La gran puerta de pino que cerraba la entrada, dejaba penetrar en un gran pátio lleno de yerba, que hacia á la vez las funciones de pátio y corral, y que estaba rodeado por las tres partes, sola-

mente por una tápia de algunos pies de elevacion. En el otro frente algo mas alto, habia otra puerta unu mas pequeña que daba á lo interior de la casa, y algunas ventanas bajas. El cuarto de don Cosme, una pequeña biblioteca, donde habia un par de docenas de anti-güos autores apolillados y llenos de polvo, y un comedor y una cocina que hacia mucho habian cesado en su destino, eran las únicas piezas que componian la casa del ex-maestro de escuela.

Este estaba en su cuarto con la cabeza apoyada en los codos: parecia algo mas pensativo que de costumbre. Nada habia por otra parte mas miserable que aquella habitacion, cuyo solo aspecto era suficiente para desanimar al mas emprendedor. Un catre que se conocia contaba ya bastantes años de edad, una pequeña mesa de pino con recado de escribir llena de papeles, dos sillas cojas y una gran poltrona en que estaba sentado don Cosme, completaban el ajuar de aquel reducido aposento. El ex-maestro de escuela, envuelto en una manta, no dejaba ver por abajo mas que la estremidad inferior de sus anchos calzones de paño, y unas gruesas botas, que parecian contar demasiado tiempo de servicio. Ya hemos dicho que aquel dia estaba mas pesaroso que de costumbre: desde que se levantó no se habia meneado de su poltrona, y eso que ya eran las once de la mañana. Su frente estaba empañada por una nube de tristeza: su cabeza, mas pesada que otras veces estaba sostenida por sus dos manos. Esta

tristeza provenia de que se le habian apurado enteramente sus recursos diarios: el dia anterior habia ido inspeccionando todas las casas de la vecindad, y en ninguna se habian manifestado dispuestos á socorrerlo. Solo le faltaba saber que tal escaparia en casa del señor Martin; pero el genio impaciente y brusco de este no se podia avenir con el suyo; ademas, el señor Martin lo interrumpia casi siempre en sus conversaciones mas eruditas, y una interrupcion era el mayor insulto que se le podia hacer al digno profesor. Con todo, tan apurado estaba, que se hubiera resignado á ir á ella; pero la casa blanca distaba dos millas de la suya, dos millas que tenia que andar á pie el señor don Cosme para obtener quizas una negativa.

Estaba sumido en estas reflexiones, cuando sonó el aldabon de la puerta de entrada: don Cosme se sobresaltó; no estaba muy acostumbrado á recibir á nadie en su casa. Sin embargo, levantóse, y sin dejar su manta; atravesó el pátio y se dirigió hácia la puerta y la abrió. Era el señor Martin.

Don Cosme dió un paso hácia atrás de sorpresa: el propietario de la casa blanca no habia ido nunca á su casa. El señor Martin apretó con cordialidad la mano del profesor: parecia mas alegre, mas jovial que nunca. La alegria del señor Martin hacia un contraste con la tristeza de don Cosme, que no debió agrandar mucho á este último.

—Dadme albricias! dijo con precipitacion el señor Martin.

—De qué? preguntó estupefacto don Cosme.
 El padre de Isaura por toda respuesta atravesó el patio y entró ligeramente en el cuarto del profesor, que fué el primero que encontró al paso; algun trabajo le costó á este último seguir el paso precipitado de su compañero.

El propietario de la casa blanca se echó en la poltrona, que fué lo que á su parecer halló de mas comodidad; mientras que el otro, registrando el aposento con la vista, y no atreviéndose á sentarse en las sillas cojas, fué á reclinarse á los pies del catre.

—Pues, señor, dijo por fin el padre de Isaura, mañana temprano tendreis la bondad de ir á mi casa.

—Y qué hay? preguntó don Cosme abriendo extraordinariamente los ojos.

—Que se casa mi hija.

—Isaura!

—La misma.

—Con quién?

—Con un primo suyo.

—Cómo se llama?

—Alfredo Albat.

—Y qué tal?

—Oh! un buen muchacho: con un caudal mas que mediano.

—Vaya; me alegro.

Por el mismo giro de las preguntas habrá comprendido ya el lector que don Cosme no se tomaba un gran interés en el casamiento de Isaura: en cualquiera otra ocasion hubiera abreviado la conversacion con evasivas; pero el

señor Martin, acababa de convidarlo á la boda, y no era cosa de hacer que se enfriase su interés.

El señor Martin estaba loco de alegría: con aquel matrimonio habia hecho la felicidad de Isaura.

—Y que tal? prosiguió don Cosme; es muy desproporcionada la edad?

—El tiene veinte y dos años.

—Vaya; es una buena pareja; os deseo sinceramente mil felicidades.... con vuestros hijos.

—Gracias, señor don Cosme. Quedaos con Dios: estoy de prisa.

—Id con Dios.

El ex-maestro de escuela estaba en el colmo de la dicha: nunca se le habia mostrado tan amable el señor Martin. Le parecia impagable su convite: el agradecido profesor lo acompañó deshaciéndose en cortesias hasta la puerta principal, lo ayudó á montar á caballo, y lo siguió hasta perderlo de vista.

En seguida volvió á entrar en su cuarto mas alegre que antes: no sabia como salir del día de hoy; pero ya tenia seguro el de mañana.

El señor Martín estaba loco de alegría; con
 aquel matrimonio había hecho la felicidad de
 su vida. Y no era cosa de hacer que se olvidara su felicidad.
 Y no era cosa de hacer que se olvidara su felicidad.
 Y no era cosa de hacer que se olvidara su felicidad.
 Y no era cosa de hacer que se olvidara su felicidad.

Un disgusto.

EL señor Martín montó á caballo y se di-
 rigió á su casa: nadie se veía en aquel
 camino sin embargo, varias veces le pa-
 reció escuchar las pisadas de otro caballo mas
 lejano, que le seguía sin interrupcion.

Este al entrar balló la puerta de la casa
 abierta: así se acostumbraba en los dias de mu-
 cho calor. Un estenso zaguan empedrado seguia
 á la puerta de entrada: á un lado de él estaba la
 cuadra y al otro el salon bajo donde se tenian
 las reuniones que ya hemos descrito. Martín se
 apeó pues de su caballo, lo dejó en la cuadra, y

entró al punto en el salon bajo, cuya puerta estaba entornada. Alfredo é Isaura estaban allí.

Los corazones de los dos amantes se habian comprendido ya, habian sondeado todo lo que podian alcanzar. Isaura habia comprendido ya el carácter de Alfredo, habia adivinado todos los pensamientos de su alma, habia visto todo el amor que sentia por ella. Alfredo, cada vez mas tímido, no se atrevia apenas á hablar á Isaura sin ponerse encendido. Alguna cosa se debian haber acabado de decir, cuando entró el señor Martin; pues la mirada penetrante de este, sorprendió en su hija un destello de pudor, y en Alfredo una sombría inquietud.

El padre de Isaura tomó una silla y fué á sentarse á poca distancia de los jóvenes. Hacia un rato que estaban en esta posicion, y nadie habia aun turbado el silencio: la situacion de los tres personajes era sin duda embarazosa.

El señor Martin fué el primero que se fastidió de este silencio prolongado: levantóse, arriñó su silla á la pared, y se fué silvando entre dientes, despues de haber dicho á los jóvenes:

—Adios, Isaura. Quedad con Dios, Alfredo.

Los dos amantes se quedaron solos: ninguno de los dos se atrevia á romper el silencio.

—Isaura! dijo por fin el joven.

—Qué quereis, Alfredo?

—Qué teneis?

—Yo!... nada!...

—Teneis algo conmigo?

—No señor.

—Pues entonces en qué pensais?

—En qué pienso?... en nada!

—Acaso en el día de mañana?

Isaura se ruborizó y no respondió; quizás habría adivinado su pensamiento. Alfredo comprendió al punto la emoción de la jóven: mas un sentimiento de duda, de inquietud vino á agriar sus pensamientos: el amor de la jóven no contaba mas que algunos días.

—Isaura, sereis feliz? le preguntó escudriñando su rostro con una mirada penetrante y escudriñadora.

—Si seré feliz me preguntais! dijo Isaura.

Esta respuesta dictada por una noble y generosa sencillez dió á entender todos los afectos de la jóven. Alfredo se sintió transportado: en aquel instante era mas feliz que nunca. Sin embargo, le gustaba oír esta espresion de sentimientos de la boca de Isaura, no una sino mil veces si pudiera: por eso prosiguió:

—Me amais, Isaura?

—Me preguntais si os amo?

—Me creo con razón para preguntároslo.... en vísperas de un acto que va á hacer la suerte de toda nuestra vida.... ó la desgracia.

—La desgracia?

—Si señora.... por qué no?

—Ah! Alfredo.... hoy estais por las ideas tristes.

—Nó.... señora.... no por las ideas tristes... por las solemnes.... por las decisivas....

—No os comprendo, Alfredo.

—No me comprendeis señora? preguntó Alfredo dejando traslucir alguna tristeza.

—No, Alfredo.... estais hoy.... tan raro....

—De veras?

—De veras.

—Me parece que en la víspera de mi matrimonio.... tengo derecho para preguntar á mi futura esposa si me ama.

—Qué si os amo?

—Si señora.

—Me parece.... que si nó.... no os hubiera dado el sí.... dijo cubriéndose de rubor la jóven con voz entrecortada y vacilante.

—Sin embargo.... si vuestro padre....

—Oh!.... no ; dijo la jóven comprendiendo lo que Alfredo queria decir.... mi padre es tan bueno!.... si le dijese.... que eso no podria hacer mi felicidad.... mi padre respetaria la felicidad de su hija.

Esta proposicion tan afirmativa acabó de desvanecer las horribles dudas de Alfredo; un raptó de amor y felicidad embargó su alma, sus ojos brillaron con un fuego de animacion, y sin poderse contener acercó su silla á la de la jóven y pasó su brazo por detras de su esbelto talle.

El salon bajo tenia dos grandes ventanas que daban al campo, elevadas cerca de dos pies al nivel del suelo: los dos amantes se hallaban cerca de una de ellas. Una sombra negra como la de un hombre que se paseaba por el campo cruzó de pronto por la ventana: el jóven no lo reparó en su ardorosa embriaguez; pero Isaura se puso pálida, y lanzó un grito de angustia y de tenor. Acababa de ver á don Juan. Aquel hombre le inspiraba un horror invencible, y sin em-

bargo habia sentido amor hácia él: cómo explicar este amor extraño?

Era porque don Juan habia conseguido dominar todas las facultades de la jóven, habia logrado fundir por decirlo así su alma y sus pasiones, y amoldarlas á las suyas, porque habia logrado mezclar una inclinacion ó mas bien una atraccion magnética irresistible con el terror que le infundia: por eso el amor de Isaura á don Juan era sumiso como el que profesa una jóven virtuosa y cándida á un padre tirano.

Qué diferencia de este amor al de Alfredo! Este era como el rayo mas puro del sol en el medio dia, aquel era la luz azufrada del relámpago que hiende las nubes en la oscuridad de una noche tempestuosa.

Cuando la jóven vió á don Juan, todas sus emociones pasadas, todos sus amargos recuerdos se volvieron á gravar vivamente en su alma. Alfredo advirtió el trastorno de la jóven, y una espresion de disgusto é inquietud se pintó en sus ojos.

—Qué teneis, Isaura? le dijo con una solícita ternura.

—Nada, Alfredo.

—Cómo nada?

—Nada os digo.

—Cuál es la causa de ese súbito trastorno?... decidmelo en nombre del cielo.

En este instante volvió don Juan á pasar por la ventana: esta vez, pasó mucho mas cerca, y su audacia llegó hasta acercar el rostro á las rejas, y escudriñar con una imprudente mirada

la sala y las personas que habia en ella. Al ver á Isaura con el jóven se puso verde, y una sonrisa casi infernal contrajo su fisonomía.

Esta vez lo habia visto Alfredo: la palidez que iba desapareciendo por grados del rostro de Isaura, volvió á cubrirlo de nuevo. No era pues muy difícil al jóven calcular cuál seria la causa de su trastorno anterior.

No se mostró en su fisonomía ninguna señal de enojo, amargura é inquietud: una espresion de concentrado furor, hizo chispear sus ojos y erizó su bigote rubio. Se acercó á la ventana, sacó la cara en todas direcciones, en cuanto se lo permitian los hierros; pero nadie se veia ya.

—Isaura, quién es ese hombre? le dijo por fin con un tono de amarga reconvenccion.

Isaura se puso trémula; pero reuniendo sus fuerzas halló energía suficiente para responder con voz breve y firme.

—No lo sé.

—No lo sabeis? preguntó el jóven con una amarga ironía.

Aquel tono despedazaba el corazón de Isaura. Los dos amantes estuvieron algun tiempo sin hablar palabra: un momento de amargura sucedió á estos ratos de felicidad.

—Isaura, dijo por fin con amargura Alfredo; Isaura, no os pregunté si me amábais?

—Si, señor.

—Y qué respondisteis?

—La verdad.

—La verdad!

—Si, señor... la verdad.

—Con qué es verdad que me amais?

—Si, señor.

—Pues entonces; ese hombre!...

—Ah!

—Decídmelo... que quiere decir ese hombre?

—Qué me preguntais, Alfredo?

—Qué os he de preguntar?... una cosa de

la que depende mi felicidad.... para siempre....

Isaura calló.

—Decídmelo.

—La jóven permaneció callada.

—Por piedad Isaura.... por piedad.

En este momento se oyó la voz del señor

Martin que desde el piso alto llamaba á Alfredo

con impaciencia.

—Isaura.... ya sabeis cuanto os amo!

Isaura estaba pálida trémula: en su rostro

se dejaba ver todo lo que podia sufrir en su

alma.

—Isaura, tened compasion de mí.... pror-

rumpió el jóven con un acento de desespera-

cion.

El señor Martin llamó otra vez á Alfredo.

Este reuniendo toda su energia dijo con una

voz bastante firme:

—Isaura... en nombre de nuestra felicidad,

no lo quereis decir?

Una lágrima ardiente corrió por las méjillas

de Isaura: los ojos de Alfredo secos y brillan-

tes dejaban traslucir un dolor desesperado. Por

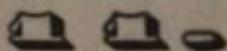
último dijo con una voz arrancada de lo íntimo

de su corazon.

—Quedad con dios señora

Y salió de la sala con el pecho oprimido por una penosa emoción.





El seductor.

X **A**si que Isaura quedó sola pudo dar un libre curso á sus lágrimas: parecia que su pecho respiraba con mas libertad. La idea de don Juan se habia mezclado á sus delicias , habia emponzoñado sus menores placeres: asi es que , solo el recuerdo de aquel hombre estremecia á la jóven.

De pronto un ruido la sacó de su distraccion: la puerta acababa de abrirse. Levantó la cabeza y vió que don Juan habia entrado y se acercaba á ella.

La jóven se quedó fria , inmóvil como una

estatua, quiso hablar y no encontró fuerzas para ello. Así no pudo oponer resistencia alguna á don Juan que se adelantaba hácia ella.

Don Juan estaba en vestido de montar, todo su atavío respiraba una elegante negligencia. Parecia imposible que aquel rostro frío é incapaz de espresar pasion alguna, pudiese encubrir un alma que hubiese amado alguna vez. Y sin embargo, don Juan amaba á Isaura todo lo que la podia amar.

Por lo demas, don Juan era en realidad lo que se llama *un buen mozo*; su rostro envejecido antes de tiempo por los excesos y sus cabellos y bigotes llenos de canas, mostraban el desarreglo de su vida pasada. Su nariz Aguileña, su ancha frente y sus grandes ojos pardos, tenian una expresion muy marcada de altivez y arteria. Sus labios ocultos bajo un espeso bigote, y contraidos casi siempre por una sonrisa sardónica, daban á entender un carácter glacial y despreciativo, siempre propenso á revestirse de todas las formas posibles. Al entrar, se acercó á Isaura, tomó una silla y se sentó á poca distancia de la jóven.

Cualquiera hubiera esperado en Isaura un torrente de injurias y de reproches: mas don Juan habia sondeado profundamente su carácter y conocia todo el dominio que ejercia sobre ella. Por otra parte, la jóven en cuanto lo vió, empezó á sentir su influencia, y no encontró, ni palabras para espresar sus ideas, ni valor para proferirlas aunque las encontrase.

Habia pasado un rato, cuando Isaura se de-

cedió por fin, á decir con una voz balbuciente y trémula:

—Qué quereis?

—Señora.... lo mas natural , respondió don Juan con una flemma impasible.

—No os comprendo.

—Nó?... de veras?... pues hablaré mas claro: Me amais?

—Qué decis?

—Lo diré mejor.... me amásteis?

—Sí , don Juan.

—Estais dispuesta á amarme todavia?

A esta pregunta la jóven se erguió con altivez; le hubiera parecido humillante responder de una manera evasiva á tan estraña proposicion. Levantó pues su frente y respondió:

—Señor, ignorais acaso que unos lazos eternos me habrán unido mañana á otro hombre?

—Bah! estais unida ya con vuestros lazos eternos? preguntó don Juan con una calma burlona.

—No señor, respondió Isaura humillada por la calma de don Juan.

—Pues entonces podeis hacer lo que querais.... Podeis....

—Qué?

—Ser mia.

—Qué decis, don Juan?

—Ya lo veis, Isaura , mi amor hácia vos ha sido primero que el suyo.... y.... ya lo veis, un esfuerzo por parte vuestra es necesario.... con eso podré olvidar.... vuestra infidelidad.

—Qué estais diciendo?

—Vos debéis conocer que yo tengo mis derechos....

—Pero qué quereis decir con eso?

—Podiais olvidar el amor pasagero que habeis sentido por ese ser privilegiado.... yo os ofrezco mi amor.... venios conmigo....

—Oh!... nunca! nunca!

Por mucha sumision que sintiese la jóven por don Juan, el imperio que tenia en ella su virtud, era mayor aun: por eso no habia podido su seductor conseguir nada sobre ella, habiéndola encontrado firme en todos sus ataques.

Una ligera espresion de disgusto se mostró en la fisionomia de don Juan, que no esperaba tanta resistencia; no obstante pudo conservar su fria serenidad y prosiguió:

—Señora, me parece que no debiais oponer tanta resistencia.... á una cosa tan sencilla.

—Cómo tan sencilla?

—Si, señora... tan sencilla. Y mas, teniendo yo algun derecho.....

—A qué?

—A vuestro amor.

—Don Juan!!

—Qué?

—Os olvidais....?

—De qué?

—De vuestra accion....

Don Juan hizo un gesto de disgusto é inquietud: sin duda se le haria amargo el que le recordase sus acciones pasadas. La sonrisa sardónica desapareció por un momento de sus labios para dar lugar á una seriedad profunda.

—Isaura, dijo por fin, me parece que à nadie tengo que dar cuenta de mis acciones: bastos saber que os he amado y que os amo, y que todas mis acciones por malas que sean, merecen excusas cuando van dirigidas à un fin laudable.

—Y bien?....

—Y bien!.... mi único fin, es conseguir.... vuestro amor; y ese me parece un fin bastante laudable y que disculpa todas mis acciones.

Don Juan calló un momento, y despues dijo:

—Con qué decidme si quereis ó no seguirme?

—De ninguna manera, caballero, contestó con resolución la jóven.

—Pues bien, para vos será el mal.

—Cómo?

—De la manera mas sencilla: tengo medios para perder à vuestro futuro esposo.

Don Juan pronuncio estas palabras con una ironía tan amarga y recalcada, que Isaura tembló à su pesar... no por sí, sino por Alfredo.

—Qué medios? preguntó con espanto.

—Esos no los conoceréis sino por los efectos, Cuando veais à vuestro amante deshonorado!

—Qué decis?

—Desterrado!

—Oh! dijo Isaura con horror dejando caer su cabeza entre sus manos: una voz secreta le decia que aquel hombre era capaz de todo.

—Infamado!... confiscados sus bienes! perdido para siempre!

Don Juan no recibió contestacion alguna à estas nuevas amenazas: Isaura no se hallaba en estado de responder à ellas.

—Entonces se arrimó algo mas á Isaura diciéndole con una voz mas fuerte:

—Decid, señora qué hariais entonces?

Isaura levantó la cabeza: sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

—Responded , prosiguió don Juan con una calma cruel.

Hasta entonces no habia comprendido la jóven todo el horror de su situacion: al ver aquel hombre, que con la venganza en la mano y una sonrisa infernal en los labios le daba á escojer entre el deshonor suyo y el de su amante, sintió que le faltaban las fuerzas y cayó de rodillas á los pies de don Juan exclamando con dolor:

—Por dios! don Juan;... sed piadoso!.... os lo ruego!.... os lo suplico!

—Seguidme , señora.

—En nombre del cielo.

—Ya os lo he dicho: soy inflexible.

—Por mi vida! por vuestro honor!.... por nuestro amor pasado! prorumpió Isaura con el acento de la desesperacion.

—En este momento la puerta se abrió, y Alfredo entró al salon. X

Un padre y un amante.

CUANDO subió el jóven, encontró al señor Martin en su cuarto sentado en un sillón: estaba pensativo é inquieto.

—Qué quereis? le preguntó Alfredo al entrar.

El jóven tenia el rostro demudado: la escena que habia tenido con Isaura habia producido un trastorno completo en su fisonomia.

—Qué tienes? le preguntó el señor Martin observando la palidez de su rostro.

—Nada.

—Nó ; algo tienes....

—Por qué me lo preguntáis?

—Porque puede ser que sea por lo mismo que yo tengo que decirte.

El corazón del joven latió precipitadamente cuando el señor Martín dijo estas palabras.

—Nó... yo no tengo nada, contestó con una voz no muy segura, y después prosiguió con alguna más firmeza: pero decidme, qué es lo que me teneis que contar?

—Ahora mismo: hace algunos días que un hombre de aspecto extraño y misterioso, andaba rondando mi casa, y aun hizo una tentativa contra ella, que yo felizmente logré evitar hiriendo á un criado suyo, y desde entonces desapareció de estos contornos, y ningún vecino lo volvió á ver más.

—Bien, y qué?

—Que ahora está otra vez rondando la casa.

—Cómo?

—Ahora mismo lo he visto que se estaba paseando por estas calles de árboles, muy arriado á las ventanas bajas con un aire como de acecho....

—Yal yal dijo con amargura Alfredo combinando ciertas circunstancias.

—Sabias algo de eso?

—Yo.... nada.

—Pues entonces?....

—Es que me parece que ya yo he visto ese sujeto.

—Cuándo? cómo? preguntó con interés el padre de Isaura.

—Ahora poco.

—Ahora poco?

—Si, señor.

—Cómo?

—Estaba en el salon bajo, cuando ese hombre se arrimó por dos veces á la ventana, y en particular á la segunda vez se acercó tanto, que se pudo distinguir claramente.

—De veras?

—De veras.

—Y á tí qué te parece? preguntó pensativo el padre de Isaura.

—A mí... nada.

Habia en esta respuesta de Alfredo una expresión tan marcada de descontento y amargura, que el señor Martin levantó la cabeza, y descubrió en sus facciones un trastorno singular. Una sonrisa horrible como la que arranca el tormento á los infelices, vagaba por sus labios: un surco sucio que contrastaba con el blanco de sus mejillas, anunciaba que una lágrima habia corrido por ellas: él habia echado de ver las desconocidas relaciones de aquel misterioso individuo con Isaura: él habia visto el terror que la sola idea de aquel hombre produce en el alma de su hija, y comprendia que los celos debian ser la causa del trastorno de Alfredo. No sabia si estos eran ó nó fundados; pero lo que le convenia ante todo, era borrar hasta su huella en el alma del jóven. Dirigió pues la vista á Alfredo, y le dijo con una cierta espresion de inteligencia, acentuando con cuidado sus palabras:

—Conque á tí no te parece nada?

—Nada.

—Pues, hombre..... es raro.....

—Por qué?

—Porque.... verdaderamente.... eso dá que pensar....

—Es verdad....

—Y mas habiéndolo tenido tan cerca.... habiéndolo visto acechar.... registrar el salon en que estábais... ¿cuánta gente habia en él?

—Nadie mas que Isaura y yo.

—Y qué dijo Isaura?

Al decir esto el señor Martin, lanzó una mirada penetrante á Alfredo, como si quisiese descubrir sus mas ocultos pensamientos. El jóven se puso pálido, sus ojos brillaron con un furor concentrado, y el señor Martin adquirió la certidumbre de sus sospechas.

Los dos guardaron un instante de silencio.

—Y que dijo mi hija? volvió á repetir el señor Martin.

—Vuestra hija....

—Sí, mi hija.

—Nada.... se puso pálida.....

—Con qué se puso pálida?

—Si, señor....

La amarga agitacion de Alfredo se habia aumentado á cada pregunta del padre de Isaura. Estè lo conoció, y le dijo con inquietud.

—Pero, Alfredo, tú estás malo?

—Yo.... nó....

—Retírate.... descansa.... *y deja de pensar en cualquier cosa que te dé cuidado....*

—Que deje de pensar!

—Si.... es lo mejor que puedes hacer.... retírate....

—Quedad con Dios.

—A Dios.

Alfredo se retiró, no á descansar y á no pensar en lo que le diese cuidado, como mañosamente le habia aconsejado el señor Martin, sino á gozar de la vista de Isaura, y á redoblar sus dolores renovando sus celos.

Lo que le habia dicho el señor Martin habia dado mucho pábulo á sus celos: aquel hombre pues habia conocido á Isaura antes que él: antes que á él lo habria amado la jóven, habria suspirado por aquel hombre antes que hubiese suspirado por Alfredo. Esta idea destrozaba su corazon.

X Con el alma llena de amarguras y la mente de pensamientos tristes, entró Alfredo en el salon bajo. Qué escena se presentó á su vista! Isaura estaba de rodillas á los piés de su rival. Isaura, rendida y suplicante, le pediria... tal vez que desechase las infundadas sospechas que habia concebido al verla con otro; mientras el desconocido con el orgullo en la frente, y una sonrisa de triunfo é ironía en sus lábios, escuchaba sus súplicas con un aire de desdeñosa proteccion.... de autoridad improvisada, á quien por un momento se le ha concedido dictar leyes.

Alfredo se adelantó hasta el medio de la habitacion: no podia creer lo que habia visto. Pronto se cercioró de la verdad, y tuvo que retroceder un paso: entonces fué cuando conoció todo el amor que tenia á la jóven. Un sudor frio bañaba su frente, una lágrima ardiente se deslizó por sus mejillas: en sus ojos brillaba to-

do el desesperado furor con que pintan á los condenados.

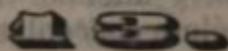
Don Juan, con el rostro impasible y la mirada insultante, vió sin inmutarse como se acercaba Alfredo hácia él: mas cuando el jóven, cerciorado del hecho por sus ojos, dió un paso hácia atrás, entonces el seductor se levantó como impulsado por un resorte, y con la frente elevada y ademan tranquilo, esperó que estallase la cólera concentrada del amante de Isaura.

Esta, al ver á Alfredo se habia sorprendido: cuando este llegó al medio de la habitacion, cayó desmayada.



do el despertado furor con que pintaba los
condenados.

Don Juan con el rostro impasible y la
mirada insultante. Se empuñaron como se
esperaba. Alfredo hacia él: una mirada de
jóven extranjero del Norte por sus ojos. Hizo
un paso hacia atrás y mandó que se retirara un
poco para irse por un lado. Y don
Juan se volvió y miró al otro lado. Después
la lucha se volvió y al momento siguiente cayó
por estrellarse en el suelo del suelo de
la arena.



Entonces Alfredo se volvió sorprendido
cuando cayó al suelo de la habitación.
Cayo de espaldas.

X El desafío. X

X **L**A esplosion del furor de Alfredo, debía ser terrible. Los dos rivales estaban frente á frente: don Juan con toda la frialdad de un alma gastada: Alfredo con todo el ardor de un corazon jóven.

—Caballero, dijo al fin éste con enérgica espresion: qué haciais aquí?

—Antes de responderos, caballero, contestó don Juan con una sonrisa insultante; me parece debeis decirme si en realidad teneis derecho para preguntarme eso.

—Si tengo derecho ó nó poco os importa:

respondió el joven escasaperado por la frialdad de su contrario: respondió pronto.... con qué fin habiais entrado aquí.

—Responderé lo mas pronto posible. Con ninguno.

—Con ninguno?

—Con ninguno absolutamente.

—Sois pues un intruso.... tal vez un espla.... tal vez....

—Caballero, muy poco os debe importar lo que yo sea. He entrado aquí como se entra en cualquier parte.... cuando se encuentra franca la entrada.

—Y quién os dá derecho para hablar con esa señorita?....

—Mil cosas que vos no sabeis. Nuestro amor.... nuestras antiguas relaciones...

—Vuestro amor!... vuestras antiguas relaciones! exclamó Alfredo ardiendo en ira.

—Si, señor, y qué?

—Os digo que mentis, caballero.

—Cómo que miento! exclamó don Juan á quien la provocación de Alfredo habia sacado de su calma habitual.

—Mentis, os lo repito; el amor de esa joven me pertenece á mí solo.

Don Juan al oír esta respuesta, cayó en que Alfredo seria el amante favorecido, el futuro esposo de Isaura. Parecióle ridiculo y denigrante manifestarle su enojo: don Juan blasonaba de hombre apático, y efectivamente lo era. Una sonrisa fria y burlona vagó en sus lábios; lanzó al joven una mirada de superioridad y

desden; pero aquella calma aparente, ocultaba un profundo enojo, un sentimiento de dignidad ajada, ó mejor dicho, de orgullo oprimido. Levantó pues la frente, puso la mano en la cadera, y dijo con tono de dignidad al jóven.

—Me habeis dicho que mientol....

—Si, señor.

—Sabeis lo que contesta á eso un hombre de honor?

—Si, señor.

—Pues bien.... elegid armas.

—Esperaos, caballero; arriba tengo un par de pistolas.

—La hora?

—Ahora mismo.

—Y los testigos?

Alfredo se detuvo á esta pregunta: un momento estuvo sumergido en una absoluta indecision; pero no queria dar cuenta de nada al padre de Isaura: dijo pues con resolucion.

—Irémos solos.

—Cómo solos?

—Caballero, dijo Alfredo con energía, fiaos en mi palabra, asi como yo me fio en la vuestra.

—Pues bien, id á buscar vuestras armas.

—Alfredo salió del aposento.

Durante este intervalo don Juan se arrimó á Isaura: su cabeza estaba caida sobre el respaldo de la silla, dejando enteramente descubierto su cuello de cisne. El seductor estaba estasiado á pesar de su carácter frio: nunca le habia parecido tan hermosa, Acercó sus labios á sus mejillas: mas tuvo que retirarlos como si estuviese

impulsado por una fuerza interior; se sentia lleno de un respeto inconcebible, casi religioso; y el seductor que habia gozado de la belleza primitiva de tantas mujeres, temia desflorar con su aliento las facciones vírgenes de la jóven.

Don Juan estaba contemplándola, cuando se abrió la puerta de la sala. Alfredo acababa de entrar con dos pistolas en la mano.

—Caballero, cuando gustéis.... le dijo.

—Vamos, fué la única respuesta de don Juan.

Ambos salieron fuera de la casa. Torcieron á un lado de la calle de árboles: don Juan manifestaba una estraña indiferencia, mas sus mejillas se teñian de cuando en cuando de un color encendido. Alfredo iba pensativo: una emoción superior dominaba su naturaleza y contenia su furor. Habrian andado unos cuarenta pasos cuando se encontraron en un claro redondo como de diez pasos de diámetro rodeado de matas espesas. Alfredo y don Juan, como impulsados por una idea comun se detuvieron en este lugar.

—Os parece bueno el sitio? dijo el primero.

—Bueno, respondió el otro.

Alfredo sacó las pistolas: don Juan las examinó con atención.

—A qué distancia quereis que tiremos? le dijo.

—Al largo del claro.

—Bueno.... Qué quereis? cara ó cruz?

—Cara.

Don Juan sacó una moneda de oro y la tiró

por alto.

—Cruz dijo don Juan: la moneda cayó al suelo y la suerte lo favoreció.

—A mí me toca.

—Tirad pues.

—Caballero, dijo don Juan con una flemma algo burlona; ya lo veis.... la suerte me ha favorecido....

—Bien.... y que? preguntó Alfredo con impaciencia.

—Si quereis.... que cese el duelo....

—Qué decis caballero?

—Ya lo veis... á cinco pasos... es esponeros á una muerte segura.

—Tirad, caballero.

—Yo no doy un golpe tan seguro.

Tirad, os digo, exclamó Alfredo con una colérica impaciencia.

—Que tire me decís, caballero? contestó don Juan con una orgullosa superioridad.

—Que tireis ú os tiro yo: respondió Alfredo ecsasperado hasta lo sumo.

—Pues bien.... vos lo quereis..... tomad.

Al decir don Juan estas palabras, salió el tiro

—Ayl exclamó Alfredo: acababa de caer al suelo.



La noticia.

X **A** poco tiempo de haber salido los dos rivales de la sala, un ligero color rosado volvió á cubrir las mejillas de Isaura, sus ojos se abrieron dejando paso á dos gruesas lágrimas que estaban suspendidas á sus párpados, sus labios se entreabrieron y escalaron un suspiro.

—Dónde estoy !

Fué lo primero que dijo con una voz débil y apagada: nadie contestó á esta pregunta.

Los ojos de Isaura se abrieron del todo: levantó con languidez su cabeza. Ecsaminó con

la vista la habitacion; pero no habia nadie en ella.

Todo lo pasado se aglomeraba en su imaginacion como un sueño, cuyas imágenes se fatiga en vano el alma para recordar distintamente: conocia que una grande emocion, una agitacion imprevista habia dominado su espíritu y embargado sus sentidos: pero no podia concebir cual habia sido la causa de esta sensacion extraordinaria. Cuando volvió en sí, vió de pronto todos los objetos que le presentaban á la memoria el pasado accidente, comenzó á recordar especies inconexas, despues á unir las entre sí, y por último se presentó á su vista toda la amargura de su situacion. Sin embargo estrañaba que las principales causas, los principales motores de ella no estuviesen presentes: adonde han ido? Ya hemos hecho conocer á los lectores la diferencia del amor que tenia ó por mejor decir habia tenido á don Juan, y el que profesaba á su primo; no obstante, echaba de menos tanto á su amante como á su seductor.

En este instante sonó un tiro lejano.

Isaura se sobresaltó, levantóse, y escuchó con una atenta ansiedad; una voz secreta le decia que aquel tiro tenia relacion con su existencia, con la de una persona querida.

Su primer impulso fue correr el lugar por donde habia oido el tiro: quiso andar pero no se encontró con fuerzas suficientes para ello.

En pié, inmóvil, con el cuello estendido, los ojos desencajados y conteniendo la respiracion, Isaura blanca como el mármol, se parecia á Nió-

be cuando la convirtió en piedra el dolor de haber perdido á sus hijos.

La desgraciada Isaura se dejó por fin caer en una silla: sus fuerzas estaban agotadas. Acostumbrada á una vida mas sencilla y tranquila, eran nuevas para ella las crueles agitaciones que devoraban su ánimo. La antigüedad no habia sabido espresar en sus mármoles y en sus bronces un ideal tan bello, de un corte tan puro, de una espresion tan hermosa y angelical.

El señor Martin entró en este momento en la sala: estaba inquieto y desasosegado desde su conversacion con Alfredo. Temia por la felicidad de la jóven. Al verla tan pálida y trastornada se aumentaron las inquietudes del señor Martin.

—Dónde ha ido Alfredo? preguntó con impaciencia.

—No sé, respondió Isaura trémula.

—Isaura, te sientes mala?

—No, señor.

—Has tenido alguna incomodidad con Alfredo?

—No, señor, dijo la jóven ruborizándose.

—Vamos: háblame con franqueza, qué es lo que ha sucedido?

—Nada.

—Nada.... de veras?

—Os lo afirmo.

A pesar del lenguaje tan firme y seguro que usaba la jóven, su ademan, su palidez hacian traicion á su entereza, el señor Martin se apercibió de ello y sus inquietudes redoblaron.

—Con que no ha sucedido nada?....

—Nada.

—Con qué no se lo quieres decir á tu padre?

—Yo....

Un criado con el semblante inquieto entró en este momento precipitadamente en la sala.

—Señor.... dijo en cuanto entró.

—Qué quieres? preguntó sobresaltado el padre de Isaura.

—Hemos encontrado herido....

—A quien?

—Al señorito....

—A Alfredo?

—Si, señor.... al señorito Alfredo.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—Pues, alla voy corriendo.

En este momento, Isaura no pudo resistir mas: sus fuerzas flaquearon, y cayó llorando en los brazos de su padre.

X X

Amo y criado.

ERA sábado.

Un sol ardiente y sin rayos como un globo de hierro candente, arrojaba violados y misteriosos reflejos sobre las desgarradas nubes que la brisa de la tarde esparcía á trechos sobre la dilatada llanura que separa á Murcia de los campos vecinos.

El horizonte está limitado al norte por las blancas y lejanas casas de la capital, que se veían en lontananza como un grupo de nubes arremolinadas; y por los demas lados por una hilera de bosques, cuyos gigantescos árboles

ahogaban con su perfil oscuro los fulgores de un sol cercano al occidente. Algunas lejanas aldeas esparcidas á trechos entre los bosques, se destacaban de un modo extraño sobre el azul del cielo como pequeños montes de nieve. Todo el espacio comprendido entre estos objetos, es una estensa y dilatada llanura, cubierta de una tierra dura y pedregosa, propia para resistir á los esfuerzos del labrador, y que forma un singular contraste con el fértil suelo de lo provincia que con tanta razon ha sido llamada *el jardin de España*.

Un silencio imperturbable y continuo reina en aquella soledad; y sin embargo, cosa extraña, el oido no acostumbrado á aquel silencio tranquilo y sepulcral, le parece oir continuamente un ruido sordo y monótono como el de muchas voces lejanas.

Un robusto pino, cuya espesa y elevada copa se estiende dando una sombra benéfica en derredor, se eleva en medio de aquella uniforme estension: este antiguo coloso que se levantó erguido y solo, en el punto céntrico de aquel círculo inhabitado, parece la única señal apropósito para una cita en aquel lugar.

Un hombre solo, se halla al pié del árbol.

Inmóvil, sombrío, silencioso, embozado en una ancha capa que no dejaba distinguir sus formas, y con el ala de su sombrero echada sobre el rostro, la luz del sol se reflejaba sobre él de un modo extraño, dando á su mediana estatura, un aire imponente y sepulcral. Su rostro imberbe, de un blanco mate no muy co-

mun entre los españoles, está sombreado á penas por algunos mechones de pelo crespo y rojo que le bajan hasta el nacimiento de la nariz, que se dilata extraordinariamente pareciendo dividir en dos partes su ancha boca, terminada por dos labios delgados y descoloridos. Sus ojos pequeños, hundidos y ocultos por sus largas y espesas pestañas, se descubren solo, ó mas bien, se adivinan, por un rayo de maligna ironia. Todo en fin parece anunciar la maldad y la depravacion en aquel rostro ajado por los excesos prematuros.

La frente de aquel hombre se halla ligeramente contraida por un sentimiento de inquietud y temor: varias veces ha fijado el oido con atencion hácia alguna parte, y ha registrado en vano la llanura con sus ojos, aunque pequeños, vivos y penetrantes: mas siempre infructuosamente, y su mirada se perdía en aquellos campos silenciosos.

De pronto....pareció prestar el oido con mas interes que nunca; su frente se dilató, y un rayo de alegria pasó por sus estrañas facciones. Adelantóse unos diez pasos y volvió á escuchar otra vez. Su fisonomia varió de pronto, su pecho se ensanchó, pareciéndole respirar con mas libertad, y exclamó con una voz animada:

—Ya esta ahí!

Y sin embargo, nada se veía, nada se oía en aquel monótono horizonte....

Al cabo de algunos segundos se empezó á oír un ruido sordo y lejano....

Poco despues este ruido se hizo mas percep-

tible, y cualquiera hubiera podido conocer en él las pisadas de un caballo que se acercaba al galope....

De pronto apareció un bulto lejano por el lado del sud que se fué acercando y dejó pronto descubrir las formas claras de un hombre á caballo.

Hasta entonces habia estado aquel hombre, observando con una atenta ansiedad, mas en cuanto pudo ver el bulto se dirigió á él á pasos precipitados.

Pocos momentos despues se juntaron el hombre de á pie, y el de á caballo.

Este era don Juan.

—Con qué.... por lo visto.... tenemos un enemigo menos?

—Ya lo ves.

—Y que tal?.... quedará inútil para mucho tiempo?

—Lo menos en un mes no tendremos el enemigo de frente.....!

—Lo creéis?

—Lo creo. Una herida en el hombro....á unos diez pasos!

—Ya se vé....

Hubo un momento de silencio: don Juan preguntó repentinamente.

—Y fráy Nicolas?.... no lo veo.... Mañana es domingo, tiene que venir á decir misa á la capilla y me dijo que se pasaria por aquí á esta hora....

—Es cierto.

—Pues entonces.... cómo es que no viene?

—Qué se yo? respondió el otro y añadió meneando la cabeza.... fray Nicolas.!!

—Qué dices, jocó? le preguntó don Juan con alguna sorpresa.

—Fray Nicolas....! poca confianza se puede tener en él.

—Por qué, jocó?

—Por que es un hombre *que está muy pronto á servir á todos*

—Bien puede ser, dijo don Juan con un tono reflexivo y añadió en voz baja:

—Algo habrá visto el jocó cuando dice eso.

Antes de proseguir nuestra narracion, digamos dos palabras sobre este hombre, á quien, segun hemos visto, llamaban el jocó.

Hijo de padres como él, nacidos de la hez del pueblo, el jocó se habia acostumbrado á los vicios y á las tabernas desde sus mas tiernos años, y su alma, perversa de por sí, se habia acostumbrado prematuramente á los crímenes. De un carácter frio por naturaleza, solo le inspiraba entusiasmo la maldad: y las emociones mas crueles no dejaban en él mas que huellas ligeras é imperceptibles. Era de una astucia estremada, y su fisonomía siniestra y glacial, sabia revestirse de la máscara mas conveniente: él representaba el rostro ajado de un hombre saturado de placeres, él hacia ver por su fisonomía que tomaba interés ó nó en una accion, y en fin, hacia hablar en su faz susceptible de tan diversas formas á todos los vicios y virtudes capaces de hacer obrar el ánimo de los hombres.

En cuanto á su fisico ya lo hemos descrito: baste decir que su extrema fealdad le habia grangeado el nombre, bien merecido de jocó.

Este hombre habia sido el primer criado de confianza de don Juan, el que habia asistido á sus primeras empresas y consagrado sus primeros amores: despues se habia separado de él por disgustos domésticos, y habia sido sucedido por Tadeo. Despues de la desgracia de éste, á nadie juzgó don Juan mas digno de sucederle que al jocó, que volvió á admitir gustoso las ofertas de su amo. Hé aquí las circunstancias morales del personage que hemos presentado al principio de nuestro capítulo.

Otro bulto apareció en la llanura, y dentro de poco la conversacion fué interrumpida por un nuevo personage.



16.

Fray Nicolás.

EL personaje que se habia acercado á nuestros interlocutores, era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años; su cara ancha y redonda y su cuerpo corto y voluminoso decian claramente que aquel personaje debia llevar una vida cómoda y regalada: su pelo gris empezaba á blanquear, su frente llena y estensa anunciaba una oculta malignidad, y en sus ojos grandes y verdes brillaba la malicia oculta y recelosa de un tigre. La hermosa mula de color castaño claro que montaba, se adelantaba á un paso bastante regular.

Al ver acercarse aquel hombre, una mirada de encono y rivalidad ofuscó por un momento los hundidos ojos del jocó; miraba á aquel hombre como un émulo suyo en concentrada malignidad. El rostro de don Juan espresó mas bien complacencia que disgusto: se conocia que amaba á aquel hombre, ó por cariño ó por necesidad.

—Ahí está fray Nicolás! dijo por fin el jocó.

—Fray Nicolás continuó adelantándose hácia los dos interlocutores, y así que estuvo junto á ellos dijo con una voz hipócrita y resignada.

—*Deo gratias.*

—Buenas noches, padre Nicolás, dijo don Juan con jovialidad. Qué hay por Murcia?

—Nada.... á lo menos que yo sepa, señor don Juan. Soy completamente estraño á los acontecimientos profanos.

—Bien, padre Nicolás!

—Buen hipócrita! murmuró entre dientes el jocó.

—Conque, hermano, prosiguió alegremente don Juan, no estareis al corriente de mi negocio.

—De vuestro negocio?... nó. La semana pasada lo dejé muy mal.... parece que ella no os queria ya... y ademas, habia un pretendiente en campaña....

—Es cierto.... y con primicias de esposo?

—Pues bien!.... y ahora.... que?

—El pretendiente, y don Juan se apoyó con un tono burlesco sobre esta palabra, me incomodaba tanto.... que tuve que quitarlo de medio....

—Lo habeis muerto?

—Nó.... lo he puesto en un estado que no puede ofenderme por algunos dias

Las sospechas que el jocó habia infundido en el alma de don Juan, no fueron del todo infructuosas: el seductor miraba ya con algun recelo á fray Nicolás. La conversacion anterior habia sido estudiada y preparada por él. Su magnética mirada no habia dejado un momento de observar con una escrupulosa atencion la fisonomia del fráile.

Cuando al oír las noticias de don Juan sobre Alfredo, fray Nicolás preguntó con una atenta curiosidad:

—Está muerto?

Sus facciones espresaron una agitada ansiedad, su labio superior se levantó convulsivo, y por su frente pasó una nube.

Aquella nube representaba quizá una ilusion burlada.

Una sonrisa horrible cual la que vaga en los labios de un demonio que conduce á un pecador al precipicio, apareció en los delgados labios de don Juan: sus facciones se alteraron momentáneamente; pero pronto volvió á tomar su máscara glacial, y su frente que un instante habia parecido cargada, se despejó.

Un solo pensamiento se ofreció á su mente:

Qué interes podia tener aquel hombre en conservar la vida de Alfredo?

El jocó no habia perdido una palabra de esta escena: sus ojos pequeños y brillantes habian

observado con una incesorable tranquilidad la rápida é imperceptible transformacion de su amo. Una ráfaga de maligna alegría cruzó aquel rostro glacial, y dirigiéndose á fray Nicolás le dijo con una maliciosa sonrisa, acentuando con cuidado las palabras:

—Lo veis, padre Nicolás?... no está muerto sino herido!.... habeis entendido?

—Si, ya entiendo, dijo fray Nicolás haciendo un ligero gesto de impaciencia.

Don Juan comprendió sin duda el sentido de las palabras de su criado, porque le echó una severa mirada, que el jocó no se atrevió á contrarrestar, y á lo que solo respondió bajando los ojos con despecho. Despues, deseoso sin duda el seductor de cortar una conversacion que causaba rivalidades, dijo, dirijiéndose á fray Nicolás.

—Pero en fin, padre: hablemos: una conversacion al aire libre no puede ser agradable para un hombre que no está acostumbrado á pasar muy mala vida, y por otra parte, no estoy en el caso de cortar, de interrumpir esa conversacion, pues tengo que hablaros de un asunto que me importa mucho: ademas, ya se va haciendo tarde, y como hemos tomado este maldito rodeo, tendremos que llegar regularmente á Murcia á una hora muy avanzada; por lo que si teneis la bondad de ofrecerme un asilo donde pueda quedarme por esta noche, os lo agradeceré con toda mi alma.

—Venid sin cuidado, respondió fray Nicolás: la hermita tiene muchas habitaciones que

todas están á mi disposicion mientras estoy aquí....

—Si, pues allá vamos padre, dijo altamente don Juan. Ven jocó.

—Qué diablos! dijo este con aire de mal humor; de aquí á la hermita hay una tirada de legua y media.

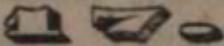
—No importa, dijo don Juan: montarás á ancas conmigo: mi caballo se anda ese tramò en un momento.

—No puedo decir otro tanto de mi mula, dijo el fráile suspirando, y despues añadió con tono de animacion:

—Vamos..

Algunos instantes despues, los tres compañeros estaban puestos en camino hácia la antigua hermita donde fray Nicolas iba á decir misa todos los domingos.





La hermita.

SOLITARIA y separada de todas las demas casas de las cercanías, se elevaba, á tres leguas de Murcia, descollando entre los frondosos árboles que le rodeaban, la pobre y sencilla hermita de San Vicente. Edificada en otro tiempo por un sacerdote verdaderamente cristiano, á quien la fortuna le permitia hacer esos piadosos gastos en beneficio de la religion, nada revelaba mejor que la hermita de San Vicente, esa austera piedad, esa religiosa pobreza, tan observada por los apóstoles como predicada por todos.

Estaba rodeada por todas partes de árboles, que hacian que no se viese desde lejos mas que su cúspide superior, que consistia en una torrecilla en la que habia una pequeña campana para llamar á misa á los aldeanos.

Un ruido lejano se oyó de pronto; eran pisadas de caballos. Algunos momentos despues, aparecieron entre los árboles los interlocutores de la escena anterior; y se pararon enfrente de la puerta de la hermita.

Delante de ella habia una plazoleta despejada de árboles, en la cual se apearon los tres: fray Nicolás se adelantó hácia una puerta pequeña que estaba á pocos pasos de la principal, y dió en ella con los nudillos dos ó tres porrazos, que resonaron sordamente en lo interior.

Al cabo de algunos momentos se oyeron unos pasos lentos y acompasados, y una voz varonil, algo cascada, preguntó por dentro:

—Quién es?

—Yó, Miguel.... Abre.

Oyóse el ruido de una llave y despues el de un pesado cerrojo; la puerta se abrió por fin.

—Buenas noches, padre Nicolás.

—Hola! Miguel, buenas noches.

El nuevo personage que acabamos de presentar á nuestros lectores, era un hombre de treinta á treinta y cinco años, cuyas facciones ajadas por una vida de miserias y privaciones, no habian perdido aun ese sello indéléble y misterioso que, sin saber por qué, caracteriza á todos los sacristanes. Sus ojos azules grandes, pero sin ninguna espresion, su nariz chata y

remangada , su boca grande y encorvada hacia arriba en forma de media luna, su cuerpo alto , pero muy inclinado hacia adelante, todo en fin, anunciaba en él un carácter de indolente apatía, ó por mejor decir , de perezosa estupidez. Tanto en sus miradas como en su porte , se conocia que miraba á fray Nicolás con una tímida y sincera veneracion.

Y esto no es extraño , porque una persona depravada , aun sin revestirse de la máscara de la hipocresía , y aun con mucha mas facilidad si está protegida por un carácter sagrado que lo pone á cubierto de las invasiones de otros , puede inspirar terror , respeto, veneracion. Un carácter bueno , justo , prudente, benigno , no es extraño que inspire veneracion, porque es natural que lo haga , y no necesita hacer esfuerzos para ello ; pero en un carácter perverso y maligno , cuya ponzoña se muestra tarde ó temprano á los ojos de todos , por mas interés que tenga en ocultarlo , que este hombre pueda inspirar respeto ó veneracion á otros hombres , por ciegos , débiles ó apáticos que sean , esto se hace mas difícil , ó por mejor decir , mas incomprensible.

En qué consiste eso?

En que hay caractéres que , independientemente de su matiz bueno ó malo , han nacido para dominar á los otros , por su superioridad de ideas ó por su superioridad de energía. De estos era fray Nicolás.

—Venid , dijo éste á sus dos compañeros en cuanto se hubo abierto la puerta.

Estos se acercaron.

Miguel pareció sorprendido al ver á aquellos dos desconocidos que fray Nicolás traía de noche á la hermita: sin duda conocia que no lo tenia por costumbre.

—Vamos, Miguel, dijo fray Nicolás; es menester que veas donde meter este caballo que tenemos de mas.

—Que se yó.... dijo Miguel reflexionando: como no sea en el segundo cuarto....

—Pues bien.... al segundo cuarto con él, dijo fray Nicolás.

—Bien está, ahora lo llevaré.

—Está preparado mi cuarto?

—Si, señor.

—Con todo lo que mandé que pusieran ayer?

—Si, señor.

—Y la llave?

—Está puesta.

—Pues bien, vamos allá.... dános una luz.

Miguel entró.

—Éntremos nosotros tambien, dijo fray Nicolás.

—Éntremos, dijo don Juan.

Los tres interlocutores entraron en una gran pieza cuadrada á la que se subia por un escalon.

Estaba alumbrada únicamente por una ventanilla situada encima de la puerta, cuyos vidrios rotos y mugrientos estaban completamente interceptados por telarañas desgarradas á trechos por el viento. En frente de la puerta que

daba al campo, había una estrecha y oscura escalera, cuyos escalones, de piedra barroqueña, rotos y desiguales, amenazaban con una caída quizá mortal al imprudente que se arriesgase á subir por ella sin un pródigo y cauteloso cuidado. En los otros dos lados de la pieza, había otras dos puertecillas laterales, una de las cuales, entornada, anunciaba que por allí había desaparecido el sacristan. Las paredes negras y chorreando agua, el suelo incesantemente mojado, daban á aquella pieza un aire glacial é insalubre.

—Que aposento! dijo don Juan mirando en torno suyo: no ofrece esto mucha comodidad para pasar la noche.

—Es verdad, dijo el jocó con una espresion de sombrío descontento.

—No os parecerá tan malo mi cuarto: es lo único que puedo ofreceros, aunque.... una noche.... se pasa de cualquier modo....

E interrumpiéndose añadió:

—Ya está aquí Miguel.

En efecto, este apareció en la puerta de la derecha, con una bujía en una mano, y un esporton lleno de heno en la otra. Echó este al suelo y dándole la luz á fray Nicolás, se dirigió hácia el campo para traer á los animales.

—Vamos, dijo fray Nicolás.

—Vamos, respondió don Juan.

—Pues pasad delante, yo os alumbraré.

Después de subir unos catorce escalones, fray Nicolás condujo á sus huéspedes por un estrecho corredor, que comunicaba á un pequeño

pátio interior por medio de algunas ventanas cuyos espesos hierros apenas dejaban pasar en la mitad del dia una dudosa claridad. Llegó por fin á una puerta situada casi en medio del corredor cuya llave estaba puesta segun le habia dicho Miguel. Dió dos vueltas á la llave; la puerta se abrió y los tres personajes entraron en el aposento de fray Nicolás.



El cuarto de Fr. Nicolàs

ERA este una habitacion de la estension de unas cinco varas cuadradas, en la que no penetraba la luz mas que por una ventana situada en frente de la puerta, que daba al campo por la espalda de la hermita, y que, cuando se cerraba dejaba sumergido al aposento en una tenebrosa oscuridad. Una cama con dos colchones, una mesa de pino con un pequeño estante lleno de libros forrados en pergamino y cubiertos de polvo, un arca mediana de nogal y algunas sillas de enea; tales eran los muebles de aquella habitacion.

—Qué hora será? dijo fray Nicolás.

Don Juan sacó de su bolsillo un hermoso reloj de oro, y lo miró con atención.

—Las diez y cinco, dijo.

—Buena hora, dijo fray Nicolás.

El fraile arrimó á la mesa una silla para don Juan, y otra para él, el jocó se retiró á un rincón por un rato, y despues, viendo que nadie se acordaba de él hizo un gesto imperceptible de disgusto, y arrimando su silla hácia un pico de la mesa, se sentó en ella.

Despues, sacó fray Nicolás una llavecilla de su bolsillo, y acercándose á una alacena baja oculta por el arca de nogal, la apartó á un lado, y abriendo la alacena, sacó de ella consecutivamente una media docena de botellas y otra media docena de vasos medianos, que colocó encima de la mesa.

Despues llenó en silencio los vasos, y colocó uno delante de cada uno de los interlocutores.

Júzguese por estos principios cuál seria el fin de la noche.

—Hola, padre Nicolás, con que parece que teneis ahí provision oculta? dijo riéndose don Juan.

—Si, señor; respondió fray Nicolás; siempre es bueno algunas veces.

Y al decir esto fray Nicolás apuró su vaso.

Don Juan hizo lo mismo.

El jocó, era el único que parecia estar profundamente distraido, y no habia tocado aun al suyo.

—Bebe, le dijo don Juan.

Y el jocó imitó á sus compañeros.

Un momento de silencio y quietud siguió á esta escena: todas las miradas estaban fijas, todas las frentes cargadas, todos los ánimos preocupados por alguna cosa grande é importante que tenían que hacer, decir ó pensar....

Fray Nicolás fué el primero que saliendo de su pensativo estásis, se levantó y volvió á llenar los vasos.

La vista del licor sacó á todos de su distraccion momentánea: la triste nube que pesaba sobre la frente de los tres interlocutores desapareció, todas las miradas se animaron, y una sonrisa falsa ó finjida vágó por los labios de todos....

En aquella sonrisa se descubrió, por decirlo así, el alma de los tres.... la espresion de aquella sonrisa era enteramente diferente en cada uno de ellos: en cada uno de los tres dejaba traslucir un pensamiento grave y fijo, una idea constante y decisiva....

En los labios de don Juan apareció con una espresion de orgullo y desden....

En los de fray Nicolás con una espresion de refinada y reflexiva maldad....

En los del jocó con una espresion sombría de innoble y recelosa malicia....

La espresion de don Juan era la del águila que se cierce sobre el mundo....

La del fraile, la del tigre que contempla su presa palpitante....

La del jocó, era la del chacal sediento de sangre, que no halla en quien satisfacer su ancia devoradora....

Los tres personajes se miraron los unos á los otros, y cada uno pudo ver y comprender la malicia del otro.... Entonces todos aquellos rostros mudaron de espresion, y se mostraron indiferentes como antes.

Don Juan fué el primero que rompió el silencio; sus palabras en toda la conversacion, iban cuidadosamente acentuadas, y acompañadas de miradas furtivas, de recelo al fraile y de inteligencia al jocó:

—Señores, bien sabeis que por muchos motivos, ese amor de Isaura es una de mis conquistas *mas provechosas* y tanto mas agradable, cuanto que no me parece muy difícil. Por otra parte, ya sabeis el deplorable estado de mis rentas....

—Por supuesto! dijo con énfasis el jocó

Y al mismo tiempo miró á fray Nicolàs.

Una emocion imperceptible y pasagera agitó momentáneamente el corazon de este, y se trasladó á su rostro: era una emocion indefinible, oscura que cualquiera hubiera tomado por un triste recuerdo.

Sin embargo por oculta que fuese esta emocion, no se ocultó á la penetrante vista del jocó.



Un estorbo.

ESTA interrupcion fué causa de que se apuraran los vasos y que se llenaran de nuevo.

Don Juan prosiguió:

—Como iba diciendo, ya sabeis el estado deplorable de mis rentas....

E interrumpiéndose, añadió:

—Aunque, bien mirado soy un necio en inquietarme por eso, pues tenemos un buen medio....

Y al decir esto don Juan, echó una espresiva mirada á fray Nicolás.

—Oh! si.... un excelente medio, se apresuró á decir este en voz baja.

El jocó miró á los dos con aire de sospecha:

—Qué significa eso? preguntó con aparente jovialidad.

Y como nadie le contestaba, repuso:

—Qué medio es ese?

—Nada, dijo don Juan con un aire de frio desden.

Cuando don Juan dijo: Nada, el jocó lo miró fijamente con sus hundidos y pequeños ojos, en los que brilló un rayo de maliciosa perversidad; y despues, con un aire de forzada indiferencia, retiró algo mas su silla, y se puso á silvar entre dientes.

Don Juan comprendió sin duda aquella accion de su criado, porque retiró tambien un poco su silla, y mirándolo con cariñosa jovialidad, le dijo con una voz dulce:

—No te he dicho que no es nada, hombre?.... los medios que tenemos para eso de Isaura. Lo de siempre....

El jocó lo miró de reojo, y apareció en sus lábios un rasgo de maligno desprecio.

Casi al mismo tiempo que acababa de hablar, don Juan volvió la cabeza, y cambió una espresiva mirada con fray Nicolás.

Sin duda habia entre ellos alguna inteligencia secreta....

En seguida, sacando la mano que tenia metida en el bolsillo, don Juan hizo con disimulo á fray Nicolás algunas señas que no podia observar el jocó.

El fraile contestó con una mirada á todos aquellos señores. Desde entonces la conversacion no recayó mas que sobre cosas indiferentes.

El licor fué animando pronto á los tres interlocutores: el jocó perdió pronto su recelosa sospecha, don Juan se espresaba con una alegría fina y trivial; fray Nicolás lo observaba todo con ojos rastreiros y centelleantes.

Un sonido lúgubre turbó de pronto la alegría de aquel triunvirato infernal: eran las doce que acababan de dar en el reloj de la sacristía.

—Son las doce? preguntó fray Nicolás.

—Sí, respondió don Juan.

—Pues señores, seguid bebiendo si gustais: yo no puedo ya acompañaros.

—Por qué? preguntó con sorpresa el jocó.

—No lo sabeis? mañana á la seis tengo que decir misa.

—Ah! dijo don Juan con una sonrisa irónica.

Fray Nicolás soltó el vaso que tenia en la mano y que se preparaba á llenar otra vez, y retirándose á un extremo de la mesa, apoyó su mejilla en su mano izquierda, permaneciendo al parecer en una completa imposibilidad.

—Yo tampoco bebo mas, dijo don Juan soltando su vaso y separando su silla de la mesa.

—Yo tampoco, dijo el jocó.

—Tú, jocó?.... le dijo don Juan con una sonrisa de desafio; anda bebe lo que queda.

—Si queda mas de la mitad!

—Anda ; no tengas cuidado.

—No puedo.

Don Juan volvió el rostro á otro lado con desden ; y murmurò entre dientes:

—Cobarde!

—El jocó , que oyó que lo nombraban con un epíteto tan infamante , volvió vivamente la cara , y una espresion de cólera é indignacion, contrao sus ojos y coloró sus ajadas mejillas.

—Cómo cobarde? dijo.

—Si, cobarde , le dijo don Juan con desprecio: esta es la primera vez que delante de mí has tenido miedo al vino.

—Yó!.... miedo al vino?

—Si.

—Yó!!! repitió el jocó con doble ecsaltacion.

—Pruébanielo que no lo tienes.

—Cómo?

—Bebiéndote el resto.

—Allá voy.

Dijo con resolucion el jocó.

Y agarrando una botella se echò un vaso y despues otro hasta que la apuró.

Tomó la segunda , y fué á echarse otro vaso; pero lo que habia bebido antes junto con lo que acababa de beber , habia surtido ya su efecto ; su pulso temblaba , y en lugar de caer en el vaso , el líquido se vertió sobre la mesa.

No por eso se desanimó el jocó ; cogió la botella por el cuello con las dos manos , la aplicó á su boca , y empezó á beber á grandes tragantadas.

Un movimiento de fatiga y mareo agitó por

un instante el cuerpo del jocó: sus ojos brillaron con un fuego rojizo y apagado, los músculos de su cuello se contrajeron convulsivamente, sus piernas vacilaron y se agarró con una mano á la pared.

Sin embargo, se puso en pié, y cogió la última botella, y empezó á beber del mismo módo.

Estaba ya á la mitad de ella, cuando un movimiento convulsivo agitó sus lábios, su pecho palpité por dos ó tres veces poderosamente, sus manos flaquearon, y la botella cayó al suelo y se hizo pedazos.

El cuerpo del jocó sufrió dos ó tres oscilaciones consecutivas, se agarró fuertemente al espaldar de su silla, y despues de haber vacilado algunos instantes, cayó por fin, derrocado al suelo.

Algunos momentos despues, el cuerpo del jocó yacia tendido como una masa iuerte en un rincon de la habitacion.

Fray Nicolás, con los codos apoyados sobre la mesa, y las manos en las mejillas, habia asistido impassible á esta escena.

Al ver la completa inmovilidad del jocó, el fráile levantó la vista, clavó en don Juan su mirada penetrante, y le preguntó con una espression de concentrado interés:

—Podemos hablar?

—Sí, respondió don Juan; ya nos hemos librado de un estorbo.

La conversacion.

HUBO un momento de silencio; aquel momento bastó para trastornar la expresion de ambas fisonomias.

La continua indiferencia y trivialidad que sombreaba el rostro de don Juan, desapareció: sus labios se crisparon con una marcada y sardónica sonrisa.

La aparente jovialidad que animaba hacia tiempo el rostro del fraile, se trocó en un aspecto de imponente y rastrera seriedad.

El fraile fué el primero que rompió el silencio, preguntando, no sin alguna malicia á

su compañero:

—Por qué teneis tanto interes en que no sepa vuestro criado lo que tratamos?

—Yo me entiendo, respondió don Juan con una calma irónica.

—Ya lo conozco, respondió fray Nicolás; pero como algun dia nos ha de llegar á servir....

—Ah! es por eso?.... no tengais cuidado..... cuando tenga que servir.... servirá....

—Entonces.... bueno.

Este diálogo fué interrumpido por un rato de silencio.

Parecia que uno y otro temian empezar una conversacion, en la que, segun parece, debian tener mucho interes.

Don Juan estaba al parecer distraido: fray Nicolás fué el que por segunda vez lo sacó de su distraccion momentánea, diciéndole:

—Don Juan!

—Qué hay?

—Con que en fin.... qué tenemos de lo de don Cláudio?....

—Ah! de lo de don Cláudio?....

Y don Juan dejó percibir una mirada de triunfo,

—De lo de don Cláudio? añadió: cada vez mejor....

—Cada vez mejor?

—Sí:

—Cómo es eso?

—Se le habló á don Cláudio....

—Sí? y qué dice?

—Que está conforme.

—Que está conforme?

Repitió el fraile frotándose las manos de alegría.

—Sí.

—En todo?

—En todo.

—Oh! para eso no hay persona como don Eulogio?....

—Como buen procurador....

—Oh! sí.

Hubo una pausa.

—Y Justino? añadió fray Nicolás.

—Aun no se le ha hablado.

—Cómo?....

—Para qué quereis?....

Y don Juan acompañó con un gesto estas palabras, señalando al jocó que roncaba en un extremo del aposento.

En seguida miró á fray Nicolás, que inclinó la cabeza en señal de estar conforme con sus ideas, diciendo.

—Oh! sí.... es verdad....

—Ya lo veis, repuso don Juan con tono de triunfo.

Y por su frente pasó un rayo de oculta y feroz alegría.

El fraile prosiguió:

—Y don Cláudio.... que os parece.... se sospecha algo?

—Nada.

—Nada?

—Absolutamente nada.

—Pues entonces.... cuando?....

Y fray Nicolás acompañó estas palabras con un gesto espresivo.

—Todavía....

—Cómo todavía?

—Todavía vá largo....

—Por qué?....

—Por que don Cláudio ha comprado una casa en el campo, y viene a vivir en ella dentro de dos semanas.

—Y Margarita?

—Se queda en Murcia.

—Sola?

—Sola....

—Ah! pues entonces....

—Lo veis?.... entonces....

Y don Juan hizo el mismo gesto que habia hecho fray Nicolás.

—Y el jocó? dijo este despues de un rato, con un tono sospechioso.

—El jocó? respondió don Juan. Ah! eso corre de mi cuenta.

—De veras?

—Os lo afirmo.

—Corriente. Con qué vale?

—Sí.

—Cuándo?

—Ya lo sabeis. Dentro de dos semanas.

—Bueno.

—Y por parte de Margarita?...

—Ah! está seguro.

—Por qué?

—Porque yo respondo de eso.

—De veras?

—Os digo que sí.

Una espresion de sarcasmo infernal se dejó traslucir en las palabras que fray Nicolás devolvió á don Juan.

Este lo observó en silencio, y un movimiento de agitacion convulsiva alteró su rostro.

.....
.....
.....
.....

Dieron las cinco de la mañana en el reloj de la sacristía.

—Quedad con Dios, dijo don Juan levantándose de pronto.

—Id con Dios, dijo fray Nicolás levantándose tambien.

Don Juan se dirigió hácia el rincon donde dormia aun el jockó.

—Vamos, levántate, dijo agarrándolo por un brazo y sacudiéndolo.

Este se despertó, bostezó, se esperezó con lentitud, y con una espresion marcada de holgazanería.

—Qué hay? dijo por fin.

—Anda, levántate; ya son las cinco de la mañana.

—Allá voy, dijo éste volviéndose del otro lado.

—Anda, sin tardanza.

—Vamos, señor.

El jockó se levantó por fin.

—Anda, vente.

El criado de don Juan empezó á mirar con ojos espantados hácia todas partes, antes de decidirse á seguir á su amo. Fué menester que la voz de este, lo llamase otra vez desde el corredor, para que se dirigiese hácia aquel punto con un paso lento y penoso, estregándose de cuando en cuando los ojos.

—A Dios, jocó.

Le dijo fray Nicolás en el momento en que aquel pisaba el umbral de la puerta.

El jocó se volvió, lanzó á fray Nicolás una mirada de despecho y encono, y respondió con una voz ronca y destemplada:

—Con Dios.

Y salió.

En cuanto se quedó solo fray Nicolás, brilló en su rostro una espresion de concentrado orgullo, y exclamó con un ademan desprecia-

—Necio!

Don Juan y el jocó, salieron de la hermita: al llegar á la puerta, don Juan, aprovechándose de una posicion en la que no podia ser visto por el jocó, exclamó con una espresion de impaciente despecho:

—Ah! cuanto diera por saber su secreto!

Y montando en el caballo que ya tenia preparado el sacristan, el amo y el criado se alejaron de la hermita en la direccion del camino de Murcia.

Escenas domésticas.

X **E**n el mismo día en que sucedían estas cosas en la hermita de San Vicente, donde aquellos dos recelosos cómplices se entregaban á sus ocultos y maquiavélicos proyectos, otras escenas de un carácter muy diferente sucedían en la casa blanca.

Pasemos á ella.

En el ángulo S. E. del piso superior de la casa blanca, había un aposento, de unas seis varas cuadradas de estension, cuyas paredes altas y cuidadosamente blanqueadas, contrastaban singularmente con un techo algo elevado,

y cubierto por una trabazon de vigas negruzcas. La sencillez de los muebles de aquella habitacion, daba á entender por su moderado aspecto el carácter de su dueño.

En una cama con las cortinas medio echádas, está durmiendo un jóven: es Alfredo. Su sueño es agitado y febril, sus ojos cerrados dejan escapar un rayo de fuego calenturiento al través de sus espesas pestañas.

Y sin embargo, ya está mejor: su enfermedad ha hecho crisis.

Un hombre está sentado en un sillón á la cabecera de la cama: con el codo apoyado en un brazo de su sillón, la mano en la mejilla, y la frente arrugada por alguna triste preocupacion, parece observar alternativamente la frente encendida del enfermo, y un reloj de péndola colocado en la pared, esactamente enfrente de él.

Era el señor Martin.

Hacia algunos minutos que estaba éste sumido en sus reflexiones, cuando la puerta del aposento se abrió silenciosamente, y una jóven entró de puntillas y se dirigió hácia la cabecera del enfermo.

Es Isaura.

Esta no es ya la misma que antes: los brillantes colores que en otro tiempo animaban su feliz juventud; han sido reemplazados por una palidez que dá mas atractivo aun á sus grandes ojos de una espresion melancólica y angeical: Una lágrima reciente acaba de correr por sus mejillas.

El señor Martin , se sorprendió al verla , y poniendo el dedo en la boca, le dijo en voz baja y con un acento de amorosa impaciencia.

—Qué quieres?

—Yo.... nada.

Respondió tímidamente Isaura.

Y acercándose á la cabecera del enfermo, preguntó con un solícito cuidado.

—Qué tal sigue?

—Mejor....

—Mejor?

—Si.... mejor....

—Cuánto me alegro!

—Y yo tambien.

Respondió el señor Martin sofocando un suspiro.

Isaura comprendió sin duda la significacion de aquel suspiro , porque respondió con un acento de dolor.

—Ah! vos me engañais....

—Yo.... engañarte?

—Ah!

—Con qué no me crees?

—Yó....

—Cuando te digo.... que está mejor!

—Con que vos me lo decis?

—Sí....

—Ah!.... razon era.... con la crisis que le entró ayer mismo por la noche....

—Ya se verá....

—Y la herida?

—Quiá.... no es de peligro?

—No es de peligro?

—Nó.

—Gracias á Dios!... Fué terrible la calentura que le acometió aquella misma noche.

—Sí.... terrible....

Y el señor Martin lanzó una mirada severa, casi inquisitorial, é indicándole una silla que estaba allí cerca, le dijo:

—Isaura, siéntate.

Esta se sentó con timidez junto á su padre.

—Con que dí... le dijo éste; tú no sabes cuál fué la causa del desafio de Alfredo?—

—Yo....

—De su calentura?

—Yo.... papá....

—Habla....

Isaura se puso las manos en los ojos, y se deshizo en lágrimas: el señor Martin no pudo resistir mas, y dijo con una ternura paternal.

—Anda.... no llores.... no seas tonta.... enjuga tus lágrimas.... no te preguntaré mas... algun dia te hallarás tu misma en estado de contármelo.

Y al decir esto, el señor Martin volvió á sumerjirse en sus reflexiones.

—Mucho tarda Alfredo en despertarse, dijo el señor Martin mirando al reloj, y despues añadió con tono reflexivo;... quizá este sueño le dé la vida....

Un profundo y prolongado suspiro se escapó en este momento del pecho del enfermo.

—Ya despierta... dijo Isaura con ansiedad.

Alfredo abrió los ojos y tendió su vista en derredor.

Al ver al señor Martin le dijo con una expresión de inefable gratitud.

—Aun estais ahí?

—Nó he de estar?

Respondió con benevolencia el señor Martin.

Isaura se acercó con timidez á la cama, y le preguntó con una voz vacilante:

—Alfredo....?

Al oír aquella voz que evocaba en su corazón recuerdos tan tristes y decisivos, Alfredo abrió extraordinariamente los ojos, y aplicó el oído como quien escucha con atención.

—Alfredo....

Volvió á repetir.

Al oír Alfredo que aquella voz tan grata en otro tiempo para él, llamaba por segunda vez, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y pudo de este modo aparentar una frialdad forzada y cruel.

—Qué quereis.... señorita?

Dijo por fin.

—Os sentis mejor? preguntó Isaura vacilante.

—Ah!..... sí.

Y Alfredo miró á Isaura con una expresión de ternura y dolor.

En este instante sonó la campanilla.

—¿Ver al señor Martín le dijo con una expresión de interés. —¿Un instante más? —No le da de estar... —Respondió con desenvoltura el señor Martín, que estaba sereno con timidez á la vez, y le preguntó con una voz agradable: —¿Alfredo...?

22.

—Al oír aquello, Alfredo con recuerdos tan felices y decaídas abrió espontáneamente los ojos, y abrió el ojo como quien escucha con atención.

Confianzas.

—Al oír Alfredo que aquella voz tan dulce en otro tiempo para él, volvía por segunda vez, él se estremeció y se puso á mirar el modo particular en que hablaba y cómo se movían sus labios... —¿Qué queréis...?

—¿Este por qué? preguntó él.

QUIEN será? dijo el señor Martín con un gesto de impaciencia, al cual siguieron algunos instantes de silencio, porque las diferentes emociones que agitaban á los tres personajes, no los dejaban hablar.

Dos golpes discretamente dados á la puerta del aposento, interrumpieron este silencio.

—¿Quién es? dijo el señor Martín.

—Yó.... respondió una voz de mujer.

—Adentro.... qué queréis?

Esta interpelación se dirigía á una muger que representaba unos cuarenta años, gruesa y

de una fisonomía tan honrada como simple, que acababa de entrar.

—Qué quereis Juana? volvió á preguntar el señor Martin.

—Señor abajo os están esperando... Y —

—Quién?

—Ese caballero que viene algunas veces, que charla mucho.

—Don Cosme?

—Si señor, ese mismo.

—Pues bien, id á decirle que allá iremos.

La puerta se cerró detras de Juana.

—Isaura... dijo despues de un rato el señor Martin.

—Qué quereis?...

—Véte allá abajo á darle conversacion á don Cosme... esas gentes no saben cuando importunan...

Isaura obedeció, no sin alguna repugnancia.

El señor Martin y Alfredo se quedaron solos.

—Escucha, Alfredo... le dijo con dulzura el padre de Isaura; tengo que decirte una cosa.

—Sí?... dijo el paciente con ansiedad; yo tambien tengo que haceros una confesion.—

—Puede ser que tenga que ver lo tuyo con lo mio....

—Oh!.... entonces.... hablad....

—Pues bien.... te acuerdas de lo que yo te dije antes de ayer de aquel hombre?...

Alfredo se puso pálido, y despues encendido: aquella pregunta despertaba todos sus amargos recuerdos. Al cabo de un instante dijo con una voz débil:

—Sí... me acuerdo.

—Está bien....

Dijo con tono reflexivo el señor Martín, y prosiguió.

—Y te acuerdas del desafío que tuvistes con ese caballero?

—Ah!... si.

—Y que tu saliste herido?

—Y que aquella misma noche te se declaró una calentura, que segun dijo el médico, no provenia de la herida?

—Si... pero que?

—Bien... espérate. Sabrás que Isaura está muy desasosegada desde entonces.....

—Ah! no es extraño....

Murmuró Alfredo con una dolorosa ironía.

—Qué dices? le preguntó sorprendido el señor Martín.

—Nada... nada... seguid... yo os hablaré despues.

—Pues bien... ahora yo ecsijo me espliques todo ese misterio... por la salud de Isaura... por la tuya... y por la tranquilidad mia...

—Si?... nada mas que eso pedis?

—Nada mas.

—Pues entonces... eso mismo era lo que yo tenia que deciros,

—No lo dije? dijo el señor Martín sonriéndose con aire paternal.

—Escuchad... dijo Alfredo con aire solemne; escuchad...

—Isaura no es feliz...

—Cómo?

- abu —No es feliz.... conmigo!
- No es feliz contigo?
- Nó....
- abu —Por qué dices eso?
- Porque ama á otro.
- De veras?
- Sí.
- abu —Lo puedes asegurar?
- Las señales no son equívocas....
- Qué señales?
- Cuando vos me llamasteis....
- Qué?
- Yo estaba hablando con Isaura.
- Ya lo ví.... y de qué?
- Le preguntaba si seria feliz....
- abu —Y ella.... qué te respondió?
- Que sí....
- abu —Que sí?
- Sí.... señor, y despues....
- Y despues.... qué?
- Pasó un bulto por delante de la reja.
- Ya.... me lo digiste.
- Y Isaura al verlo se sobresaltó.... se puso pálida....
- Sí... me parece que me lo digiste tambien.
- Yo le pregunté quien era aquel hombre, y ella.... permaneció muda, y no permitió contestar á mis reiteradas súplicas... entonces... me llamásteis, y subí.... mas al bajar.... Oh!
- Y Alfredo se llevó sus dos manos á su frente.
- Vamos.... sigue, le dijo el padre de Isaura con un tono de benigna dulzura.
- VÍ.... á ese hombre.... á ese hombre....

y á Isaura arrodillada delante de él... sin duda para satisfacer sus celos....

—Sí? de veras?

—Sí.... y aun mas.... cuando le pregunté con qué derecho habia entrado en esta casa, me puso por excusa su amor á Isaura.... ya lo veis.... ella no puede ser feliz conmigo.... no... nunca... que lo sea pues con él que ha preferido su corazon....

Y Alfredo, con el corazon oprimido, se dejó caer rendido sobre su cama.

El señor Martin se acercó á él y le dijo con una compasion paternal.....

—Sosiégate..... pobre hijo mio.... no pienses en eso....

—Que no piense en eso? murmuró Alfredo con un tono de sardónica amargura.

—Si.... no pienses en eso.... yó me encargo de descubrir ese misterio....

—Ah! qué misterio puede haber ahí?... ojalá lo hubiera!.... eso es claro.... Isaura ama á otro....

—No es tan claro como á ti te parece..... y quiéres que te hable con franqueza?

—Oh! hablad.

—Isaura te ama.

—Isaura me ama? qué.... decis?

—Lo que te digo.

—Estais seguro de ello?

—Sí:

—Y eso....?

—Eso....

Dijo reflexionando el señor Martin.

—Ya lo veis: dijo Alfredo con amargura; la verdad por triste que sea.... se presenta siempre... por mas que uno quiera ponerse una venda en los ojos.

—No digas eso.... lo que tú has visto debe ser un misterio, y ese misterio.... yo lo descubriré....

—Oh sí... por Dios sacadme de esta inquietud.....

—No tengas cuidado.... duerme ahora, hijo mio.... descansa, que bien lo necesitas..... tú verás....dentro de pocos días, todo estará arreglado.... querrás casarte con Isaura.... y entonces....

—Entonces.... qué?

—Entonces.... te descubriré un secreto terrible.... decisivo.... que tal vez hará vacilar tu voluntad... porque ese secreto pertenece al porvenir de mi hija, al tuyo y al mio....

—Qué secreto es ese?

—Aun no es tiempo.... nunca quisiera descubrírtelo.... pero mi honor.... mi conciencia... lo exigen.

Y volviendo á tomar un tono de cariñosa benignidad, el señor Martin añadió:

—Adios Alfredo.... descansa.

Y abriendo la puerta, salió del cuarto dejando solo á Alfredo.

Una confesion.

x

EL señor Martin bajó á la sala: don Cosme, estaba todavia allí.
—Fastidioso! murmuró entre dientes.

Y despues de haberlo saludado con indiferencia, se sentó en un sillón volviendo la cara á otro lado.

Don Cosme hizo todo lo posible por entablar la conversacion con el propietario de la casa blanca: éste le contestó con monósilabos ó con gestos.

El ex-maestro de escuela conoce por fin que allí estaba de mas, y se marcha murmurando entre dientes.

—Esto es lo que se consigue con un café como este.

Así que el padre y la hija quedaron solos, el señor Martín acercó su silla á la de Isaura: parecía indeciso.

—Isaura.... tengo que hablarte, dijo por fin.

—Hablad, padre mio, respondió ella.

—Tu amas á Alfredo?

—Ah! sí,....

—Dímelo francamente.... si no lo amas... como te lo dije ha pocos dias... no tienes compromiso ninguno con él.

—Os digo que sí!

—Sí?

—Sí.

—Con que lo amas?

—Lo amo.... dijo la jóven ruborizándose.

—Mucho?

—Oh! si.... mucho.

—Y tú.... no has tenido algun amor antes del suyo?

—Yo.... papá....

Aquí Isaura alzó los ojos en los que brillaba un rayo de amargura: su rostro se encendió y se puso pálida. Habia adivinado ya de lo que le iban á hablar, y el recuerdo de don Juan se habia escitado en su alma.

—Vamos.... habla con franqueza.... estás sola con tu padre, le dijo el señor Martín que habia advertido su mutacion.

La jóven bajó los ojos, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

El señor Martin prosiguió sonriéndose con un aire de paternal dulzura:

—Vamos... será menester que sea yo el que hable con franqueza.... Pues entonces, escucha.

La jóven alzó la cabeza, y clavó en él sus ojos con una espresion de ternura y cariño: el señor Martin prosiguió:

—Te acuerdas de aquella noche.... cuando se suscitó la conversacion sobre aquel hombre que rondaba la casa, y sobre el que dijo don Cosme, el que acaba de irse: aquellas palabras que habia oido en la calle de árboles...?

—Por Dios!... á qué evocar esos recuerdos? exclamó Isaura con tono suplicante.

—Calla, tontuela.... dijo el señor Martin dando á su hija algunos cariñosos golpecitos en la mejilla, y despues prosiguió.

—Te acordarás tambien que aquella noche te pusiste mala... y pusiste en cuidado á toda la casa?

—Si, señor.... pero qué?..

—Espera.... ahora entro yó.... aquella noche fuí yo á tu cuarto....

—Si!....

—Sí.. y estuve acchando.... á la hora consabida entró en el cuarto un hombre por la ventana.

—Ah! Dios mió!... exclamó Isaura con un doloroso espanto, como si estuviese aun presente el peligro.

El señor Martin prosiguió:

—Pero yo reparé que aquel hombre no era el mismo que yo habia visto....

—Nó?

—Nó.... pero por sí ó por nó le descargué un tiro.... cayó al campo.... lo creí muerto.... me asomé á la ventana para ver si alguien habia sido testigo de mi asesinato , y ví al que ya yo habia visto otras veces , que huia á mas no poder por entre los árboles... Despues el herido, que no estaba muerto, como creí, vino á curarse á casa , y me contó todos los antecedentes de tu amor con ese hombre.... tan solo me ocultó su nombre , para no comprometer á nadie segun decia , y yo.... respeté su prevision.

—Y quién era ese hombre?

—Un criado suyo... un tal Tadeo....

—Y de veras os contó todo eso?

—De veras.... y además.... me dijo unas cosas.... pobre hija mia!.... que no te las digo para no causarte un sentimiento estéril.

—Hablad , padre mio.... estoy dispuesta á todo , dijo Isaura con firmeza.

—Me dijo.... que su amo al aspirar á tu mano , se hallaba en una situacion crítica y pensaba medrar con tus riquezas....

—Oh! que hombre!.... que hombre!... y yo llegué á amarlo!.... exclamó Isaura llevando sus dos manos á su frente.

—Y además....

—Aun mas todavía?

—Sí.... aun mas.... ese hombre pensaba ponerte en un estado que yo no pudiese darle un nó y tuviese que acceder á todas sus proposiciones..

—Oh! Virgen Santa!... socorredme! exclamó Isaura en el colmo de su amargura , figu-

rándose que aun se hallaba bajo el poder de don Juan.

—Pues ahora bien, Alfredo está celoso de ese hombre....

—Alfredol....

Esclamò la jóven con una triste sonrisa.

—Sí; Alfredo.... y con razon.

—Con razon!.... esclamó Isaura con una amarga ironía; con qué vos tambien creeis?...!

—No, Isaura.... yo no creo... tan solo digo que él se equivocó.... pero que otro cualquiera se hubiera equivocado en su lugar....

—Ah! si.... es verdad....

—Pues bien.... yo necesito disipar sus sospechas.... y para eso quiero.... que tú me digas su nombre....

—Su nombre! prorrumpió vivamente Isaura,

—Sí... su nombre y apellido.... es para bien tuyo....

—Y entonces.... quién sabe...?

—El señor Martin miró el rostro de Isaura, y adivinando cual habia de ser el fin de su frase, le dijo precipitadamente.

—No tengas cuidado.... te prometo no esponerme, ni esponer á Alfredo.... ni aun atentar contra él....

—Su apellido.... nunca lo he podido saber.

—De veras?

—De veras.

—No te escribió ninguna carta?

—Sí; algunas.

—Y cómo se firmaba?

—Con su nombre no mas.

—Ne querria mostrarte el apellido de un pródigo arruinado.... murmuró el señor Martin con una sardónica ironía... y su nombre? cómo se llamaba?

—Don Juan....

El señor Martin dió un salto en su asiento como si hubiese sentido la picadura de una víbora; sus ojos centellearon con un fuego sombrío, y exclamó con un acento de concentrado furor y sorpresa:

—Don Juan!!

—Sí.... don Juan...

El padre de Isaura se levantó, y se empezó á pasear precipitadamente por la sala: de cuando en cuando, se pasaba la mano por su frente que parecia arder.... y en realidad ardia.

—Don Juan!! exclamaba en voz baja y como fuera de sí.... si fuera ese.... ah! seria un genio evocado por el infierno para mi mal... pero no... no es posible.... hay tantos de ese nombre... sin embargo... si por su edad.... se pudiese sacar algo.....

Mas interrumpiéndose bruscamente, se dirigió á su hija, y le preguntó con un tono breve é imperioso:

—Su edad?

—Unos treinta y seis años... respondió Isaura con timidez.

El señor Martin pareció ajustar unas cuentas consigo mismo, y luego prosiguió con mas furor aun que antes:

—Justamente.... la edad que debe tener.....

—Qué teneis, padre mio?

—Mira; ese hombre escita en mí tantos recuerdos.... ese hombre.... si tú supieras lo que me hizo ese hombre.... mira, sabe....

Una idea súbita cruzó por la mente del señor Martin, y después de una breve pausa, repuso:

—Pero qué le iba á decir.... Dios mío!.... mi razón se estravía....

Y salió apresuradamente del salón, diciendo en voz baja y con un tono resuelto:

—Es menester que yo vea á ese don Juan.



Fr. Nicolàs y D. Cosme

DON Cosme al salir, iba á tirar por el camino acostumbrado hácia su casa; mas una sombra que se movió junto al rio, llamó su atención y se dirigió hácia allí, era fray Nicolás, que estaba divirtiéndose en escupir en el agua.

Por la espresion del rostro del fraile y la direccion de su paseo, se conocia que no estaba allí solamente por casualidad. Al ver á don Cosme cerca, dió un grito de alegría y se lanzó hácia é.

—Hola! Señor don Cosme! cómo estais? le

preguntó con una inusitada cordialidad.

—Para serviros, padre Nicolás!.... Pero, y vos?.... yo ya os hacia en Murcia!

—E-ta semana la pasaré regularmente en el campo....

—Ah! con que os tenemos por acá esta semana.... Vaya! me alegro mucho.

Don Cosme estaba muy contentísimo: aquel día mas que ninguno sentia una imperiosa necesidad de desahogar sus amistosos afectos, y queria desquitarse del desaire que habia sufrido en casa del señor Martin.

Por otra parte, fuerza es confesarlo: fray Nicolás ejercia la misma influencia sobre don Cosme que sobre Miguel, aunque enteramente diferentes los caracteres de estos últimos: la fria y humilde estupidez de Miguel, hacia un vivo y extraño contraste con la afectada pedanteria del ex-maestro de escuela, que de un ingenio indudablemente superior al del sacristan de la hermita de San Vicente, era conducido al ridículo por su misma propension á mostrarse bajo un aspecto extraño é interesante, y á querer lucir mas de lo que sus fuerzas le permitian, lo que le hacia hallar lo sublime en lo misterioso y el talento en la afectacion.

Y no obstante, aquel fraile, podia dominar á los dos bajo faces muy diferentes: á don Cosme bajo la máscara de un hombre importante y des-preocupado, mientras que bajo su faz sacerdotal, y por la superioridad que dá sobre otro la elevacion de inteligencia, sujetaba al pobre Miguel bajo el pesado yugo de su influencia.

—Volvamos ahora á la conversacion interrumpida.

Durante toda ella se presenta don Cosme con una espresion de sincera oficiosidad, y el fraile con un aspecto de maliciosa atencion, que dá á entender que aquella conversacion ha sido entablada con un fin.

—El aire del campo me sienta mucho mejor que el de la ciudad, dijo fray Nicolás.

—Ah! si, eso es natural, dijo don Cosme.

—Y ademas tengo por aquí algunos negocios....

Al oir don Cosme esta palabra, *negocios*, pronunciada con un acento particular, abrió extraordinariamente los ojos, y dejó entrever en sus gruesos lábios una sonrisa de satisfaccion. Fray Nicolás juzgó esta ocasion oportuna para entrar en el asunto, y dando un corte imperceptible á la conversacion, le preguntó con un tono de forzada indiferencia.

—Con que.... segun parece, salió ahora de la casa blanca?

—Sí; señor, respondió don Cosme.

—Segun dicen, no se iba á casar la hija del señor Martin hace pocos dias?

—Sí, señor, respondió don Cosme suspirando; yo estaba convidado para la boda.

—Y en qué paró eso?

—Ah! eso es una historia, un misterio que en vano se esfuerzan todos por comprender....

—Si?... pues contádmelo.

Don Cosme meneó la cabeza con aire de inquietud, y sacando un ancho reloj de plata en-

negrecida, que al parecer contaba ya ocho generaciones, y que era el único mueble del tiempo de su abuelo que habia perdonado en sus dias de estrechez, lo miró con atencion, diciendo:

—Ya son las dos y cinco.

—No tengais cuidado por perder vuestro tiempo, señor don Cosme.... yo os acompañaré á vuestra casa.... podemos hablar por el camino.

—Os advierto que mi casa está á dos millas largas de aquí.

—No tengais cuidado.... más lejos está San Vicente, y tengo que ir allá.

—Pues entonces....

—Vamos.

Y los dos se pusieron en camino.

Anduvieron algun trecho sin hablar una palabra: el fraile fué el primero que entabló otra vez la conversacion.

—Con que, ahora.... podeis empezarme á contar eso que decís.

—Pues bien.... lo contaré.

—Empezad.

—Cuando yo vine de Murcia.... donde estaba tan bien.... cuando me hicieron quitar la escuela.... Canalla!

Y el digno profesor apretaba los puños, y en su rostro se traslucía una espresion dolorosa.

—Seguid, señor don Cosme, seguid.

—Cuando me presentaron en casa del señor Martin.... tenia Isaura unos trece años....

—Isaura! preguntó con sorpresa el padre Nicolás.

—Sí, Isaura....

—Que casualidad!

—Qué decis?

—Nada , seguid.

—El señor Martin miraba á Isaura con un cariño sin igual... La mimaba extraordinariamente.... me llamó para que la enseñase lo poco de francés que sé.... lo que causó un escándalo entre los aldeanos....

—Un escándalo!

—Sí.... porque los predicadores decian que el que aprendia el francés se condenaba....

—Ah! sí.... no es estraño, dijo fray Nicolás con aire distraido.

—Pues.... yo fuí víctima de esas preocupaciones particulares.... me hicieron cerrar la escuela porque compuse un código de leyes y enseñaba á leer en él á los niños....

—Pero y Isaura...?

—Esperad , esperad.

—Vamos , señor don Cosmo , al grano.



Al grano.

CUANDO fray Nicolás dijo:

—Al grano.

Don Cosme hizo un gesto casi imperceptible de impaciencia, semejante al que hacia á su pesar, siempre que se veia interrumpido por el señor Martin. Sin embargo, respondió:

—Isaura vivia como siempre.... inalterable!

—Pero... bien, qué?

—Esperad... ahora empezare á contar aventuras.

—Vamos, repuso fray Nicolás con una sonrisa forzada.

—Una noche se suscitó en casa del señor Martin una conversacion....

—Sobre qué?

—Esperad.... todo por su turno....

—Fray Nicolás hizo un gesto de impaciencia: don Cosme prosiguió:

—Se suscitó una conversacion, como iba diciendo, sobre un hombre á alto, embozado y desconocido que rondaba hacia dias la casa del señor Martin.

—Ah! dijo el fraile con una maligna sonrisa.

—Yo dije entonces lo que sabia....

—Lo que sabiais?.... y qué sabiais? le preguntó con sorpresa el fraile.

—Sabia.... lo que habia oido....

—Y cuàndo habiais oido eso?

—Aquella misma tarde.

La sorpresa de fray Nicolás se convirtió en un receloso temor.

—Habiais oido algo aquella misma tarde?... es raro.... y que habiais oido?

—Que iban á escalar la tercera ventana del piso alto.... como dijo muy bien el señor Martin.... y que era justamente la ventana que daba al aposento de Isaura.

El fraile pareció respirar con mas libertad.

—Ah!.... con que no habeis oido mas que eso?....

—Nada mas.... qué mas queriais que oyese?

—Nada... es por decir... seguid, esperad... á quién le habeis oido eso?

—A nadie.

—Cómo á nadie?

—A nadie.... solo sé decir que oí dos voces de hombre entre las ramas....

—Dos voces de hombre?

—Sí.

—Ah! volvió á repetir el fraile con sardónica ironía.

—Y Isaura?

—Vamos, repuso el fraile con una anhelante curiosidad....

A Isaura.... qué le sucedió?

—Lo mas natural, le dió un patatuz... y se puso mala.

—Y qué sucedió despues?... a sup c.

—No hemos podido saber mas....

—Nó?

—Nó.... todo quedó en silencio... y el tiempo ahogó los susurros de los campesinos.... algunos dias despues....

—Qué sucedió?

—Llegó allí un primo de Isaura....

—Un primo de Isaura?....

—Sí....

—Un tal Alfredo....

—Sí.... lo sabeis? preguntó sorprendido don Cosme.

—Me parece.... que oí hablar de ello.... y oí ese nombre.... seguid, don Cosme, seguid....

Don Cosme prosiguió:

—Y un dia que estaba yo ocupado en mi casa, ví entrar al señor Martin.... para convidarme para el dia siguiente á la boda de Isaura....

—Con Alfredo?

—Sí... con Alfredo. Oh! que boda sería esa!

Y don Cosme no pudo menos de lanzar un suspiro de sentimiento y despecho.

—Y qué se hizo de esa boda?...—

—Ah!....—

—Decid....—

—Al dia siguiente..... fui muy temprano... demasiado temprano á la casa blanca, y me encontré la puerta cerrada....—

—Y qué hicisteis?

—Me fui.

—Y no volvisteis?

—Sí.... volví.

—Y qué os sucedió?

—Me recibieron como siempre....—

—Cómo siempre?

—Sí....—

—Y vos.... no dijisteis nada?

—Le espuse á lo que venia y me respondieron....—

—Qué os respondieron?

—Que se había dilatado la boda.... que el señorito Alfredo estaba enfermo.

—Enfermo!

—Sí, enfermo....—

—Y de que mal?....—

—No se llegó á saber....—

—Pues sabéis como estaba?

—Cómo?

—Herido.

—Herido!

—Sí... en un desafío....—

—Cáspita!... vos sabéis mas que yo....—

En este momento se divisó entre los árboles

la modesta casa del antiguo profesor.

Algo mas allá estaba la hermita.

—Ya estamos cerca, dijo don Cosme.

—Es verdad dijo el fraile.

Y despues añadió:

—Me podeis hacer un favor?

—Con mucho gusto.... decid.

—Quisiera que , si pudierais , tuvierais la bondad de presentarme en la casa blanca....

—Cuando querais....

—Me parece que tengo relaciones antiguas.... muy antiguas con esa familia.... y quisiera renovarlas....

—Bueno....

—Con que lo hareis?

—Cuándo quereis que os presente?

—Mañana.

—Mañana! dijo don Cosme meneando recelosamente la cabeza....

—No podeis?... teneis algunas ocupaciones?

—No es por eso.... pero , la verdad... hoy no me han recibido muy bien en casa del señor Martin....

—No os han recibido muy bien?

—No digo yo eso.... pero....

—Entonces que decis?

—Que hoy el señor Martin parecia algo distraido....

—Algo distraido?

—Sí.... y no es estraño... la enfermedad de Alfredo.... tantas novedades como ha habido en su casa....

—Pues entónces.... cuando podeis?

- Esperad , qué dia es hoy?
 --No lo sabeis?... domingo....
 --Pues bien.... el miércoles.
 --El miércoles?
 --Sí... el miércoles.... os presentaré.
 --Está bien ; quedad con Dios.
 --No quereis descansar un rato?
 --Gracias, tengo que proseguir mi camino.
 --Pues entonces.... id con Dios.
 --Con Dios.

Don Coeme entró en su casa , y el fraile se alejó algunos pasos en la direccion de la hermita de San Vicente.



Una esperanza frustrada

EL fraile prosiguió su camino, como hemos dicho, absorto en sus reflexiones.

—Hasta el miércoles.... decia en voz baja. Tanto esperar!... sin embargo, todavia puedo llegar á tiempo.

Y despues prosiguió con aire caviloso.

—Pero Alfredo.... que lástima que esté herido.... que no pueda servir.... Ah! no sabe el daño que me ha hecho ese demonio de don Juan.... Veremos á Justino.... él puede darme algunas noticias importantes....

Sumido en estas reflexiones, llega fray Ni-

colás á una encrucijada del bosque.

Ecsaminó atentamente el sitio , y dijo por fin con aire de capacidad:

—Sí... no hay duda.... este es el sitio que me indicó Justino....

—Y separando con la mano las ramas, descubrió un estrecho sendero entre los árboles, por el cual siguió dejando á un lado la senda que conducia directamente á la hermita de San Vicente.

Al cabo de cerca de media hora de camino, llegó á una especie de claro que dejaban entre sí los árboles , detúvose en él, miró á todos lados con una atenta escrupulosidad mezclada con un receloso temor, y sacando de sus anchas mangas un papel muy doblado , lo desplegó y lo puso en el suelo , dejando ver una carta topográfica de aquellos contornos.

Fijó en él la vista , y con el cuerpo medio encorvado, empezó á pasar su descarnado dedo por el mapa , levantando de cuando en cuando la vista , y mirando aquel terreno , para cotejarlo sin duda con el que estaba designado en su carta. Al cabo de tiempo levantó la cabeza, recogió y dobló su mapa, se lo volvió á guardar, y dijo con un tono de marcada seguridad:

—Sí... este es el sitio.

Y hallándose rendido por el cansancio y el calor , se sentó al pié de un árbol.

—Mucho tarda Justino! dijo despues de un rato.

El tiempo pasaba ; el sol estaba ya cercano al occidente.

—Cosa estraña! decía fray Nicolás cansado de esperar. Justino no parece!.... si habrá sucedido alguna novedad.

Y fray Nicolás, en el colmo de la impaciencia, se levantaba de cuando en cuando, y daba apresuradamente algunas vueltas por el claro.

—Justino no viene, decía con inquietud....y esas cartas!

Pero Justino no venia y la noche era la que se acercaba.

Y la noche llegó por fin....

Fray Nicolás perdió todas sus esperanzas, y no sin algun miedo se dispuso para emprender su marcha hácia la hermita....

Pero de pronto se paró, miró fijamente al cielo, y á la escasa claridad de las estrellas, examinó con atencion aquella carta topográfica, y rascándose la frente con receloso cuidado, dijo:

—Ya se vé.... la hermita de San Vicente, dista mas de milla y media de aquí.... me he alejado tanto....

Y ecsaminó de nuevo el mapa.

—Ah! si fuera la casa que don Eulogio tiene en el campo no distará de aquí mas que unos tres cuartos de milla.... y aunque don Eulogio está ahora en Murcia.... como soy conocido en la casa.... me alojarán por esta noche... y al fin me ahorro la mitad del camino.

Y mirando otra vez el mapa, fray Nicolás examinó cuidadosamente la situacion del claro, y despues, doblándolo y guardándolo, dijo resueltamente:

—Si.... ya sé el camino.

Y saliendo del claro donde brillaba aun alguna luz, empezó á cruzar recelosamente la tenebrosa oscuridad del bosque.



El bosque.

IMPOSIBLE es describir la sepulcral lóbreguez de aquel terreno , cubierto todo de árboles de seis pies de alto , cuyas estensas y pobladas copas , uniéndose entre sí en toda su circunferencia , no dejaban penetrar los rayos del sol en todo aquel recinto. Efectivamente, aquella era la parte mas intrincada del bosque.

A pesar de aquella estensa oscuridad , fray Nicolás pudo seguir su camino derecho durante mas de media hora ; pero al cabo de aquel tiempo , su imaginacion y sus pasos se perdie-

ron en aquel sombrío laberinto de árboles fijos sin direccion ninguna. Fray Nicolás era cobarde por naturaleza: mil fantasmas y visiones asaltaron su cargada imaginacion, y acometido de vértigos, cayó rendido al pié de un árbol.

Nada habia de aspecto mas siniestro y sombrío que aquel hombre, cuyas formas se perdian en la oscuridad; inmóvil, con la vista fija y las manos en la frente, el menor soplo del viento que conmovian las hojas de los árboles, hacía cerrar sus ojos y temblar todo su cuerpo: el menor rumor que el silencio de la noche dejaba percibir, le parecia al amedrentado fray Nicolás un asesino que lo acechaba.

Entonces.... cosa muy natural en un hombre avezado á las maldades y á los vicios.... se presentó á su mente el recuerdo de sus pasados crímenes, y aquel hombre que hasta entonces solo habia hallado gusto en los crímenes y placer en las ilegalidades, conoció por fin que aquellos crímenes é ilegalidades pasadas solo dejaban un surco de horror en su memoria.... como el que deja un relámpago al atravesar una atmósfera cargada de vapores densos....

Y por qué era eso? por la sencilla razon de que el mismo miedo de fray Nicolás le hacía ver su peligro mayor de lo que realmente era en sí, porque creia hallarse cara á cara con la muerte, y así como el justo busca en su fin el auxilio de sus penas, él buscaba solamente el castigo de sus maldades.

La oscuridad era cada vez mayor....

Fray Nicolás permaneció al pié del árbol, un

profundo sueño causado por la fatiga y por las emociones de aquel día, oprimía cada vez mas sus párpados ; pero el miedo le hacia tener los ojos abiertos...

De pronto sonó un grito lejano espresado de una manera particular....

Fray Nicolás se levantó como impulsado por un resorte, y con la boca abierta y la cabeza inclinada hácia el lado por donde habia oido el grito, escuchó con una atenta ansiedad,

El grito sonó hasta tres veces.

Fray Nicolás se sintió reanimado, sus miembros adquirieron elasticidad, su rostro mudó de espresion , y sus ojos se dilataron repentinamente.

Una luz brilló entre los árboles á unos cien pasos de distancia....

Fray Nicolasse dirigió precipitadamente hácia allí....

Aquel sitio era el mismo claro del que hace algunas horas habia salido, y al cual volvió hijadeando.

Pero cuál fué su espanto! no era Justino el que se presentaba á su vista....

Era el jocó....

Con una linterna en la mano, un puñal en la cintura y una sonrisa diabólica en los labios, el criado de don Juan parecia el genio que preside á las sombras.

Fray Nicolás al verlo retrocedió dos pasos.

—Tú aquí.... el jocó! preguntó con una recelosa sorpresa.

—Yo aquí!..... el jocó, respondió este con

un acento de sardónica crueldad.

A la sorpresa que habia escitado en la mente de fray Nicolás la presencia del jocó, sucedió un vago y siniestro presentimiento: aquellos dos hombres conocian el odio que se tenian y lo que podian hacer uno por otro, por lo que la presencia del criado de don Juan mas bien debia aumentar que disminuir el miedo de fray Nicolás.

—Qué haces aquí? le preguntó por fin, éste al jocó.

—Qué hago? respondió este; ahora lo veréis....

Y dió un paso hácia adelante.

El fraile asustado se echó hácia atrás.

—No tengais miedo, que no os voy á hacer daño, le dijo el jocó con ironía.

Y sacando una cartera de su bolsillo; prosiguió:

—Conoceis esta cartera?

—Esta cartera?... respondió el fraile con un acento de concentrado terror; no he de conocerla?... quién te ha dado esa cartera?....

—La conoceis, os digo?

—Sí.... es mia.... dámela...

—Con que es vuestra?

—Sí... es mia...

—Y los papeles que contiene... también serán vuestros?

—Sí.... míos son....

—Bien. Pues me basta....

—Quién te ha dado esa cartera?

—Qué os importa?

Respondió brutalmente el jocó.

—Si.... me importa....

—Ah! con que os importa?...

—Sí....

—Pues.... á mi me importa tambien , respondió el jocó con una risotada innoble.

—Espera.... quieres dos mil reales por esa cartera?

—Dos mil reales!... y he de vender la única arma que tengo, por dos mil reales!..

—Cuatro mil!

—Nó.

—Cinco mil!

—Nó.

—Por Dios!... por tu vida!... dámela! dijo fray Nicolás arrodillándose humildemente ante el jocó.

—Quién me habia de decir que habia de tener á fray Nicolás á mis piés? dijo el jocó con un estúpido orgullo.

—Dáme esa cartera!

—Basta de plegarias.

—Ah! por Dios!

—En cuanto habéis mas....

Dijo el criado de don Juan poniendo mano á su puñal con un acento amenazador.

El fraile se erguió á pesar de aquella amenaza , diciendo con el acento de la desesperacion:

—Mira.... necesitas algo?

—Yó.... nada.

—Si necesitas algo..... si quieres el honor ó la vida de cualquiera.... á tu disposicion

la tienes.... yo te la consigo.... pero dame esa cartera.

—Daros esa cartera?... necio!... yo no quiero la honra ni la vida de nadie.... quiero la vuestra!

—La mia?

—Sí.... la vuestra!

—Pues no la conseguirás! exclamó el fraile con furor.

—Cómo que no la conseguiré!

—Nó.... Dame esa cartera.

—Cuidado!

Los ojos del fraile centelleaban, sus facciones estaban contraídas, en su boca aparecían oleadas de espuma.

—Dáme esa cartera!

Dijo precipitándose sobre el jocó.

—Atrás!

Dijo este enarbolando su puñal.

El fraile no pudo mas y cayó otra vez de rodillas.

El jocó se inclinó hácia él, y acercando la punta del puñal á su frente, le dijo con una voz ronca y cruel.

—Pon la frente contra el suelo.

El fraile lo ejecutó maquinalmente. El jocó añadió.

—Cuidado con seguirme.... con mirar siquiera por donde voy!... porque caigo sobre tí á puñaladas!

.

Cuando la distancia hubo disipado el ruido

de los pasos del jocó , fray Nicolás levantó progresivamente la cabeza, y se volvió á poner de rodillas: mas á penas empezó á reflexionar sobre lo que habia pasado , cuando sintió que sus ideas se turbaban y cayó desmayado en medio del claro.



La vuelta.

EN uno de los aposentos bajos de la hermita de San Vicente, hay un catre de viento con un gergon, cuya paja medio podrida se deja ver á trechos por los agujeros, escaldando un olor pestifero: dos sillas de haya y una mesa coja, sobre la cual se vé un monton de albas, manteles para altares, y en fin, ropa de iglesia de varias clases, primorosamente blanqueadas y almidonadas. Un paquete de camisas y ropa blanca sumamente sucias y de color de plomo, hacian un raro contraste con el monton de ropa cuidadosamente doblada y dis-

puesta, que se ostentaba encima de la mesa. En fin, algunas devotas imágenes pegadas con engrudo, interrumpían á trechos la glacial desnudez de las paredes.

Aquel era el cuarto de Miguel el sacristan.

Una mariposa casi moribunda, esparce una tenue luz encima de la mesa.

Miguel, sentado en una de las dos sillas, con la cabeza echada sobre el pecho, ronca des-templadamente.

Un sonido lo saca de pronto de su sueño.

Eran las cuatro de la mañana que daban en el reloj de la sacristía.

—Dónde diablós estará metido fray Nicolás! exclamó por fin con un tono de despecho y mal humor. Ya son las cuatro de la mañana y aun no ha vuelto.... pero en fin.... ya poco puede tardar.... Lo esperaré.

Y Miguel lanzó un suspiro, y acercándose á la mesa, apoyó sus dos codos en ella, y sumergió la cabeza entre sus manos.

Un cuarto de hora hacia que se hallaba en esta posición dando ronquidos de cuando en cuando: así que sintió tocar á los cristales de una ventanilla que habia en su cuarto, y que daba al campo.

Miguel se levantó estregándose los ojos, y se dirigió hácia la ventana, diciendo:

—Ya está ahí fray Nicolás.

Y luego prosiguió entre dientes.

—Pero si fuera fray Nicolás porque no habia de llamar á la puerta?

Miguel abrió la ventana, sacó la cabeza,

y dijo con su voz natural:

—Quién es?

Nadie respondió.

—Quién es? gritó Miguel de nuevo con una voz algo mas fuerte.

—Yo soy, gritó fray Nicolás por fuera; ¿dónde estabas metido que he estado llamando media hora sin haberme respondido nadie?... ven, ábreme.

—Allá voy.

—Y Miguel se dirigió hácia la puerta.

Abrióla, y fray Nicolás, pálido y con las facciones desencajadas entró en la hermita.

Miguel á pesar de su estupidez, no pudo menos de conocer aquella inusitada turbacion, y le dijo respetuosamente:

—Qué teneis, señor?

—Nada.

—Quereis que encienda la luz para conducirnos á vuestro cuarto?

—Nó.

—Cómo nó? preguntó Miguel estupefacto.

—No,... lo que quiero es que ahora mismo prepares mi mula para irme á Murcia.

—Ahora mismo señor? preguntó el sacristan mirando con asombro á fray Nicolás.

—Si ; ahora mismo.

—Pero señor, qué teneis?... es imposible... á esta hora...

El fraile se detuvo con aire reflexivo y despues preguntó con una voz vacilante.

—Qué hora es?

—Ya deben ser cerca de las cuatro y media

—Pues bien.... voy á descansar un rato.... á las seis ten preparada la mula.... y llámame.

—Bueno. Voy á encender la luz.

—Dónde?

—En la lámpara de la capilla.

—Anda vé.

Miguel tomó en una mano una papeleta, y en la otra un velon de tres mecheros, y salió fuera del aposento.

En cuanto salió el sacristan, fray Nicolás se sentó en la silla de enea que hacia poco habia dejado aquel, y con un aire triste y meditando, inclinó la cabeza sobre el pecho, diciendo:

—Quién hubiera pensado en semejante contra tiempo!

Y despues añadió algo mas animado:

—Gracias á Dios que el jocó no sabe leer!

Y al cabo de algunos instantes repuso con un aire de calculado interes:

—Qué habrá sido de Justino?

Cada una de estas frases habia bastado para trastornar la espresion de su rostro, que, como bien se puede colegir por las mismas palabras, habia sido diferente en todas.

Hacia ya dos ó tres minutos que estaba fray Nicolás sumergido en sus reflexiones, cuando entró Miguel con la luz.

—Aquí está la luz, dijo.

El fraile levantó la cabeza, tomo el belon de manos del sacristan, y se dirigió hácia la puerta con un paso lento y solemne.

Al pisar el umbral de la puerta se volvió y dirijiéndose al sacristan, que se preparaba para

echarse vestido sobre la cama, le dijo con una voz imperiosa.

—Miguel.

—Qué quereis? dijo éste volviéndose vivamente.

—Si viene alguno á preguntar por mí... ois?

—Si... decid.

—Le decis que no estoy ahí.... que me he ido á Murcia.

—Está muy bien.

—Y á las seis sin falta me llamais.

—Está bien.

—Y me tendreis preparada la mula...

—Bueno.

—Que todo esté preparado para las seis en punto.

—Bueno: no tengais cuidado.

El fraile salió, y por el camino acostumbrado se dirigió á su cuarto.

Paróse delante de la puerta, cuya llave estaba puesta como la otra vez, la abrió y entró en su aposento.

Puso una silla delante de la mesa, y se echó rendido de fatiga, exclamando:

—Ah! que fatigado estoy!... y por otra parte.... á quien no fatigarian las emociones de este dia?

Mas despues de algunos instantes, repuso sacando fuerzas de flaqueza:

—Pero, ánimo!... Veámos un medio para salir de este apuro.... las fatigas del cuerpo deben someterse á los intereses personales.

Y despues de haber permanecido pensativo

algunos momentos , dijo dándose una palmada en la frente:

—Eso es....

Y arrimando mas su silla á la mesa, añadió:

—Ea ; manos á la obra.



La carta.

Y al decir esto, fray Nicolás acercó hácia sí un tintero coronado de plumas que yacia olvidado en un rincon de la mesa, y abriendo un tirador que tenia esta, sacó un pliego de papel, lo dobló cuidadosamente, y se puso á escribir en él.

De cuando en cuando se levantaba, daba paseos por el aposento, se golpeaba la frente con la palma de la mano, como á quien le faltan frases para esplicar una idea.

Después de haber escrito algo mas de media hora, leyó con atencion el fruto de su tra-

bajo por dos veces consecutivas, y despues cerró la carta, que en efecto lo era, le puso su oblea y la guardó.

Así que hubo concluido completamente su tarea pareció respirar con mas libertad: su rostro se dilató de alegría. Estaba rendido de cansancio y fatiga, sus ojos estaban medio cerrados; pero parecia que aquel hombre sujetaba sus necesidades físicas á sus intereses morales: mientras escribia la carta parecia otro hombre: mas apenas acabó de cerrarla cuando sus ojos volvieron á eclipsarse tras de sus párpados, y por un movimiento casi maquinal, casi instintivo, pasó su brazo por detras del espaldar de la silla, dejó caer su cabeza sobre su brazo y se durmió.

Hacia tiempo que permanecia en esta posición, cuando dos golpes discretamente dados en la puerta interrumpieron el silencio que reinaba en aquel aposento.

Fray Nicolás no oyó nada.

Los golpes volvieron á sonar mas fuertes aun que antes.

El fraile no se movió.

—Fray Nicolás? gritó por fuera la voz estentórea de Miguel.

—Quién es? exclamó fray Nicolás asustado y estregándose los ojos.

—Soy yo..... Miguel.

—Pues adentro.

Miguel entró.

—Qué quieres? le preguntó fray Nicolás.

—Señor como dispusisteis que os avisara á las seis....

—Son ya las seis?...
ob

—No señor.... son las seis y media.

—Las seis y media?

—Si señor....

—Bah! no es nada.... media hora perdida...

—Señor, como veia....

—Vamos.... con que está listo eso?

—Si, señor.... todo está listo.

—Estás tú solo en la hermita?

—Si señor.

—Qué lástima!

—Por qué?

—Porque me podias hacer un encargo....

—Cual encargo?

—Llevar una carta....

—A dónde?

—A la hacienda de don Eulogio.

—Si quereis?....

—Qué?....

—Llamaré á una persona que la lleve....

—No.... gracias. No puede detener se.... y
por otra parte.... don Eulogio no estará ahora
en su hacienda regularmente....

—Señor si quereis?

—Nada , nada , déjalo.

—Bueno.

—Durante esta conversacion el fraile y el
sacristan habian llegado al pie de la escalera.

La mula estaba atada en un árbol de los
que formaban la plazoleta de la hermita.

—Adios Miguel.

Le dijo fray Nicolás al sacristan.

—Id con Dios, padre Nicolás; hasta el sa-

bado por la noche.

Fray Nicolàs se detuvo, y miró sorprendido al sacristan.

—Cómo.... hasta el sábado por la noche?

—Pues qué? volveréis antes?

—Segun... como presente las cosas... pienso volver....

—Cuándo?

—Mañana mismo.

—Mañana?

—Sí....

—Vaya! me alegro.

—A dios, Miguel; hasta la vista.

—El vaya con vos.

Y el padre Nicolás se montó en su mula y se alejó en la direccion del camino de Murcia.



La informacion.

MIGUEL volvió á entrar en su cuarto. Aunque aguijoneado por una ardiente curiosidad, el profundo respeto y veneracion que el sacristan profesaba á fray Nicolás, no le dejaba pensar sobre la imprevista marcha del fraile, respetaba sus acciones del mismo modo que los hombres deben respetar las acciones de Dios.

Una hora ó mas hacia que estaba luchando con aquellos sentimientos, cuando oyó llamar á la puerta de la hermita.

—Quién es?

Dijo acudiendo sin tardanza á aquel llamamiento.

—Yó.

—Cómo yó? á mi no me basta eso....

—Yo soy.... abrid sin cuidado.

—Yo no os conozco en la voz.

—Abrid, que no os vendrá mal.

—Pero quién sois?

—Un amigo de fray Nicolás.

—Un amigo de fray Nicolás!

—Sí.... uno de los que vinieron con él antes de ayer, por la noche.

—Pues si lo buscábais, venis á mala hora...

fray Nicolás ha salido.

—Ha salido?

—Sí:

—Cuando?

—Ahora poco.

—Y adonde ha ido?

—A Murcia....

—A Murcia?

—Sí.

—Sin embargo.... abrid....

—Para qué?

—Tengo que preguntaros una cosa.

—Qué cosa?

—Abrid y os la diré.

—Abrir.... para qué?

—Si no quereis abrir la puerta... abrid siquiera el postiguillo.

—Bueno, eso sí.

Miguel abrió el postiguillo, y una mano desconocida hizo brillar al traves de dos barras de

hierro en cruz, que dividian el espacio cerrado por el postiguillo una moneda de oro nueva y luciente.

—Ah! eso es otra cosa, dijo Miguel cuyos ojos se encandilaron al observar aquella generosa oferta; pero.... enseñad siquiera la cara para que vea que sois una persona decente.

El desconocido asomó la cara por entre las barras: era don Juan.

—Ah! ya os conozco, dijo el sacristan ras-cándose la frente, no fuisteis vos el que vinisteis la otra noche con otro caballero?....

—Si ese mismo soy.

—Pues entonces.... como yo os dije....

Fray Nicolás no está aquí.... se ha ido á Murcia....

—No es á fray Nicolás á quien tengo que ver, dijo don Juan con una sonrisa maligna: con vos es con quien tengo que ventilar un asunto.

—Conmigo?

—Si: con vos.

—Pues estoy á vuestra disposicion.

—Tomad.

—Y don Juan puso en la mano de Miguel una moneda de oro semejante á la primera que le habia enseñado.

—Pero, señor....

—No tengais cuidado; le dijo don Juan reteniéndole la moneda en la mano y llevándola al bolsillo.

—Señor.... gracias....

—Quiere usted callar?... con que vos sois aquí?...

—Señor, sacristan de San Vicente para lo que pueda servirlos.

—Si?... pues teneis en que servirme.

—Sí?

—Sí.

—Pues con mucho gusto.

—Todo se reduce á responderme con claridad á algunas preguntas muy sencillas.

—Al momento.

—Os suplico que me digais qué es lo que ha hecho fray Nicolás desde que nos separamos de él ayer por la madrugada.

—Qué hizo?....

—Sí. .

—A la hora y media de haber salido ustedes dijo la misa....

—Y despues?

—Despues almorzó y se acostó.....

—Hasta cuando?

—Hasta mas de la una.

—Y qué hizo entonces?

—Tomó un refrigerio y se fué....

—A pie?

—Si, señor; á pié.... cuando volvió eran ya las cuatro y media.....

—De la tarde?

—No señor de la madrugada.

—De la madrugada?

—Si, señor.

—Y qué dijo?

—Al principio, nada... me pareció que venia pálido, azorado, queria irse al momento...

—Y qué hizo?

—Por fin me dijo que le tuviera preparada la mula para irse á Murcia , y que á las seis lo llamara.... lo llamé, y....

—Y se fué?

—Se fué.

—Y dijo cuando volvía?

—Algo de eso.

—Qué?

—Que si se presentaban las cosas bien.... regularmente vendria....

—Cuándo?

—Mañana.

—Mañana mismo?

—Sí.

Don Juan quedó pensativo un momento , y despues repuso con un aire de afectada bizzarria.

—Quedad con Dios , y mil gracias.

—Id con Dios , señor.

Don Juan se fué murmurando entre dientes:

—Ahora me voy á Murcia , pero mañana mismo estaré aquí.

Miguel volvió á entrar en su cuarto y á sentarse en su silla de enea.

Entonces se le presentaba á la mente la enormidad de su crimen: en efecto, le parecia un sacrilegio , un atentado digno de ser castigado con el último suplicio , el haber descubierto á un estraño las acciones , tal vez ocultas de fray Nicolás. Le habia seducido tanto la atractiva brillantez de aquel metal que no oia hacia mas de veinte y cinco años, que se habia visto forzado por una accion superior aun á toda la fuerza que podia darle su respetuoso temor , á con-

resarle á aquel hombre , casi desconocido para él , todo lo-que le habia preguntado sobre fray Nicolás. Por otra parte , el sonido de las monedas de oro que tenia en el bolsillo, debilitaba mucho la saludable accion de su remordimiento que no tardó en amortiguarse al cabo de algunos minutos.



Justino.

AL día siguiente, por una sombría arboleda que se extendía al otro lado de la hermita, vá andando un hombre.

Su paso es igual y tranquilo, y su sombra se pierde progresivamente por entre aquellos robustos y copudos árboles que daban una incessante sombra á aquel estenso terreno. Tan solamente parece tener un escrupuloso cuidado en ir haciendo un hondo surco por el camino, con el regaton de hierro de su baston de almendro.

En aquel rostro, graciosamente limitado por dos cintas atadas debajo de su barba y que salian

de su sombrero sumamente bajo, y con el ala inclinada sobre la frente, en aquel rostro, decimos, se leía facilmente un cínico y afectado desprecio de todos los deberes y consideraciones humanas, al par que un carácter sensible y una propension natural y espresiva á los afectos tiernos y generosos.

Ése hombre es Justino, nombre que ya habrá oido el lector en el discurso de la novela.

Afectado dijimos al hablar del desprecio que aquel hombre manifestaba de todas las consideraciones humanas, y nos rectificamos en lo dicho: ahora mismo esplicaremos este hecho.

Justino habia nacido sumamente sensible y de un carácter muy espresivo y pronto á entregarse á cualquier cosa que se le presentase bajo una faz alhagüena, aunque aquella le hubiese de conducir á su perdicion. Manso y generoso por naturaleza, Justino era muy propenso á dejarse llevar por las pasiones, cuyo carácter esencial fuera el amor, la ternura la veneracion; pero por su genio natural é intrínseco, Justino no podia nunca, sea cual fuese el grado de su corrupcion, conocer el encono, la ambicion y la envidia.

Por otra parte era sumamente callado, lo que hacia que, no comunicando á nadie sus ideas, y recogiendo con ardor las que se le presentaban bajo un aspecto lisonjero, estas tomasen mucho incremento en su alma y llegasen á dominar su carácter; por lo que casi se podia decir de él, que la costumbre, ó las ideas que le imbuian, podian con el tiempo llegar á do-

minar y aun á variar completamente su carácter.

Todo esto es esencial para lo que de él vamos á referir ahora.

Justino , hijo de unos pobres labradores, se habia quedado sin padres á la edad de quince años: hallándose en uno de sus mas estremos apuros , viene un hombre y le dice:

—Sabes leer y escribir?

—Sí.

—Pues ven conmigo ; yo cuidaré de tí , y te procuraré el pan necesario para tu subsistencia ; pero no has de ver mas que por mis ojos, no has de tener mas ideas que las mias , has de obedecer ciegamente mis órdenes , sin escrupulizarte en lo mas mínimo por nada de lo que yo te mande ; en fin , has de ser para mí una máquina y no un consejero.

Qué habia de hacer Justino , un muchacho de quince años , sin esperiencia de lo pasado ni prevision para lo futuro , en semejante caso?

Lo que hizo: pasó por todo , y entró en casa de aquel hombre.

Aquel hombre era don Eulogio , antiguo procurador de Murcia.

Usurero , intrigante y engañador , don Eulogio habia llegado á juntar un gran caudal á fuerza de crímenes: no se escrupulizaba en lo mas mínimo de violar los mas sagrados derechos tanto divinos como humanos: cobarde por naturaleza, estaba sin embargo dotado de suficiente energía para consumir un crimen sin perder su serenidad y sofocar sus remordimientos.

Un hombre semejante habia sido durante

quince años el amo de Justino.

Considérese el efecto que habrían hecho quince años en un carácter como el de aquel jóven.

Horrórizóse al principio de las maldades del carácter de su amo; despues se fue acostumbrando á ellas, y por último, blasonaba ya de las mismas maldades.

Por fin, la perversidad se declaró en él.

Pero no teniendo esta perversidad principios en que cebarse, pues el noble carácter de Justino se revelaba contra las innobles máximas que queria imbuir en su jóven imaginacion, no pudiendo su maldad declararse por ninguna de las pasiones odiosas que generalmente conmueven el ánimo de los hombres, se declaró por un afectado desprecio de todo lo que en el hombre hay de mas sagrado y obligatorio:

Así, Justino no tenia ambicion, y no podia de ninguna manera por medios ilícitos llegar á ser mas de lo que era, y no conociendo la aversion ni la envidia, no podia recurrir á la venganza, única causa de muchos crímenes.

Las máximas que Justino conservaba en su mente eran estas:

«La virtud es un nombre vano.

La ciencia de un hombre consiste en aprovecharse de lo que pueda dar de sí otro hombre.

La amistad se funda en los beneficios recíprocos que los hombres se pueden prestar y no el afecto que se deben profesar mutuamente.

Este nombre *caridad* es un buen medio para aprovecharse del fanatismo de los otros.

No hay mas deberes que los que los hombres se han propuesto por contrato para el bien comun y el bienestar de todos».

Estas máximas dictadas por una filosofía antifilantropica é inmoral, cobraban cada dia mas imperio en el ánimo de Justino.

Y por otra parte, al mismo tiempo que publicaba aquellas máximas con un cinico desca-ro, las desmentia diariamente con sus hechos: no creia en la amistad ni en el amor, y sin embargo era sensible á sus encantos: no creia en el afecto paternal y recíproco de los hombres, y con dificultad se encontraria un carácter mas humilde que el suyo. Al mismo tiempo, un alma tierna y generosa le hacia sumamente accesible á los sentimientos de compasion.

Tal era Justino.

Por otra parte, sus facciones lo espresaban completamente.

Imitando los modales de su amo, Justino tenia siempre los ojos sumamente encogidos para no dar á entender á nadie las sensaciones que sucesivamente se presentaban á ellos.

Su frente ancha y su entrecejo algo contraído, le daban un aire de falsa serenidad é indiferencia á todo lo que pasaba en torno suyo; pero por otra parte, fuerza es confesarlo, Justino no se habia hallado nunca en un caso que diese á conocer sus verdaderos sentimientos.

Además, las facciones de aquel personage, la sonrisa agradable que brillaba casi siempre en su rostro, daban á entender su natural generosidad.

Tal es el hombre que hemos presentado á

nuestros lectores ; su estatura mediana se dibujaba confusamente entre los árboles. Llevaba una capa azul que no le pasaba de la rodilla , y un pantalon negro sumamente ajustado.

Asi que llegó á un sitio designado de la arboleda , se paró , y despues de haber descrito varios círculos céntricos con su báculo , empezó á mirar en todas direcciones.



Justino y fray Nicolás.

HACIA media hora larga que Justino estaba parado en aquel lugar , cuando se dejó ver entre los árboles un bulto en la misma direccion que habia seguido el amanuense de don Eulogio.

El bulto llegó por fin , al sitio donde lo esperaba Justino.

Era Fray Nicolás:

—Justino! exclamó al llegar.

—Padre Nicolás!.... habeis llegado por fin? le dijo este.

—Ya llegué.

—Y qué queriais?.

—Qué queria?

—Si.... don Eulogio me dijo que os esperase en este sitio.

—Y os dijo bien.

—Si?.... pues ya estamos juntos.

—Sabeis lo que me sucedió....

—No todo.

—Luego sabeis algo?.

—Sí:

—Pues decídmelo que sabeis.

—En hora buena. Don Eulogio me habia dicho que en cuanto acabase de comer tendria que darme un encargo para que lo llevase á un sitio determinado cuyas señas y trayecto me indicó.

—Si: En una encrucijada.....

—Eso es, en una encrucijada.

—Seguid.

—Me dijo que cuando llegase á aquel sitio encendiese una linterna cuya luz me serviria de señal....

—Eso es.... però eso no es lo esencial.

—Esperad. Pero antes de comer me dijo... Justino, yo estoy convidado á comer y no puedo volver hasta la noche; toma la llave del secreto de mi bufete, donde encontrarás una cartera de tafilete carmesí....

—Esa misma....

—Pues bien, despues de comer fuí por ella al bufete privado de don Eulogio....

—Y qué?....

—El bufete estaba abierto, y la llave estaba

puesta....

—La llave.... no la tenias tú?

—Sí.... pero el asunto es que habian abierto el secreto de don Eulogio....

—Y habian quitado la cartera?

—Sí. Y ademas algunos billetes de banco y unas doce onzas que habia allí.

—Y tú qué hiciste?

—Mi amo estaba allí todavía, le dí cuenta de todo al punto.

—Y él?...

—Se puso pálido y comenzó al momento á hacer pesquisas....

—Y qué supo?

—Nada....

—Cómo nada?

—Nada.... ó por mejor decir, poco mas de nada.

—Luego se supo algo?

—Sí.

—Decídmelo.

—Que un hombre bastante mal vestido y mal encarado habia ido allí muchas veces á hablar con varios dependientes, y que parecia registrar la casa, que una vez habia subido derecho hácia arriba, y entrando en el bufete privado de don Eulogio cuando éste no estaba allí, y que bajó en seguida sin ser visto de nadie, hasta que llegó al pátio, donde habiendo sido detenido puso varias excusas.... que un dia de fiesta, cuando no habia nadie en la casa mas que la vieja Margarita, el ama de gobierno de don Eulogio, se habia introducido en la casa con el

pretexto de darle noticias de una hermana suya que se habia muerto hacia mucho tiempo... que se fué, y un cuarto de hora despues de haber salido, bajó Margarita, y lo vió que salia del bufete privado de don Eulogio que habia quedado entornado por casualidad....

—Qué diablos!

—Sí.... y que al ver á Margarita se escusó con alguna estupidez, diciendo que iba á buscar á la señorita Angela.

—A la señorita Angela?

—Sí.... pero Margarita le dijo con alguna sequedad que la señorita Angela no estaba en casa; pero que, aun en caso de estar, nunca seria aquel lugar conveniente para hallarla....

—Y qué hizo entonces el jo.... digo, el desconocido?

—Se fué pidiéndole mil perdonos....

—Mira, Justino.... si tú conocieras al criminal, que harias?

--Lo delataria á mi amo.

—Por las leyes?

—Oh! nunca.... mi amo no hace caso de las leyes.

—Pues entonces que harias?

--Haria por quitarle la cartera.

--De cualquier modo?

—De cualquier modo.

--Me engañas?

—No señor.

—Pues mira.... esa cartera nos interesa mucho tanto á tí como á mí.... tienes deseos de servir á tu amo?

—Oh! sí...

—A costa de cualquiera?

—A costa de cualquiera.... los hombres me importan á mí poco, dijo Justino con una indiferencia cruel.

—De veras?

—Por supuesto.

—Y tú no conoces que si llegases á encontrar la cartera, harias un gran servicio á tu amo?

—Sí.

—Y que él te lo agradecería mucho?

—Y tanto!

—Y que te haria un buen regalo?

—Lo creo.

—Pues bien, quieres conocer al que ha robado la cartera?

—Al momento.

—Estás dispuesto á todo?

—A todo.

—Pues mira.... tú conoces á don Juan de Estrada?

—A don Juan de Estrada?.... me parece que sí.

—Te parece?

—Lo he visto algunas veces.

—Ha hablado con tu amo?

—Sí.

—Sí?

—Una ó dos veces.

—Nada mas?

—Nada mas.

—Iba solo?

- Solo.
- No traia un criado?
- Nò.
- Pues bien.... lo tiene.... y ese criado....
- Es el que ha robado la cartera?
- Me parece.
- Os parece?
- Sí... sospecho....
- Por qué?
- Por algunas palabras sueltas... yó hablaré mas despacio con tu amo....
- Está bien.... pero.... una pregunta nó mas.... Cómo se llama?
- No lo sé.
- No sabeis su nombre?
- Nó.
- Y su apellido?
- Tampoco.
- Entonces.... qué sabeis? preguntó Justino con una maliciosa desconfianza.
- No sé ni su nombre, ni su apellido: aquí no lo conocen mas que por un sobrenombre: el jocó.
- El jocó?... y por que lo llaman asi?
- Por su estremada fealdad.
- Dadme sus señas , dijo Justino como inspirado por una idea súbita.
- Fray Nicolás iba á hablar : pero un pensamiento sombrío cruzò por su mente: detúvose un momento y arrugando el entrecejo , repuso con una severa frialdad.
- No te dije que se lo diría á tu amo?
- Vamos , padre Nicolás.... hacedme ese

favor.... á mi amo le agrada tanto cuando yo le llevo alguna noticia de interés?...

Fray Nicolás vaciló algunos instantes : mas luego dijo , como queriendo desechar un pensamiento que lo acosaba:

—Bueno.... para qué pensar en tonteras , y ponerse cabizbajo antes de tiempo?.... se lo diré.... que pierdo en ello?

Y dirigiéndose á Justino , repuso:

—Vamos, hombre.... quieres saber las señas de ese criminal?

—Oh! sí...

—Pero mira que no son mas que sospechas....

—Bueno.

—Lo sabes?

—Ya lo sé.

—Pues te las voy á decir.... es de mediana estatura.... muy blanco.... con el pelo muy rubio.... la nariz larga.... la boca grande.... los ojos pequeños y hundidos....

—No hay mas señas?

—Que mas quieres?

—Pues entonces.... ya no hay duda....

—Qué dices?

—Que ese hombre es el que ha robado la cartera.

—Cómo lo puedes saber?

—Lo sé.

—Por qué?

—Porque un hombre asi es el que han visto todos los amanuenses, y yó tambien.

—Tú tambien?

—Sí... yo estaba escribiendo con los demas.

—Y lo viste?

—Sí.

Mientras Justino decia las últimas palabras, habia sacado del b6lsillo de sus calzones un lapicero de metal y un pedazo de papel doblado, y apoyando el papel en su muslo, comenz6 6 escribir en 6l con lapiz las señas que le habia dade fray Nicol6s.

En cuanto 6ste observ6 aquella accion, se inclin6 vivamente hacia Justino, para ver lo que escribia, dici6ndole:

—Qu6 estais escribiendo?

—Nada, respondi6 Justino continuando en su tarea.

—C6mo nada?

—Nada..... las señas que me disteis de ese hombre.

—Qu6 hombre?

—El que rob6 la cartera.

Y Justino despues de haber acabado su faena, se guard6 el papel y el lapiz en el bolsillo.

Fray Nicol6s le pregunt6 con un tono de receloso afan:

—C6mo es eso? quieres comprometerme?

—Yo.... comprometeros?.... dijo el amanuense de don Eulogio mirando con estupor al fraile.

—S6.... t6....

—Mas c6mo?....

—Quieres tambien meterme 6 m6 en danza?

—Y6....

—Y que sospeche tu amo que yo tambien he

entrado en ese infernal complot?

—Señor, os juro....

Fray Nicolás pareció reflexionar un momento, y despues añadió con una voz de amenaza:

—Anda, vete. Pero ten cuidado....

Justino se preparaba á irse, mas el fraile lo detuvo, diciéndole:

—Mira...

—Que quereis?

Preguntó Justino volviéndose vivamente.

—Y tu amo?

—En Murcia.

—Cuándo viene al campo?

—No sé....

—Pero poco mas ó menos?...

—Me parece que volverá dentro de dos semanas.

—Dentro de quince dias?

—Sí.

—Ah! ese viene á negocio hecho.... pensó fray Nicolás, y despues añadió precipitadamente:

—Pues bien; dile á tu amo?...

—Qué?

—Que mañana por la mañana iré á verlo á Murcia, y que le tengo que dar noticias muy importantes....

—Sobre el robo de la cartera?

—Si.... y sobre otras cosas mias.

—Está bien. Quedad con Dios, padre Nicolás.

—A Dios, Justino.

Este se alejó en la misma direccion que habia seguido al venir , borrando al pasar cuidadosamente con la punta de su vara el surco que habia hecho antes con ella.



Entre tanto.

MIENTRAS fray Nicolás y Justino hablaban en la arboleda que se estendia por detrás de la hermita de San Vicente, otra escena de un carácter análogo; pero muy diferente en sí, sucedia en el claro, donde se reunieron el dia anterior aquellos tres interlocutores, para dirigirse á la hermita.

Los actores de esta escena son don Juan y el jocó. Los dos estan á pié y en cuerpo; por el sudor que inunda sus frentes y el polvo que cubre sus vestidos se conoce que acaban de llegar de Murcia: por la espresion de su rostro se conece

que estan preocupados.

El rostro de don Juan espresa una mezcla singular de receloso temor y anhelante curiosidad.

Sobre el rostro del jocó está pintada una espresion innoble de triunfo y alegria.

Don Juan procura trasladar á su rostro con un fervor hipócrita las emociones de su criado.

Este decia:

—Con que ya lo veis.... decidme.... qué os parece?

—A mí.... nada.

—Bueno ó malo?

—Bueno.

—Si vierais el susto de fray Nicolás?

—Se sustó?

—Sí.... y llegó á ofrecerme cinco mil reales por ella.

—Cinco mil reales?

—Sí.

—Y cuales son las señas de esa cartera?

—Es carmesí y con un brochecito de oro.

Don Juan se puso pálido y exclamó:

—Y que hay dentro?

—Varias cartas.

—Y qué mas?

—Varios pliegos de papel sellado....

—Escritos?

—Por supuesto.

—Y qué mas?

—Un pergamino de cinco pulgadas cuadradas.

—Ah!

—Qué decis?

—Nada.

—Cómo nada? preguntó el jocó con una sonrisa de malicioso recelo.

—Mira... yo me acuerdo de haber visto esa cartera.

—Dónde?

—En manos de fray Nicolás.

—Ah!... con que era por eso?...

Don Juan respiró, porque la sonrisa maliciosa habia desaparecido de los lábios de su criado.

—Escucha, le dijo con un tono afable.

—Qué quereis?

—Yo tengo motivos para aborrecer á fray Nicolás.

—Sí?... pues en eso os diferenciais de mí....

—Cómo?

—Porque yo lo aborrezco sin motivos.

—Sin motivos?

—Ninguno.... por una rivalidad instintiva.

—Vaya! dijo don Juan con ironía, y despues prosiguió:

—Pues yo tengo motivos para tenerle á ese hombre un odio profundo.... concentrado....

—Bueno....

—Y.... sabes lo que yo podia hacer si tuviese en mi poder esa cartera?

—Esa cartera?

—Sí.... y mira.... tú no sabes leer?....

—Nó.

—Ni escribir?

—Tampoco.

—De consiguiente esa cartera no te puede servir á tí para nada.

—Para nada? dijo el jocó con las facciones contraídas por una espresion sardónica y cruel; para nada?... esa cartera es inútil?... es inútil el arma que me puede servir para destruir é inutilizar los proyectos de un adversario?

—Y tú sabes que esa cartera puede servirte para destruir é inutilizar todos los proyectos de fray Nicolás?

—Sí.

—Luego sabes lo que contiene.

—Sé que encierra cosas de grande interés.

—Y cómo lo sabes?

—Lo conjeturo.

—Lo conjeturas?

—Sí.. por el temor que mostró fray Nicolás cuando le mostré la cartera en mi poder.

—Ah! es verdad , dijo don Juan pareciendo mas tranquilo.

—Lo veis? dijo el jocó con un tono convincente.

—Pues ahora , repuso don Juan , te repito lo que te dije antes.... sabes tú lo que yó pudiera hacer si tuviera en mi poder esa cartera?

—Y contra quién queriais usar de ese poder? le preguntó el jocó escudriñando su rostro con una mirada penetrante.

Don Juan pareció vacilar por un momento, y despues respondió sin titubear:

—Contra fray Nicolás.

—Contra fray Nicolás?

—Sí.

—Nada mas?

—Nada mas.

—Pues bien... usad de ella cuando queráis.

Don Juan hizo un gesto casi imperceptible de impaciencia y descontento, y dijo con una expresión marcada de disgusto.

—Eso no me basta....

—No os basta?

—Nó.... quisiera tenerla completamente en mi poder.... hacerla contar cuando quisiera.

—Sí?... pues entonces....

Don Juan adivinó sin duda cual había de ser el fin de la frase del jocó, pues le dijo:

—Mira.... quieres doscientos reales por la cartera?... esta misma tarde te los doy....

El jocó pareció indeciso un momento, y luego dijo resueltamente:

—Bueno.... tomadla.... pero tened presente que no se la quise dar á fray Nicolás por cinco mil reales.

—Gracias.... y donde está?

El jocó permaneció pensativo un momento, y despues dijo dando una patada en el suelo:

—Maldicion! me la he dejado en Murcia.

—Te la has dejado en Murcia?... Dónde?

—En el tirador de la mesa grande de pino.

—Está bien.... esta tarde iré por ella, y antes de ir.... te dejaré el dinero.

—Bueno.

—Con que á Dios.... hasta mañana no te necesito.

—Está bien....

—A Dios.

—Que lo paseis bien.

El jocó se preparó á marcharse , cuando don Juan dió dos pasos apresuradamente , y lo detuvo , diciéndole:

—Mira.... ha leído alguien lo que hay en la cartera?

—Nadie.

—La ha visto alguien?

—Nó.

—Bueno.... á Dios.

Y el amo y el criado se separaron.



Sorpresa.

El jock siguió la dirección del camino hacia la hermita.

No sabemos cual seria su objeto.

Al llegar cerca de la hermita, apartóse un poco hacia la izquierda.

Estaba fatigado; el sudor corría por su frente, sentóse al pié de un árbol, que era uno de los que daban principio á la arboleda que se extendía por detrás de la hermita de San Vicente. De pronto miró al suelo con curiosidad.

En él habia trazado un hondo surco, que acompañaba en todo su trayecto á las huellas de un hombre.

—Qué será esto? dijo el jocó levantándose y siguiendo el surco en la direccion de su longitud, y despues repuso con una risofada innoble:

—Vaya! alguno que ha entrado en la arboleda con miedo de perderse!... Sigamos, á vér donde á venido á parar.

Y el jocó continuó andando en la direccion del surco.

De pronto lo sacaron de su distraccion dos voces humanas.

Se deslizó entre los árboles, y escuchó....

Eran las voces de Justino y fray Nicolás.

Aplicó el oido con atencion á aquellas voces mas no oia mas que palabras inconexas.

Acercóse mas, y oyó que se despedian.

Entonces se echó hácia atrás, y se escondió entre las ramas.

Justino se dirigió hácia aquel sitio, siguiendo el surco que él mismo habia hecho, y borrándolo cuidadosamente como ya hemos dicho.

El jocó siguió sus movimientos con una anhelante curiosidad.

Una cosa blanca brilló en el suelo: era un papel que se le habia caido á Justino sin que este lo advirtiese.

El jocó contempló aquel papel con una alegría feroz: Justino pasó de largo y se ocultó entre los árboles.

Entonces el criado de don Juan se fué adelantando cuidadosamente hácia el lugar donde se habia caido el papel, agachóse, lo cogió, y se dirigió con él hácia el lugar donde se hallaban

hablando poco antes fray Nicolàs y Justino,

El jocó entró en el claro: fray Nicolàs habia desaparecido ya entre los árboles.

—Fray Nicolàs! gritó el jocó. Fray Nicolàs! y despues añadió: Qué diablos!... ya se ha ido... Veamos ahora....

Y añadió con un aire reflexivo:

—El cuento es que es menester buscar quien me lea esto... y por otra parte, no me atrevo à dárselo à leer à nadie.... puede ser una cosa que me comprometa.

Detúvose un poco, y despues prosiguió:

—Que aquí hablaban de mí.... no hay duda.... ha sido un asunto tan grave el que ha sucedido.... (y el jocó acentuó estas palabras con una carcajada grosera) Vamos.... no hay mas remedio que acudir à don Juan.... no muy à gusto mio.... pero en fin.... no hallo otro de quien fiarme.... Mas donde encontraré à don Juan?... Ah! él dijo que ahora iria à ver si podia saber del estado en que se hallaban los negocios en casa del señor Martin.... regularmente estará paseándose à la orilla del rio, ó à la entrada de la calle de árboles.... Sí, allí lo he encontrado muchas veces.

Y diciendo esto, el jocó, sacando fuerzas de flaqueza, emprendió su camino hácia la casa blanca.

La casa blanca distaba cerca de dos millas y media de aquel sitio: el jocó llegó sumamente fatigado. Eran ya mas de las dos de la tarde, y el sol reflejaba sus ardientes rayos en las claras y corrientes aguas del Segura. Las

ramas de los añosos árboles que formaban la calle que conducía desde la casa blanca hasta la orilla del río, no eran agitadas por el menor soplo de la brisa; un continuo bochorno producido por la cálida temperatura de aquella naturaleza fértil, reinaba en aquellos campos llenos de árboles, que cubrían casi todo aquel terreno con una sombra fresca y benéfica.

El jocó llegó á la orilla del río: don Juan no estaba allí. Tendió la vista en todas direcciones; pero sus ojos se perdieron en aquel confuso ramaje.

Hacia cerca de media hora que el jocó esperaba en aquel sitio, cuando don Juan se dejó ver entre los árboles. Ambos lanzaron una exclamación de sorpresa. Una expresión de alegría brilló en el rostro del jocó.

—Hola!... estabas tú aquí? le preguntó don Juan así que se hallaron juntos.

—Os esperaba, señor, respondió el jocó, me habeis hecho estar aquí mas de media hora... pero por fin habeis llegado.

—Tú esperarme?... y para qué? preguntó don Juan con estrañeza.

—Quisiera que me hicieseis un favor.

—Guál?

—Leerme este papel.... ya veis que es un favor que no os puede costar mucho trabajo.

—Bueno... Dámelo.

Don Juan tomó el papel que le daba el jocó, y despues de haberle dado varias vueltas, exclamó:

—Diablos! que letra.... es casi imposible leerla.... y ademas escrita con lapiz.... sin embargo.... veremos á ver lo que dice esto.

Y don Juan empezó á leer no sin trabajo aquellos confusos caracteres; escritos sobre el muslo de Justino.

El contenido del papel era este:

SEÑAS DEL JOCO.

Estatura mediana , color blanco , pelo rubio, nariz larga , boca grande , ojos pequeños y hundidos.

A cada renglon que leia don Juan observaba minuciosamente al jocó con una sorpresa mezclada de espanto.

—Qué es esto? preguntó al fin. Qué significa esto? Vas á sacar algun pasapóрте? añadió en tono de broma: en tal caso , no llesves esto á ninguna parte , porque no te lo entenderan.

El jocó permanecia silencioso, con un aire reflexivo no muy comun en él: al fin prorrumpió meneando la cabeza:

—Bien me lo figuraba!... ese fray Nicolás debia hacer alguna de las suyas.

—Pero qué es lo que ha hecho fray Nicolás?

Entonces el jocó le refirió circunstanciadamente todo lo que habia sucedido en el capítulo anterior.

—Ahora si que se esplica perfectamente eso.

—Pues dadme acá ese papel , dijo el jocó con una espresion concentrada , tomándolo de

manos de don Juan y guardándoselo en el bolsillo.

En este momento oyó ruido á veinte pasos entre las ramas: dos hombres á pié salieron del matorral, y se dirigieron hácia la casa blanca. Ni don Juan ni el jocó pudieron verles los rostros; pero por sus cuerpos y vestidos, se conocia que eran don Cosme y fray Nicolás.

Qué hará fray Nicolás en la casa blanca? don Cosme á lo menos es visita; pero fray Nicolás no sabemos que haya puesto en ella los piés!

Tal fué la primera idea que súbitamente se ofreció á los dos interlocutores, idea que no tardaron en espresar con palabras. El jocó fué el primero que conoció la inutilidad de sus pesquisas sobre aquella visita misteriosa, y dijo con un tono resuelto á don Juan.

—Os vais?

—Sí... ya poco puede quedar de dia, y embebidos en nuestras cosas, no hemos tomado bien nuestras precauciones... es menester ver donde nos quedamos esta noche...

—Y donde la pensais pasar?

—Que sé yó?... por poco dinero nos dejarán entrar en casa de algun campesino de las cercanias.

—Y vais á verlo?

—Ahora mismo.

—Volvereis?

—Sí.... volveré.

—Pues bien, aquí os espero.

Don Juan miró al jocó con sorpresa, y le dijo:

- Cómo es eso? no vienes?
- Quiero ver salir á fray Nicolás.
- Y para qué?
- Sobre este papel.... yo me entiendo....
- Pues bien.... yo te vendré á buscar aquí.
- Está bien.... Abur.

Amo y criado se separaron: el jocó permaneció á la orilla del rio.



La visita.

FRAY Nicolás y don Cosme entraron en el salon bajo de la casa blanca. El señor Martin , sentado en una poltrona de nogal , con una de sus piernas cruzadas sobre el muslo opuesto , estaba leyendo. Al ver aquella inesperada visita , levantó los ojos y saludó á los dos con una atractiva afabilidad ; mas su vista se fijó con estrañeza en el fraile, como en una persona desconocida. Despues de los saludos de costumbre , don Cosme se apresuró á presentar á su compañero , diciendo con un tono de interés y afectacion al propietario de la casa blanca:

—Señor Martin , aquí os presento á fray Nicolás , religioso perteneciente á la órden de San Francisco , que desea renovar unas relaciones , que dice, haber tenido con vos, tan antiguas como solemnes.

El señor Martin miró con sorpresa á aquel personaje , que aseguraba la ecsistencia de unas relaciones antiguas y olvidadas con él: miró atentamente su rostro , y aquella fisonomía no le pareció enteramente desconocida. Mas no pudiendo recordar nada sobre aquellas facciones, el padre de Isaura dijo á fray Nicolás con una sonrisa benévola:

—Vuestras facciones no me son enteramente desconocidas.... pero no por eso puedo recordar ninguna circunstancia.... tened la bondad de ayudar á mi memoria que por otra parte es bastante débil.

—Con mucho gusto , respondió fray Nicolás inclinándose. No teneis una hija que se llama Isaura?

—Si, señor.

—Bien.... qué edad tendrá ahora?

—Unos quince años.

—No estábais hace quince años en Cádiz con vuestra esposa?

—Si.... si.... ya me voy acordando , dijo el señor Martin con voz trémula.

—Ahora... me conoceis?

—Sí...

El señor Martin se quedó como si lo hubiera herido un rayo. Apoyó los codos en los brazos de su poltrona , y apoyó su frente en sus manos

con una espresion de amargura y abatimiento. Fray Nicolás repuso con una sardónica satisfaccion:

—Esa son las relaciones que queria auudar con vos.... creedme, un amigo, aunque sea un conocido antiguo, es un tesoro que pocas veces se halla.

El señor Martin se levantó: su frente estaba inundada de sudor. Sus ojos brillaban con un fuego febril, y sus lábios temblaban con un estremecimiento convulsivo. Varias veces quiso hablar y no pudo, como si una mano invisible y poderosa detuviese las palabras en su garganta. Por fin, sacando fuerzas de flaqueza, dijo con una aparente serenidad:

—Vos no os llamais fray Nicolás?

—Para serviros.

—Mil gracias, respondió el señor Martin con una sonrisa forzada, y añadió: Pues bien, padre Nicolás, nosotros, como todo conocimiento antiguo tenemos mucho que hablar.... y decirnos aquí, todo cuanto tenemos que decir, seria molestar al señor con nuestra conversacion... (y al decir esto el señor Martin señaló con la vista á don Cosme). Por lo que si el señor don Cosme nos lo permite, podeis venir conmigo á mi cuarto donde podemos hablar con toda libertad: tranquilizaos, señor don Cosme, yo haré bajar á Isaura, para que nunca se diga que os han dejado solo y aburrido en mi casa.

Don Cosme se inclinó respetuosamente, y el señor Martin salió de la sala seguido por fray Nicolás.

Después de haber entrado en el pátio, subido la escalera, y llegado á un corredor bastante ancho, rodeado de barandas de hierro, el propietario de la casa blanca se detuvo en medio de él, y llamó con una voz breve, pero no imperiosa:

—Juana!

La muger gruesa, como de cuarenta años, que se habia presentado el dia anterior en el aposento de Alfredo para anunciar la importuna visita del maestro de escuela, apareció en una de las últimas puertas del corredor.

—Qué quereis, señor Martin? preguntó.

—La á decirle á mi hija que vaya abajo.... que don Cosme está allí solo.

—Está bien, dijo la muger, yéndose.

El señor Martin abrió la puerta de uno de los aposentos, y entró con fray Nicolas.

Aquella pieza, de bastante estension, era sumamente sencilla como todas las de la casa blanca: un reloj de sobremesa colocado encima de una mesa de pino barnizado, una media docena de cuadros entremezclados con algunas medallas de yeso que representaban efigies de santos, ó retratos de hombres célebres, algunos macizos sillones de caoba con brazos, y una docena de sillas de regilla, completaban el ajuar de aquel aposento, cuyo suelo estaba cubierto con esteras de junco. El señor Martin acercó dos sillas á la mesa, y sentándose en una, invitó á fray Nicolás para que imitase su ejemplo, lo que ejecutó en efecto, sentándose en la otra. El padre de Isaura apoyó el

codo sobre la mesa , y se pasó la mano por la frente , como un hombre oprimido por una violenta sensacion. Despues clavó su vista indagadora en el semblante del fraile, que arrojó con sus ojos de reptil aquella mirada sin manifestar la menor emocion.

El señor Martin fue el primero que empezó á hablar con una voz turbada y vacilante.

—Fray Nicolas... vos me habeis hablado de nuestras antiguas relaciones.... me habeis dicho que deseabais renovarlas.... no es verdad?

—Señor, es mucha verdad , exclamó fray Nicolás inclinándose humildemente para ocultar un rayo de maligna alegria que brillaba en sus ojos.

—Pues bien , esas antiguas relaciones que ahora deseais renovar , os han hecho poseedor de un secreto importante , terrible , que hace muchos años que pesa sobre mi alma.... secreto que solo vos y yo sabemos sobre la tierra. secreto del que depende el porvenir de mi hija y el mio.... sabeis?

—Señor.... dijo respetuosamente bajando la cabeza como dominado por la influencia del padre de Isaura, porque la voz del señor Martin en medio de su pura expresion de natural sencillez era imponente y sublime como el rugido del leon en el desierto de Zahara.

—Escuchad.... vos habeis recibido la confesion de mi esposa, y habeis bautizado á la niña que dió á luz antes de morir..... esa niña es Isaura.

—Ya lo sé.

* —Bueno.... Vuestra profesion os obliga á guardar ese secreto tan importante, como un secreto de confesion es vuestro deber y sin embargo, tanto interes tengo en que lo sepulteis en lo mas recóndito de vuestro pecho... que os lo pido, no ya como un deber, sino como un favor.

Fray Nicolás que hasta entonces habia permanecido con la cabeza baja, la levantó orgullosamente, y dijo con una sardónica y finjida benevolencia.

—Si.... como un favor.

Pues bien.... yo conozco que callar ese secreto es un deber mio.... si, un deber.... pero ya lo veis.... tanta es mi amistad, que acepto ese nombre de favor que le dais, tan solo por tener la dicha de haber hecho algo por vos....ois?

—Ah! padre Nicolas exclamó el señor Martin con un tono de concentrada gratitud.

—Pero en cambio de ese favor como vos lo quereis llamar, ecsijo que me hagais otro....

Al momento... decidlo: si está en mi mano os lo haré con mucho gusto....

—Si, señor.... está en vuestra mano y os es fácil.

—Pues decidlo.

—Yo tengo mucho interes en la felicidad de Isaura....yo mismo la he baustizado... y eso dá derecho para tomarse cierto interes por una persona....

—Lo conozco: seguid.

—Ahora mismo.... teniendo yo ese derecho sobre Isaura, ò por mejor decir, ese derecho para tomarme interés por vuestra hija, pue-

do manifestaros libremente mi opinion....

--Por supuesto.

--Pues bajo ese entender os la voy á mostrar francamente.... no se os olvide que me debeis un favor.... yo en cambio quiero pidiros otro... á su edad.... con todo el fuego que esa edad inspira á las jóvenes.... no habeis comprendido, con la perspicacia natural de un padre, alguna pasion oculta en su pecho?

--Yó...

Esta vez fué el señor Martin el que bajó la cabeza, como para sustraerse á la mirada penetrante é inquisitorial de fray Nicolás.

Este prosiguió:

--No habeis descubierto, adivinado, si ese casamiento era ó nó agradable á sus ojos?

--Qué casamiento?

--El de Isaura con Alfredo.... ya me han hablado de él....

--Ese casamiento.... á lo menos segun ella misma me ha confesado, se ha hecho por gusto suyo....

--Por gusto suyo?

--Sí... y con su consentimiento... os lo aseguro.

--Sin embargo.... estais seguro de que ella se ha prestado á aquel acto por gusto suyo, ó por una ciega y pasiva obediencia á vuestras órdenes....

--Creeis?...

--Hablo de ese modo porque tengo datos ...

--Datos.... de qué?

--De que esa boda no es á gusto de Isaura..

la razon es sencilla... la jóven ama á otro....

—Ama á otro?

—Sí... lo ha amado y lo ama.

—Es un hombre de razon y esperiencia que puede hacerla feliz.... pero en fin.... ese es un asunto que ventilaremos luego.... lo que me importa ahora es que se deshaga ese casamiento.... tengo un interés particular en ello.

—Que se deshaga ese casamiento?... teneis un interés particular en ello? dijo el señor Martin llevándose las dos manos á la frente , porque habia comprendido toda la perfidia infernal de fray Nicolás.

Este prosiguió:

—Sí... os lo pido por favor... y aunque es un deber en mí interesarme por la felicidad de vuestra hija.... os súplico que lo admitais como un favor , del mismo modo que yo he baustizado con el nombre de favor ese deber que me ha impuesto la confesion.

El padre de Isaura estaba trémulo de cólera: en sus lábios aparecian oleadas de blanca espuma , sus ojos chispeaban , gruesas gotas de sudor caian por su frente. No habia podido menos de comprender que estaba bajo el poder de aquel hombre , y que aquel hombre tenia un interés particular en que se deshiciese el casamiento de Alfredo con Isaura. Hacer frente á todo lo que pudiera sobrevenir , y negarse resueltamente á toda transacion con aquel fraile... Oh! no.... entónces fray Nicolás descubriría ese secreto que tanto interés tenia el señor Martin en ocultar , y cubriría de ignominia y rubor la frente de su hi-

ja, tal vez le quitaría para siempre su felicidad.. esa felicidad en la que el fraile aparentaba interesarse tanto!...

La voz de fray Nicolás vino á sacarlo de sus reflexiones.

—Con que.... aceptais mi plan?... quereis hacerme ese favor? prosiguió este.

—Pero en fin.... qué quereis que os haga?

—Que deshagais ese casamiento que Isaura vá á contraer con su primo.

—Pero.... eso es imposible... ademas que todavia no se ha efectuado....

—Vamos , repuso el fraile con un tono de falso cariño , hacer esto siquiera por favor... por una especie de reconocimiento mútuo... asi que me hayais hecho ese favor, hablaremos de otra cosa..

—Pero espliquémonos....

—Lo siento mucho.... pero, ya lo veis, el dia se vá acabando , yo tengo que andar mucho, y no es hora de entrar en esplicaciones....siento mucho que esta conversacion que ha servido para renovar una amistad antigua no se prolongue mas... pero á bien que ya sabeis todo lo que habeis de saber.... si me haceis ese favor os haré yo el otro.... y no... me verá obligado á descubrir vuestro secreto.

Y el fraile dió dos pasos hácia la puerta.

Al llegar á la puerta puso la mano en el pestillo, y volviendo atras el rostro dijo dirigiéndose al señor Martin, que estaba inmóvil y con una mano delante de los ojos.

—Dios os guarde.

El señor Martin no dió muestras de haberlo oído, y fray Nicolás despues de haberse quedado algunos instantes para esperar su respuesta, fijó una última mirada en el propietario de la casa blanca y salió del aposento.

.....
Algunos instantes despues fray Nicolás y don Cosme salieron de la casa blanca.



Las señas.

EL fraile y el ex-maestro de escuela anduvieron un trecho bastante regular por la calle de árboles, y apenas estaban á la mitad de ella torcieron como para volverse á un lado. Eran ya las siete de la tarde, y el cielo estaba cubierto por un lado de nubes; y por otra parte de celajes en quienes se reflejaba el crepúsculo con tintas de púrpura y rosa.

Cuando nuestros dos compañeros se volvieron para torcer hácia un lado de la calle de árboles una voz clara detuvo á fray Nicolás pronunciando su nombre á la distancia de unos

treinta pasos. Fray Nicolás se volvió: era el jocó. Sus mejillas palidieron, y sus párpados se inyectaron de sangre.

—Qué quereis? gritó dando un paso hácia la derecha.

—Esperad... tengo que hablaros, dijo el jocó en el mismo tono, avanzando algunos pasos hácia el fraile.

—Alla voy dijo este, y dirigiéndose á don Cosme, añadió:

—Dispensad, señor don Cosme, si no puedo acompañaros á vuestra casa.... tengo que hablar precisamente con ese hombre.... por otra parte, ya son las siete de la tarde y haceros esperar seria tal vez causaros una estorcion.... Dispensad señor don Cosmé, pero ya veis que es preciso....

—No hay de qué padre Nicolas; yo voy muy bien solo, respondió el ex—maestro de escuela con una benévola sonrisa, y despues, de haberse despedido de fray Nicolás, desapareció, y se internó entre los árboles.

Asi que se hubo alejado don Cosme, el fraile se dirigió hácia el jocó, y le dijo con un acento de fingida afabilidad.

—Vamos.... qué quereis, buen amigo?

—Qué quiero?... respondió éste con un acento de ecsagerada y maligna brutalidad; qué quiero?... quiero que veais este papel.

Y metiendo la mano en su bolsillo, mostró á fray Nicolás el papel que escribió Justino.

—Ya lo veo, respondió turbado fray Nicolás.

—Quién ha escrito esto?

—Esto?... te aseguro que yó no he sido.

—Nó?... ya lo sabia.... vos no erais el que lo habia escrito ; pero lo habiais dictado....

—Mira....

—No temais.... esto no pasa de ser un medio muy tonto... sí, muy tonto... un medio que mas bien inspira desprecio que temor....

—Pero, escucha...

—Qué quereis que escuche?

—Oyeme....

—Bueno.... pues hablad y sed breve...

—Ese papel ni lo he escrito ni lo he dictado.

—Pues entonces....

—El que lo escribió fué Justino.

—Y Justino me conoce á mí?

—Sí.... te conoce, y te ha visto entrar una ó dos veces en casa de don Eulogio cuando ibas tú á robar la cartera...

—Es verdad, dijo el jocó reflexionando , y despues repuso:

—Pero aunque Justino me conozca , como decis, por haberme visto entrar una ó dos veces en casa de don Eulogio.... á mi me consta , que ni Justino , ni don Eulogio , ni nadie en aquella casa, sabe mi nombre , y ese nombre está puesto aquí.

—Qué dices?

—Que aquí dice , señas del jocó.... ya lo veis....ese es un nombre , ó por mejor decir, un sobrenombre....

—Pero cómo sabes que ahí dice eso?

—Ah! confiábais en que yo no sé leer ni escribir, respondió el jocó con una exagerada ironia: pues os engañásteis... he buscado quien me

lo lea , y sé lo que dice....

—Bueno.... verás que es verdad lo que te he dicho....

—Oh! si, mucha verdad , respondió el jóco con un acento sardónico: por qué ni como sabe ya quien soy yo., un nombre , lo que he hecho , y hasta lo que tengo por hacer....

—Pero mira....

—Quiá! eso es lo mas natural... no es verdad , padre Nicolás?

—Oyeme... te lo voy á contar todo.... en casa de D. Eulogio sospechan de tí.... y con razon....

—Con razon?... Ah. ya lo creo....

—Si... con razon... primeramente, te han visto entrar allí muchas veces con objetos que se conocia claramente que no eran mas que excusas ó pretextos para entrar....despues te han visto salir dos veces del bufete privado de don Eulogio....

Ya tu ves?....

—Bien y que prueba todo eso?

—Prueba lo que te he dicho... que han sospechado de tí y con razon....

—Eso es.... y prueba tambien que por que me han visto algunas veces, ya saben mi nombre mi profesion, mi estado, mis acciones, etc. etc.

—Pero, hombre.... te digo yo eso?

—No me lo decis, pero me lo dais á entender, á lo menos quereis distraerme para que no os diga lo que tengo que deciros.

—Yo?....

—Vos... y á pesar vuestro, vamos al hecho ,

á la cuestion que os propuse antes: quién le ha dicho mi nombre á Justino?

—Pero....

—Esto se conoce que está escrito de prisa y en un parage poco cómodo para escribir.... sin duda será en el campo.... á él se le cayó cuando venia de hablar con vos.....

—Cuando venia de hablar con migo?

—Sí... se conoce que estaba escrito hacia poco tiempo.... ese nombre, esas señas, nadie puede haberselas dado mas que vos...

—Yo....

—Vos... y para que veais lo inutiles que son todos vuestros proyectos.... mirad.

Y al decir esto, el jocó cogió con las dos manos el papel que acababa de enseñar á fray Nicolás, y haciendolo pedazos, los dejó caer al suelo,

Despues prosiguió con un profundo desprecio:

—Ya lo veis.... estas son vuestras armas?... vuestros proyectos?... ya veis como los desprecio todos.... pero mirad.... como querais hacer otra jangada como esta para perderme, entonces os pierdo yo á vos.....

—Tú?... como?

—Si.... yo sé que en la cartera hay cosas que os pueden comprometer.....

—Cómo lo sabes?

—Lo sé del modo que lo sé, eso no os importa....

—Pues bien.... y que quieres decir con eso.

—Qué quiero decir? una cosa muy sensilla?

--Vos trabajais para perderme , y el único medio que tengo para inutilizar todos vuestros proyectos es este: En cuanto me suceda á mí algún daño por esa cartera , vos salis responsable de él

—Yo responsable!....Cómo?

—Basta de conversacion, dijo el jocó brutalmente volviendo la espalda y poniéndose á silvar entre dientes.

Fray Nicolás siguió con una constante avidez los movimientos del jocó, diciéndole:

—Pero, hombre, óyeme.

—Callad.... ahí viene don Juan, dijo este volviéndose bruscamente.

Algunos instantes despues de haber dicho el jocó estas palabras, don Juan rpareció en la calle de árboles.



Un ajuste.

FRAY Nicolás al ver á don Juan , vió en él , por decirlo así , el áncora de su salvacion , el númen tutelar que lo libertaria de las infernales manos del jocó: por lo que adelantándose hácia él , le apretó cordialmente la mano , diciéndole:

—Hola , señor don Juan!... otra vez habeis venido de Murcia?

—En efecto.... esta mañana vine.

—Vaya! me alegro mucho.... yo pienso quedarme esta semana en el campo.

—Pues, yo no me quedaré como vos toda

la semana ; pero tendré que hacer frecuentes viages , y me alegro mucho de encontrar un amigo....

Mira , prosiguió don Juan dirigiéndose al jocó , sigue derecho por ese sendero por el que yo he venido , y á los doscientos pasos hallarás una cabaña , donde yo he dejado mi equipage ; dá mi nombre y con eso podrás entrar...

—Y vos no vais? le preguntó el jocó con una maliciosa sorpresa.

Don Juan vacilaba ; pero el fraile le hizo un gesto , y respondió con decision.

—No, vete tú... yo iré allá dentro de media hora.

El jocó partió no sin alguna repugnancia, y pronto desapareció entre los árboles.

Asi que fray Nicolás y don Juan se quedaron solos , dijo aquel despues de haberse asegurado que el jocó estaba ya lejos de allí.

—Sabeis lo que ha sucedido con vuestro criado?

—Ya lo se todo.

—Quien os lo ha contado?

—El mismo.

—El jocó?.

—Sí.... y ya no teneis que temer nada sobre eso.

—De veras?.

—Y tan de veras que esa cartera me ha costado, ó por mejor decir , me va costar doscientos reales.

—No se los habeis dado todavia?

—No.... quedamos en que esta misma tar-

de me daría él la cartera y yo le daría el dinero; pero ya me parece que hasta mañana no podemos hacer ese cambio....

—Pero no consiste solamente en eso....

—Ah! no tengais cuidado.... el jocó no se lo ha enseñado á nadie.

—Bueno.... con que bajo ese punto estamos seguros.... y de lo otro como estamos?

—Ya lo sabeis... os serviré en lo que pueda.

—Me servireis?

—Sí.... con mucho gusto.

—Pues como me sirvais en eso, yo os serviré en otra cosa que os debe importar mucho..

—Cual?

—Vuestro casamiento con Isaura.

—Qué decis?

—Lo que os digo.

—Y cómo podeis hacer eso?

—Los medios son míos... el fin será vuestro, respondió fray Nicolás con tono solemne.

—Bueno, bueno, todo está bien, se apresuró á decir don Juan con un tono de alegría.

—Con que estais conforme? nos serviremos mutuamente?

—Por supuesto.

—Pero con una condicion...

—Cuál?

—Que en cuanto tengais en vuestro poder la cartera, quiero que pase inmediatamente á mis manos.

—Corriente. Pero... para cuando quereis que se realice nuestro proyecto?

—Poco plazo pido.... quince dias.

—Nada mas?

—Nada mas... y eso en un caso extremo... yo pienso realizarlo antes.

—Oh! padre Nicolás..., mil gracias, exclamó don Juan con una sincera gratitud, cediendo á aquel afecto, á pesar de la descarada indiferencia que mostraba el seductor por todos los sentimientos humanos.

Algunos instantes de silencio siguieron á esta efusion de reconocimiento, al cabo de los cuales dijo fray Nicolás:

—Peró ya son mas de las siete y media, la hermita está lejos y la noche es algo oscura, dispensadme si no puedo prolongar mas nuestra conversacion.

—No hay de qué. Yo tambien tengo que irme.... quedad con Dios.

—Abur, don Juan.

Este se fué frotándose las manos de alegría.

Asi que fray Nicolás se quedó solo, una expresion de orgullo infernal contrajo sus facciones, sacudió su cabeza como el que intenta sacudir un yugo, y dijo con un tono de soberbio desden:

—Gracias á Dios!... ya no tengo que ser esclavo del jocó!

Y emprendió su camino hacia la hermita.

.....
Eran ya mas de las nueve de la noche, y fray Nicolás agaviado de cansancio llegó á la hermita de San Vicente.

—Migue! le dió la luz y se fué á su cuarto como acostumbraba todas las noches: cuando ya

tenia abierta la puerta de su cuarto para entrar, oyó la voz de Miguel que lo llamaba.

—Eh! padre Nicolás.... padre Nicolás!

—Qué quieres, Miguel? respondió este retrocediendo hasta el fin de la escalera.

—Esperad, señor.... repuso este subiendo con precipitacion: esperad: una cosa que se me habia olvidado....

—Qué cosa?

—Una carta que me han entregado para vos....

—Quién?

—Un hombre que por su apariencia parece un criado de alguna casa á quien he visto algunas veces por estas cercanias.

—Pues bien, dámela.

Fray Nicolás tomó la carta de manos de Miguel y entró en su cuarto. Colocó sobre la mesa la luz que tenía en la mano, rompió el sobre de la carta y la leyó.

Estaba concebida en estos términos;

AL R. P. F. N.

Habiéndome dicho justino todo lo que sabiais sobre el robo de esa cartera que tanto nos importa conservar, y que conociais y podiais designar perfectamente al autor del robo, deseo que me hagais el favor de venir á hablar conmigo sobre ello por la mañana de once á una en mi hacienda en el campo, en la que os espero con grave perjuicio de mis negocios.

Queda de vos su afectisimo,

S. Q. S. M. B.

Cuando acabó de leer la carta , fray Nicolás la dobló: se la metió negligentemente en el bolsillo , diciendo:

—Está bien.... mañana iré.... algo mas tarde quizás : pero será para llevarle la cartera....

Algunos minutos despues, fray Nicolás dormia profundamente: la luz moribunda del velon arrojaba sombríos y misteriosos destellos sobre aquel aposento ; en el rincon mas oscuro, donde se hallaba la cama , se dibujaba confusamente la cabeza de fray Nicolás , única parte de su cuerpo que quedaba descubierto.

Las diez de la noche dieron en el reloj de la sacristia.



Revelacion.

X **C**UANDO fray Nicolás salió del aposento del señor Martín, éste permaneció algunos minutos sumergido en una inerte impasibilidad: su estado era el de un hombre cuya alma ha perdido su vigor luchando contra una idea que lo domina á su pesar, como desmayan las fuerzas del cuerpo queriendo contrarestar las de un robusto atleta.

Después de haber perdido algunos segundos en esta posición, levantó la cabeza; sus miradas se animaron, y se limpió con el dorso de su mano el sudor que corria abundantemente por

su frente. Después de haber reflexionado algun tiempo, prorrumpió repentinamente.

—Eso es.... de todas maneras lo habia de saber tarde ó temprano.... mas vale decírselo con tiempo, y prevenir los designios de ese maldito fraile.

Y al decir esto, salió de su cuarto, y se dirigió al de Alfredo.

Este estaba recostado en la cama con la cabeza baja, el codo apoyado en la almohada, y los dedos de su mano izquierda sumergidos en sus cabellos. Al ligero ruido que hizo la puerta al abrirse, alzó Alfredo la cabeza, y al ver al señor Martin, le dijo con una espresion de cortés gratitud.

—Hola, señor Martin.... estais aquí?

—Aqui estoy.... que quereis?

—Nada.

—Pues yo soy el que tengo que hablarte.

—Vos?

—Si, yo....

—Y que me teneis que decir?

El padre de Isaura respondió con una sonrisa paternal y acercando su silla á la cama, se sentó en ella, apoyando el brazo en el espaldar.

—Alfredo....dijo por fin.

—Qué quereis? respondió el jóven.

—Te acuerdas de cuando te hablé ayer?.....

—Sí....

—Te dije que te descubriria un secreto tan terrible como importante....

—Es verdad que me lo dijisteis....

—Ese secreto te dije que te lo revelaria

cuando estuvieres próximo á casarte con Isaura; pero, á pesar de lo que te dije ayer mismo, circunstancias que están fuera de tu alcance, y que te explicaré á su tiempo, circunstancias que me han impuesto unas condiciones tan terminantes como imperiosas, exigen que te revele ahora mismo ese secreto que tanto tiempo he tenido sepultado en mi pecho, y que se me hace tan penoso descubrir....

—Y qué secreto?

—Mira... antes de todo, es menester recordar ciertas revelaciones, y hechar una mirada retrospectiva hácia lo pasado... Isaura es tu prima por parte de madre, y es muy doloroso para mi hablar lo que voy hablar sobre tu tia... aunque bien sabe Dios que siempre permaneció inocente á mis ojos, á pesar de las causas que alteraron mi felicidad y la suya.

Y al evocar estos recuerdos pasados, esos recuerdos alhagados por su memoria, cual la flor animada por el soplo de la pasada brisa, el señor Martin enjugó con la punta de su dedo una lágrima furtiva suspendida en sus párpados.

—Hablad, hablad le dijo Alfredo con una ansiedad creciente.

—La primera vez que ví á tu tia fué en Murcia yendo á evacuar algunas comisiones de mi padre, y me enamoré de ella, á pesar de la insuperable barrera que habia puesto entre nosotros la diferencia del rango y de la condicion. Y sin embargo, á pesar de esas divisiones, tan profundas que han establecido los hombres entre si mismos ella me amaba, si, me amaba con

un amor tan puro como el que yo sentia por ella: todavia no nos habiamos hablado una palabra; pero siempre que nos veiamos, nuestros corazones se espresaban con demasiada claridad para no comprenderse.... desde entonces una idea única y fija dominó todas las potencias de mi mente: Poseerla!.... esta idea fué el único móvil de todas mis acciones, ella colocada por la providencia como un númen tutelar en la carrera de la vida, me inspiró cosas superiores al parecer á mis fuerzas y á mis alcances: qué te diré?.... por fin conseguí nivelar esa diferencia impuesta por la sociedad, y que tanto atormenta á dos almas que han nacido para comunicarse y vivir unidas.....

—Entonces conseguí entrar en la casa como un simple conocimiento: tú entonces estabas con tu tia; pero eres muy niño y no podrás acordarte de eso....

—Es cierto: apenas me acuerdo de aquel tiempo..... Ah! tan feliz, exclamó Alfredo mezclando un suspiro de dolor con el tono de caviloso recojimiento con que pronunció estas palabras.

El señor Martin prosiguió.

—Tres meses despues de mi primera visita en aquella casa, le habia dado una palabra de esposo, y habia obtenido el consentimiento de su familia.... El dia antes de nuestro matrimonio... todos los acontecimientos de aquel dia tan terrible para mi, están presentes á mi memoria como si hubieran sucedido ayer.... Eran las doce del dia, y no obstante, el cielo estaba oscuro y

cubierto de nubes arremolinadas; ella estaba triste; un dolor inesplicable y oculto oprimia su corazón, y bastaba que yo la mirase ó le dirigiese la palabra, para ponerse encendida y trémula; cuando le pregunté que tenia, bajó la cabeza para ocultar las lágrimas que corrian por sus mejillas y sofocó un suspiro con un pañuelo..... insté para que me confesase la causa de su dolor, y entonces me confesó llorando su deslíz.

—Que deslíz?

—Tu tia hacia cerca de dos meses que habia correspondido á los deseos de don Juan de Estrada, jóven tan rico como disoluto, que habia quedado sin padres y con una completa y absoluta libertad, en una edad en que las pasiones estan muy propensas á hervir, y en consecuencia de aquella accion, llevaba en su seno el fruto de un amor criminal.....

—Quien?.... mi tia?

—Si; ella misma.... no digo esto porque haya pensado en culpar á la madre de Isaura; como ya te he dicho, mi esposa ha permanecido siempre inocente y pura á mis ojos; pero, te lo confieso: aquella confesion me turbó.... esponerme á que el mundo me señale con el dedo, designándome con un nombre bajo y degradante.... ya lo ves, eso es muy cruel! era aquel un sacrificio muy duro para mí... pero por otra parte; cómo sumir en la vergüenza á una muger amada, y esponerla al escarnio y al menosprecio de una sociedad, injusta casi siempre con todas las de su sécso? Esto me parecia horrible.... y por otra parte, no sabiendo nadie

mas que ella y yó la existencia de aquel nuevo ser encerrado en el vientre de tu tia, quién habia de sospechar ni aun la posibilidad de aquella accion, consumada en uno de aquellos momentos en que el alma llena de ilusiones y perdida en un laberinto de ideas, no vé mas que lo presente, sin recordar lo pasado ni preveer lo futuro?... Y siendo asi, quien podria designarme con ese nombre ignominioso, que tan terrible se presentaba á mi mente como si estuviese escrito con rasgos de fuego?... Estas razones unidas al amor que le profesaba, pudieron mucho en mi ánimo.... no vacilé, y me casé con ella.

—E Isaura?...

—Isaura es hija de don Juan de Estrada.

—Ah! Dios mio! dijo Alfredo llevándose las dos manos á la frente como agoviado por la importancia de aquel espantoso secreto.

El señor Martin callò por algunos instantes, y despues repuso:

—Ya sabes mi secreto; cuál es áhora tu resolucion?

Alfredo se volvió hácia el señor Martin, y le dijo con un tono de penetrada generosidad.

—Ya sabeis las sospechas tan amargas que tenia de Isaura.... sospechas que vos borrasteis enteramente de mi alma, restituyendo á mi amor toda la felicidad que lo acompañaba.... Ahora bien, si consiguiendo yo mi amor, consigo mi felicidad, qué me importa lo demas?... por otra parte, ese honor cae en mi familia, y en mí está hacer lo posible para repararlo.

—De veras dices eso?

—De veras..... ahora tengo mas interés que nunca en que se estreche ese lazo del que depende la felicidad de mi vida.

—Pues bien.... por mi parte.... cuando quieras....

—Cuándo quiera?... mañana mismo.

—Cómo mañana mismo?

—Sí.... mañana me ha mandado el médico que me levante...

—Sin embargo todavía estás muy débil, y es menester dejar pasar algunos dias....

—Oh! murmuró Alfredo con un gesto de impaciencia:

El señor Martin pareció no haberlo advertido, y sacudiendo ligeramente la cabeza, repuso:

—Otra cosa mas.... el padre de Isaura no te dije que se llamaba don Juan de Estrada?

—Sí.

— Pues por una coincidencia estraña, fatal, el que enamoró á Isaura en otro tiempo, y aun quiso seducirla tambien se llama don Juan.

—Qué decis?

—Lo que te digo... quizás sea el mismo, y entonces, Oh!... necesito verle....

—Dejaos de esos recuerdos que de nada sirven ahora, y pensemos solo en nuestra felicidad presente.

—Ah! tú puedes muy bien olvidarte de eso, porque no tienes como yo una mancha que lavar.

En este momento se oyeron por fuera dos golpes discretamente dados á la puerta del aposento.

—Adentro , dijo el señor Martin.

La puerta se abrió , y Juana apareció en el aposento.

—Qué quereis? le preguntó el propietario de la casa blanca.

—Un señor acaba de venir de Murcia , y está abajo.

—Quién es?

—Un tal don Cláudio.

—Don Cláudio!... ahora mismo voy , dijo el señor Martin , y salió apresuradamente del aposento.



Un suceso inesperado.

DON Cláudio , administrador de varias haciendas y comerciante de segunda clase de Murcia , era un hombre de corazón pequeño , de ingenio escaso; pero de acendrada probidad. Era administrador de las rentas de Alfredo , á cuya administracion debia el caudal bastante pequeño que habia logrado reunir.

Figuraos un hombre de pequeña estatura, medianas carnes , cabellos gris , facciones contraídas , nariz chata y remangada, y ojos pardos de mediana dimension , sentado en el salon ba-

jo de la casa blanca en la poltrona que habia dejado hacia poco tiempo el señor Martin, y se tendrá una perfecta idea del administrador de Murcia.

El señor Martin entró en la sala, don Claudio se levantó, y los dos amigos corrieron á abrazarse. Pasada aquella efervescencia propia de la amistad, y aquel cúmulo de preguntas natural en los que se ven impensadamente, y de las que no resultó nada digno de saberse, mas que algunas cosas, como que don Cláudio habia venido á pasar quince dias en el campo, dejando la casa al cuidado de una vieja ama de gobierno, pasados, digo, estos rasgos de una amistad antigua, el señor Martin inventó á don Claudio para que pasase á ver á Alfredo, y despues á su cuarto á descansar del viage.

Al dia siguiente por la mañana otros acontecimientos no menos notables sucedian en la hermita de San Vicente. Fray Nicolás, don Juan y el jocó están hablando entre si de un asunto que parece ser á la vez importante y secreto: reina al parecer entre ellos una estraña y completa armonia de ideas y de sentimientos,

—Conque ya estás enterado de todo? sabes lo que hay que hacer? le dijo don Juan al jocó.

—No que no, respondió este.

—Pues anda y ánimo.

El jocó se adelantó hácia la puerta.

—Mira, le dijo fray Nicolás; en cuanto se consume la obra, aquí.

—Bueno.

El jocó se fué, y fray Nicolás y don Juan quedaron solos. Entonces aquel dijo:

—Y la cartera?

—Aquí está, dijo don Juan sacándosela del bolsillo; la cojió fray Nicolás, diciendo:

—Ah! gracias á Dios! todavia tiemblo al pensar si se hubiera quedado el jocó con ella... como que encierra toda nuestra correspondencia sobre ese asunto que ahora va á emprender él con tanto atrevimiento como ceguedad.

Don Juan se puso el dedo en los lábios, y repuso:

—Conque me servireis en eso?

—Contad con ello.

—Pues con Dios.

—Con Dios.

Fray Nicolás se quedó solo.

Entonces abrió la cartera, y fué sacando lentamente uno por uno todos los papeles que contenia; convencido de que no faltaba ninguno, los volvió á guardar cerró cuidadosamente la cartera, y se la guardó. Despues abrió la alacena oculta que indicamos la otra noche á los lectores sacó una botella, levantó el tapon, y sacando del bolsillo un papel con unos polbos de un azul claro, los hechó dentro. Guardó enseguida la botella, y salio del aposento diciendo.

—Vamos ahora á ver á don Eulogio para llevarle la cartera, y darle cuenta de los progresos de este dia.

El robo.

SON mas de las ocho de la noche. Los tibios y trémulos rayos de una luna pálida y rodeada de nubes, penetran tímida y escasamente en las calles de Murcia cubiertas de lodo, y alumbradas á trechos por algunas farolas, cuya luz ecsánime lucha en vano contra la creciente oscuridad. A pesar de no estar muy avanzada la noche, ninguna persona transita por aquellas calles.

En medio de una de ellas hay una ventana de seis piés en cuadro, cuyas puertas de madera están solamente entornadas y se cierran para

adentro. Aquella ventana dá á un aposento sumamente vasto, y alumbrado tan solo por la débil luz de una bujía colocada junto á la puerta y á la mayor distancia posible de la ventana: una muger de edad (el ama de gobierno de don Claudio) dormía en una silla baja de enea junto á una copa de barro medio apagada, cerca de la luz. Una gran carpeta está situada á unos diez pasos enfrente de la ventana, y los dos objetos, están sumidos en la oscuridad.

Un ruido se oyó de pronto hacia el lado de la ventana, y las dos hojas de la puerta se habrieron entre tinieblas....

Oyóse el ruido de un cuerpo pesado al caer, y poco despues los pasos de un hombre que recorria la habitacion.

Un momento despues se empezaron á dibujar confusamente en la oscuridad las formas de un hombre que se acercaba.

—Quien es? quien es? preguntó azorada el ama de gobierno estregándose con fuerza los ojos.

Casi al mismo instante un soplo apagó repentinamente la luz, el cañon de una pistola se apoyó sobre la frente de la muger y una voz ronca y destemplada pronunció estas palabras:

—Como hagais el menor movimiento ó digais la palabra mas mínima os achicharro!

—Ay! Dios mio! murmuró la muger cruzando las manos en tono de súplica.

—Callad, ú os dejo en el sitio, repuse la

misma voz con un tono amenazador.

—El ama de gobierno de don Cláudio apoyó los codos en las rodillas y la frente en las manos, y permaneció en esta posición trémula y silenciosa.

Entonces aquel hombre se dirigió hacia la carpeta: tiró de uno de los cajones; y sacó una caja con su tapa, de unas ocho pulgadas cuadradas, y poniéndosela debajo del brazo saltó por la ventana y se alejó.

El ama de gobierno estaba desmayada.....

Una hora despues de este suceso, el jocó y el fraile estan reunidos en la hermita de San Vicente. Aquel conserva aun una especie de sobresalto y temor, éste demuestra una espresion de satisfaccion y contento; mas sus miradas son torvas y siniestras, y algun proyecto secreto bulle en su interior. Inútil es decir que nadie mas que el jocó habia sido el autor del robo que acabamos de contar.

No se sabe por qué; pero cuando la imaginacion de un hombre está ocupada par un gran proyecto, ya sea pasado, ya presente, ya futuro, todas las demas ideas se borran de su mente, que parece reconcentrarse en aquel proyecto, é ir estendiendo su plan y sus alcances como la llama que crece y se anima con el pábulo que se la proporciona. Asi el jocó, embebido en ese plan que atraia todas sus ideas, habia perdido, por decirlo así, ese malicioso recelo, esa intrinseca desconfianza con que miraba á fray Nicolás.

Este por otra parte, parecia tratar al jocó con una cariñosa deferencia.

—Con que vamos, hombre, le dijo.... le entregaste ya eso á Justino?

—No que nó, respondió el jocó con un acento de innoble truhanería.

—Dónde lo encontraste?

—A la salida de la ciudad.

—De suerte que á estas horas estará ya eso en manos de don Eulogio?

—Asi lo creo.

—Vamos, hombre, le dijo fray Nicolás con una cariñosa dulzura; lo has hecho mejor todavia de lo que se esperaba.... Ahora, vamos á beber en celebridad de una suerte tan bien echada.

—Vamos.

El fraile se dirigió á la alacena, y sacó dos botellas de vino, y dos vasos de medio calibre. Echó un vaso de cada botella, y puso uno delante del jocó y otro delante de él.

La vista del licor animó al jocó, tanto por una viciosa y particular afición que habia mostrado desde sus mas tiernos años á la bebida, cuanto porque se hallaba en un estado en que necesitaba aturdirse. En efecto, no se podia llamar remordimiento lo que agitaba entonces su conciencia, sino un peso extraño, un afecto desconocido que agoviaba su alma y prensaba su corazón que se habia marchitado entre los crímenes.

Fray Nicolásapuró su vaso y el jocó hizo lo mismo.

La conversacion siguió.

—Oh! parece que me ha caído una bala en el estómago , dijo de pronto el jocó poniéndose la mano en el vientre.

—Que será eso? le preguntó fray Nicolás con una sonrisa burlona.

Y al decir esto echó una mirada furtiva y penetrante al jocó.

Este estaba lívido, sus facciones estaban horriblemente contraídas, sus manos estaban crispadas , y en sus lábios aparecian oleadas de espuma gris.

—Oh!... que es esto, dijo con una fatiga indecible.

Y al decir esto quiso levantarse; pero sus piernas entorpecidas flaquearon, y se agarró con las dos manos convulsivamente a la mesa.

Despues de algunos instantes del tormento, dijo:

—Oh! ya sé lo que es....me han envenenado!

—Y haciendo un esfuerzo desesperado, se precipitó sobre el fraile que lo miraba con ojos de pérfida tranquilidad y los dos cayeron al suelo.

La agonia del jocó fué desesperada.

Media hora despues de este suceso, la puerta del aposento se abrió y Miguel y don Juan hicieron el ademan de entrar; pero al ver aquel horroroso espectáculo , no pudieron menos de retroceder dos pasos

—Dios mío!....que esto? exclamó atemorizado Miguel.

Que catástrofe! exclamó también don Juan á quien aquella escena tan espantosa como inesperada habia conmovido á su pesar.

Después de las exclamaciones ordinarias en un caso semejante, don Juan dejó encomendado á Miguel el cuidado de aquellos dos cadáveres, y salió de la hermita diciendo:

—Ya solo dependo de mis fuerzas, no tengo nadie que me ayude en mi empresa: ánimo pues; vamos á dar un golpe de mano.

Y saliendo de la hermita, desató su caballo que estaba atado á un árbol, montó en él, y se alejó al galope en la dirección de la casa del señor Martín.

El cielo estaba oscuro, de modo que parecia cubierto con un negro y tupido velo: algunas estrellas esparcidas sin orden en aquella inmensa bóveda interrumpian á trechos la oscuridad de la noche con su luz pálida y débil: los troncos y ramas de los árboles se dibujaban confusamente como un ejército de nocturnos gigantes: la tierra estaba sumergida en un profundo y tenebroso silencio, que solo era interrumpido por las pisadas del caballo de don Juan.

40.

Conclusion.

Al día siguiente eran las seis de la mañana. Alfredo estaba sentado á la cabecera de su cama: mostrábase tranquilo y sereno, y al parecer no sufría; pero sus hundidas y pálidas mejillas conservan aun los restos de una peligrosa enfermedad. Cerca de él estaban sentados tambien el señor Martin y don Cláudio.

—Pues si señor decia aquel; como ya es he dicho, me alegro mucho de que hayais venido tan á tiempo, porque sereis testigo del matrimonio de mi hija!

—Con ese caballero? preguntó don Cláudio dirigiéndose á Alfredo.

—Si señor.

—Buenos consortes! no hay duda que se merecen el uno á el otro.

—Mil gracias, caballero, respondió Alfredo inclinándose con afabilidad.

En este momento una voz gruesa resonó por fuera.

—Se puede entrar?

—Quién es? dijo el señor Martin.

—Soy yo... Andres.

—Pues adentro.

La puerta se abrió y un hombre alto y de mediana corpulencia, vestido con una zamarra larga de pieles de carnero, y con espuelas, entró en el cuarto.

—Hola, Andres, hay cartas? le preguntó el señor Martin.

—No, señor, para vos ninguna....una he recogido; pero el sobre es para el señor don Claudio Leganés.

—Dádmela, dijo don Claudio tomándola de manos de Andres.

Abrióla, y al ver la letra dijo vivamente:

—Ah! es de mi dependiente.

Y empezó á pasar la vista por los renglones.

Conforme iba leyendo aquellas líneas, se iba cubriendo su rostro de una palidez mortal; al acabarla exclamó:

—Ah! Dios mio!

Y apretando con vehemencia entre sus crispados dedos se llevó las manos á la frente con un ademán de desesperación.

—Que es eso, señor don Claudio? preguntó

vivamente el señor Martin.

—Tomad.... y vereis.... estoy arruinado!

Y dejando caer la cabeza hácia atras cayó desmayado sobre la silla.

—El señor Martin tomó la carta, y empezó á leerla en voz alta.

Decia así:

Muy señor mio: se me hace muy doloroso poner en vuestra noticia el triste suceso que hace muy pocos momentos acaba de verificarse; pero mi deber y mi conciencia exigen que os lo notifique puntualmente. Un ladrón ha logrado sorprender á vuestra ama de gobierno, y se ha llevado los sesenta mil pesos fuertes que teniais en billetes de banco, lo que debe ser tanto mas sensible para vos cuanto que esa suma no era la mayor parte vuestra, sino perteneciente á los fondos que el jóven Alfredo Albat tiene colocados en vuestra casa.

Pongo este hecho en vuestro conocimiento para que podais tomar las providencias que gustéis.

Queda de vos S. S. Q. B. S. M.

L..... C.....

El señor Martin y Alfredo se miraron con estupor, Este dijo con amargura:

—Ya lo veis... creia poder obtener la mano de Isaura.... la suerte se opone á semejante felicidad.... no hay mas remedio que conformarse con ella.

—No seas tonto!.... tú hacer eso!.... jamas exclamó.

En este momento se oyeron unos gritos lastimeros en el jardín, y la voz de Isaura que gritaba.

—Socorro!

—Mi hija! exclamó de pronto el señor Martín, allá voy... Alfredo, quédate con don Claudio, vuelvo pronto.

Y saliendo precipitadamente del aposento, el señor Martín bajó los escalones cuatro á cuatro, y se presentó súbitamente en el jardín. Qué escena se ofreció á su vista! Don Juan tenía entre sus brazos á Isaura desmayada, y procuraba sacarla del jardín.

—Es él! fué la e-pression que casi involuntariamente se desprendió de los lábios del señor Martín, y echando mano á un puñal que habia cogido al salir del aposento de Alfredo, se precipitó sobre el seductor, que sacando dos pistolas y presentándoselas, le dijo con una voz imponente y terrible:

—Atrás!

Mas el señor Martín se precipitó vivamente sobre él con el puñal en la mano, y agarrándolo por el pecho lo empujó hácia atrás con vigor, sus brazos mudaron de este modo de direccion, los dos tiros salieron y se perdieron en el aire, y antes que don Juan hubiese podido hacer ningun movimiento, ya el señor Martín le habia hundido el puñal en el pecho. El seductor vaciló y cayó por fin á dos pasos de Isaura, que habia caido en el suelo en cuanto su cuerpo se halló sin sujecion.

Alfredo pareció casi en el mismo instante en

el jardín, y se dirigió hácia el lugar donde acababa de suceder aquella horrible escena. Don Juan abrió sus ojos apagados y dijo con una voz débil:

—Isaura!

Alfredo al oír esto se dirigió vivamente hácia el moribundo, le dijo:

—Qué quereis?

—Ah! caballero.... no sois vos Alfredo Albat?

—Si, señor; yo soy.

—Ya no puedo conseguir nada de él.... poco me importa delatar un crimen.... habeis recibido noticia alguna de Murcia?

—Si, señor, por desgracia.

—Pues todo lo que os falte, lo podeis reclamar en casa de don Eulogio, procurador de Murcia.

—Qué decis? qué decis? preguntó Alfredo con ansiedad.

—Sí.... mirad.... yo he pensado criminalmente.... al pensar en amar á Isaura.... pero... Dios es testigo... de ello... no lo sabia... gozad en paz de vuestro amor.

Don Juan inclinó la cabeza sobre el pecho, y espiró á los pocos instantes.

Algun tiempo despues, Isaura levantó débilmente la cabeza, y dijo con una voz desmayada:

—Dónde estoy!

—Tranquilízate, le dijo Alfredo gozoso, estamos en el colmo de la felicidad.

Al dia siguiente entregó don Eulogio judi-

cialmente todo el caudal que habia robado el
 jocó, y huyó de Murcia sin saber á donde fué á
 parar, llevándose consigo á Justino.

Un año despues, el señor Martin se espresa-
 ba de este modo en una carta dirigida á don
 Claudio:

«Mi querido amigo: tengo un nieto y vivo
 feliz entre mis hijos. Os deseo sinceramente ten-
 gais la misma felicidad que yo.»



BLANCA BLANDINI.

I.

Venid, dulces brisas del Adriático, venid en torno mio y agitada suavemente mis cabellos, venid y penetrad dentro de mi imaginacion, pero traed con vosotras los deliciosos recuerdos de aquellos dias de gloria y poder en que la república poderosa levantaba con orgullo su frente y miraba de hito en hito, sin titubear, con arrogancia, á los monarcas del Oriente, á los soberanos de todas las naciones de Europa. Venid y traed entre vuestros invisibles pliegues, los ecos de las canciones que entonaban los airoso gondoleros de la ciudad de las lagunas, los perfumes que derramaban en torno suyo las bellas y misteriosas hijas de los nobles patricios, las nieblas que parecian salir del fondo del mar para cubrir los soberbios edificios que se reflejaban sobre las aguas de las lagunas y de los canales, estendiéndose sobre ellos como si fuer-

ran un velo de blanco encaje que quisiera ocultarlos de la vista de todos los mortales. Venid, dulces brisas del Adriático, pero venid impregnadas con las memorias de amor y de barbarie, de voluptuosidad y terror de aquel tiempo en que Venecia gemia bajo el terrible poder del tribunal de los tres, del tribunal de los diez, del tribunal de los quinientos, de aquel tiempo en que se ofrecian al pueblo espléndidas fiestas para adomercerle mejor y descargar sobre él con mas seguridad nuevos golpes que disminuian su fuerza, porque caian sin piedad sobre individuos que componian aquel mismo pueblo, á quien se ofrecian toda clase de placeres en cambio de su sangre, en cambio de las vilas de los hombres, del honor y las lágrimas de las mugeres. ¡Oh pueblo alegre y entusiasta de Venecia! Y tú, mientras tus nobles se reunian en las sombrías galerias del *Palazzo Ducale*, tu entonabas los cantos del Tasso y del Petrarca, corrías bullicioso por los muelles, la gran Plaza de San Marcos y la *Piazzeta*, danzabas loco de gozo en rededor de la columna del alado leon, y con tus trages de arlequin ó pruchinela, tu careta, tus cascabeles y campanillas, saltabas de placer, y en tu delirante alegría todo lo invadías, todo, los palacios de los patricios y las pobres habitaciones de los pescadores de las lagunas, las tiendas de los judios del puentè Rialto, las góndolas de los señores y de los particulares, tu café de "El Leon coronato" y el café de la nobleza y el café Florian, tan admirable, tan espléndido, lujoso como un templo, llamando la atencion de los

viageros que le admiraban al verle tan brillante, bajo las arcadas del soberbio edificio *Procuratie Nuove*, en la inmensa plaza del Santo tu reverenciado patrono. Nada habia sagrado para tí ¡oh pueblo veneciano! en aquellos momentos de vértigo, de inmensa locura, y olvidabas en medio de tus gritos y tus canciones, la mano de hierro que descansaba sobre tu cuello, y á cuya menor presion desaparecia alguna parte de las que formaban tu todo. ¡Bellos tiempos en que tus nobles hacian que fueras respetado de todas las naciones, en que los bajeles del mundo entero concurrían á pagarte un tributo de admiracion envidiándote, cuando te llamaban la Roma del mar, por tu poder y tu soberbia, cuando te titulaban la Ciudad de las olas, porque te habias elevado sobre ellas, gentil y ligera, airosa como las estatuas griegas, pulida como una obra de Benvenuto Cellini ó de Miguel Angel, dominando el Adriático que lamia y lame humildemente los cimientos y las escaleras de mármol de tus primorosos palacios. ¡Oh encantada poblacion, á quien tituló el divino Petrarca "la ciudad de oro" al mirar heridas por los rayos ardientes de tu sol hermoso las altas y delicadas cúpulas de esos suntuosos edificios, cuya admirable y ligera arquitectura ha contribuido tanto como tu política y tu poder á hacerte célebre en el mundo! Yo te saludo y lloro contigo tu decadencia, lloro la pérdida de tus glórias, de tus placeres, de tu libertad y de tu locura, lloro contigo la tutela en que te tie-

ne hoy el Austria, á tí, señora de los mares, la mimada de todas las naciones, la poderosa esposa del mar!.....

¡Venid, dulces brisas del Adriático, venid y agitad dulcemente mis cabellos y penetrad dentro de mi imaginacion, pero venid impregnadas con los recuerdos deliciosos de otros dias, para que pueda pintar, aunque débilmente, aquellas escenas de amor, de terror y de locura. ¡Venid, dulces brisas del Adriático, venid en torno mio, y agitad dulcemente mis cabellos y penetrad en mi imaginacion.....!

Entonces, cuando os sienta al rededor de mi frente, cuando me embriague á vuestro delicioso contacto, mi imaginacion inspirada irá derramando sobre el papel, una por una, letra por letra, renglon por renglon, las bellas imágenes de que esté henchida, las ilusiones que adore creyéndolas realidades prodigiosas, sin conocer que su existencia no pasa mas allá de los muros de mi imaginacion. ¡Oh! Venid, dulces brisas, y yo os preguntaré, como si pudiérais responderme, si entre todos los palacios de la ciudad de las calles de agua, habia algun jóven ó viejo patricio, algun noble orgulloso y disipado, que tuviera esposa ó querida, hija ó hermana, mas altiva, mas hermosa, de pasiones mas violentas que las de la altiva, la hermosa, la soberbia Blanca de Blandini, la célebre por su belleza, la citada por su talento, la elogiada por sus rasgados ojos de un verde tan oscuro que mas bien parecian negros. Venid, y os suplicaré

me conteis los pormenores mas ocultos de su vida, todos, sin olvidar ni uno solo, tal como debéis saberlos, porque vosotras penetrábais por las ventanas y balcones de los aposentos que ella ocupaba en el suntuoso palacio de su noble tío el anciano senador Foscari, el amigo mas querido del Dux Gradenigo, y como vosotras ¡oh brisas! agitábais las cortinas de aquellos encantados balcones, ya cuando las sombras de la noche se estendian sobre Venecia la seductora, ya cuando el sol de Italia aparecía al principio de cada dia, como vosotras llegábais á todas horas hasta el lecho ó el tocador de la belleza, y besábais sus cabellos de oro, y os esparciais por aquel rostro de estatua griega y pasábais ligeras por entre aquellos labios delgados y pàlidos que frecuentemente se contraian con espresion incalificable, como vosotras estábais á todas horas en todos sus aposentos, cuyos balcones daban al gran canal, por eso os invoco en este momento, porque nadie mejor que vosotras ¡oh brisas del Adriático! puede saber sus acciones mas ocultas, nadie penetraria mejor sus secretos mas recónditos.

Venid, pues, y decidme porque salió Blanca Blandini del palacio Foscari la última noche del año, sola, sin su *cavaliere servente*, sin mas compañía que la de una jóven criada que la servia, la graciosa, ligera, vivaracha Violetta; decidme porque la esperaba à la puerta del *Palazzo Foscari*, arrimada al último escalon de su escalera de mármol, no la brillante góndola

destinada esclusivamente para ella y en que generalmente salia, sino una góndola oscura, sencilla en demasia, cuya recamara era formada de ligeras persianas verdes, cuyas cortinas eran de tafetán azul con flecos de seda, en vez de los brocados, los terciopelos, los magníficos tegidos con flecos de oro y plata que engalanaban la góndola de la noble dama Blanca Blandini, sobrina del senador Foscari, parienta del Dux Gradenigo, jóven hermosa y única heredera de inmensas riquezas.

Y si no quereis venir á decirme ¡brisas del Adriático! por qué salia sola del palacio de su tío la última noche del año, cuando Venecia entera se precipitaba en la gran plaza de San Marcos, celebrando enloquecida su carnaval, lu iendo sus capas de seda negra, y sus mueltas de encaje, si no quereis venir á revelarme misteriosamente los secretos que pudisteis sorprender á la blanquísima veneciana del gran canal, fuerza es entonces que yo logre por otros medios lo que deseo saber, porque fuè un acontecimiento extraordinario en la vida de Blanca aquella salida; para ocultar la cual se habia preparado una góndola desconocida, cuyos faroles estaban apagados y cuyos remeros no entonaban ni una sola cancion.

Desaparecia aquel rostro, todo perfecciones, bajo los pliegues del blanco velo que cubria enteramente el cuerpo, como si fuera el manto de una reina ó de una emperatriz. Y por mas que sobre aquellos ojos se amontonaban los

pliegues del encaje de color de nieve, era su brillar tan prodigioso que á través del tegido parecian dos estrellas cuya luz estaba levemente amortiguada por un grupo de blancas nubes.

—*Michelotto*, pronunció una voz dulce y cadenciosa, bajo el primoroso tegido, apaga esa luz que brilla en la recámara, porque no es mi ánimo que llame esta góndola la atención; no quiero que nadie sepa quien vá dentro de ella.

Michelotto obedeció las órdenes de la *Signora* y todo quedó envuelto en la oscuridad. Entonces Blanca Blandini se apoyó sobre la graciosa *Violetta*, y tomando la mano que la ofrecia *Michelotto*, saltó en la góndola, siguiéndola su jóven criada, ocultándose ambas entre las persianas y las cortinas de tafetan que formaban la recámara. Agitáronse los remos, y la negra misteriosa góndola partió disparada con la velocidad del relámpago; Blanca Blandini corrió una de las cortinas, y dijo á *Michelotto* con imperio:

—Quiero pasear por el gran canal y por las lagunas, por todas partes, hasta que haya poca gente en la „*Piazza di S. Marco.*” Luego quiero saltar en el muelle, cerca del „*Palazzo Ducale.*”

Michelotto se inclinó en señal de asentimiento á las órdenes de la *signora*, y la negra góndola pasó ligera por debajo del Puente Rialto y por las lagunas, cruzó distintas veces por el gran canal, atravesó los pequeños canales, y se agitó como si fuera un fogoso caballo de ba-

talla que se lanza en la refriega espoleado por su impaciente señor.

La gran plaza de San Marcos empezaba á ser abandonada por el pueblo, porque la noche era bastante avanzada, y los dias anteriores habian rendido á la loca multitud. A pesar de eso, grupos de enmascarados cruzaban en todas direcciones, con sus escudos de carton y sus espadas de madera, la media careta de arlequin y los puntiagudos sombreros de payaso. Mujeres vestidas de blanco y colorado, despeinadas y rotos los zapatos de correr, gritando horriblemente por medio de largas vocinas, bailando y haciendo contorsiones en rededor de cuatro sayones que llevaban sobre sus hombros unas andas en que se sostenian dos pescadores grotescamente vestidos, queriendo imitar á Mo-mo y Baco, divinidades de la mitologia. Largas filas de enmascarados con hachones de viento escoltaban á los dioses, y el eco de sus canciones llegaba á estrellarse sobre las cúpulas y los primores arquitectónicos de la célebre Basilica de San Marcos.

Empezaba á disminuir la concurrencia del pueblo, y los nobles se agrupaban en las galerias del Palacio Ducal y en el soberbio café de Florian, paseándose á lo largo de las arcadas de *Procuratie Nuove*. Reíanse los mancebos, los herederos de aquellos senadores tan astutos, y contaba cada cual sus lances de amor en aquellas ú otras noches, mientras que sus padres paraban silenciosos y pensativos á su lado

lanzándoles con disimulo una severa mirada, cual si quisieran reprenderles la voluptuosa vida que llevaban, tan distinta de la suya, consagrada enteramente á la política, á los intereses de la república, y á satisfacer sus pasiones y sus venganzas particulares. Los jóvenes luciendo elegantes capas de terciopelo azul verde ó encarnado, con bordados de oro; los ancianos severos ropages negros, en consonancia con sus fisonomias de cadáver y sus cabellos del color de las plumas del cisne. El contraste no podia ser mas extraordinario: los hombres viejos miraban con desden á los que habian de sucederles.

Todos notaron que una góndola sin luz, pintada de negro, sencilla en demasia, habia parado en el muelle, cerca de la plaza, y que salió de ella una muger cuidadosamente cubierta con un velo blanco. Atravesó con firme paso la plaza, entró en el Palacio Ducal, subió los escalones de mármol y atravesó las galerías que guiaban á las habitaciones del Dux Gradenigo. A cuantos querian detenerla, hacia que la cedieran el paso con solo murmurar unas cuantas palabras en su oido, y cuando llegó á los mismos aposentos del Dux, dejaronla entrar hasta encontrarse frente por frente del gefe del Estado, de aquel soberano sin poder, maniquí que obedecia al impulso que otros hombres querian darle, muñeco cubierto de púrpura y oro, que vivia bajo la influencia del terrible, secreto tribunal.

Cuando la muger misteriosa se vió en-
frente del Dux, se descubrió de todo punto
con arrogante ademán.

Era Blanca Blandini.



II.

El Dux Grafenigo era uno de esos hombres de hierro por cuya cabeza han pasado sesenta ó setenta años de trabajos mentales, de intrigas, de maldades, sesenta ó setenta años durante los cuales su corazón se ha endurecido y su frente se ha hecho mas espaciosa, sombreada tan solo por algunos grupos de pelo de color de plata, sesenta ó setenta años empleados en hacer mucho mal, en mover toda clase de resortes para subir á ese puesto tan elevado, que se ve bajo un prisma seductor antes de llegar á él, y que solo cuando se ha conseguido ocupar se aprecia en su justo valor, se conoce lo que hay de ficticio y lo que hay de real en ese poder mentado, que no existe, que está en otras manos, apareciendo esos hombres que llegan á tan elevado puesto, tan solo como brillantes conductos por donde van hasta el pueblo los actos de agenas y ocultas voluntades.

Imponente era la estatura del Dux Gradenigo, y sus pequeños y hundidos ojos, en continuo movimiento, espresaban con una sola mirada cuantas sensaciones experimentaba aquel hombre en su interior, pero tambien sabia tenerlos á raya cuando le convenia ocultar aquellas mismas sensaciones. Su espaciosa frente cubierta de arrugas, sus labios fruncidos, su nariz aguileña, el todo de aquella fisonomia italiana infundia pavor y respeto, revelaba un anciano astuto, en cuyo pecho bullian aun las pasiones de la juventud.

Recorria con ávidas miradas un legajo de papeles manuscritos, cuando la presencia de Blanca Blandini le hizo levantarse rápidamente y dirigirse á ella con paso demasiado ligero para su edad.

— Blanca, exclamó tomando su mano y conduciéndola á los sillones de terciopelo morado frente la mesa que ocupara, Blanca Blandini, os estaba esperando, pero creí que vendriais mas tarde.

— ¿Me esperabais, Monseñor? ¿A mí? No sé como pudiérais saber que yo habia de venir á hablaros esta noche, porque á nadie se lo he dicho mas que á algun doméstico, que no creo haya vendido mi secreto.

— Blanca, la contesto el astuto anciano sonriendo ligeramente, no os acordais sin duda que estais hablando con el Dux de Venecia, y que para el Dux de Venecia no hay nada oculto en la ciudad de las aguas, ni en las islas que de

ella dependen. Para el Dux, Blanca Blandini, no hay secreto impenetrable.

—Escepto, sin duda, los del tribunal de los tres, dijo la veneciana lanzándole una mirada irónica. Según tengo entendido, no siempre el Dux de Venecia sabe tanto como otros hombres que no son mas que simples senadores. Es esto cierto, monseñor?

Los vivísimos y hundidos ojos del Dux brillaron por un momento de un modo siniestro, pero dominados luego por la voluntad de su dueño, pintóse en ellos tal espresion de amabilidad y cariño que cualquiera pudiera haberse engañado, escepto Blanca Blandini, porque la rica heredera hacia mucho tiempo que sabia apreciar en su justo valor los movimientos, las acciones, los menores gestos del noble Gradenigo. Sonrióse este con dulzura, y dijo á la bella jóven.

—Dejemos esta conversacion, hija mia, porque hay cosas que no deben salir de la boca de una doncella por noble que sea. Los áridos asuntos del Estado no deben hacer agitar unos labios tan preciosos como los de la mas hermosas veneciana, como los de Blanca Blandini. Mejor es que me digais el objeto de esta visita nocturna en esta noche en que las fiestas del carnaval debian llamar vuestra atencion. Explicaos, hija mia, explicaos conmigo como si fuera vuestro padre.

—¡Mi padre! ¡Mi padre! Pues bien, Monseñor, haced por un momento las veces de mi

noble padre; tenedme vuestros brazos para que yo halle un refugio en ellos. Habeis dicho que os hable como si fuérais mi padre, y os hablaré porque mi situacion lo requiere.

—Apretó el Dux la mano de la doncella, y esta con voz firme continuó:

—Quiero descubriroslo todo, puesto que habeis dicho que os hable como si fuérais mi padre, monseñor. Sabeis que á la muerte del senador Blandini, mi noble tio Angelo Foscare fué nombrado mi tutor, y tuvo desde entonces sobre mí los mismos derechos que el autor de mi existencia. Mi tio Foscare, monseñor, mi tio Foscare vuestro amigo íntimo, que hasta ahora me ha amado como si fuera su hija, pero que sin duda quiere borrar de mi corazon todos los beneficios que le debo, haciéndome contraer un enlace que me repugna en alto grado, enlace que jamás se realizará.

Gradénigo hizo un gesto de impaciencia.

—Perdonad, Dux, pero estoy hablando como conviene á mi situacion y á mi clase. Blanca Blandini jamás entregará su mano á un hombre que no posea su corazon.

—¿Que quereis decir, hija mia?

—¿Qué quiero decir, monseñor? Quiero decir que no amo a vuestro sobrino Angelo Mocenigo, que sus obsequios me desagradan, y que ni las instancias de mi noble tio, ni la consideracion que os debo podrán reducirme á dar ese paso del que depende mi infelicidad ó mi dicha futura. Quiero decir, monseñor, que Aa-

gelo Mocenigo haria muy bien en olvidarme enteramente, que en la actualidad me es de todo punto indiferente, pero que si continua en sus pretensiones amorosas, llegará un dia en que le aborrezca, en que le odie como saben odiar los Blandini. No lo olvideis, monseñor, y que no lo olvide vuestro sobrino.

—Blanca! exclamó el anciano poniéndose en pié.

—Para decirs esto he venido esta noche al Palacio Ducal, para decirs esto he salido del Palacio Foscari envuelta en el velo blanco de mi criada Violetta, escondida en la recámara de la gòndola mas pobre entre todas las que tiene mi tio. Porque yo no queria que nadie supiera el paso que iba á dar, no queria que esos frios senadores y esos jóvenes fatuos, se agrupasen en el muelle de la plaza ó de la plazuela, al ver que se acercaba la gòndola de Blanca Blandini, no queria que me acompañasen hasta vuestras habitaciones, monseñor, para luego aventurar necias conjeturas sobre mi visita al Dux, al tio de Angelo Mocenigo. Y si me he ocultado cuidadosamente, si he esperado á que ese pueblo noble y loco se retirase de la plaza de San Marcos, acompañando y cantando á sus amigos disfrazados de mogiganga, es porque no quiero que sepa que he influido en la resolucion, en el cambio que espero se obrará en adelante en las acciones de vuestro sobrino, monseñor.

—Explicaos, Blanca, explicaos.

—Es que quiero, Dux de Venecia, que seais vos el que advirtais á monseñor Mocenigo de lo mortificantes que me son sus finezas, que le hagais comprender que sus proyectos sobre mí no se realizarán jamás, y en fin que hagais de modo que desista enteramente de este enlace imposible.

Blanca Blandini, de pie, frente por frente del anciano y falso Gradenigo, parecia un ángel imponiendo leyes al Tiempo, parecia una divinidad dando órdenes al mas respetable de sus sacerdotes. El noble Dux fijó un momento sus negros ojos en el rostro de la veneciana, y dijo sonriendo ligeramente.

—Imposible, hija mia! ¿Por qué decis eso? ¿No es mi sobrino Angelo Mocenigo, jóven como vos, rico como vos, noble como vos? ¿No es el mas gallardo mancebo de Venecia? ¿No os ama con ciega idolatria?

—Pero yo no le amo, Dux, no le amo, ¿lo entendéis, monseñor?

—Ya le amareis, contestó el anciano con inconcebible calma.

—¡Oh! monseñor Gradenigo, ¿creis acaso que me estoy chanceando en este momento, ó que este es un rasgo de nueva coqueteria veneciana? ¿No conocéis que si he dado este paso tan imprudente, si he salido sola y furtivamente del palacio de Foscarelli ha sido porque mi situacion lo exigia, porque no quiero que llegue el momento en que me vea precisada á hablar aunque sepa enojar á mi noble tío, á ese an-

ciano respetable á quien amo como á mi padre, porque él vé en Blanca Blandini su hija querida! ¿No conoceis, Dux de Venecia, que al tomar esta resolucion debo estar sostenida por una fuerza superior, por un poder oculto que me darà ánimo para arrostrar toda clase de peligros, para vencer todos los obstáculos?

—Calmaos, hija mia, calmaos, dijo irónicamente el Dux.

—Cuidado, monseñor, cuidado con buclarse de mí, porque jamás un Blandini ha sufrido impunemente una ofensa de un Gradenigo, y bien sabeis que aunque muger, soy el último ser que lleva este apellido ilustre, y no consentiré que pierda nada de su brillo.

Hubo un momento de terrible silencio, durante el cual los rasgados ojos de Blanca parecian querer penetrar lo que pasaba en el interior del anciano; este sostenia aquella mirada escudriñadora con una risita sardónica; luego con voz insinuante:

—Olvidemos esas cosas que estais resucitando, hija mia, dijo el Dux; si en un tiempo hubo algunos disgustos entre los Blandini y los Gradenigo, en adelante no deben ser unos y otros mas que una familia, cuyo mas bello adorno sereis vos, vos, que por mas que digais consentireis al fin en ser la esposa de mi sobrino Angelo, que os ama con delirio y os respeta al mismo tiempo.

—Escuchad, monseñor, dijo la hermosa con voz irritada; no queria deciroslo todo, pero al

fin me obligais á ello con vuestra obstinacion. Quiero que convenzais á monseñor Mocenigo de que le conviene no llevar adelante sus pretensiones sobre mi mano, mejor dicho, sobre mis bienes, y quiero que hagais esto, no solo porque no le amo, sino porque amo á otro hombre, ¿comprendeis, noble Dux? á otro hombre de quien soy correspondida.

Gradenigo permaneció impasible, contestando con dulzura.

—Ya sabia yo que lo primero es cierto, pero en cuanto á lo segundo, pareceme, hermosa Blanca, que vivis engañada.

—¿Como! dijo la Blandini con inquietud, ¿qué quereis decir?

—Nada, hija mia, nada: sabia que amais á ese arrogante español que habita en el palacio de vuestro tio, que tanto le estima; sabia que ese don Luis de Castro ha logrado inspiraros una loca pasion, pero ¡tambien he sabido que él mentia cuando os juraba amor, postrado á vuestros pies, porque entre las casuchas de los mas miserables pescadores de las lagunas existe una criatura á quien ese Castro ama mas que á vos, sin reparar que ella sea una miserable y vos una poderosa, una noble señora, sin considerar que aquella jovencita no tiene mas nombre que el de Angelina, mientras que vos sois la señora Blanca Blandini; ella sin saberse su nacimiento, hija de Nápoles y refugiada en Venecia; vos el vástago ilustre de los Blandini, la hija de S. Marcos, el orgullo de la republica.

Pues bien: el español don Luis de Castro ama mas á la desconocida, á la pobre Angelina que á vos, señora Blanca Blandini.

—Mentís, Dux! gritó esta echándole una mirada furiosa y dando un violento golpe sobre la mesa, á que se habian acercado durante la conversacion. A aquel insultante ¡mentis! el anciano Gradenigo se estremeció y llevó la mano á la cintura, como si buscara alguna cosa. Sus ojos vagaron un momento por la estancia y sus labios se contrajeron imperceptiblemente; de entre los pliegues de su túnica asomó la empuñadura de oro de un puñal, que al momento volvió á ocultar, diciendo á la enojada doncella:

—Perdonad, señora: creia que esa palabra la habian pronunciado otros labios menos hermosos; en ese caso, antes que llegaran á concluir de articular la última letra, mi puñal lo hubiera sabido impedir. Pero siendo vos, Blanca Blandini, no puedo hacer otra cosa que repetir os lo que antes os dije: «en Venecia no hay nada oculto para el Dux Gradenigo» no lo olvidéis.

—Y no olvidéis vos tampoco lo que os voy á decir, monseñor. Sé que vuestro sobrino Angelo está arruinado; que el juego y otros excesos han concluido con los bienes cuantiosos de su familia; sé que aspira á mi mano por ser dueño de mis riquezas; sé que solo un hombre vil podría obrar así....

—¡Blanca!

—Dejadme acabar, monseñor: sè todo esto y aborrezco á Angelo Mocenigo, pero si llegais á persuadirme que don Luis de Castro no me ama, si me convenceis que esa miserable por-diosera que decís, es preferida á la heredera de los Blandini, entonces olvidad el objeto de esta visita, y tal vez,.... vuestro sobrino.... no prometo nada, pero por vengarme de ese español á quien tanto amo y de quien creo ser correspondida, no sé lo que llegaría á hacer. ¿Podeis convencerme completamente, Dux de Venecia?

En vez de contestar este, se acercó á un grande espejo y movió un resorte de oro: en él mismo instante sonó una campanilla y apareció en la estancia un hombre vestido de negro; el Dux le dirigió cuatro palabras en voz baja, y el hombre del negro vestido hizo una señal afirmativa.

—¡Salid! le dijo el gefe del Estado; luego se acercó á Blanca con galanteria y murmuró en voz tan baja que parecia que alguno estaba en la estancia, y que no debía oír aquellas palabras:

—En este momento está don Luis de Castro en la miserable casucha que Angelina habia en las lagunas con su hermano Giacomo, ¿quereis oír su conversacion de amores, señora Blanca Blandini?

—¡Oh, sí, sí, quiero oírlos, lo quiero! Por el leon de San Marcos juro vengarme como corresponde á una Blandini, si fuera cierto que se me engaña! exclamó la doncella veneciana trémula de rabia.

El Dux la miró fijamente y sonrió con ironía: luego entró en otro aposento, y apareció con una sencilla capa negra y una gorra de terciopelo.

—Voy á acompañaros, hija mia, dijo con dulzura: ahora os persuadireis si vuestro amigo Gradenigo os quiere bien y os dice la verdad. Vamos: saldremos por una puerta escusada y nos embarcaremos en la Piazzeta: pasados unos minutos estaremos en las lagunas, dentro de la casa donde viven Giácomo y Angelina. ¡Venid!

—Mi góndola me espera, monseñor; mandad que vaya á la Piazzeta.

—No: mandaré que se retire: la góndola de vuestro amigo Gradenigo os conducirá despues al palacio Foscari; vuestra góndola no es ya necesaria.

—Como gustéis, monseñor, pero quisiera que me acompañase mi criada Violetta.

El Dux volvió á tocar el resorte de oro: volvió á sonar la campanilla: volvió á aparecer el hombre vestido de negro. El Dux le habló en voz baja otra vez, y salió.

—Estais obedecida, hija mia: ahora cuando querais...

—Vamos, dijo Blanca con ademan resuelto.

Cubriose con el velo y se apoyó en el brazo que el anciano la ofrecia con galanteria. cruzaron por varios corredores desiertos y oscuros, donde apenas encontraron centinelas, cediendo todos el paso con respeto á aquella muger y á aquel hombre encubiertos, apenas el

último murmuraba en su oído una palabra. Salieron á la plaza y se deslizaron hácia la Piazzeta ó Plazuela, á cuyo muelle estaba arrimada una gran góndola. Dirigiéronse á ella, y el anciano, sin desembozarse, dió la mano á la jóven como si fuera su *cavalier sergente*. Blanca entró en la recámara de la góndola, alumbrada por una pequeña lámpara de alabastro, y se alegró de encontrar allí á Violetta. Sentóse á su lado pensativa, mientras el Dux lanzaba miradas esudriñadoras detras de su capa.

Los remos azotaron las aguas: la góndola partió ligera como una golondrina.

—A las lagunas, dijo el Dux al hombre vestido de negro que poco antes se hallaba en el palacio y ahora estaba en la góndola cerca de una ventanilla de la recámara, por la parte exterior.

—A las lagunas, repitió aquel á los remeros.

El Dux asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla, y dijo al oído de su servidor:

—Vamos á casa de Giácomo el pescador, el de la linda hermana.

El hombre de oscuro traje se inclinó silenciosamente en señal de obediencia: luego se separó de la recámara y se acercó al jefe de los remeros.

La góndola seguía con la misma rapidez.



III.

A pesar de lo avanzada que estaba la noche, varias góndolas mas ó menos brillantes cruzaban á tales horas el gran canal, y las calles de agua, los pequeños canales por donde desaparecian detras de las casas que se elevaban sobre las olas. Los gondoleros ó *barcarole* entonaban aquellos nocturnos de tan grata melodia, que parecian doblemente poéticos cantados allí, sobre las tranquilas aguas, cada *barcarole* desde su góndola respondiéndose unos á otros; aquellos nocturnos cuya conclusion parecia el eco de un amante suspirando dolorosamente por los desdenes con que le trata su bella. La luna, en todo su esplendor, en el cielo purisimo de Venecia, reflejaba sobre aquellas llanuras de plata, retratando en ellas el frente de los palacios y de las casas, las torres las cúpulas y los

campanarios, que disculaban con perfeccion sobre el agua y que solamente desaparecian cuando los remos de las góndolas turbaban la quietud del movable espejo. Aun se oian algunos gritos alegres, que el pueblo lanzaba á lo lejos al retirarse, cansado de las fiesta del carnaval que se suspendia á causa de la esposicion pública del Santísimo Sacramento durante los tres primeros dias del año.

La negra góndola del Dux ó del Estado, deslizábase por el gran canal con direccion á las lagunas; los gondoleros il an vestidos de negro, en vez de los cien colores que caracterizaban los trages de sus compañeros al servicio de las nobles casas venecianas ó bien al servicio del público: en aquella embarcacion no habia cantos ni alegría, ni se sentia otro ruido que el monòtono, el triste que producian los remos movidos á compás; todo era grave en ella y tenia un no sè qué de siniestro que hacia desviarse precipitadamente de su lado á cuantas góndolas la llegaban á descubrir en su rápida carrera.

Como si hubieran formado los remeros la intencion de desorientar á cualquiera que intentára saber el punto á que se dirigian, pasaron por el Puente de los Suspiros y por Rialto, estuvieron cerca del sólido arenal de Lido, y volvieron luego, dirigiéndose á las lagunas, espacioso depósito de fango y agua, de cuyo centro se exalan miasmas nada agradables, lugar donde todos los años en la estacion de las

lluvias dejan su ofrenda de lodo y arena los rios Adigio, Brenta, Piava, Livenza, Tagliamento, el Pó y el Isonzo, largo cordon de pequeñas islas, donde multitud de hombres y mujeres se mantenian de la pesca en las mismas lagunas, y de la perfecta elaboracion de la sal, que sin grandes esfuerzos recogian en los baraderos llamados *estuari*.

Poco tiempo hacia que se hallaban en las lagunas, cuando el hombre vestido de negro se acercó á la recámara donde estaban el Dux, Blanca y Violetta, y corrió con mano respetuosa las persianas pintadas de negro. La góndola se mantenía inmóvil sobre las aguas delante de una casa de pobre aspecto, pero que hasta en su exterior revelaba estar habitada por personas en extremo curiosas. La puerta y las ventanas estaban pintadas de blanco, y algunos tiestos con flores las adornaban.

—Llamad á Giácomo, dijo el Dux en voz baja á su servidor, quien obedeciò al momento, llamando en la puerta de la casita.

A los golpes del hombre del negro vestido, abrióse precipitadamente una de las ventanas, y una voz varonil preguntó quien llamaba, pero cerró al momento para abrir la puerta y saltar en la góndola, despues de haber oido dos palabras del hombre negro.

La góndola se separó de la casita, y el Dux salió de la recámara para acercarse á Giácomo, cubriéndose con la gorra y con la capa.

—El español don Luis de Castro ¿está en tu casa?

- ¿Quién sois vos para preguntármelo?
 —Mírame, dijo el Dux, descubriéndose de modo que solo pudiera ver su rostro el pescador.
 —¡Ah!... V. A., monseñor... perdonad...
 —¡Silencio! ¿Está don Luis en tu casa?
 —Sí, monseñor.
 —¿Estará hablando con tu hermana Angelina?
 —Sí, monseñor.
 —¿Será cierto que se quiere casar con ella?
 —Sí, monseñor.

El Dux guardó un momento silencio. Luego le dijo:

—Giácómo: en esta góndola hay una dama: ella y yo queremos oír la conversacion de don Luis y tu hermana.

—Monseñor.... dijo el pescador titubeando.

—Yo lo mando, contestò el anciano Grade-nigo apretándole el brazo con fuerza. El pescador inclinó la cabeza.

—Venid, monseñor; yo llevaré á V. A. y á esa dama donde se oiga cuanto están hablando don Luis y Angelina.

A una señal del Dux salió Blanca Blandini envuelta en su blanco velo de aquella recámara fatídicamente oscura. Abrió Giácómo la puerta de su casita, y los tres desaparecieron: la góndola empezó á dar vueltas por las lagunas.

En tanto Giácómo guió al Dux y á Blanca á un pequeño aposento, en el que habia una puertecita cubierta con su cortina azul, que impedía se viese lo que pasaba en la salita con que comunicaba.

—Ahí están, dijo el pescador en voz muy baja; se creen solos y hablan con libertad. V A. y esta dama pueden estar satisfechos de que deseo servirlos.

—Está bien: silencio: le contestó Gradenigo.

El pescador se sentó en un rincón del aposento: el Dux y Blanca prestaron atento oído á la conversacion que dificilmente llegaba hasta ellos, porque las personas que se hallaban en la salita, estaban al otro extremo y hablaban en voz no muy alta.

No pudiendo Blanca moderar su impaciencia, levantó un poquito la cortina azul y miró enfrente de sí. Sentados en sillones de madera, estaban una muger y un hombre, ambos jóvenes, ambos dotados de nada comunes perfecciones: la muger era Angelina, la bella hermana del pescador Giácomo; el hombre se llamaba don Luis de Castro, noble español que hacia un año vivia en la ciudad de las olas, donde un encanto irresistible le detenia: el amor. Blanca Blandini desde su escondrijo examinaba detenidamente á la que ya miraba como su rival, y en tanto el Dux no apartaba la vista de ella, pero el rostro de la altiva veneciana no se inmutó en lo mas mínimo, porque sabia disimular sus sensaciones tan bien como Gradenigo las suyas. Los ojos de la hermosa y noble doncella estaban fijos con desprecio en la hermana del pescador.

¡Ay! que aquel exámen habia hecho palpar violentamente su corazón, porque Angelina

era una cosa muy distinta de lo que ella creia, era una flor trasplantada desde los vergeles napolitanos á las lagunas de Venecia. Su rostro no estaba dotado de la espléndida belleza que distinguia á Blanca entre todas sus compatriotas, pero era de una hermosura dulce y apacible, que conmovia extraordinariamente: tenia aquella cándida fisonomia algo de santa, algo de divina, y sus grandes ojos negros, sus largos cabellos del mismo color, la daban un aspecto sobre natural. Blanca conoció que la perla de las lagunas tenia suficientes atractivos para robarla el corazón del entusiasta español don Luis de Castro; titubeó en creer el amor que aquel le habia jurado tantas veces y se sintió herida por los celos mas furiosos, pero disimuló delante del Dux que no la perdía de vista y queria sin duda gozarse en sus padecimientos.

Dejó de mirar por la cortina al notar que la bella Angelina y don Luis se habian levantado y se dirigian á la puerta de la casita. D. Luis besó en la frente á la jóven y la dijo con acento apasionado:

—Adios, Lina mia, adios, hasta mañana que volveré á tu lado.

—¿Te marchas ya, mi españoletto? pronunció una voz suavísima y enamorada, ¿te marchas ya, y me abandonas hasta mañana? ¿Hasta mañana! ¿Si supieras que tristeza siento cada vez que me dices eso! Me parece que te separas de mi lado para acabar la noche en los salones de las nobles señoras, y que sus sonri-

—sus riquezas me haga olvidar á la rosa de Nápoles.

Abrazóla con cariño: Blanca Blandini y el Dux oyeron el sonido de dos fuertes besos.

Luego resonó un silvido agudo, y en el mismo instante oyóse el ruido que formaban en las aguas de las lagunas los remos de una góndola que se acercaba.

—Adios, mi Angelina.

—Adios, Luis mio.

La góndola partió la puerta de la limpia casa se cerró, y dirigióse Angelina á su modesto aposento para llorar arrodillada delante de su *Madonna*, y darla gracias por el amor de su español.

Un momento despues se volvió á abrir la blanca puerta: Giácomo era quien la abria, y Blanca y el Dux los que salian por ella, la primera cubierta con su velo blanco, el segundo con la capa y gorra negra.

—Toma, dijo el Dux á Giacomo dándole un bolsillo: no olvides que nadie debe saber esta visita, ¿entiendes?

—Lo sé, monseñor, contestó el pescador; para hablar de esto seré mudo; para acordarme de ello, me faltaria la memoria y la voluntad.

La góndola negra del Dux ó del Estado se acercó: Blanca y el anciano Gradenigo saltaron en ella. Giácomo entró en su casa y cerró la puerta apresurado.

—Al palacio Foscari, dijo el Dux á traves

de la recámara, pero con tan calculada voz que solo le pudo oír el hombre negro, su servidor. Este se dirigió al jefe de los remeros y le repitió la orden del soberano.

Poco despues la góndola estaba en el gran canal al pie de la escalera de marmol del Palazzo Foscari, Blanca salió de la recámara, saludó al Dux, y seguida de Violetta subió la escalera del palacio de su noble tío.

La negra góndola desapareció, dirigiendo su rumbo á la *Piazzeta di San Marco*.





VI.

El día que siguió á aquella noche en que tanto habia sufrido el orgullo de Blanca Blandini, presentaba Venecia un cuadro bien distinto del que queda descrito en los capitulos anteriores. En vez de las locuras del carnaval, de las danzas y los gritos de alegría, el pueblo veneciano cruzaba silencioso los canales, y se dirigia con místico recogimiento á la Basílica de San Marcos, y visitaba las demas iglesias, la de San Sebastian, la de San Jorge el mayor, la de San Lucas, la de San Gervasio y San Protasio, y la bella iglesia de *Santa Maria della Salute*. Las mugeres del pueblo, cubiertas con sus airosas mantellinas de colores; las damas de la nobleza con sus mantillas venecianas, de encage negro con pequeñas motas de oro; unas y otras con la gravedad y compostura que requería la fiesta religiosa que se cele-

braba durante las cuarenta horas, en que se esponia al pueblo su Dios sacramentado. La noche antes se admiraba á Venecia la alegría; al dia siguiente era la religiosa Venecia.

Agena ó indiferente á la gran solemnidad del dia, absorta ó entusiasmada leyendo los divinos versos del Dante, estaba Blanca Blandini en uno de los salones del palacio Foscari, voluptuosamente reclinada sobre una especie de lecho formado de almohadones de terciopelo carmesí. Cubierta de holgada túnica de blanquísimo lino, guarnecida de encages, suelto el blondo cabello que caia en bien formados rizos sobre su alabástrina garganta, fijos los hermosos ojos sobre el libro del hombre grande, del célebre poeta italiano, parecia la noble doncella una diosa de la antigüedad, ó mas bien reunia en su persona la voluptuosidad de Venus y la severidad de Minerva, la pureza de Diana, la magestad de Palas, y el valor y fiereza de Belona.

Separó Blanca la vista un momento de su libro favorito y dejó caer con desfallecimiento los brazos á lo largo del cuerpo; sus delgados labios se abrieron para dar salida á un suspiro, y quedó pensativa.

El ladrido de unos perros la sacó de tal enagenacion, y dejando el libro del Dante sobre los almohadones, se dirigió precipitadamente á uno de los balcones y asomóse á él; en el gran canal, al pié del palacio, estaba la góndola de honor de su noble tío y próxima á entrar

en ella, sobre la escalera de mármol, el español don Luis de Castro acariciaba à cuatro arrogantes perrós de caza, compañeros en todos sus viajes, los que ahullaban y lamian con amor las manos de su noble dueño.

Blanca se retiró del balcon precipitadamente.

—Violetta, gritó llamando á su criada.

La jòven apareció en la estancia.

—Llama desde ese balcon á don Luis de Castro: dile que le estoy esperando.

Violetta obedeció.

—Vete, la dijo con imperio su señora.

Y reclinóse de nuevo sobre los almohadones, tomando una postura mas seductora aun de la que anteriormente tuviera, fijando sus ojos con entusiasta espresion sobre el libro del gran poeta, de quien sabia era un ardiente admirador el noble don Luis de Castro. A poco apareció este en el dintel de la puerta del salon, y saludó a la hermosa Blanca, inclinándose con cierta galanteria en que se notaba bastante gravedad. La doncella veneciana hizo como que no lo habia visto, figiendo un entusiasmo estrordinario con la lectura que la ocupaba, pero su rostro se coloreó ligeramente y su corazon palpitaba con fuerza.

—¿Me llamásteis, señora? dijo don Luis desde la puerta, quitándose su magnífico sombrero coronado de plumas.

Blanca no alzó los ojos del libro. D. Luis se acercó á ella y repitió las mismas palabras.

—¡Ah! ¡Don Luis de Castro! dijo con ama-

bilidad, perdonad, no habia reparado que estábais aquí, no os habia oido. ¡Son tan dulces estos versos! Cuando leo el Dante me parece que no estoy en este mundo, me parece que habito en regiones admirables, donde se disfruta una felicidad sublime y pura. Perdonad, os llamé solamente para recordaros que debéis ser mas cortés con vuestros amigos: hoy no me habeis saludado.

—¿Leiais el Dante, señora? dijo el español con dulce acento, procurando no contestar á la queja que se le daba.

—Sí: es su Divina Comedia, ¡me agrada tanto!

—Tambien à mí me agrada: bien sabeis que soy uno de sus mas mas entusiastas admiradores.

—¿Queréis que leamos juntos? murmuró Blanca arrojándole una mirada amorosa

Don Luis dejó su sombrero sobre uno de los sillones, y obedeciendo á un gesto de la doncella, se sentó á su lado y estasiáronse leyendo en un mismo libro, mezclándose las dulces inflexiones de la voz de Blanca, con las enérgicas y varoniles de la de don Luis.

Separó la veneciana del libro sus ojos radiantes de ternura y entusiasmo y los fijó sobre el hermoso semblante del español, pero con tal espresion de amor que don Luis no pudo resistir á semejante ataque, y á pesar del Dante, olvidando que le esperaba la góndola de Foscarí, y sus impacientes perros que ahullaban en la escalera de mármol, olvidando tambien la

resolucion que habia tomado antes de aparecer en el dintel de la puerta de aquel salon, estrechó entre las suyas una mano que la hermosa le dejó con abandono, y dijo con acento apasionado:

—¡Blanca, Blanca!

Miróle la doncella y sonrió ligeramente; pero luego, como si tomara una determinacion, se levantó aquella especie de lecho magnífico, y apoyándose en el brazo de don Luis, empezaron á pasear à lo largo del salon.

—¡Que hermosa sois, Blanca! exclamò el español al verla tan arrogantemente bella, saliendo su rostro seductor, rodeado de rubios rizos, del centro de aquella blanquísima túnica de lino, que parecia una nube que la rodeaba. ¡Que hermosa sois! repitió besando una de sus manos.

—¡Y vos sois muy galante, don Luis, porque las mismas palabras que dirigis á Blanca Blandini repetireis luego á otra dama ¿verdad?

—¡Señora! dijo el noble mancebo mirándola como si quisiera reconvenirla.

—¿No es así, don Luis? ¿No decís á todas las mismas palabras de galanteria?

— Oh! bien sabeis que no soy lisongero, Blanca, bien lo sabeis. Si no os admirase, si no fúerais tan hermosa no diria lo que mi corazon sintiera.

—Lo creo, querido don Luis, murmuró la veneciana mirándole con pasion, y apretando con un movimiento imperceptible el brazo del

caballero. No he olvidado cuantas veces me habeis hablado de vuestro amor, de ese amor que tan bien sabeis pintar, aquí, postrado à mis pies, mirando con delicia mis ojos que llamais seductores, estrechando entre las vuestras una de mis manos, como estais haciendo ahora, don Luis de Castro.

—¡Blanca, hermosa Blanca!

—Pero en ninguna de esas veces habeis conseguido arrancar de mí una declaracion de amor tan completa como la que ahora voy a haceros, ninguna, don Luis, porque no creia que os amaba tanto, no creia que os idolatrase con tanto esceso.

—Oh! amada mia, mi veneciana: tambien yo os amo!

—¡Vos, vos me amais! exclamó soltando su brazo y mirándole con dolorosa reconvencion.

—Sí, os amo, os amo, Blanca Bianlini.

La veneciana se dejó caer sobre los almohadones en que antes estaba sentada y cubriéndose el hermoso rostro con las manos, sollozó con fuerza, como si quisiera desahogarse de un pesar que la abrumara.

—Me engañais, don Luis, me engañais; vos nunca me habeis amado, dijo por fin con angustia.

El de Castro se arrojó à sus pies y besó aquellas manos tan lindas, y enjugó aquellas lágrimas preciosas.

—¿Decís que no os amo, que nunca os he amado, y llorais, Blanca mia? ¿Llorais y yo ten-

go la culpa? Perdon, perdon, señora, y decidme cual es la causa de esas lágrimas que derramais, vos tan altiva otras veces, cuando cediendo al poder de esos ojos bellísimos os suplicaba que no desecháseis mi amor. ¡Ay! yo no sé qué encanto teneis para mí, que poder irresistible, que cuando estoy en vuestra presencia conozco que os amo con delirio.

—Yo tambien os amo, don Luis, pero os amo presente y ausente, os amo con locura, como sabemos amar nosotras las hijas de Venecia. ¡Sabedlo, sabedlo! Yo la orgullosa heredera de los Blandini, no tengo mas esperanza que en este amor que me devora, no puedo pensar en otra cosa mas que en vos y en cuanto os pertenece, y creo que hasta vuestros perros me son queridos, porque vos los tratais con cariño, porque decís que hace tres años, desde que salisteis de España, os acompañan á todas partes. ¡Ah don Luis, don Luis!

—Blanca mia!

—Sí, sí, de este modo os amo, de este modo os adora la muger á quien engañais miserablemente.

—¡Blanca! exclamò el caballero mirándola con ternura, ¿decís que yo os engaño, Blanca Blandini?

Cesó esta de llorar y su rostro cambió súbitamente recobrando la espresion de soberbia que sabia tomar la noble dama cuando se sentia ofendida. Enjugó precipitadamente sus lágrimas al escuchar el apellido de su familia:

parecia que este apellido trajera á su memoria alguna cosa que habia olvidado por demasiado tiempo. Era que la noble doncella acababa de recordar las escenas de la noche anterior en la casita de las lagunas, era que en aquel momento se acordó de las enamoradas espresiones que don Luis dirigiera á Angelina, de aquellos dos besos, cuyo sonido creia aun escuchar, cuyo recuerdo habia desterrado el sueño de sus párpados durante aquella noche: Blanca recordaba todo esto, y por un momento el orgullo venció al amor.

—No, dijo con arrogancia, vos no me engañais, caballero, pero hace mucho tiempo que me dijisteis: «Os amo, Blanca Blandini.» Y cuando yo os adoro, cuando me habeis visto llorar humillada, yo, una Blandini, cuando no tengo presente mas que vuestra imágen en todas las horas del dia, he llegado á saber que se me engaña ó se engaña á otra, que sois falso y perjuro, que me habeis dado por rival en vuestro corazon á la hermana de un pescador; he sabido, don Luis de Castro, que teneis amores por la noche con una miserable, mientras de dia mentís á los pies de Blanca Blandini. ¡Oh! Esto no es engañar, caballero, pero tampoco sé como calificarlo!

Don Luis se puso en pié: ante la esplendente hermosura de la noble veneciana, ante la espresion de tan inmenso amor, al ver aquellas lágrimas y aquel dolor tan profundo, al mirarla tan seductora sobre los almohadones de ter-

ciopelo carmesí, todo se habia borrado de su imaginacion, todo, pero las reconvenciones de la ofendida beldad que llamaba *una miserable* á la cándida é inocente Angelina, á aquel ser todo pureza y virtud, sacaron de su arrobamiento al español, que contestó conmovido aun.

—Teneis, en parte, razon para reconvenirme, señora, y no os ocultaré mas tiempo lo que pasa dentro de mi corazon. No sé como habeis sabido lo que yo creia un secreto para todos, pero ya que ha llegado á vuestra noticia, debo ser franco y leal, y lo seré, Blanca Blandini. En un tiempo vuestra hermosura hizo palpar de amor mi corazon, porque os veia á todas horas y me embriagaba de amor mirando vuestros hermosos ojos, escuchando esa voz amada. Todo lo olvidé viviendo en el palacio de vuestro tio, todo, hasta un ángel de virtud y belleza á quien habia conocido en Nápoles, y á quien habia jurado eterno cariño. Pero cuando yo enloquecía de amor á vuestros pies, recibí un aviso de que el ángel de Nápoles habia venido en mi seguimiento, y estaba en Venecia, con su hermano, un buen jóven, que ahora es pescador, pero que tal vez muy pronto deje de serlo.

—¿Don Luis!

Entonces la volví á ver, bella, pura y enamorada como otros dias, y hallé mi delicia en estar á su lado, en oir su voz que me llamaba su *españoleto*, su único bien. Pero ¡ay! que yo os amaba tambien, hermosa Blanca, y conocia que no os podia desterrar de mi corazon. En esta lu-

cha continua, en esta irrevolucion he vivido amandoos á las dos, olvidando á la una cuando me hallaba en presencia de la otra, los negros cabellos de Angelina al besar enamorado los cabellos de oro de Blanca. Y aun ahora os amo á las dos, las dos ocupais mi corazon, y no puedo, no puedo decidirme.

—;Don Luis, don Luis!

—Perdon: Blanca mia, perdon: vos sois bella y ella tambien lo es, vos me amais y ella tambien me ama...

— Pero yo soy la mas rica heredera de Venecia y ella es una miserable: yo soy el último vástago de los Blandini, y ella es una mozuela desenvuelta.

—Callad, Blanca, callad; dijo el jeneroso español sintiendo que se ultrajase á la apasionada Angelina; si seguis hablando así, creo que os aborreceré.

La noble doncella palideció, y dos lágrimas asomaron á sus hermosos ojos verde-oscuros.

—¿Ahorrecerme, don Luis? ¿Ahorrecerme vos? ¡Ah! no, no, no digais eso, porque me matarian los celos y la desesperacion. ¡Os amo tanto!

—;Blanca mia!

—Si, si, vuestra, quiero ser vuestra, y vos olvidareis á esa... jòven, ¿verdad, don Luis? Si quereis nos casaremos pronto, viviremos en Venecia ó en vuestra España, donde dispongais. Yo no serè mas que una tierna compañera vuestra, y à fuerza de caricias os haré feliz, muy feliz.

— ¡Blanca!

— Y cuando nos casemos mandaremos de regalo á esa.... jóven y á su hermano el pescador, un poco de oro, para que vivan mas descansados, verdad don Luis, amado don Luis.?

Permaneció este en silencio: una nube de disgusto apareció en su frente y exclamó conmovido.

— Perdon, Blanca, perdon, pero ella me ama hace dos años, no tiene mas amparo en la tierra que su español; es una pobre sin mas recursos para vivir que lo que gana bordan lo las capas de los nobles y las chaquetillas de los gondoleros. Le he dicho que me casaría con ella, y sino la cumplo esta palabra sé que la matará el pesar, ó que hallará un sepulcro entre el fango de las lagunas. ¡Me ama con tal exceso!

— Y yo! ¡No os amo tambien con delirio! gritó colérica y palidiciendo la doncella. Ah! don Luis, cuidado con lo que haceis ¿Os casaríais por ventura con esa pordiosera y despreciaríais la mano de Blanca Blandini?

— Y si lo hiciera así ¿qué sucedería?

— Es que no me habeis visto aun mas que enmorada: temblad que necesite tomar venganza de vos.

D. Luis se sonrió con desprecio y la dijo:

— Señora: me habian dicho que monseñor Angelo Mocenigo, queria casarse con la última de la familia Blandini. Sin duda contaríais con él para vuestra venganza.

— ¡Sois un miserable! exclamó la doncella con acento terrible.

—Adios, señora, dijo él inclinándose y tomando el sombrero para salir. La góndola de vuestro tío me espera.

—¡Ah! no, no os marcheis: perdonadme todas esas palabras, don Luis, perdonádmelas y amadme y olvidad á esa jóven que se opone á mi felicidad. ¡Piedad, don Luis, piedad! Mirad todo mi orgullo por tierra: miradme llorando y suplicando á vuestros pies, pidiéndoos vuestro amor. ¡Oh! No seais insensible á mi dolor: tened compasion de la muger que mas os ama en el mundo.

—Blanca.... Blanca.... pero ella.... ¡ah!.... ella.... no, no puede ser; he jurado ser su esposo.

Levantose Blanca furiosa y dió un golpe con el pie sobre el pavimento, como lo hubiera hecho un hombre de la plebe; sus grandes ojos brillaban de cólera, de orgullo ofendido; sus facciones se contrajeron, y su espléndida belleza se desfigurò de todo punto: infundia temor cuando exclamó colérica:

—Basta, basta de humillaciones: he sido sacrificada a *ella* por vos: temblad vos y ella la venganza de una Blandini.

Don Luis no contestò: sufría mucho de ver así á aquella muger á quien tambien amaba, aunque no con el exceso que á la pobre, á la abandonada, á la dulce Angelina.

Blanca Blandini se acercó á una mesita y con increíble velocidad escribió en un papel perfumado; cerróle, llamó á Violetta y entregándosele la dijo.

—Darás este papel á Genaro para que lo lleve al palacio ducal, y se lo entregue al mismo Dux, de mi parte. Espero con impaciencia la respuesta. Vete.

Salió Violetta, y un minuto despues Genaro hacia volar una góndola por el gran canal con direccion á la plaza de San Marcos.

—Blanca, Blanca, ¿que habeis hecho? exclamó don Luis acercándose á la doncella con interés.

—Acabo de prometer al Dux que antes de ocho dias me casaré con su sobrino monseñor Mocenigo, y lo que yo prometo, lo cumplo, cueste lo que costare, don Luis de Castro.

—¡Ah! Vos de otro hombre, vos, mi adorada, mi hermosa Blanca, jamás, jamás. Voy á detener á Genaro.

Sonrióse con desprecio y le dijo irónicamente.

—Mejor es que vayais al lado de Angelina. Y sin esperar su respuesta, ni saludarle, salió del salon.

Don Luis la siguió con la vista, suspiró y poniéndose su elegante sombrero con plumas, salió tambien de aquella estancia, y apareció otra vez en la escalera de mármol, rodeado de sus perros tan queridos.

Embarcóse con ellos en la gran góndola de Foscarì, y dirigióse esta hácia la piazzeta.

Blanca habia vuelto al salon y le vió embarcar. Cuando hubo perdido de vista á la góndola, entró en la estancia y se arrodilló delante

de un retrato de su difunta y noble madre, esclamando.

—Madre mia: una napolitana fué causa de tu muerte, porque no pudiste vivir mas al saber que tu esposo te había olvidado por ella: otra napolitana ha venido á arrebatár á tu hija la felicidad, la ventura sobre la tierra. Tú no te vengaste, porque eras una santa, pero yo no haré lo mismo, madre mia. ¡Ay de la miserable! ¡Venganza! Venganza! ¡La maldicion del cielo caiga sobre esa muger y sobre Nápoles!

Levantòse rapidamente porque sintió pasos; era Violetta.

—Esto ha traído Genaro: es la contestacion del Dux....

--Bien: vete.

La jóven obedeció. Blanca leyó el papel y dijo con voz firme.

—Ya no hay remedio: no puedo retroceder, pero ¡ay de los que me han obligado á dar este paso! No han tenido piedad de mí, tampoco yo la tendré de ellos. Pasados ocho dias, seré la esposa de monseñor Angelo Mocenigo.

Guardó en su cartera de terciopelo el billete del Dux, y se dirigió á sus aposentos interiores.



V.

Pasaron los días de las fiestas religiosas y volvieron las profanas: damas y caballeros, el pueblo y la nobleza corrian à la gran plaza de S. Marcos à continuar su carnaval, interrumpido por la presencia divina de Dios Sacramentado: la locura, el delirio habia vuelto à reinar en la bulliciosa y célebre capital de la república veneciana.

Eran las diez de la noche del cuarto dia del año nuevo, cuando una dama cuidadosamente encubierta, saltò de una góndola cerca del puente de mármol de Rialto, lugar donde desaparecia demasiado à menudo el oro de los nobles entre las manos de los dueños de aquellas célebres tiendas, hijos errantes del pueblo de Israel, hombres avaros hasta el exceso, sanguijuelas de la re-

pública veneciana, que chupaban á ríos las riquezas de los patricios, que no se contentaban con oro, sino que tambien querian saciarse de sangre, seres envilecidos que vendian telas de seda para las damas, puñales para los asesinos, espadas á los jóvenes caballeros, y venenos y narcóticos á los ancianos pervertidos, intrigantes y astutos. ¡Tal era Rialto durante el día en los tiempos mas brillantes de la república de S. Marcos! Cuando llegaba la noche, los mercaderes se convertian en usureros, los que de dia eran ajados hasta por el mas miserable gondolero, que se mofaba de sus túnicas y sus birretes de paño gris, burlábanse á su vez y á su modo de cuantos llegaban á solicitarlos en la oscuridad.

Eran, pues, las diez de la noche del cuarto dia de año nuevo, cuando la encubierta dama que saliera de la góndola atravesó el puente con firme paso, y se acercó á la puerta de una de las tiendas de los joyeros rabinos, que á aquella hora estaban todas cerradas ya por lo avanzado de la noche, ya para evitar algun atentado por parte del pueblo, que los odiaba, y que muchas veces se habia servido del tumulto y confusion de las fiestas del carnaval, para penetrar en aquellas tiendas donde iban á enterrarse las riquezas de la ciudad entera. El puente de Rialto, con su primoroso barandage de mármol y su estraña arquitectura, estaba á aquella hora desierto, triste, cual si no tuvieran habitantes sus tiendas y sus casas, cual si fuera un lugar maldito y execrado por todo el pueblo,

como lo era por muchas de las primeras familias venecianas.

Acercóse la dama á aquella puerta forrada con planchas y clavos de bronce, y sacando de entre los pliegues de su manteleta de terciopelo negro, una mano en miniatura, cubierta con un guante, negro tambien, dió dos golpes con tanta fuerza que parecia mentira pudiera resistir el dolor que debió causarla el contacto con el hierro.

—¿Quién llama? dijo una voz cascada y como medrosa que salió al parecer del fondo ó de lo mas retirado de la tienda.

—Abre, Isaias, abre, le contestó la encubierta: soy yo.

—¿Y quien sois vos?Cuál es vuestro nombre? lá replicaron con dureza, ¿creeis, quien quiera que seais, que la tienda de Isaias, el sin ventura israelita de Rialto, se abrirá á estas horas, en esta noche de tumulto y de violencias, tan solo porque se acerque algun amigo ó enemigo á su puerta y diga: «Abre, Isaias, abre, que soy yo? Decid vuestro nombre ó marchaos, buen amigo.

La encubierta se estremeció de cólera: pero acercóse mas á la puerta y pegando su boca á la cerradura, pronunció dos palabras que no se oyeron en el puente, pero que fueron arrojadas al centro de la tienda por conducto del pequeño agujero de la llave. Aquellas dos palabras eran un nombre, y este nombre debia estar circundado de un prestigio ó de un poder

extraordinario, porque la voz cascada sonó otra vez, pero respetuosa y humilde en demasía.

—Esperad, esperad un momento, pronunció el que contestára al nombre de Isaias; estaba ya acostado, y no tengo ni aun luz encendida. Esperad un momento y perdonadme.

—¡Pronto! volvió à decir la dama por el agujero de la llave; aunque el puente está desierto, puede pasar alguna máscara y no quiero ser vista; despáchate y abre tu puerta, Isaias.

Pasáronse tres minutos y la puerta se abrió, dejando ver cerca de ella un anciano de miserable aspecto, cubierto con la túnica gris de su tribu, y sustituido el birrete que usaba durante el dia, por un gorro blanco de dormir. Tenia en la mano un pobre farolillo de metal, el que acercó al rostro de la que iba á visitarle á tales horas, para persuadirse que era la misma cuyo nombre se le habia dicho.

—Perdon, noble señora, perdon para vuestro esclavo, murmuró humildemente, inclinando el rostro.

—Calla y cierra esa puerta, contestó la dama con voz irritada y entrando en la tienda del rabino.

Obedeció este, y corrió otra vez los cerrojos, volviendo luego á donde estaba, ya descubierta, la dama misteriosa. Inclinóse ante ella el israelita y la dijo con humildad hipócrita.

—¿Me perdonará la noble señora Blanca Blandini el haberla hecho esperar un momento à la puerta de mi pobre tienda?

—Déjate de eso, le contestó ella con desprecio. Hoy es la cuarta noche que me estás incomodando haciéndome venir á tu madriguera, y por el leon de S. Márcos, que ya va esto tomando visos de burla. ¿Está por fin concluido mi encargo? Has encontrado lo que tanto deseo?

Una imperceptible sonrisa rodó por los labios del judío.

—Sí, noble señora, lo he conseguido por fin. No he perdido diligencia ninguna para encontrar tres iguales, ó por mejor decir y para que lo sepais, señora Blanca Blandini, los he mandado á hacer á un armero seguro, tan seguro como yo mismo.

—¿Y estan concluidos? ¿Los tienes ya en tu poder?

—Los tengo. ¡Miradlos! dijo el rabino tirando de un cajoncito embutido en la pared y perfectamente disimulado. Saco de él tres agudos puñales, cortantes y dentellados por los extremos, con sencilla empuñadura de hierro, pero todo de un trabajo raro y admirable.

Dióselos á Blanca, y púsose esta á examinarlos con una alegría febril, con un placer que tenia algo de infernal.

Estàn á mi gusto, Isaiás, y te daré por ellos cuanto me pidas, pero ¡ay de tí si alguno llegase á saber que me habias vendido tan peligrosa mercancía! Blanca Blandini te secaria de un soplo, y tu tienda, y tus riquezas, y tú, y tu familia entera, desapareceriais para siempre de

Venecia y del mundo, porque los Blandini saben vengarse.

—¡Dios de Israel! Demasiado lo sé, noble señora; yo fui quien vendió á vuestro digno y noble padre el rico puñal que dejó enterrado en el pecho de su enemigo Paulo Gradenigo, yo....

—Silencio, infame, dijo irritada la veneciana.

El judío inclinó la frente y calló. Blanca envolvió los tres puñales en un paño de seda que traía á prevención, y lo ocultó detras de su manteleta de terciopelo negro.

—Escucha, Isaias, dijo despues de un momento de silencio, ahora que ya tengo lo que yo principalmente deseaba, voy á decirte otra cosa, pero quiero ser obedecida pronto, esta noche misma, sin salir de tu tienda ¿lo oyes?

—Hablad, noble señora, y si yo puedo....

—Sí, tú puedes, tú puedes, y yo lo quiero así, dijo con imperio.

—Estoy esperando que habéis, noble señora, contestó humildemente el judío.

—Pues bien: ya te he dicho que quiero ser obedecida: necesito en esta misma noche mil zequés de oro, dijo Blanca, con desdeñosa fiereza.

—¡Dios de Abraham! exclamó angustiado el judío, encubriéndose con sus enjutas manos su mas enjuto rostro, ¡mil zequés de oro! ¿Y sabéis lo que habéis dicho señora? ¿Sabéis lo que venís á pedir á la huronera del miserable Isaias de Rialto? ¡Mil zequies de oro! Aunque vivie-

ra cien años, aunque gastara mi vida trabajando, creo que no llegaría á adquirirlos.

—Pues yo lo necesito y lo llevaré, ¿entiendes, judío hipócrita? ¿Te parece que te los vengo á pedir prestados, sin darte garantías, sin ofrecer y dejar en tu poder prendas que valen algo mas que eso?

—Lo sé, noble señora, sé que sois generosa y rica, pero que aunque arañase el fondo de mis cajas vacías, aunque me volviera loco no podría reunir esa cantidad. Perdonadme, digna señora Blandini.

—Mira, dijo esta sacando de debajo de su manteleta una cajita de ébano con incrustados de plata, que se abrió cuando hubo tocado un resorte; aquí tienes todos los brillantes de mi familia, que valen algo mas que tus miserables mil zequies; te los dejaré en depósito hasta que te devuelva tu dinero, y en vez de mil zequies te daré mil y ciento, para que conozcas quién es Blanca Blandini.

—Pero señora, noble señora....

Cerró Blanca de golpe la cajita y exclamó con cólera.

—Guárdate tu oro, que ya no lo quiero.... con tales garantías cualquiera de tus avaros compañeros me dara lo que necesito, y que tal ganancia le ha de producir.

Y diciendo esto se dirigió hacia la puerta: entonces el rabino corrió á ella, y viendo que se le escapaba tan buena presa, exclamó.

—Esperad, esperad, noble, digna, poderosa

señora, esperad, que ahora me acuerdo de lo que habia olvidado. Esta tarde ha dejado en mi poder, mi buen amigo Jacob Ben-Samuel, dos saquitos que me dijo contenian mil zequies, los mismos que vos necesitais, señora. Me los dejó como en depósito, pero si tanta falta os hace ese dinero, y con tales garantías, yo me determino á disponer de ello en vuestro obsequio. Esperad un momento.

Blanca se detuvo en mitad de la tienda, sonrió mirándole con desprecio y murmuró:

—Ya yo sabia que lo llevaria: tu alma vil no ha podido resistir al brillo de las joyas de mi ilustre familia, ni á la idea de ganar en un momento cien zequies. ¡Hombre vil y miserable!

Alzó el judío una cortina de damasco verde que habia en el fondo de la tienda, despues de tardar mas de diez minutos, salió con dos pequeños sacos llenos de dinero, cerrados con cordones, y lacralos con cuidadoso esmero.

—Ahí teneis, señora; en los dos hay mil zequies.

—Toma, dijo Blanca dándole la cajita de las alhajas. Dejo en tu poder este tesoro, pero cuidado con que nadie sepa que he degradado las joyas de mi familia dejándolas en tus manos ¿entiendes? Cuando venga á traerte ó te mande tu dinero, cobrarás los cien zequies del premio.

Cogió los dos sacos, y como sino pesaran nada se dispuso á salir.

Estaban ya cerca de la puerta, cuando unos

golpes precipitados los detuvieron en el camino. Blanca se acercó al judío y le dijo:

—No quiero que nadie me vea.

—Callaos, señora, callaos: no responderé.

Los golpes se repitieron con mas furia.

—Isaias, ocúltame en alguna parte, y pregunta quien es, porque no puedo detenerme mucho.

—Pero, noble señora, ¿dónde quereis que os oculte?

Los golpes seguian menudeados de un modo horrible.

—Pregunta quién es, perro judío, ¿no ves que esos golpes van á llamar la atencion? Si me ven aquí, te juro que he de tomar una venganza terrible de tí.

—¿Quién llama? dijo con voz temblona Isaias.

—Abre, contestaron de la parte de fuera.

—¿Quien sois? ¿Cuál es vuestro nombre? preguntó el viejo usurero segun tenia de costumbre.

Sin duda el que estaba sobre el muelle imitó á Blanca Blandini cuando arrimó su boca al agujero de la llave, porque en la tienda resonaron claras estas palabras:

—Abre: soy Angelo Mocenigo.

—¡Dios de Israel! esclamò el judío juntando las manos con angustia: ¿Y qué he de hacer ahora, noble señora?

—Al'rele, esclamó Blanca.

—¿Y vos? ¿Y vos?

—Al'rele, repitió ella.

Isaias, obedeció y cogiendo su farolito, fué á abrir la puerta de la tienda, mientras Blanca se ocultaba con su dinero y sus puñales detras de la cortina verde que habia en el fondo de la tienda.

Monseñor Angelo Mocenigo entró hecho una furia.

Maldito seas, viejo y condenado judío, que me has tenido delante de tu puerta como si fuera un perro de tu raza. Por la salud de la república y por su santo patrono, que no sé como no te arranco la lengua y los ojos para que escarmienten los perros como tú y sepan como han de tratar á los caballeros que se dignan venir á pedirles dinero prestado. ¿Que demonios hacias aquí sin ir á abrirme? ¿Componias algun veneno sutil para el consejo de los tres, ó afilabas algun puñal para vender mañana á los asesinos tus compañeros?

¡Oh monseñor! exclamó el judío con acento y ademan compunjado.

— ¡Calla! He venido á que me hagas un nuevo préstamo, ¿lo oyes? poca cosa: seicientos zequeis de oro. Vamos; sácalos pronto, que tengo prisa.

— No los tengo, monseñor, no los tengo. Bien sabeis que nunca me he negado á vos; que Isaias os ha dado lo suyo y lo que no era suyo, pero estoy arruinado, de todo punto arruinado; monseñor. ¡Oh desgraciada ancianidad! la mia!

— ¡Perro! dame pronto ese dinero, ó te corto ahora mismo las orejas.

— Matadme, monseñor, pero no sacareis nada

de mí, porque os digo con verdad que nada tengo.

Angelo Mocenigo reflexionó un momento y le dijo:

—Mira, Isaias: yo sé que te debo ya mas de diez mil zequíes: que el dia que quieras puedes echarte sobre mis bienes y presentarme deshonorado y pobre à los ojos de mis amigos, pero ya se acerca el momento en que te lo pagaré todo. Me voy à casar con la mas rica heredera de Venecia.

—¿Qué decís, monseñor? ¿Será cierto?

—Te lo juro por el honor de mi padre

Brillaron de júbilo los ojos hundidos y descarnados del judío, y suavizándose su fisonomía, se acercó al mismo disimulado cajoncito de donde tomára los tres puñales para Blanca. Abrióle, y sacó de él una caja de palo-rosa, que parecía pesar demasiado.

—Mirad, monseñor, le dijo, en esta cajita hay lo que pedís; pero es un depósito sagrado que el dia 20 de este mes debo entregar. Si es cierto lo que me decís, si estais tan próximo à casaros con una noble y rica señora, si os acordais de lo que debéis à este pobre viejo y quereis restituírselo, yo os puedo prestar estos seiscientos zequíes, porque os respeto, monseñor, y deseo serviros.

—Te digo que pasads cuatro dias me caso con la mas rica heredera veneciana: entonces te pagarè por completo, perro maldito. Trae ese dinero, que lo necesito para los primeros gastos de esta empresa.

—Tomad, monseñor, dijo el rabino lanzando un suspiro de angustia.

Angelo Mocenigo tomó la caja y exclamó:
—¿Estarán completos?

—Oh, sí, sí, murmuró el judío; los he contado mas de cien veces.

—Está bien: adios, que no puedo detenerme.

—¡Oh monseñor, monseñor! acordaos del pobre Isaías de Rialto.

Mocenigo no contestó: abrió la puerta de la tienda y bajó corriendo el puente.

Cuando el sobrino del Dux hubo desaparecido, salió Blanca de detras de la cortina que la ocultaba; la doncella estaba lívida de cólera y sus grandes ojos brillaban de desprecio y furor.

—Isaías, dijo al judío, ahí te quedan los brillantes que responden de estos mil zequés: en cuanto á los seis cientos que has prestado ahora á monseñor Mocenigo, y los que anteriormente le has dado, jamás los recobraras, jamás, Isaías.

—¿Jamás? repitió espantado el judío. ¿Y por qué noi le señora?

—Porque la rica heredera con quien se vá á casar pasado cuatro dias el sobrino del Dux de Venecia, monseñor Angelo Mocenigo, esa rica heredera se llama Blanca Blandini.

—¡Vos, vos! gritó el judío con terror. ¡Y lo habeis oido todo!

—Si he oido que monseñor Mocenigo está arruinado, que te debe diez mil zequés y que cuenta con ese matrimonio para pagártelos. Escucha, Isaías: desprecio á ese hombre

tanto como le aborrezco: á pesar de esto el enlace proyectado se realizará, pero no crea él, ni creas tú, que mis bienes han de servir para pagar sus deudas.

Y salió de la tienda llevándose los tres puñales y los dos sacos que contenian el oro prestado por el judío.

Cuando este volvió en sí del asombro que le causáran las palabras de Blanca, corrió en seguimiento de la dama, pero la Blanca habíase embarcado en su góndola, y esta pasaba ya por debajo del puente.

—Señora. ¡Oh! señora, gritó con angustia Isaias colgándose de la primorosa barandilla del puente y mirando hácia la recámara de la góndola.

Nadie contestó á aquel acento de aflicción: la góndola siguió con rapidez y desapareció entre las sombras.

El mismo judío se golpeó el rostro con desesperación y se arrancó los pocos blancos cabellos que sombreaban su frente. Luego precipitándose dentro de su tienda, dijo con voz lúgubre:

—¡Maldita sea Venecia! ¡Malos sean sus nobles! ¡Perdido, arruinado, miserable...! ¡Oh, no! Yo cobraré mi dinero, lo cobraré, pero... ese Mocenigo... es un noble... es sobrino del Dux... ¡Dios de Abraham! Tu maldición me ha caído... ¡Piedad del pobre viejo Isaias!

La puerta de la tienda se cerró con estrépito, y retumbó aquel golpe en medio del silencio que reinaba á tales horas en Rialto.



VI.

Amaneció el día que toda Venecia esperaba impaciente, el día en que se habian de unir con lazos indisolubles, Blanca Blandini, la rica heredera sobrina del senador Foscari, y Angelo Mocenigo, sobrino del Dux. La nobleza y el pueblo habian de concurrir á solemnizar semejante acontecimiento, y abíanse hecho soberbios preparativos, magníficas fiestas con que festejar á unos y á otros, á cada cual segun su clase, segun sus inclinaciones y gustos.

Desde que la claridad del día desterró las sombras que envolvian à Venecia, todas las gondolas al servicio de todos los Foscari, estaban delante del palacio del senador, y entonaban los *barcarole* ó gondoleros, cantos de amor y alegría, con que saludaban la venida de la aurora, y la felicidad que alcanzaria en aquel día la señora Blanca Blandini, futura esposa de mon-

señor Angelo Mocenigo. Cruzaban luego el gran canal, siguiendo en sus cantos, atravesando el vapor blanquecino que se levantaba del centro del mar, como si fuera una menuda lluvia de polvo plateado, estendiéndose delante de los palacios y las casas, á manera de una inmensa cortina de blanca gasa. Las recámara estaban coronadas de flores, las persianas levantadas y las cortinas descorridas; los góndoleros vestidos con sus mejores ropas y entonando con placer los versos enamorados del desventurado Tasso. Era como un prelude de las fiestas de aquel dia.

Segun pasaban las horas, llegaban góndolas brillantes, adornadas con las armas de las familias mas distinguidas de la república, y salian de ellas arrogantes damas, cubiertas con sus velos de encage negro, á traves de los cuales brillaban sus hermosos ojos, su belleza y sus piedras preciosas. Subian la escalera de mármol del palacio Foscarei, apoyadas en los jóvenes caballeros de la familia de la novia, que estaban al pie de la escalera para acompañarlas, y se dirigian al gran salon del palacio donde la señora Lucrecia Foscarei, esposa del senador, recibia á sus parientas y amigas mientras acababa de adornarse su sobrina Blanca Blandini, la heroína, la diosa á que se iban á tributar tantos homenajes.

Ademas de las góndolas de las nobles venecianas, ademas de las que pertencian á los Foscarei, multitud de góndolas particulares cruzaban el gran canal, delante del palacio donde se dirigia la pública atencion. Toda Venecia es-

peraba la salida de la lucida comitiva que habia de acompañar á la futura esposa hasta la soberbia Basílica de San Marcos, y los muelles, los canales, los balcones, todo, todo estaba cubierto de un inmenso gentío impaciente.

Era un día de fiestas para la alegre ciudad.

Oyóse una música estrepitosa dentro del palacio, y pisaron la escalera de mármoles lujosas damas y arrogantes caballeros, que fueron ocupando las cámaras de sus góndolas respectivas. Apareció, por fin, la hermosísima Blanca Blandini, en medio del senador Foscarei y su esposa: una góndola recargada de molduras doradas; cortinas de terciopelo blanco con flecos de plata, flores, almohadones y perfumes, una góndola de estraña hechura y adornada con esquisito gusto, recibió dentro de su soberbia recámara á la ilustre doncella, á sus tíos y á tres damas cercanas parientas suyas.

La comitiva era magnífica: la masa de góndolas se movió con lentitud, y alegres arnonías salieron del centro del palacio y de todos aquellos barquichuelos que pertenecian á los Foscarei.

El interior de la recámara donde iba Blanca Blandini estaba espuesto á las curiosas miradas de la multitud. Todos admiraban la riqueza asombrosa del traje blanco de la futura esposa, todos convenian en que estaba arrogante, bella, pero todos veían aquellos ojos tan hermosos vagar como distraídos, aquel rostro seductor mas pálido que si fuera el de un cadáver.

¡Ay que los ojos distraídos buscaban entre el brillante cortejo que la rodeaba los ojos del hombre de quien se quería vengar y á quien amaba con delirio, del hombre que dándola por rival una joven miserable, la habia empujado hasta hacerla caer en aquel abismo de donde ya no podia salir, del hombre á quien habia jurado volverle tormento por tormento, desprecio por desprecio, golpe por golpe, hasta que el dolor y la rabia le volvieran loco ó le mataran. Y aquel hombre no estaba allí para proporcionarle el placer de vengarse desde aquel dia, aquel hombre no estaba allí para admirarla viéndola tan sobrenaturalmente bella, no estaba allí para contemplar su triunfo, para desesperarse al conocer lo perdía por ceder á una insensata pasión. D. Luis de Castro no asistia á la ceremonia del casamiento de Blanca Blandini con monseñor Angelo Mocenigo.

Por eso estaba tan pàlida la ilustre veneciana, por eso vagaban sus ojos distraídos sin fijarse en ninguno de cuantos objetos la rodeaban.

La comitiva seguia magestuosa, cruzando el gran canal y acercándose insensiblemente á la plaza de San Marcos, la mas admirable y magnífica de Italia, acaso del mundo entero, con su suelo de limpias baldosas y sus líneas de mármol, rodeada de tan soberbios edificios, la catedral con las admirables cúpulas que recordan las pulidas torres de una mezquita en el gran Cairo ó en Constantinopla, el edificio *Procuratie Nuove*, el *Palazzo Ducale*, las columnas del

Leon y de San Teodoro, y los soberbios mástiles en que se agitaban arrogantes los estandartes de la república veneciana desplegados aquel día para solemnizar tal acontecimiento.

Acercábanse las góndolas á los muelles de la plaza, y bullia la multitud, agolpándose para gozar de tan sorprendente vista. Allí habia turcos, griegos, armenios, españoles y holandeses, pasajeros ó marineros que llegaban á Venecia en las numerosas flotas que continuamente atravesaban el Adriático, á trocar las esencias de la Arabia, el oro y los diamantes de Asia y Africa, los productos de la industria universal, por las telas de seda, las armas, los espejos, las perlas y los cristales de las fábricas venecianas. Allí, en las arcadas de *Procuratie Nuove*, en el café de Florian, alrededor de las bases de bronce de los mástiles que sostenian las flamantes banderas de San Marcos, la multitud se agitaba bulliosa y alegre, como en un día de fiesta.

Cuando las góndolas estuvieron mas cerca salieron del palacio ducal, bajando por la célebre *escalera del gigante*, y formando dos largos cordones que concluian en el muelle, los ancianos senadores, los parientes del Dux y de monseñor Mocenigo, todo cuanto encerraba Venecia de noble y de poderoso. Al final de aquella larga procesion, veíanse al anciano Gradenigo y su sobrino Angelo, el primero con el gorro de pescador, de oro, rodeado del segundo distintivo de su dignidad, y el manto y demas insignias del ficticio poder que ejercia; el segundo vestido de

púrpura, oro y piedras preciosas; ambos gimien-
do bajo el peso de las riquezas que llevaban
sobre sí.

En cuanto aparecieron los senadores y el
Dux, guardó silencio aquella multitud tan ale-
gre, como si la presencia de aquellos hombres,
sofocase sus gritos de placer. Las góndolas fue-
ron llegando, y las damas de la nobleza se ha-
llaron en medio de sus padres y esposos, espe-
rando à que Blanca Blandini, saltara sobre la
plaza y se encaminara á la catedral.

La góndola que conducia á la futura espo-
sa llegó al muelle: el Dux y monseñor Moce-
nigo se aproximaron, y la ilustre heredera apo-
yándose en la mano de su tio Foscarei y en la
que ofrecia con rendimiento arrogante Angelo,
se halló en la plaza de San Marcos, rodeada de
una triple muralla de damas, senadores y sol-
dados, detras de los euales se apiñaba el pueblo,
ansioso de gozar de la funcion.

Las músicas de las góndolas, las místicas me-
lodías que salian per las puertas de la Basílica,
perdiéndose entre sus torres y encages architec-
tónicos, el estampido del cañon, todo revelaba la
grandiosidad del acto que se iba à consumir.

Blanca Blandini caminaba con firme paso, y
arrojaba miradas de soberbia sobre aquel pode-
roso y lucido cortejo que la iba á conducir ó a-
compañar al sacrificio mas terrible; en el rostro
de la veneciana no se pintaban ninguno de los
combates que sufría su corazon.

Las damas, el Dux y los nobles, penetraron en

la catedral, radiante de luces, de armonía y de riqueza, suntuosa y embellecida como en las grandes solemnidades religiosas.

El Dux ocupó su elevado asiento: rodeáronle los senadores y la ceremonia empezó.

Cuando llegó el momento crítico, la arrogante Blanca Blandini, palideció ligeramente, pero pronunció con voz firme el *sí* que la robaba para siempre el amor de don Luis de Castro, que la ligaba al joven y disipado Mocenigo. ¡El sacrificio se consumó!

Entonces, concluida la ceremonia, entre las damas y los nobles, aparecieron en la puerta principal de la Basílica, Blanca Blandini y Angelo Mocenigo, los dos jóvenes y hermosos, la primera serena y arrogante, el segundo murmurando á su lado palabras de amor.

Quebráronse los rayos del sol sobre las perlas y brillantes que formaban la corona virginal de la desposada, y una aureola de luz pareció rodear su rostro encantador.

Las góndolas fueron otra vez ocupadas, pero en la magnífica que había conducido á Blanca, entró una persona más: monseñor Angelo Mocenigo, el sobrino del Dux, el esposo de la rica é ilustre Blandini.

—A Lido, dijo este á los *barcarole*.

—A Lido, repitieron por todas partes con alegría.

Blanca parecía indiferente á todo; el grupo de góndolas, llevando á la cabeza la de los ilustres esposos se dirigía al Lido.

¡Oh sorpresa! El Lido, el sólido arsenal, no existía.

En su lugar se veían campos espaciosos, poblados de flores y yerbas, sembrado de árboles, imitando un bosque con tanta perfección que realmente parecía que la naturaleza había hecho crecer allí aquellas yerbas, flores y árboles.

En vez de arenas, era tierra: en vez de aridez, frescura; en lugar de caer á plomo los rayos del sol, se hallaban detenidos por el follaje de los árboles. Era aquello una magnífica sorpresa que la galantería de Angelo había preparado á Blanca. Al notar esta semejante transformación, al ver que había desaparecido la obra de Dios bajo la mano del hombre, al considerar que aquella costosa fineza era tributada á ella por el sobrino del Dux, por aquel mancebo que más favorecido era de las nobles venecianas, una orgullosa sonrisa se dejó ver en sus labios, pero entonces más que nunca aborrecía y despreciaba al hombre con quien acababa de unirse para siempre, porque recordó en aquel instante que tal vez se habían gastado en aquella magnífica transformación de un arsenal en un bosque, los seiscientos zequiles prestados por Isalás, y que Mocénigo confiaba pagar con los bienes de su esposa.

Llegaron á Lido, ó mejor dicho á un bosque real de Francia, con los mismos arbustos y los mismos caprichos de la naturaleza, y damas y caballeros pisaron aquellos encantadores sitios.

—Señor, dijo Mocénigo al senador Foscarelli

cundo este iba á salir alegremente de la góndola para ver de mas cerca aquel prodigioso cambio, esperad un momento y prometedme que no saldreis de aquí hasta que yo vuelva, que será muy pronto.

—¿Teneis preparada alguna otra sorpresa, Angelo? dijo el anciano sonriendo.

—Puede ser, contestó en el mismo tono Mocenigo saltando de la góndola despues de mirar tiernamente á Blanca, que le contestó con una mirada de orgullo.

Pasó media hora: las damas y caballeros empezaban á impacientarse, y Foscari se disponia ya á abandonar la magnífica embarcacion, cuando se oyeron relinchos de caballos, ladridos de perros, voces y confusion.

—¿Qué es eso? preguntó Blanca á su sorprendido tío.

—No sé. ... esperemos, ... alguna nueva galanteria de tu esposo.

¡Oh sorpresa! ¡Oh espectáculo extraordinario para gente veneciana! ¡Estaban realmente en el arenal Lido, ó se habian transportado á un bosque real de Francia, en los alegres tiempos de Luis XIV el Grande? Los espectadores de aquella escena creyeronle un momento así. El senador Foscari arrojó un grito de sorpresa: Blanca se puso de pie, sorprendida tambien.

Alli, sobre el arenal del Lido transformado en bosque, á poca distancia de la góndola, habia una soberbia carroza, igual á las que gastaban las queridas del gran rey de Francia, Luis XIV,

formada de ligeras columnas, enteramente abierta, forrada de terciopelo carmesí con bordados, flecos, escudos, soles y coronas de oro. Cuatro grandes penachos de plumas azules, y otras tantas coronas reales, adornaban la cubierta, y en el dorado pescante con asientos de terciopelo, estaba sentado un noble caballero, pariente de Mocenigo, disfrazado como los criados de aquel gran Rey. Tiraban del carruage cuatro soberbios caballos blancos, con arreos de terciopelo carmesí, adornados de oro, montado uno de los dos primeros por otro pariente de Angelo, vestido como el que ocupaba el pescante. Detrás de la soberbia carroza, engalanado como los caballeros de la corte de aquel monarca, con banda carmesí y plumas del mismo color en el sombrero, montando un hermoso caballo blanco, apareció el esposo de la Blandini, arrogante con tan bello traje, llamando la atención de todos, menos la de aquella que él quería atraer. Seguían seis caballeros con el mismo adorno pero sin sombreros, y montados en caballos castaños, presentando todo aquello un golpe de vista tan extraordinario como magnífico.

Blanca, Foscarí, las damas y los caballeros estaban sorprendidos; Angelo Mocenigo había dado una brillante prueba de su galantería, de su riqueza y de su afán por agradar a Blanca.

Apeóse del caballo que montaba, abrió la carroza, y ofreciendo la mano á Blanca, la dijo con ternura y galantería:

—Subid, señora: sois aquí la reina: estais en vuestros estados.

Blanca, al verse el objeto de todas las atenciones, sonrió á tal obsequio, le dió la mano y ocupó un asiento en la carroza, seguida de su tía Lucrecia Foscari, y otras tres damas. Cerrose la portezuela del bello carruaje y todo se puso en movimiento.

De pronto Blanca palideció: vió dirigirse hácia ella rodeado de sus perrós queridos, al noble don Luis de Castro, vestido de cazador y con una corneta en el brazo. Hízola sonar tres veces, y acercándose á la carroza dijo mirando fijamente á Blanca, con cierta espresion dolorosa:

—Esposa de monseñor Mocenigo: sois la deidad á quien se tributa culto en este bosque encantado: mandad.

—¿Y quien sois vos? dijo ella aparentando una serenidad admirable y sonriendo con amabilidad.

—Yo.... yo.... soy vuestro guarda-bosque, señora, dijo don Luis con esquisita cortesania.

—Está bien: por ahora no necesitamos de vuestros servicios: podeis retiraros, gallardo guarda-bosque, contestó Blanca, arrojándole una mirada entre amorosa y terrible.

Don Luis no pudo contener un suspiro, y se retiró despues de haber desempeñado el papel que le dieran en aquella brillante farsa.

Y el soberbio, extraño cortejo siguió paseando por aquel bosque improvisado á la que era la reina de la fiesta, hasta que el senador Foscari anunció que era la hora de embarcarse otra vez.

El bosque real de Francia, la soberbia carroza, los blancos caballos con arreos de terciopelo carmesí, todo quedó abandonado. La larga línea de brillantes góndolas cruzó de nuevo el gran canal y llegó, ya de noche, al palacio de Foscarei, que estaba soberbiamente iluminado, retratándose en el mar como si fuera una inmensa hoguera.

Todas aquellas nobles y hermosas damas, todos aquellos galantes caballeros, penetraron en el palacio del noble senador, tío de Blanca

Los gondoleros iluminaron sus lindos barcos, y siguieron en sus músicas y sus cantos.





VII.

Espléndidamente iluminado, reflejándose la luz de las antorchas sobre los grandes espejos de primorosos marcos de plata, coronado con cuanto tenia de poderoso y noble Venecia, presentaba un golpe de vista sorprendente el gran salon del palacio Foscari en aquella noche que debia formar época en la vida de Blanca Blandini. Allí estaban las esposas, las hijas y hermanas de los ilustres senadores, allí los disipados herederos de los Morsini y Barbarigo, de los Brigadini, Manini y Micheli. En un salon discutian gravemente los ancianos asuntos de suma importancia, agenos de aquellos lugares y mas propios de las tenebrosas salas donde se reunia el terrible tribunal; en otro reian y se celebraban á sí mismo los jóvenes caballeros que algun dia debian ocupar los primeros destinos de la república veneciana. Las damas, hermosas con sus

atractivos y sus rubios cabellos, realzada su belleza por el oro y los brillantes, recibian con alhagüenia gravedad los rendidos obsequios de sus adoradores, y contestaban con orgullosas sonrisas á sus palabras de cortesania y amor.

Bellas estaban todas, pero entre las mas bellas sobresalia, como el brillante entre las demas piedras preciosas, la encantadora y soberbia Blanca Blandini, la ilustre desposada con el sobrino del Dux. Y no oscurecia á las otras hermosuras con sus adornos ó con las ricas telas que formaban sus vestidos, sino con aquellos ojos tan divinos, con aquella hermosura tan arrogante y tan perfecta. Sus rubios cabellos, formando largos rizos, caian profusamente sobre su blanquísimo cuello, y un collar de gruesas perlas se avergonzaba descansando sobre aquella fina garganta, mas blanca que la nieve, mas suave que el terciopelo.

Y allí estaba tambien don Luis de Castro, pálido y triste, ricamente vestido á la española, contemplando con dolorosa espresion á aquella dama cuyo amor habia desdeñado por el de otra muger tambien bella y amada; allí estaba celoso de la felicidad de monseñor Angelo Mocenigo, envidiando el poder estar tan cerca de la bella Blandini, adivinando las dulces palabras que la dirigia, sofocando un suspiro en su corazon á cada gesto cariñoso que hacia el semblante de Mocenigo. Y Blanca, conociendo cuanto sufría el hombre de quien queria vengarse, sonreia dulcemente, escuchan-

do las palabras de su esposo, le dirigia miradas de ternura, parecia que todo su ser estaba reconcentrado en aquellos ojos que lánguidamente dirigia sobre él que se habia unido á ella para siempre: pero no por eso perdía el mas ligero movimiento de don Luis, y gozaba un placer diabólico con los tormentos que le hacia sufrir, con la tristeza, la angustia que veia pintadas en su semblante, porque don Luis la amaba, á pesar de su pasion por Angelina, amaba, sí, á la altiva heredera, y cuando la veia no podia conservar su rostro tranquilo.

Y si no fuera por la amistad con que le distinguia monseñor Foscarei, sino fuera porque él amaba como á un padre á aquel anciano digno y respetable, que tantos favores le habia hecho sino le detuviera el temor de que se sospechase su incomprendible pasion por Blanca, él se hubiera negado á concurrir á aquella fiesta que le martirizaba, él hubiera contestado con desprecio á monseñor Mocenigo y al anciano Foscarei, cuando le dijeron que contaban con él como si fuera uno de la familia, en aquella ocasion. D. Luis consintió en todo, y representó su papel por la tarde en el improvisado bosque, como iba á representarle tambien en el suntuoso palacio del gran canal.

Miraba enagenado á la hermosísima desposada, cuando el noble Foscarei se acercó á él y le dijo cariñosamente:

—Mi querido español, se acerca la hora y está todo preparado: venid. Ya sabeis que te-

neis vuestro papel en la escena íntima de familia que Blanca ha preparado: ella ha contado con vos, amigo mio, y preciso es darla gusto.

—Aun está á su lado monseñor Mocenigo, dijo don Luis con frialdad.

—Es cierto, pero solo espera una seña mia para seguirmos; voy á hacerla, y vereis si es puntual, porque nuestros amigos empiezan á retirarse.

Efectivamente los convidados á la fiesta nupcial saludaban á los desposados y abandonaban ya el palacio del senador Foscari.

Hizo este una seña, y Angelo Mocenigo se separò de Blanca, y ofreciendo su mano à la señora Lucrecia Foscari, se acercó al que era ya su tio y al español don Luis de Castro.

—Es ya hora, dijo sonriendo: mi noble tia está dispuesta y solo esperamos á nuestro amigo don Luis.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, murmuró el español inclinándose ante la noble dama.

—Idos pues, interrumpió el senador: es necesario satisfacer este capricho de Blanca: entretanto yo me quedo á su lado para despedir á nuestros parientes y amigos.

La señora Lucrecia Foscari, el noble español don Luis de Castro y monseñor Angelo Mocenigo, abandonaron el gran salon.

Y poco despues el resto de la lucida concurrencia saludaba á Blanca y su tio, y desaparecia por el gran canal en las iluminadas góndolas. El brillante salon de Foscari solo tenia den-

tro de sus entapizadas paredes una jóven y un anciano: la bellísima Blandini y el ser que le habia servido de padre. Al verse sola con su tío, Blanca le abrazó con cariño, y descansó un momento su voluptuosa cabeza sobre el hombro del senador, mientras lanzaba un suspiro ahogado y derramaba dos lágrimas arrancadas por la mas rabiosa desesperacion. El noble anciano la miró asustado:

—¿Qué tienes hija mia? la dijo con ternura.

—Nada, señor, nada: vamos donde nos esperan, contestó la hermosa sonriendo ligeramente.

—Sí, vamos: tus criadas están prontas para ayudarte á mudar de trage, vamos.

Y salieron.

En uno de los aposentos que habian de ocupar los nuevos esposos en el palacio Foscari, iba á tener lugar una farsa de amor, de respeto, de ternura, que Blanca habia querido representar delante de don Luis para exasperarle mas, para hacerle creer que le habia olvidado de todo punto, y que se conceptuaba feliz con pertenecer á monseñor Angelo Mocenigo.

Era un espacioso salon, con dos grandes ventanas que caian sobre el mar. En medio de la estancia habia un almohadon de terciopelo encarnado con galones de oro, y en el fondo, debajo de un gran dosel de raso verde, veíanse tres hermosos sillones forrados de terciopelo encarnado con grandes flecos de oro, á cuyos pies estaba en cada uno, otro almohadon como el que

se veía al centro del salon. De los tres sillones estaban ocupados solo dos: el del centro, por la señora Lucrecia Foscari, sencillamente vestida de blanco, con algunos cordones de oro en el pecho, y el de la derecha por monseñor Mocenigo, vestido con un precioso trage de corte, al estilo de los palaciegos de Luis XIV, rey de Francia.

El otro sillón estaba vacío, y detras de él, en elegante postura, vestido con un primoroso trage de capricho, parte andaluz, parte aldeano frances, con sencillo sombrero negro en la mano, hablaba don Luis de Castro con la señora Foscari. A respetuosa distancia, detras del dosel, estaban Violetta, la criada de Blanca y el criado de más confianza de Angelo Mocenigo; al otro extremo del salon estaban tres criados y dos criadas del palacio de Foscari, vestidos todos cinco con sencillos y elegantes trages de lugareños franceses, trages que vestian por orden de su señora Blanca Blandini, que habia tenido aquel capricho, sin que nadie pudiera explicar la causa.

Oyéronse leves pisadas: abrióse la puerta del salon y la encantadora Blandini apareció en él, hermosa con su hermosura, seductora con sus grandes ojos verde-oscuros y sus finos cabellos de oro. Su trage no era el riquísimo que luciera durante el dia y la noche; sus magníficos brillantes habian desaparecido tambien. Cubria su cuerpo un vestido sencillo de seda color de rosa, con mangas acuchilladas, y adornado por el

cuello con algunos encages blancos, y una roseta delante del pecho. Sus hermosos cabellos caían formando rizos sobre aquella alabastrina y perfecta espalda, y de su cabeza encantadora descendía un blanco velo, sugeto con una corona de rosas blancas, símbolo de su pureza.

Apenas apareció en la puerta, levantóse con rapidez monseñor Mocenigo para salirle al encuentro; pero fuera casualidad, fuera que lo tuvieran hablado, Blanca y Angelo se encontraron en medio del salon, en el sitio en que estaba el almohadon de terciopelo carmesí con galones de oro, ella como temblorosa y ruborizada, él con su extraño trage, y puesto el sombrero, que adornaba un grupo de plumas.

Entonces, al verse allí, uno en frente de otro, Blanca se arrodilló sobre el almohadon de terciopelo, á los pies de Mocenigo, y delante de su noble tia, de don Luis y los criados, con voz sumisa exclamó:

—Señor: desde hoy sois dueño de mi vida: os respeto y os amo: tendreis en mí una compañera cariñosa y una esclava sumisa y obediente. Monseñor Angelo Mocenigo, vuestra soy con alma y vida, vuestra hasta la muerte.

Y con disimulo miró á don Luis de Castro, y una ligera sonrisa de triunfo asomó á sus labios, porque don Luis, al oír aquellas palabras, habia perdido el color, y tuvo que apoyarse sobre el respaldo del sillón que debia ocupar Blanca.

—Levantaos, señora, dijo con galantería Mo-

cenigo, yo tambien os amo, os respeto y os admiro; levantaos.

—Estoy esperando que me lo permitais, contestó ella bajando los ojos ruborizada.

—¡Perdonad! exclamó él en voz baja, no me acordaba ya.

Y estendiendo su mano, quitó de la cabeza de Blanca su corona virginal, y la puso sobre el almohadon.

—Soy vuestra esposa, monseñor, dijo ella levantándose, mientras el blanco velo caia à sus pies.

Angelo Mecenigo la dió la mano y la condujo al sillon vacio, detras del cual estaba don Luis.

—¡Desdichada! murmuró este en su oido. ¡Desdichada!

Blanca le miró con tan insultante orgullo que don Luis se retiró de su lado.

Acercáronse los criados vestidos de aldeanos franceses, y postrándose delante de la bella esposa, la besaron la mano en señal de obediencia, saliendo luego del salon.

—Hijos mios, dijo la señora Foscari levantándose del sillon que ocupára debajo del dosel, os dejo solos que está la noche muy avanzada. Adios, hijos mios; ¿quereis acompañarme, don Luis de Castro?

El español se inclinó haciendo una señal afirmativa y arrojando con disimulo sobre Blanca una mirada de dolor y de amarga reconvencion. Blanca le contestó con otra de desden.

La noble dama y el caballero salieron del salcn.

Levantóse Blanca del sillón que ocupara hasta entonces, y con gesto imperioso les dijo á su criada y al criado de su esposo:

—¡Salid!

Ambos obedecieron al momento.

Entonces la hermosa, mirando con insultante desprecio á Mocenigo, dijo con una calma que tenia algo de terrible.

—¿Y bien, monseñor?

—¡Blanca! exclamó él figiendo un acento apasionado.

—Dejemos ya á un lado las farsas, monseñor Angelo Mocenigo, dejémoslas, que bastantes se han representado hoy. Estamos casados ¿verdad? Nos pertenecemos el uno al otro para siempre, porque la Iglesia nos ha echado su bendición delante de Venecia entera ¿no es cierto? Pues bien: yo os digo, monseñor Mocenigo, que Blanca Blandini no os pertenecerá jamás.

—¡Señora!

—Silencio, monseñor, silencio delante de mí, porque os arrojaré á la cara vuestra infame conducta y entonces no podreis disculparos. ¿Habreis sido tan necio que creisteis que yo os llegaría á amar? Habeis sido tan poco perspicaz que no conocisteis que si me casaba con vos, sobrino del Dux de Venecia, era por vengarme de un hombre á quien idolatraba y que habia desdenado mi amor por corresponder al de otra muger.

—¡Señora!

—¿Creiais, monseñor, que yo pudiera amaros, á vos, hombre disipado, que habeis consumido entre las cortesanas y el juego las riquezas de vuestra familia, debiendo diez mil cequíez, que confiabais pagar con mis bienes despues de ser mi esposo? ¿Creiais que las falsas palabras que os he dirigido aqui, hace un momento, delante de mi noble tia, de ese orgulloso Castro, á quien detesto, y de mis criados, creiais que pudieran ser sinceras, que pudieran espresar lo que pasaba en aquel instante dentro de mi corazon? ¡Ah, sois un necio, monseñor Angelo Mocenigo!

—¡Miserable! exclamó el noble irritado.

—El miserable, monseñor, es el que va á las doce dela noche al Puente de Rialto, á la tienda del viejo judío Isaias, el miserable es el que pide seicientos cequíes prestados al usurero, á quien debe diez mil, y le promete pagarselo todo, cuando esté casado con la rica heredera Blanca Blandini: este es el miserable, monseñor.

—¡Desgraciada de vos! ¿Sabeis eso? Temed mi venganza, señora, temedla.

—Temed vos la mia, monseñor: nunca fueron muy amigas nuestras familias: desde hoy seremos nosotros enemigos mortales.

—¡Sí, sí mortales! exclamó exasperado Mocenigo.

Blanca le miró con soberbia: él la devolvió una mirada de odio.

—Podeis dormir en esos aposentos, monseñor, le dijo señalando á una puerta que se veia en el

fondo: yo poseeré los que siempre he obtenido.

Angelo se acercó á ella: hizola una profunda cortesía, quitóse el sombrero con plumas, y la dijo con una risita sardónica:

—Que descanséis, hermosa señora Blanca Blandini.

—Buenas noches, querido esposo, contestó ella sonriendo desdeñosamente; dormid en paz, pero no olvidéis al pobre judío Isaias de Rialto.

Cruzáronse una mirada de odio, y cada uno se retiró á sus aposentos; Blanca meditando proyectos de venganza. Moenigo tratando de adivinar quien pudiera ser el hombre á quien la rica heredera amaba, el hombre que habia despreciado aquel amor por el de otra muger.





VIII.

Tres dias habian pasado desde aquel en que Blanca Blandini fuera el objeto de la atencion del pueblo veneciano, cuando en la noche del cuarto una góndola sencilla, de las destinadas al servicio del público, cortaba rápida y silenciosa las turbias aguas de las lagunas, que se tornaban mas turbias aun al sentirse agitadas por los remos de la citada góndola. Acercábase à las pequeñas casas que servian de morada á los pobres pescadores, cuando corriendo la cortina de la recámara asomó un rostro varonilmente hermoso y muy pálido, que dió orden á los góndoleros de acercarse á una linda casita, con puerta y ventanas pintadas de blanco, y que parecia levantarse, bella y modesta, del centro de las aguas que la bañaban.

Tocó la góndola con los cimientos de la casa, salió de la recámara un hombre, y golpeó

tres veces en la blanca puerta, á cuyo ruido brilló una luz en una de las ventanas y asomóse un momento el mas bello rostro de muger que puede formarse en su entusiasmo la imaginacion de un poeta. Miró al que llamaba y lanzando un pequeño grito de júbilo, cerró precipitadamente la ventana, y un instante despues abrióse la puerta de la casita, movida por una mano de nieve y rosa.

—¡Don Luis! exclamó un acento dulcísimo.

—¡Angelina mia, mi Angelina! contestó él con pálido rostro.

Y cayeron uno en los brazos del otro y se besaron con delirio.

Entraron en la casita y cerróse la puerta: la góndola que condujo á don Luis se separó de la casa de Giacomo y Angelina, cruzando por las lagunas, esperando al caballero español.

En tanto la amorosa napolitana se habia abrazado al cuello de este y enlazándole asi con sus brazos tan pulilos, le conducia suavemente á la salita en que estaban cuando la hermosa Blanca habia sorprendido su amor y escuchado su tierna conversacion, en compañía del Dux Gradenigo.

Sentáronse en los mismos sillones de madera que entonces ocuparon, y tomando Angelina las manos de su español, le miró fijamente con ternura, y al notar su palidez, sus ojos menos brillantes y alegres que otras veces, dos lágrimas puras y cristalinas se desprendieron de los suyos y humedecieron como dos gotas de rocío las rosas de sus mejillas

—¡Luis! pronunciò conmovida sin cesar de mirarle.

—¡Oh Angelina mia, mi amor, mi vírgen napolitana, perdóname esta trizteza que notas en mí, perdónamela porque no ha estado en mi mano dominarla. He sufrido mucho durante estos cuatro dias que han pasado sin verte, àngel mio.

—¡Cuatro dias! Es verdad: euatro dias sin venir aquí, cuatro dias durante los cuales me han asaltado mil pensamientos tristes, en que esta casita me ha parecido horrible y desierta, porque no te veía à mi lado, jurándome amor eterno, mirándome con esos ojos que idolatro. ¡Ay! Tambien yo he estado triste, muy triste, porque en estos cuatro dia han pasado cosas que á Giàcomo y á mí nos han recordado nuestra vida pasada y nuestra pobre madre, á quien no volveremos á ver mas que en el cielo, dijo enterrecièndose.

—¡Angelina!

—Pero esto no debo decirtelo, á tí, que debes haber sufrido mucho tambien en estos cuatro dias, cuando no has venido á pasar algunas horas de la noche en la miserable habitacion de tu Angelina. ¡Oh bien lo eonozco! Estás pálido, tienes los ojos tristes, y tu rostro no me parece el mismo. Luis mio, ¿hás sufrido? ¿Sufres aun? ¡Oh! cuéntamelo todo, todo, porque lo quiero saber para consolarte.

Miróla amoroso don Luis de Castro, y la besò en la frente con ternura y respeto.

—¿Qué te he de contar, ángel inocente? exclamó con tristeza. ¿Como habia de tener valor para descubrirte lo que te haría sufrir? No, no: jamás seré tan cruel.

—Os lo suplico, dueño mio, dijo ella con cándida coqueteria y besando con monada la mano del español.

—Pues bien, sábelo todo, Angelina mia, todo, y perdona luego, al que pronto será tuyo para siempre.

—¿Para siempre! ¿verdad?

—Para siempre, hermosa mia.

—Pues bien, dime porque has faltado cuatro noches à mi lado, porque estás triste, porque sufres; aunque me aflijas te perdono, pero quiero saberlo.

—¡Oh, sí, todo, todo! Te diré que he tenido que sostener una lucha desesperada, en que sentia destrozarse mi corazon; te diré que he tenido momentos en que te olvidaba de todo punto y otros en que deseaba mas que tu amor el amor de otra muger.

—¡Don Luis! gritó con angustia, aterrada y sorprendida la blanca paloma de Nápoles.

—Sí, sí, así ha sucedido, porque aquella hermosura tan perfecta y tan altiva me seducia, aquellos ojos me fascinaban de todo punto, porque son muy bellos, Angelina, poco menos bellos que los tuyos. ¡Oh! Y se iba à casar con otro, y fué suya, suya enteramente, prodigándole à él sus miradas de amor y sus palabras de ternura, gozándose en los tormentos que me hacia su-

frir vengándose así de que la hubiera desdeñado por una miserable, como ella le llamaba, ídolo mio. ¡Si supieras cuanto padecí en aquel día tan largo y tan horrible, haciendo mis papeles en las far-sas que se habían inventado por capricho de su es-
 poso ó de ella misma! Necesario fué que me acordase alguna vez de ti y de nuestro amor pa-
 ra no morir de cólera.

—¡Don Luis! exclamó la napolitana sollo-
 zando.

—No llores yá, no llores, porque el peligro ya pasó: ahora es de otro: ahora me es de todo punto indiferente. Por eso sigo habitando en el palacio de su tío, por eso sonrío con frialdad desdeñosa cuando la veo hacer caricias á su es-
 poso y que este recibe con cierto desprecio que no puedo explicar, porque Blanca,...

—¡Ah! ¿Conqué era ella? ¡Ella! ¡La esposa del noble Mocenigo! Demasiado lo temia yo. ¿Des-
 venturada de mí!

—Te he dicho que el peligro ha pasado, que ahora me es indiferente, que soy tuyo para siem-
 pre, vida mia.

—Mio, mio....¿no la amas ya? Repítemelo, mi *españoleto*, repítemelo, porque siento un go-
 zó inefable en oírtelo decir...¿No la amas, no la
 mas? Haces bien, porque ella no podría com-
 prenderte, ella te haria infeliz! Es una Blandini,
 y los Blandini jamás han sabido amar.

—¿Qué dices, Angelina?

—¡Oh! ¡Si supieras... si pudiera descubrir-
 te... pero no, no: hay cosas que no se deben

decir, porque es mejor que un secreto impene-
trable las oculte.... ¡Blanca, Blanca!.... si su-
pieras....

—No quiero saber nada, nada mas que tu
me amas siempre, que tú estás en el mundo pa-
ra consagrarte à mi solo, verdad? á mi solo, y
sobre todas las cosas, ¿no es cierto?, mi hermosa
napolitana.

—¡Sí, sí; á ti solo y sobre todas las cosas,
mi idolatrado españoletó!

—Y yo sabré corresponderte, porque si he
estado estos cuatros dias sin verte, ha sido por-
que sufría horriblemente, acordándome que ella
pertenece á otro hombre, que se habia vengado
atrozmente, porque me parece imposible que
ame á ese odioso Mocenigo. Ya todo se acabó:
la desprecio á ella, y à ti te adoro mas que
nunca.

—¡Ah!

—Sí, te adoro y pronto serás mía, porque
quiero abandonar esta Venecia que ya me cau-
sa horror, quiero volver á mi España tan her-
mosa y tan querida. Pero antes serás mi espo-
sa, Angelina, porque no puedo ya esperar mas
tiempo. Serás mía, enteramente mía.

Soltó sus manos la doncella y sollozando
amargamente murmuró con angustia.

—¡Eso es imposible!

—¡Imposible! ¿Porque? exclamó el mancebo.
¿No te he dicho que te amo con delirio? No te
he dicho que á ella la desprecio y que no pue-
do vivir sin tí? ¿No me amas por ventura, Ange-
lina.

Miróle como pasmada la doncella napolitana.

—¿Qué sinó te amo? ¿Yo, yo? ¡Santa *Maddonna!* Perdonadle la ofensa que me acaba de hacer preguntándome eso. ¿No amarle yo? Eres un ingrato, don Luis.

—Perdóname, vida mia, pero ¿porqué dices que no puedes ser mi esposa? ¿Será porqué no eres noble como yo, rica como yo? ¿Es por esto? No tengas cuidado: yo te amo y quiero llamarte mi esposa, porque sinó me mataria ó me moriria de pesar.

Enjugó la linda doncella sus lágrimas y se puso en pie, radiante de hermosura y brillando en sus ojos una magestad, una firmeza que impuso á don Luis. La jóven tan inocente, tan càndida, se habia transformado en uua dama de imponente aspecto, en una reina magestuosa y digna.

—Puesto que lo quereis, don Luis de Castro, dijo con voz firme, lo sabreis todo, y luego, si aun.... me amais, si aun quereis tomarme por esposa, yo os deberé la gloria sobre la tierra.

—Angelina, Angelina, ¿que vas á decirme que has tomado ese aspecto tan severo?

—Voy á deciros, noble don Luis de Castro, que mi hermano y yo somos el fruto de un amor culpable.

—¡Justo Dios! gritó el español cubriéndose el rostro con las manos.

—Luis, Luis, amigo mio, mi *españoleto*, exclamó la enamorada doncella arrojándose á sus

pies y estrechando entre las suyas una de las manos del caballero; por piedad, por compasion no me desprecies, porque no soy culpable y te adoro con todo mi corazon, como se adora á Dios. ¡Oh amado mio! ¿Comprendes ahora porque no puedo ser tu esposa? Ya ves como estamos separados para siempre? ¿Demasiado lo sabia yo!

—No, no, vida mia, no es eso, no: perdóname si no he podido dominarme al oír esa cruel revelacion, pero siéntate aqui, y cuéntámelo todo, todo, porque quiero saberlo todo, dijo don Luis con tristeza.

La hermosa le obedeció: ocuparon otra vez los sillones, y su voz dulcísima, mas que el dulce sonido de una flauta, pronunció estas palabras.

—Tres años antes que yo te conocia Luis mio, habia dejado de existir la que me dió el ser, y habia muerto jóven consumida de una profunda tristeza. En su hora terrible nos reveló el secreto de nuestro nacimiento, pero no quiso decirnos el nombre de nuestro padre, del hombre cuya ingratitud la conducia al sepulcro, porque mi madre fué víctima de su pasion y tristeza. Solo nos dijo que era un noble veneciano, el jefe de una familia ilustre de esta república. La habia engañado vilmente; la habia prometido casarse con ella, y no cumplió aquella palabra tan sagrada. Segun mi madre nos dijo á Giacommo y á mí, fue indignamente abandonada á los dos años de haberme dado la vida. Este golpe fue minando su existencia, hasta que la precipi-

tó en la tumba. Adoraba en nosotros, y nos dejó confiados el uno al otro, pobres huérfanos en el mundo, que llevamos escrito sobre nuestras frentes el sello de reprobacion con que nos ha señalado la mano de Dios. Cuando en nuestra casita de Nápoles, al pie del Vesubio, te recibimos aquella noche que llegaste herido, cuando paseábamos por aquellos campos cubiertos de eterna verdura, cuando admirábamos juntos el mónstruo de fuego que rugia sordamente y parecia amenazarnos à todas horas, tú me lo hiciste olvidar todo, mi madre, mi nacimiento, mi miseria, me hiciste olvidar que tu eras jòven, noble y rico, te lo desapareció de mi vista, y te adoré como á una cosa santa, mi español.

—¡Angelina, Angelina....! ¿Pero no habeis sabido nunca el nombre del veneciano que deshonró, que engañó, que mató á tu madre? ¡Oh! tendria un placer en vengarte. Dime ese nombre si lo sabes, dímelo.

—¡Ay!... ¡Luis mio!.... Ese hombre no existe ya.

—¿No existe? Bueno, pero quiero saber su nombre.

— Quereis saber su nombre, don Luis, de Castro? dijo Giacomo saliendo de detras de la cortinilla que le ocultaba á la vista de los amantes. ¿Quereis saber su nombre? Pues oidle: aquel hombre que deshonró, que engañó, que mató á nuestra madre se llamababa monseñor Jacobo Blandini.

—¡El padre de Blanca! gritó don Luis asombrado. ¡Justicia del cielo!

—El padre de Blanca, repitió Giacomo con frialdad despreciativa.

—¡Hermanas, hermanas! murmuró el español.

—¡Oh sí! somos hermanas, Luis mio; hermanas, ella y yo, las dos á quienes has amado, las que han ocupado casi igual lugar en tu corazón, ella rica y noble, yo pobre, y deshonrada desde que nací. Somos hermanas, pero nunca he querido verla, porque su vista me recordaría lo que su padre había hecho sufrir á mi pobre madre, su padre que es el mio; por eso cuando supe por mi hermano que se casaba con monseñor Mocenigo, me alegré, porque cesaban los temores que yo tenía respecto á ti, pero no quise asistir á las fiestas de su boda, y me quedé aquí, llorando por mi madre, de quien me acordé mucho aquel día. Giacomo la conoce; yo no: Blanca Blandini me es de todo punto extraña, y aunque no la he visto, la amo, porque es mi hermana y porque tú la has amado, tú, Luis mio.

—¡Oh Angelina, Angelina!

—¿Diras ahora que no te amo porque diga que no puedo ser tu esposa?

Quedóse pensativo don Luis un momento, pero luego, levantándose con solemnidad, tomó la mano de la bellísima jóven, y la dijo con voz firme:

—Angelina: delante de Dios, y teniendo por testigo á tu hermano Giacomo, juro que seras mi esposa, mañana ante los hombres como desde ahora lo eres ante la divinidad:

Al oír semejantes palabras, lanzó la purísima jóven un grito de celeste alegría, y abrazó delirante los pies de don Luis exclamando:

- Amor mio, señor mio, dueño mio ¡bendito seas!

Giácomo se acercó á don Luis y le dijo con gravedad.

—Supuesto que quereis casaros con mi hermana, vos rico y noble jóven, supuesto que no titubeais en uniros á la hija natural de un noble veneciano, yo os daré pruebas por donde conozcais que mi pobre madre fué vilmente engañada y seducida.

Diciendo esto se acercó á un cofrecito y sacó de él uua cartera de tafilete verde.

—Tomad, don Luis de Castro; ahí hallareis las cartas que monseñor Jacobo Blandini escribió á mi pobre madre, cuando trataba de seducirla: ahí hallareis tambien las que la dirigió despues que nosotros estábamos ya en el mundo, cuando la abandonó en Nápoles para volver á Venecia, al seno de su orgullosa familia.

—Traed: Giácomo, traed, dijo don Luis: tengo necesidad de saberlo todo.

—Pues ahí lo teneis: dentro de esa cartera hallareis dos retratos: uno de mi pobre madre: otro de nuestro padre, monseñor Blandini.

Cogió don Luis la cartera y se puso en pie.

—Es tarde ya y quisiera leer esto con detencion, dijo gravemente. Adios Giácomo: hasta mañana.

Luego, acercándose á Angelina exclamó.

Adios, esposa mia: vamos á ser muy felices: viviremos en mi España ó tu Nápoles, donde quieras. Yo te haré olvidar á fuerza de amor, los rigores con que hasta hoy te ha tratado la fortuna.

—Adios, Luis mio: adios, mi idolatrado españoletito.

Besáronse con ternura, dió don Luis la mano á Giacomo, acercóse la góndola que lo trajera, y partió el caballero. Pero mientras pudo distinguir la casita donde dejaba su corazón, percibió en la puerta la sombra de una muger, que parecia clavada, mirando la góndola que lo llevaba al palacio Foscari.

Media hora despues, Angelina dormia en su lecho con tranquilo sueño, viendo siempre á su lado á su enamorado don Luis.

Giacomo estaba aun despierto, pensando en lo felices que iban á ser casándose Angelina con don Luis, cuando llegaron á sus oídos unos fuertes golpes que daban sobre la blanca puerta de la casita.



IX.

Corrió el pescador á una ventana, la abrió y preguntó quien causaba aquel ruido, á tan avanzada hora de la noche. Una voz de mujer le contestó con amabilidad.

—Abrid, amigo Giácómo: soy yo: tengo que hablaros.—

—¿Y quien sois vos, que llegais á estas horas á la pobre habitacion de un pescador de las lagunas?

—¿No me conocéis, amigo mio? contestó bajando la voz la interpelada; soy la dama que noches pasadas estuvo aquí, en vuestra casita, en compañía de...

—Callad, callad, señora, que voy á abriros, contestó el pescador asustado, teniendo que llegase á pronunciar el nombre del hombre que la habia acompañado. Cerró la ventana sin hacer ruido ninguno, para no despertar á su her-

mana, y abrió la blanca puerta de su habitación.

Allí estaba, inmóvil, envuelta en un blanco velo, como la noche que acompañó al Dux, la noble dama Blanca Blandini, ocultándose el rostro, que no quería mostrar al pescador Giácomo, á quien decia tener que hablar en horas tan desusadas. Permanecía sin moverse, delante de la puerta abierta, y el hermano de Angelina le dijo con respeto:

—Entrad, noble señora.

—Lo que tengo que deciros son secretos de suma importancia que deben quedarse entre los dos, amigo mio. ¿Estais solo en vuestra habitación?

—En esta casa no hay nadie mas que mi hermana y yo.

—Sí, pero no debemos ser oidos ni por vuestra hermana.

—Entrad sin cuidado, señora: Angelina duerme ahora, duerme con la tranquilidad del justo.

Movióse ligeramente el velo que ocultaba á la dama, como si aquella se hubiera estremecido al oír á Giácomo; luego exclamó con voz sorda:

—Es tan importante lo que tengo que revelaros, amigo mio, que no me resuelvo á entrar en vuestra habitación por temor de que el ruido de nuestras voces despierte á esa.... Angelina, que duerme ahora con el sueño del justo; si quereis oírme, venid á la recámara de mi góndola, y allí, en medio de las lagunas, po-

dfemos hablar con entera libertad, porque os repito que son secretos que os interesan mucho.

Giácomo titubeó un momento, y viéndole la dama pensativo, le dijo con amabilidad, casi con cariño.

—Venid, amigo mio, que no os pesará vuestra condescendencia.

—Vamos, señora.

Entró la dama en la oscura góndola, en la que solo habia dos remeros cubiertos los rostros con caretas negras. Giácomo dejó en el suelo el veloncito que tenía en la mano, cerró la blanca puerta, y saltó en la góndola, entrando en la recámara, desde donde lo llamaba la dama.

En el mismo instante los enmascarados *barcarole* separaron el barquichuelo de la casa de Giácomo, y le condujeron rápidamente al centro de las lagunas. La dama y el pescador seguian en la recámara, silenciosos: la primera mirándole á traves del tupido velo, el segundo pensando en que clase de secretos serian los que iban á ser revelados.

De pronto la góndola quedó inmóvil. La dama se puso en pié y corrió precipitadamente una de las cortinas que adornaban la recámara exclamando:

—Giácomo: mirad que hermoso espectáculo presentan vuestras lagunas y vuestras casuchas en una noche de luna; miradle Giácomo, y decid sinó es muy bello.

—¡Oh, sí señora, sí, contestó con entusiasmo

y aproximándose á ella; es verdaderamente hermoso.

—¿Y se puede vivir feliz en esas chozas miserables, manteniéndose de la pesca, sin oro ni brillantes, sin criados ni góndolas magnificas? ¿Se puede ser feliz entre esa miseria? ¿Se puede estar conforme con su suerte?

—¡Oh, si, noble señora, se puede vivir muy feliz.

—Y dime..., ¿es dichosa tu hermana Angelina.

—Giá como la miró sorprendido.

—Es muy dichosa, señora, contestó.

—Sí, si: lo sè, parece que es la querida de un noble caballero español, ¿verdad?

—Os han engañado, señora, es su esposa, la esposa que su corazon ha elegido.

—Pues yo he venido á buscarte esta noche para decirte que jamás lo será.

—Vos, vos, exclamó él con incredulidad: ¿y quién sois vos para decir eso? ¿Quién sois vos para poder causar la desgracia de mi hermana?

—¿Quién soy yo? contestó detras del blanco velo aquella voz imperiosa, ¿quien soy yo? Vas á ver mi rostro y á saber mi nombre, porque estoy segura que jamás revelarás nada de cuanto ahora te està pasando. ¿Quiéres saber quien soy yo? Mírame, mírame; dijo descubriéndose; yo soy la muger á quien tu hermana ha hecho desgraciada para siempre arrebatándola el corazon de don Luis de Castro, yo soy Blanca Blandini.

—¡Blanca Blandini! exclamó el pescador con acento entre irritado y amoroso, mirando con delicia y con espanto aquel rostro tan bello, alumbrado por la luna de Venecia, adornado con los pliegues que formaba en torno de él el blanco velo descorrido. ¡Blanca Blandini! repetia estupefacto.

De pronto sintióse sugeto por dos brazos nervudos, y cuando quiso volverse para ver quien le atacaba á traicion, casi prorrumpió en un grito de terror al ver el enmascarado rostro de uno de los gondoleros: su boca no pudo articular el mas pequeño sonido, porque habian puesto en ella una mordaza que lo lastimaba. Entre los dos gondoleros le maniataron de pies y manos, y dejándole asi delante de Blanca, que habia vuelto á cubrirse con su velo, salieron de la recámara. Entonces la vengativa veneciana se acercó á Giácomo y le sacó del pecho la llave de la casita; alzó su velo con mano temblona de ira, y le dijo arrojándole una mirada, de rencor y venganza.

—Mírame, mírame, miserable, que vivías feliz en las lagunas con tu pesca y tu choza; mírame, gusano inmundo, que me preguntabas quien era yo para impedir el casamiento odioso de don Luis de Castro con tu aborrecida hermana, mírame y conoce por el furor con que te estoy mirando si tendré piedad de tí ni de ella, ni de cuanto pueda perteneceros: os aborrezco con todo mi corazon, tanto como amaba á ese necio español que abandonó el amor de

La rica heredera por el amor de la despreciable hermana de un pescador. ¿Vés esta llave, imbécil? ¿La ves? Pues con ella voy á abrir la puerta de tu casa, con ella voy á penetrar hasta el aposento donde duerme con la tranquilidad del justo esa inocente Angelina... Já...já...já... Yo te prometo que si como tu dices, duermes con la tranquilidad del justo, ha de ir á despertar entre ellos: ¡la atrevida, la necia, la miserable!

Hubo un momento de pausa: las miradas de Giácomo, único lenguaje, único movimiento eran ya amorosas, que podia hacer, ya terribles, coléricas ó furibundas, de desesperacion, de reconvenccion de angustias: ellas revelaban la lucha que destrozaba su corazon, el horror que lo dominaba en aquel momento, El desventurado, maniatado, con una mordaza en la boca, no podia impedir la ejecucion de la cadena de horrores que leia en las miradas de Blanca, no podia decir unas cuantas palabras que quizá hubieran logrado conjurar aquella espantosa tormenta, aquellos crímenes que se traslucian á través de las espresiones de venganza que habia sóltado la Blandini.

Y en semejante estado, el desventurado napolitano fijaba sus ojos en el cielo con una mirada desgarradora, implorando á la divina providencia que interpusiese su mano poderosa en la ejecucion de los malvados designios que le habia descubierto la irritada muger que tenia delante.

Mirábale esta con un odio reconcentrado y

se sonreía de un modo horrible al adivinar los pensamientos que debían ocupar en aquel instante la imaginación del pescador. Inclínose, hasta poner sus pálidos y delgados labios en el oído de su víctima, y le dijo con voz lúgubre y ahogada.

—Sí, mira esta llave, mírala, y muerete de desesperación al saber que con ella abriré sin ruido la puerta de tu casita, entraré hasta la alcoba de tu hermana, de esa aborrecida Angelina; y cuando esté allí, delante de su lecho de doncella, *donde duerme con la tranquilidad del justo*, cuando la devore con mis miradas de rabia y de desprecio, sacaré de entre los pliegues de mi velo blanco, este afilado puñal, ¿lo ves? y le sepultaré con cólera en su pecho, que en aquel momento tal vez palpita de amor, acordándose del hombre cuyo corazón me ha arrebatado; ¡Oh! debo gozar un placer celestial en el momento que me venga de lo que me ha hecho sufrir esa odiada criatura. ¡Y tu que te has dejado engañar por mí! ¡Miserable miserable!

Giá como la miró de un modo terrible y su cuerpo rodó por la recámara pero no podía gritar, no podía hacer nada á aquella mujer que le decía »Voy á matar á Angelina» ¡A matarla! ¡Ella! ¡Blanca Blandini! ¡¡¡Tu hermana!!!

La veneciana le miraba con una mofa despreciativa.

—Ya lo sabes, canalla: ella lanzará su último aliento al contacto de este puñal manejado

por mi mano, que sabrá dirigir golpes ciertos. En cuanto á ti, vas á saber lo que te reservo.

Cubrióse otra vez con el velo, alzó la cortina de la recámara y llamó á los dos gondoleros enmascarados.

—Acabemos, les dijo con firme voz, amarrad á los pies de este hombre esas barras de hierro, y arrojadle al agua. El peso de ellas le enterrará en el fango de las lagunas.

Un silencio de muerte reinó en la negra góndola. Los enmascarados obedecieron impasibles la orden de la Blandini, y amarraron los barrotes de hierro á los pies de Giácomo. Luego le arrastraron fuera de la recámara y le levantaron en alto.

—¿Que os detiene? dijo la vengativa Blanca: dejadle caer.

—¿Vivo? exclamó una voz bronca debajo de la careta.

—Vivo, contestó con feroz indiferencia la implacable italiana.

Oyóse en el agua un ruido sordo, como el producido por el choque de un cuerpo pesado que cayó en ella: manchóse de fango la superficie, hasta entonces tan limpia y tan sosegada, formáronse unos cuantos borbotones como si saliera del fondo cierta cantidad de aire comprimido, pasaron unos minutos y volvió el agua á parecer tranquila como estaba anteriormente.

¡Acababa de hallar Giácomo una tumba entre la arena y el agua, sin poder gritar, porque tenía puesta una mordaza que se lo impedía,

ni defenderse, porque sus brazos y sus pies estaban atados...!!!

Vamos, dijo la voz de la Blandini, debajo del velo.

La góndola se movió en dirección á la casita.

Cuando llegaron á ella, salió la Blandini de la recámara, sacó la llave y abrió.

Esperad, dijo á los gondoleros.... Ahora nadie la defenderá, se dijo así misma con infernal alegría. Su amante en el palacio de mi tío: su hermano entre el fango de las lagunas que le guardará fielmente, y ella durmiendo con la *tranquilidad del justo*, pero á mi entera disposición.... ¡Oh, don Luis, don Luis! Ahora sabrás quien es la muger que has despreciado, ahora conocerás como se vengán los Blandinis... Esta noche ha estado aquí, y sin duda se ha embriagado de amor mirando á su Angelina.... ¡Su Angelina...! ¡Y yo he estado aguardando á que saliera, esperando media hora despues para venir á vengarme....! ¡Oh! ¡Pero me vengaré, me vengaré como debo!... Ahora voy á ver á esa aborrecida Angelina, voy á verla, voy á emplear uno de los puñales [del viejo judío Isaiás de Rialto. Vamos, pues.

Al concluir estas palabras, la voz de Blanca Blandini, saliendo por entre el tejido del velo, tenia un no sé que de espantosa y terrible, que podia helar la sangre en las venas del que llegara á escucharla.

Entró en la casita, cerró tras si la puerta, quitóse el blanco velo que arrojó en un rincon

y tomando el veloncito de metal que dejó encendido el desdichado Giacomo, se dirigió al reducido aposento donde dormía Angelina con la *tranquilidad del justo*, como había dicho su pobre hermano asesinado.





X.

Hermosa y desventurada Angelina, pobre flor que naciste y creciste fresca y lozana sobre una tierra caldeada, al pié del horrible y hermoso Vesubio, espuesta á ser devorada el dia menos pensado por sus ardientes lavas, cándida azucena que te alzaste blanca y gallarda en el suelo napolitano y sonreiste al empezar tu existencia, creyendo que solo te esperaban en el mundo ventura y felicidad infinita, doncella encantadora y pura que pasabas los dias llorando sobre el regazo maternal, mezclando tus suspiros con los suyos, tus lágrimas, con las suyas, endulzando sus horas de amargura y arrepentimiento con tus caricias y besos, con tus cantares de amor y tus pronósticos de una felicidad que no esperabas, pero que fingias creer por consolar á aquella afligida muger culpable. ¡Oh inocente Angelina, bella italiana, ángel que

bajaste del cielo para vagar sobre un mundo que no te merecía! ¿cuanto sufrió tu corazón tan tierno el día que perdiste para siempre á tu pobre madre, en aquel momento de angustia en que pegada tu boca á la suya querias comunicarla nueva existencia, querias detener en su cuerpo adorado el alma que estaba próxima á abandonarle, en aquel instante en que frenética de dolor, la estrechabas delirante sobre tu corazón destrozado....! ¡Oh si ventura, oh pobre Angelina!

Y luego, cuando pasaron los días, los meses y los años, cuando apareció delante de tus ojos un gallardo mancebo herido que tenia por nombre *Luis* y por apellido *Castro*, cuando supiste que aquel mancebo era un viajero español y descendia de la mas noble familia de su nacion, cuando aquel hombre jóven, hermoso, noble y rico, te dijo: «Hermosa mia: yo te amo con todo mi corazón: yo quiero seas mia y lo serás, porque he leído en tus ojos que correspondes á mi amor» cuando oíste decir tales palabras á tal hombre, al ser que adorabas con delirio, te postraste delante de tu *madonna* de marfil, invocaste el espíritu de tu madre y formulaste una sentida oracion en que iban envueltas súplicas y gracias á la divinidad por la felicidad que veias en el porvenir.

Y la divinidad pareció favorecerte durante un corto tiempo, pero luego, sin saber por qué don Luis de Castro abandonó á Nápoles,

apareciendo en la seductora Venecia, y cuando tu supiste que estaba allí, conseguiste de tu hermano que abandonarais à vuestra vez los campos de la patria, la casita tan pintoresca al pie del Vesubio, por seguir á la ciudad de las aguas á aquel hombre tan amado.

Y cuando le volviste á ver lo olvidaste todo á su lado, todo, tus podocimientos, tus sinsabores, tus lágrimas, olvidaste tu nacimiento y soñaste con una ventura infinita, sin acordarte del obstáculo que os separaba, á tu parecer, para siempre. ¡Oh Angelina, Angelina, cuál fué tu dolor al saber, por el mismo don Luis, que vivia en el palacio Foscari, tan cerca, con tanta intimidad con Blanca Blandini, aquella veneciana ponderada por su hermosura, por su orgullo, y por la violencia de sus pasiones, aquella muger à quien nunca habias visto, pero que sabias era hija de tu mismo padre, era tu hermana... ¡cuánto, cuánto padeciste, temiendo que fascinado tu espíritu por tan ponderada belleza llegase á olvidar tu hermosura mas humilde, pero mas hechicera, llegase á olvidar sus promesas de Nápoles, y aquellos días encantados del Vesubio.

Pero si sufriste mucho con tales temores-tambien fué inmensa, celestial tu alegría, cuándo viste à tu *españoleto*, como tu lo llamabas, mas rendido, mas amoroso que nunca, cuando despues de descubrirle el vergonzoso secreto de tu nacimiento, ese obstáculo que tú, generosa y cáudida, llegaste á creer insuperable, le

oiste decir, delante de tu hermano Giácomo y tomando á Dios por testigo, que tú, dichosa y enamorada Angelina, habias de ser elevada hasta él, habias de ser su legitima esposa.

Y aquella noche, despues que habias estado mirando enagenada las huellas movibles que dejaba en el agua la góndola que te le arrebatava, despues que enjugaste tus lágrimas de placer y que oraste postrada humildemente delante de tu *madonna*, te habias acostado en tu pobre pero limpio lecho, pensando en él antes de dormirte, murmurando su nombre cuando empezabas á cerrar los ojos, y soñando con su amor cuando te quedaste enteramente dormida. ¡Siempre él, siempre él! ¡Oh pobre doncella napolitana! No sabias, no podias tú adivinar lo que el destino te tenia reservado, no podias creer que en aquella noche en que fuiste tan dichosa habias de llegar á ser sorprendida en medio de tu sueño, por aquella muger que era hija de tu mismo padre sin saberlo ella, por aquella Blanca Blandini que habia sido tu rival y cuyo amor y heramosura fueron despreciados por don Luis de Castro al acordarse de tu hermosura y tu amor.

Allí, allí estaba Blanca; de pié, inmóvil, á la cabecera del lecho de la doncella de Nápoles, teniendo en una mano el veloncito de metal, y en la otra, brillante y pulido, levantado sobre el pecho de Angelina, uno de los tres puñales que la proporcionó el judío Isaias de Rialto. Pero al mirar el rostro

de la encantadora virgen, un ligero temblor se apoderó de la Blandini, y bajó el brazo levantado para herir de muerte á la primorosa criatura.

Estaba Angelina tan seductora en medio de su sueño, que el asesino mas empedernido hubiera retrocedido al descargar en su pecho el golpe mortal. Su rostro de virgen rafaélica se veia ligeramente sonrosado, su boca de niño diseñaba una sonrisa divina, y su párpados cubrian aquellos ojos que eran el encanto, la delicia de su don Luis, luciendo en toda su belleza las luengas pestañas de que estaban adornados. Tenia en la cabeza un gorro blanco de dormir, guarnecido con pobres encajes, debajo de los cuales se escapaban un torrente de cabellos negros y lustrosos, que tocaban ligeramente el brazo sobre que descansaba la cabeza encantadora, cayendo sobre aquel seno de rosa y nieve que se veia enteramente desnudo. Era verdad que Angelina dormia con la tranquilidad del justo, como habia dicho su pobre hermano.

Contemplóla Blanca un momento, y sintió en su corazón un intempestivo movimiento de lástima hácia la hermosísima jóven. Preguntóse á si misma si ella tenia derecho de privar de la existencia á un ser tan perfecto, sino era un crimen horrible mandar á aquella inocente criatura desde su tranquilo sueño á despertar en la eternidad, si podria nunca esperar que Dios ni los hombres la perdona,

sen semejante infamia.... Titubeó la criminal veneciana y parecióle que la madre de Dios la *Madonna* de marfil de Angelina, que estaba á la cabecera de la cama tenia fijos los ojos en su rostro, como reconviniéndola por la accion criminal, horrorosa que iba á ejecutar; parecióla que Dios la maldecia en aquel momento, que el infierno la habria sus puertas, que era perdida para siempre....

Tembló horrizada, se arrodilló maquinalmente delante de le *Madonna*, y el puñal de *Isaías* cayó á sus pies,...

Al ruido que hizo estremeciése ligeramente Angelina, y en medio de su sueño llamó con dulce acento á sudorado don Luis. Al oír aquel nombre se puso repentinamente en pie la Blandini y tomó con ira el puñal que estaba en el suelo, esclamamando con voz sorda.

—Neria, necia de mí, que me dejes ahora dominar por ridículos temores, cuando estoy aquí, en este aposento, cerca de ella, despues que he adelantado tanto que seria muy ridiculo el retroceder.... No, no, es imposible tener piedad con esa miserable imposible! No me he sacrificado yo para vengarme mejor? ¿No estoy casada, ¿casada! con ese odiado Mosenigo? ¿No he perdido para siempre al hombre que adoraba? ¿Y nó es la causa de todo esta despreciable criatura?..... Muera, pues, muera á mis manos.

Se derigió al lecho y^o alzó el puñal. Angelina dormia.

—No, no: es preciso despertarla porque si la hiriera así, cuando tal vez sueña con él, y le habla y le sonríe con delicia, si la matara ahora, moriría feliz, y pasaría desde su delicioso sueño à la eternidad... No, no: quiero verla desesperada, suplicante à mis pies, quiero gozarme en su dolor y en sus lágrimas, quiero martirizarla y decirle: »Yo soy Blanca Blandini: voy à matarte y luego mataré à tu don Luis; ó le obligaré à que me ame, y me amará, porque no existiendo tú, él debe amarme. ¡Oh sí! ¡Oh sí! Quiero decirle esto; lo quiero....

Acercóse al lecho y meneó violentamente a la dormida beldad, gritándola con voz terrible.

—Despierta, despierta, miserable, despierta, que bastante has dormido.

Angelina abrió los ojos sobresaltada, miró con asombro aquella hermosa vision que estaba à la cabecera de su lecho y creyendo que aun soñaba, exclamó cerrando de nuevo los ojos.

—¿Quien eres? ¿Qué quieres? Déjame.

—¿Qué te deje? ¿Qué te deje, indigna criatura? ¿Crees que he venido aquí para dejarte? despierta, despierta porque te repito que bastante has dormido.

Angelina se sentó en el lecho, se pasó la mano por los ojos y dijo con tranquila y dulce voz:

—Conque no era una vision? Conque no

dormia? Quién sois, pues, señora? Qué me quereis aquí y á estas horas?

—Quiero decirte que es necesario que renunciéis al amor de don Luis de Castro, exclamó la Blandini con terrible acento.

Al oír aquellas palabras, saltó del lecho la doncella, y en pié, serena, tranquila, arrogante, gritó:

—Qué renuncie á su amor? Al amor del que adoro, de don Luis, que mañana será mi esposo? ¡Oh! no os conozco, pero quien quiera que seáis, os compadezco, porque sin duda estais loca.

—¡Loca, loca! Si. loca de celos y desesperación, loca de rabia, de cólera. Y tú ¡miserable! me compadeces, á mí, á....¿no preguntabas quien soy yo? Pues voy á decirte mi nombre: me llamo Blanca Blandini, ¿me conoces ahora?

--Vos, vos, vos, repitió Angelina retrocediendo aterrada.

--Yo, yo, que vengo á pedirte que renunciéis al amor de ese hombre, yo, que quiero vengarme en tí de tantas penas como él, me ha hecho pasar, de sus desprecios, de su indiferencia, yo, que vengo á turbar tu felicidad futura, que vengo á arrebatarte á ese amor correspondi-lo. ¡Oh mírame, mírame, y arrodíllate delante de mí y tiembla, porque mi cólera es terrible, y va á descargar toda entera sobre tu maldecida cabeza.

--¡Ah! perdon, perdon, señora! exclamó Au-

gelina arrodillándose y tendiéndola los brazos con angustia, perdonadme como yo os perdono vuestras horribles palabras. Yo no os he hecho mal alguno, yo no os aborrezco, al contrario os amo sin conoceros, y descaba contemplar un momento ese rostro tan hermoso. ¡Oh sí, muy hermoso! Tened compasion de mí, señora tened compasion, y ya que os habeis casado con el noble sobrino del Dux, ya que sois feliz, dejadme á mí serlo tambien, señora Blanca Blandini.

—¡Desgraciada, desgraciada! gritó colérica la veneciana.

¡Ah! ¡Si supiérais cuanto me ama don Luis, cuanto le amo! Si supiérais con que ternura me dijo esta noche que yo sola seria la esposa de su corazon, que me amaba y me amaria siempre....Si supierais....

—Calla, calla, miserable, calla, porque te detesto y te compadezco: has de saber que don Luis de Castro no te ama, que te engaña y se burla de ti completamente, porque su amor es mio, mio solo, y para tí solamente tiene compasion y lástima.

Levantóse Angelina, orgullosa y serena en la apariencia, pero irritada interiormente contra aquella muger que quería engañarla y hacerla dudar del amor de su don Luis. Miróla con desdeñosa sonrisa, y la dijo:

—Mentís. Don Luis de Castro os detesta, y á mí solamente me ama.

—¡Infeliz! ¡Amarte á tí! ¡El! ¡Un noble

y rico español, á ti miserable doncella del pueblo....!

—Pues bien, yo, miserable doncella del pueblo, yo, seré su esposa, su legítima esposa, porque á si me lo ha prometido esta noche. ¿Lo oís, señora, lo oís?

Los ojos verde oscuros de Blanca Blandini arrojaban llamas. Acercóse con violencia á Angelina y la apretó horriblemente un brazo.

—Soltadme, soltadme, me hacéis mal, dijo la doncella.

—Mal, mal, repitió la Blandini riendo horriblemente ¿Te ago mal? Pronto no lo sentirás, porque pronto no estarás, en el mundo.

—¿Qué habeis dicho señora? repitió con angustia y terror la flor de las lagunas. ¿Qué queréis decir con eso?

—¿Qué quiero decir? que ha llegado tu última hora y que pierdes para siempre á ese don Luis que tanto amas.

—No os comprendo.... perdon perdon, señora.

--No, no hay perdon....;Mira!

—¡Un puñal! ah!...;Un puñal! ¿Quereis asesinar-me?

—Eso quiero, dijo con una sonrisa espantosa la Blandini.

—Pero no sabeis que crimen vais á cometer, no sabeis lo horrible que es esta accion...!perdon, señora, perdon! Tened piedad de mí, que os amo, que os amo de veras, os lo juro....;Oh! vos tan bella, tan extraordinariamen-

te hermosa, ¿que teneis que temer de una pobre jóven? ¿Porqué decis que queréis asesinar-me, á mí, que no os he hecho mal alguno? Perdon, perdon, por lo que mas ameis.

—Lo que mas amaba era don Luis de Castro.

¡—Oh....! ¡Oh!...

—Hoy no amo ya á nadie.

—Piedad, perdon.

—No, no.... vas á morir, á mis manos.

—Deteneos, deteneos, mirad que esto es horrible, mirad que el Eterno os maldicirá, mirad...

—Muere, miserable, y muere desesperada, para que maldigas á Dios, y ni aun se salve tu alma.

—¡Oh! si estuviera aquí don Luis, si estuviera, me salvaria de vos....

—Silencio, silencio, le has perdido para siempre.

—No, no, imposible, le amo, le amo con delirio, y él me corresponde, y á vos la desprecia...

—Basta, basta, gritó Blanca alzando furiosa el puñal,

—Deteneos, deteneos, Blanca Blandini, porque vais á matar á vuestra.... ¡Oh!.... ¡Oh!....

Cayó Angelina: el puñal de Blanca la habia atravesado el corazon: un lago de sangre se formó en torno de ella.

Abrió muribunda los ojos, clavólos en la imágen de marfil de la vírgen, y murmuró sin que se la oyera.

—Luis.... mi....o.....

Y espiró.

Una carcajada infernal resonó en la pobre estancia y llegó por las aberturas de la puerta y las ventanas, hasta los enmascarados, que esperaban en la negra góndola á la heredera de los Blandini.

Era que Blanca se reía.

Miró con horrible indiferencia el cadáver de su víctima, y le tocó con el pié, haciendo un gesto de venganza y de desprecio.

—Estoy satisfecha, dijo con voz sorda: me he vengado en parte, y ya es hora de descansar. Por esta noche hemos concluido: volvamos al palacio de mi tío.

Miró otra vez el cadáver de su víctima, se estremeció ligeramente y salió, dejando sobre el corazón de Angelina el pañal con que la hirió. En la pequeña sala puso el veloncito en el suelo, tomó su velo blanco, se cubrió cuidadosamente, y abrió la puerta de la casita, sin apagar el velon. Cerró dejando la llave puesta por la parte de afuera, y sacó de entre los pliegues de su vestido dos bolsillos llenos de oro.

—Tomad, dijo dándoselos á los gondoleros enmascarados: haí teneis en pago de vuestro trabajo: ahora vamos á la plaza de San Marcos; allí os daré el resto.

La gondola partió.

Al llegar al muelle de la Plaza, saltó Blan-

ca en él, y dió mas oro á los gondoleros.

—Marchaos, les dijo con voz imponente: ni me conocéis ni os conozco: así está bien: ya no necesito de vuestros servicios.

Los asesinos asalariados no contestaron, y agitando las aguas desaparecieron con su negra gondola en la oscuridad.

Entonces Blanca se metió dentro de otra del servicio público y dijo á los gondoleros:

—Al palacio de Foscari.

Cuando llegaron á su gran escalera de mármol, la Blandini dió á los *barcarole* una pequeña moneda de plata, y se entró en el palacio de su tío el senador.





XI.

A las ocho de la mañana del día siguiente el noble don Luis de Castro saltaba del lecho en que había dormido aquella noche, pero sus facciones estaban desencajadas y su mirar era incierto y aterrado, como si aun estuviera bajo el poder de alguna pesadilla atroz, como si le atormentaran aun imágenes terribles que hubiera visto en medio de sus sueños. Tranquilizóse un instante, movió un cordón de seda y plata que pendía a la cabecera de su lecho, y al sonido de una campanilla, un criado apareció en la estancia y le ayudó avestirse. Cuando hubo concluido, don Luis le preguntó con indiferencia.

—¿Qué hora es?

—Las ocho, señor, contestó el italiano.

—Vete, le dijo el noble español; y el criado salió en silencio.

Entonces se acercó el gallardo caballero à un grande espejo que adornaba la estancia contigua, y se contempló un momento con asombro.

—Estoy desfigurado: parezco un cadáver, y no sé á que atribuirlo, màxime cuando voy a ser tan feliz en el resto de mi vida. Apesar de esto, yo no sè en que habra consistido, pero he tenido esta noche sueños horribles, espantosos, cuando por el contrario debiera tenerlos alhagüenios, de felicidad y dulzaura... ¡Que bobadas! Está visto que cuando mas felices somos, mas nos empeñamos en parecer desgraciados, aunque no sea mas que en sueños.... ¡Oh! si, en sueños, porque despierto es bien distinto... La realidad es mucho mas seductora, mucho mucho.

Sonrióse de un modo indefinible, como si quisiera aparentar una alegría que estaba lejos de él, como si intentara demostrar un gozo que no sentia.

Concluyó de arreglar su vistoso traje de terciopelo azul, bordado de seda blanca, ordenó las plumas de su sombrero, y le puso en la cabeza, levemente inclinado à la derecha. Cifóse luego la espada, y se colocó otra vez delante del gran espejo, y sonrió de nuevo, pero aquella sonrisa no indicaba ni pena ni alegría, sino una mezcla de uno y otro, como si la posesion de su corazón se la disputaran en aquel instante el placer y el dolor.

—Voy á ver á Angelina, se dijo á si mismo: me he puesto este traje porque sé que es el que la recuerda los dias felices en que nos conocimos. ¡Oh! Ya no nos separamos jamas, jamas: desde hoy dejo el palacio Foscari, me caso con ella, y la llevaré á España ó à Nápoles. En uno ò en otro lado seremos dichosos, porque viveremos para amarnos, lejos del tumulto del mundo, contentos y satisfechos con nosotros mismos. ¡Estan hermosa! ¡Me ama y la amo tanto! ¡Oh adorada Angelina mia!

Y sonrió de nuevo.

Impaciente ya, salió de sus abitaciones, cruzó los salones del palacio, y se encontró en la escalera de mármol del gran canal, al pié de la cual estaba una géndola que el senador Foscari le tenia destinada esclusivamente desde que estaba en su mora la dándole tan generosa hospitalidad. Metiòse en ella silencioso y pensativo, y cuando uno de los *barcarole* fue á preguntarle con el gorro en la mano, donde queria ir su señoría, don Luis contestó apresurado.

—A las lagunas, quiero ir á las lagunas.

Pasados algunos minutos hallábase enfrente de la blanca casita donde vivia la amada de su corazon, durante la pequeña travesía, la fresca brisa de los canales habia desterrado de su imaginacion los pensamientos tristes, y una placentera sonrisa rodaba por sus labios al acordarse que iba á ver á su idolatrada Angelina.

Por eso cuando la góndola que le condujo llegó al pié de aquella pequeña casa en que tan gratos momentos habia pasado, don Luis salió fuera de la recámara y llamó á la puerta con precipitacion, sin reparar en que estaba puesta la llave.

A sus golpes repetidos ningun ruido, ninguno contestó, y solo tuvo por respuesta un silencio aterrador.

--Abre, abre, Angelina, dijo alegremente, abre, que soy yo.

El mismo silencio.

--¿No me conoces por la voz, vida mia?

Abre: soy don Luis de Castro....¿Pero qué es esto? ¡La llave puesta! ¿Estará Giácomo en casa?.....Giácomo, Giacomogritó impaciente.

En una casita cercana apareció la muger de un pescador y dijo al caballero.

--Giácomo no debe estar en casa, señor, aunque hoy no se la ha visto salir, ni se han abierto su puerta y ventanas....Esto es estraño, y mucho mas en él, que no es nada perezoso y se levanta antes que amanezca!....Esto es estraño, repitió la buena muger.

Don Luis se quedó pensativo un momento, y luego con ademan resuelto descorrió la llave y abrió la puerta. El primer objeto cuya vista le sorprendió, fué el veloncito de metal, que aun estaba encendido, aunque su mecha abrasada arrojaba tan solo una claridad dudosa y triste.

¿—Qué es esto? se dijo á sí mismo el caballero. Angelina, gritó con voz de trueno, Angelina, ¿dónde estas?

Nadie respondió á aquella voz amante: don Luis de Castro estaba aterrado: su corazón se hallaba oprimido. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo y antes de decidirse apocrear en el aposento virginal de su adorada reunió sus fuerzas y gritó de nuevo con angustia:

—¡Angelina!

De pronto lanzó un grito horrible al ver algunas gotas de sangre hacia la puerta del dormitorio de la cándida doncella, y de un salto se precipitó en la estancia donde jamás había penetrado.

No se diría sino que don Luis acababa de ver delante de sí el infierno abierto para devorarle, ó un precipicio espantoso, cuya vista había detenido la circulación de la sangre en sus venas. No se diría sino que la espantosa cabeza de Medusa se había aparecido en todo su horrible lujo ante el gallardo caballero, ó que una mano de hierro le sugetaba con fuerza sobre el pavimento de aquella reducida estancia. Allí estaba petrificado, con la vista fija, sin el más leve movimiento, los ojos fuera de sus órbitas, ensangretadas y terribles, las facciones todas descajadas, más blanco que los encages que llevaba en el cuello y en las mangas, con las manos estendidas, tiesas, agarradas, sin movimiento, como las de un cadáver.

A diez pasos de él estaba el cuerpo de una

muger, cubierto con una sencilla túnica blanca empapada en sangre, suelta y sucia la poblada cabellera negra, uno de los ojos cerrado y velado por sus luengas pestañas, y el otro abierto, fijo en una pequeña *Madonna* de marfil que estaba á la cabecera del descompuesto lecho se veía en aquella estancia. Tenia clavado en el corazon un puñal, y un lago de sangre la rodeaba, pero sangre ya cuajada, casi-seca, como si hiciera algunas horas que hubiera salido de aquel cuerpo....

Y los ojos ensangrentados del caballero estaban clavados sobre el cadáver como si dudara que aquel rostro era el de la persona amada, como si aquella vista horrorosa le hubiera convertido en estatua.

Y asi, estando en semejante inmovilidad, se desprendieron de sus ojos espantados dos gruesas lágrimas, sucias, de color de sangre, que empezaron á rodar muy despacio por sus mejillas, pero que se secaron en mitad del rostro, como si rodaran sobre fuego, devoradas por el ardor que en aquel momento consumia aquellas mejillas pálidas

El nombre de Angelina resonó en aquel aposento, pero fué tan funebremente pronunciado, sin saber de donde habia salido, que pareció conmoverse la vírgen de marfil, pareció hacia un movimiento para descender de su nicho de terciopelo blanco y tocar á aquel cadáver y volverle á la vida compadecida del ser que habia murmurado aquel nombre.

Don Luis salió de su estupor: se precipitó sobre el cadáver de su adorada con una especie de rabia amorosa, le cogió con bastante torpeza, le puso en pié derecho, sosteniéndole enfrente de él y mirándole con espantosa sonrisa de angustia. Luego le abrazó con furor, besó aquel rostro ensangrentado, aquellos cabellos sucios, empapó sus manos en la sangre de la blanca túnica y le acostó en su lecho virginal. Allí se arrodilló, apretó entre las suyas las manos de la desgraciada, las besó y lloró sobre ellas.... Pusóse en pie, loco, delirante, exclamando.

—Angelina, Angelina, vida mia, mi Angelina, mírame mírame quiero que me mires, que me hables, ¿lo oyes? ¡Oh! por mi amor, que me digas una palabra, una sola palabra, porque sino creeré que estas muerta, y eso no puede ser, no debe ser, no.... ¡Muerta! tú, tú, tan pura, tan amorosa, tan tierna.... Imposible, imposible....

Y se retorcia las manos con furor y se arrancaba los cabellos y rasgaba los encajes de su vestido, todo sin apartar los ojos de aquel bello rostro, blanco, lívido, salpicado de algunas gotas de sangre. Sentía desgarrársele el corazón al contemplar el cadáver de su adorada en la agonía que su vista le producía, cayó de rodillas á la cabecera del lecho, y besando una de las manos de la que fué su bella Angelina, prorrumpió en dolorísimos sollozos.

— ¡Pudo llorar por fin, pudo derramar lágrimas en abundancia, y aquellas lágrimas evita-

ron tal vez que muriera de dolor! Pero despues de aquellas lágrimas empezó á dar gritos espantosos, gritos que conmovian las débiles paredes de la casita, resonando en las lagunas. Arrastrábase frenético por el suelo, maldiciendo á la divinidad, pidiéndole el ángel que le habia sido arrebatado, preguntando el nombre del ser maldito que habia cometido tan horrendo crimen.

Rendido de desesperacion y de dolor, juntó sus manos en actitud suplicante y exclamó con voz débil ya de tanto sufrir.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿Quién ha tenido valor para asesinarte, Angelina mia? ¿Quién ha derramado tu sangre y te ha arrebatado á mi amor? ¿No tuvo lástima al verte tan jóven y tan hermosa? ¿No sintió horribles remordimientos al destruir la obra mas perfecta de la naturaleza?... Pero... ¿quién ha sido? ¿quién ha sido?... ¡Oh! Quiero saberlo, lo quiero, porque esto no puede quedar así, no puede quedar sin venganza.... ¿Dónde está, donde está?... ¡Ah! ah....

Angelina, Angelina, Angelina...!

Entonces fijó los ojos en el puñal que estaba clavado aun en el cadáver de la purísima jóven, y precipitándose sobre él le arrancó de allí, le miro con un gesto horrible y murmuró con voz sorda.

—El puñal.... manchado de su sangre.... de la sangre de Angelina.... Bien se teñirá tambien de la mia.... moriré, si, quiero morir....

Levantó el brazo para descargar un golpe mortal sobre su corazón, pero sintióse detenido por una mano de hierro, y una voz bronca exclamó cerca del caballero:

Deteneos, don Luis de Castro: vais á cometer un crimen inútil: vivid al menos para la venganza.

Volvióse furioso el amante de Angelina y vió el aposento lleno de mugeres y hombres de las lagunas, que le miraban contristados; á su lado estaba un hombre de imponente estatura, vestido de negro, teniendo en la mano un baston negro tambien con puño de oro: este personaje sugetaba en el aire el brazo de don Luis, en cuyas manos brillaba el ensangrentado puñal que sacó del cuerpo de Angelina.

—¿Vivir para la venganza? Y en quièn me he de vengar? ¿Dónde está el infame que me ha privado del amor de mi Angelina? ¿Dónde está, donde? ¡Oh! Tendria un placer en devorarlo con mis ojos, en arrancarle á pedazos su infame corazón.... Pero ¿dónde está... .

Miró espantado á cuantos le rodeaban, dió un grito horrible y exclamó:

—¿Dónde está Giácomo?

Nadie contestó.

—¿Donde está el hermano de Angelina? ¿Qué ha sido de él?

—¡Ha desaparecido! murmuró en su oído el personage vestido de negro.

—¿Ha desaparecido? ¿Seria él, seria él? No, no, imposible.... ¡El, que la amaba con tanto de-

lirio! ¿El que vivía en sus ojos y gozaba en su sonrisa ... !Pero si no es él ¿quién ha sido?

El hombre vestido de negro le quitó el ensangrentado puñal, y envolviéndole en un pañuelo le ocultó entre los pliegues de su ropage. Luego salió à la puerta de la casita, llamó á cuatro hombres vestidos tambien de negro, que estaban en una lúgubre góndola, y entró con ellos en la estancia de Angelina.

—¡Llevadla! exclamó señalando al cadáver.

Don Luis se arrancó de las manos de los que le sujetaban y abalanzándose sobre los restos de la que tanto habia amado, gritó delirante:

—¡No, no, no!

—¡Llevadla! volvió á decir el del fúnebre vestido.

Los cuatro hombres que le acompañaban separaron violentamente á don Luis, cogieron el cadáver y salieron con él, trasladándole á la negra gondola.

—¡Esperad, esperad, murmuró debilmente el de Castro, con las manos estendidas hácia la puerta. Quiso seguirlos, pero no pudo dar mas que un paso: debilitado por la lucha que habia sostenido, destrozados por aquel horrible dolor, articuló un grito de angustia y cayó desplomado en el suelo, sin movimiento, como muerto.

Los pescadores y sus mugeres sollozaban de lástima.

Luego que el cadáver de Angelina quedó en la gran góndola negra volvió aquel hombre misterioso, acompañado de los servidores del

senador Foscarei, y señalando al desmayado don Luis, les dijo con imperio:

—Levantadle, y llevadle á sus abitaciones en el palacio del noble senador vuestro amo.

Los gondoleros obedecieron sin decir palabra y trasladaron al español á la góndola en que le condujeron. Agitaron las aguas con sus remos y se dirigieron hácia el gran canal.

El del negro vestido mandó salir á todos los pescadores, miró atentamente la sangre que habia en la estancia de Angelina, y dirigiéndose luego á la blanca puerta de la casita, cerró y se guardó la llave.

Saltó en la gran góndola negra, entró en la recámara, donde estaba el cuerpo de la asesina-doncella, y dijo á los gondoleros:

—A la *Piazzetta di San Marcos*.

El fúnebre barco partió con rapidez.

—Es una góndola del estado, dijo un pescador.

—¡Una góndola del Estado! exclamaron todos con espanto y dirigiéndose como aterrados cada uno á su casa.

En tanto la góndola llegó á la *Piazzetta*: sacaron de ella cubierto con un paño negro, el cuerpo de Angelina, y el hombre de imponente estatura y vestido de negro, marchando á la cabeza de aquel grupo, entró en el palacio ducal y atravesó las galerías que conducian los horribles lugares, donde se reunia el terrífico consejo de los tres.



XII.

A las doce de la noche de aquel día, cuando el silencio empezaba à reinar en la gran plaza de San Marcos, cuando los últimos nobles abandonaban el suntuoso café de Florian y se retiraban á sus soberbios palacios á fraguar nuevos planes para sostener en todo su terrible poder la tortuosa política que distinguia á aquella república, notábase detras de los cristales que formaban las grandes puertas de los balcones que pertenecian á la habitacion secreta del Dux, la sombra de un hombre que se paseaba á lo largo de la estancia, cuyo aspecto y fisonomía eran imposible distinguir, porque detras de él estaban, sin duda, las luces que alumbraba el aposento, de modo que solo se veia desde la plaza una figura informe y oscura que aparecia y desaparecia sucesivamente con paso agitado, como si fuera una fantasma silenciosa y terrible.

Y no era una fantasma aquella figura, sino un anciano de respetable aspecto, cabellos y barba blanca, ojos hundidos y brillantes, que se paseaba con agitacion como si la atormentara algun pensamiento terrible, ó maquinara algun plan cuyas consecuencias, pudieran serle fatales. Aquel anciano era el gefe del Estado, el ilustre Gradenigo, el venerable Dux de Venecia.

Paseábase por su habitacion, pensativo, las manos cruzadas á la espalda, tocándose de vez en cuando la frente, cual si llamara en su auxilio alguna idea, cuando á cierto ruido de pasos que oyó y se dirigió á ocupar su sillón delante de la mesa cubierta de papeles, en el que le vimos al principio de esta narracion, cuando Blanca apareció en aquel aposento. Sentóse como con trabajo y esperó, como el tigre que acecha su presa, á que se abriera la puerta de aquel aposento donde pocos tenian derecho á penetrar. Abrióse efectivamente y apareció en el dintel el hombre de imponente estatura y vestidos negros, que hemos visto figurar en el capítulo anterior. Detúvose allí con su gorra de terciopelo en la mano, y en la mas respetuosa actitud, porque Gradenigo la imponia aun el mas osado.

—Entrad, Paolo, entrad, dijo el Dux con voz pausada; os estaba esperando con impaciencia, porque el asunto que nos ocupa, me llama la atencion, me interesa mas de lo que os podeis figurar, pues creo que aquí anda una mano que tal vez nos dará algo que hacer. Y bien, Paolo, ¿no se ha veriguado algo de nuevo?

—No he descansado un momento, señor, porque cuando el bien de la república lo exige, y cuando está interesado V. A. en un asunto, yo no dejo...

—Basta, Paolo, exclamó el Dux con voz severa. No se os pregunta ahora si servís bien ó mal al Estado, solo se quiere saber que es lo que habeis averiguado de nuestro asunto.

—He recorrido cuantos armeros existen en Venecia, he preguntado à todos, he amenazado, rogado y ofrecido recompensas cuantiosas, y en todas partes se me contestaba con una negativa desesperante. Nadie confesaba haber fabricado ese puñal, y perdida ya la esperanza de hallar lo que buscaba, cuando cerca de Rialto supe que habia un armero que trabajaba ocultamente toda clase de obras para los judios de las tiendas del puente.

—¿Y bien? exclamó el Dux sin que su fisonomía se alterase en lo mas mínimo.

—Le busqué y le hallé: es un jóven de aspecto severo, arrogante, que se oculta para trabajar.

—Bien, bien, ¿y qué?

—Le sonsaqué, le ofrecí vuestra proteccion, le prodigué toda clase de ofertas y toda clase de amenazas: el armero permanecia impassible, sin querer confesar nada: entonces le dije que me seguiria á los calabozos del Estado... á estas palabras no pudo resistir, y me dijo que efectivamente habia fabricado tres puñales como el que le presentaba, pero que no diria quien se los ha-

bia encargado. Volví á amenazarle con que me seguiría, y parece que esto le aterra porque al fin confesó....

—¿Confesó? Confesó? esclamo el Dux levantándose de golpe del asiento, sin poder dominar su emoción. ¿Y quién le encargó esa obra? ¿Quién le encargó tres puñales como ese?

—El viejo judío Isafas de Rialto, señor.

—Y no habeis ido á la tienda de ese perro, Paolo? No le habeis arrancado el secreto que queremos penetrar?

—Fuí á su tienda y la encontré cerrada: llamé y no obtuve respuesta: entonces mandé derribar la puerta forrada con planchas de hierro, y entré, seguido de mis gentes....

—¿Y no estaba dentro ese perro israelita?

—Sí, señor, estaba, pero estaba muerto, contestó con indiferencia el del negro vestido.

—¡Muerto! ¡Muerto!....¿Y como ha sucedido eso en Venecia sin que haya llegado á mi noticia, Paolo? Paréceme que vais descuidando un tanto el cumplir con las obligaciones de vuestro empleo de celador perpetuo. Os tengo á mi servicio para que penetreis hasta los mas recónditos secretos del hogar doméstico, y veo que ni aun sabeis los acontecimientos públicos, ¿Como ha muerto ese viejo julio que tan útil nos era sin que halla llegado á vuestra noticia?

—No sé, señor, pero así ha sucedido. Aquel cadáver estaba tendido en mitad de la tienda y despedía un olor insoportable. Hice indagaciones con los vecinos de Rialto, con los degradados

compatriotas de Isaias, y supe por uno de ellos que en la noche siguiente aldia en que se casó vuestro sobrino monseñor Mocenigo con la señora Bianca Blandini habia llegado á la puerta del usurero un caballero con el rostro descubierto, que entró y volvió á salir al momento cerrando violentamente la puerta de la tienda, pero que al pasar por el puente se le habia oido murmurar: «Queda satisfecha esta deuda» y que al decir esto se habia reido. Desde aquella noche no se volvió á abrir la tienda del judío Isaias, por lo que se calcula que aquel caballero le dió muerte.

—¿Y tiene heridas el cadáver de ese perro? dijo el Dux con marcada intencion.

—No, señor, ninguna. Apesar de su estado de putrefaccion le he examinado detenidamente, y solo tiene en la garganta señales que indican haber sido ahogado.

Quedóse pensativo Gradenigo, y luego empezó á pasearse por la estancia con ademan violento, con gesto iracundo.

—¡Ahogado, ahogado! ¡Fuego del cielo! ¿Y no se ha sabido quien era aquel caballero enmascarado que le dió muerte? No se ha conseguido adquirir algun objeto que revele su nombre ó su clase, que pueda guiarnos para averiguar quien es? Paolo: os vais haciendo cada vez menos digno de vuestro empleo.

—Solo he podido adquirir esto, dijo con cierta expresion irónica y mostrando una carta cerrada: al salir de la tienda de Isaias, parece que se le cayó á aquel caballero esta carta, pero tie-

ne un nombre tan respetable escrito en el sobre, que no me he atrevido á enseñarla à nadie. Tomad, señor: V. A. puede abrirla.

Arrebatóle el Dux aquel papel y tornóse pálido al leer el nombre de su sobrino monseñor Angelo Mocenigo.

—Está bien, Paolo, está bien, dijo dominándose y aparentando una serenidad perfecta. Ya leeremos este papel, y veremos si podemos descubrir por su contenido estos misterios, los primeros que hace diez años se ocultan á vuestra sagacidad.

Hubo un momento de silencio: el Dux se sentó en su sillón y dijo con mucha calma.

¿Y que se ha hecho del cadáver del judío Isaias.

Se le ha dado sepultura en el Lido, porque como hacia tantos dias que habia dejado de existir, murió ahogado y sin confesion y era un perro judío, no debia obtener una sepultura en tierra sagrada. La arena del Lido es la tumba que merece un israelita.

El Dux se quedó pensativo: Paolo se acercó á él y puso delante de sus ojos, sobre la mesa, un puñal, afilado y dentellado por los extremos, sencillo pero de un trabajo muy esmerado. Apesar de que se conocia haberse limpiado con afan, notábanse en el acero algunas pequeñas manchas de sangre. El Dux le miró, miró al hombre del vestido negro, y le dijo.

—Dejadme solo por un momento: quiero reflexionar sobre estos sucesos: si necesito de vos,

os llamaré. Salid.

Inclinóse el ser de aspecto imponente y salió en silencio. Entonces Gradenigo se abandonó á toda la violencia de sus pasiones, reprimidas por la presencia de aquel hombre que dependia de él, y abrió con cólera la carta cerrada, que dejó caer el caballero que asesinó á Isaias de Rialto, y que tenia escrito en el sobre el nombre de su sobrino. Leyóla rápidamente, ó mejor dicho, la devoró con la vista, y dando un golpe sobre la mesa, exclamó con ira:

Adivinaba la verdad sin haber leído este papel.... ¡Oh! era él, él.... Por el leon de San Marcos, sobrino Mocenigo, que estoy ya cansado de hechar mano de mi dignidad para cubrir vuestras faltas. ¡Otro asesinato!.... Pero al fin es un juicio, y quizás le debia fuertes cantidades... Es necesario ocultar esto como se han ocultado otras acciones semejantes.... Es mi sobrino, y no debo consentir que el honor de los Gradenigo sufra en lo mas mínimo.... Pero ¿este Paolo que lo ha leído, este Paolo....

El hombre cuyo nombre acababa de pronunciar apareció en la puerta. El anciano recobró toda su impasibilidad y le dijo con firme acento:

—No os he llamado, Paolo: salid.

—Venia á decir V. A. que una jóven cubierta con un velo me ha suplicado dijese que estaba esperando.

—¿Y os dió alguna señal, Paolo?

—Si señor: esta chapa de oro.

—Es verdad, es verdad, me habla olvidado de ella. Decidla que entre.

Salió Paolo, y el Dux corrió hácia un gran sillón que estaba en el fondo de la estancia, ocupado con alguna cosa abultada, pero no se veía que era, por estar enteramente cubierto con un tupido paño de seda verde.

—Veamos si esto está bien, dijo Gradenigo, arreglando el paño de modo que ocultara de todo punto á una mirada indiscreta lo que ocupaba el sillón.

Luego encendió las veinte bujías que sostenian dos soberbios candelabros de plata que estaban sobre una mesa cerca del sillón, y que arrojaron una brillante claridad que inundó toda la estancia.

Volvió á ocupar su asiento, se abrió la puerta y apareció en ella una muger cubierta con un tupido velo blanco, el que cayó á sus pies cuando estuvo en la presencia del Dux.

—Entra, Violetta, dijo el anciano con acento imponente pero algo cariñoso. ¿Qué novedades hay por el palacio Foscarei?

—Algunas, señor: los esposos siguen como desde la noche de la boda.

—Desunidos? Separados aun?

—Aun, contestó la criada de Blanca.

—Esto es incomprendible. ¿Y no has sabido porque es eso?

—No, señor, no he sabido mas que lo que comuniqué á V. A. hace tiempo. La señora amaba mucho al español don Luis de Castro, y si se

ha casado con monseñor Mocenigo, debe haber sido porque aquel la desleñaba por el amor de una jóven de las lagunas, á quien visitaba todos los dias y tódas las noches, segun me dijo Jacobo el gondolero. Si no, ¿cómo habian de estar separados?

—Bien, bien: pero que hay de nuevo, Violetta? ¿Porque has venido aquí á esta hora?

—Hay de nuevo, señor, que la señora salió anoche á las doce del palacio de su tio, sola y envuelta en mi velo blanco; que su góndola la dejó en el muelle de la plaza y se volvió sin ella; que estuvo fuera hasta las cuatro de la mañana, y que la condujo al palacio Foscari una pobre góndola del servicio público; durante el dia no ha salido de sus habitaciones, y he notado en en ella una palidez estremada. Todo esto me hace sospechar que trae entrémanos alguna empresa peligrosa.

—Bien, Violetta, bien y ¿no hay nada mas de nuevo?

—Lo que sin duda ya sabreis, señor.

—Y qué es?

—Que el español salió esta mañana á las ocho entre triste y alegre, y fué á ver á la jóven de las lagunas, á esa napolitana á quien amaba mas que á la señora. Parece que esa pobreçilla ha sido asesinada anoche, despues que el español la habia dejado: unos dicen que por su hermano, de quien no se sabe nada, otros dicen que cuando don Luis salió de aquella casita, pasó media hora y se oyeron fuer-

tes golpes á la puerta. Jacobo el gondolero no ha podido saber nada de positivo y me ha dicho que allí estaba esta mañana una góndola del Estado con el señor Paolo, y que en ella metieron el cadáver de la jóven, mientras ellos llevaban al español al palacio Foscarelli.

—¿Y qué es del español?

—A esta hora, aun permanece sin sentido, rodeado de los médicos mas afamados, llamando con voz sorda á esa Angelina á quien tanto amaba.

—Y tu señora? ¿Has estado á verle?

—Ni aun ha preguntado por él, contestó la jóven con intencion.

Gradenigo guardó silencio y escribió en un papel.

—¿Hay mas? dijo indiferentemente.

—Sí, señor: entre las alhajas de mi señora he visto esta mañana un puñal de un trabajo sumamente extraño, cuyos golpes deben ser mortales, porque tiene unos dientes bastante peligrosos.

—¿Es como este? exclamó el Dux repentinamente, enseñándola el que habia dejado Paolo sobre la mesa.

—Es este mismo, dijo Violetta; es este mismo, pero esta mañana no estaba manchado de sangre.

—Oh!... Bien, bien, Violetta: cumplés bien mis ordenes: estoy contento de tí. Toma, añadiendo dándole un bolsillo lleno de oro; ahora

retírate: porque pueden notar tu falta en el palacio Foscari.

Tomó la joven el oro, y cubriéndose otra vez con su velo se disponía á salir de aquella estancia, cuando se abrió la puerta y apareció acelerado el terrible Paolo.

—¿Qué hay? dijo el Dux impaciente.

—La señora Blanca Blandini se acerca á este aposento.

—Bueno, salid, Paolo, contestó Gradenigo con imperio.

El del negro vestido le obedeció.

—Ocúltate aquí, Violetta, prosiguió el Dux señalando una puertecita en el fondo de la estancia; si ves alguna cosa figúrate que eres ciega; si oyes palabras que no debían decirse delante de ti, procura persuadirte que eres sorda. Hazlo así, porque de otro modo la venganza del Estado caería sobre tu cabeza. Entra.

La joven obedeció sin contestar. El Dux ocupó su sillón y no estaba aun recobrado de su conmoción cuando abrióse la puerta y entró por ella la señora Blanca Blandini, un poco pálida, pero tan arrogante tan altiva como siempre que parecía delante del jefe del Estado. El puñal ensangrentado no estaba ya encima de la mesa del Dux.



XIII.

El aspecto de Blanca Blandini, cuando se echó á la espalda con magestuoso ademán, su *ceñale* ó gran velo de encaje negro bordado de oro, era á la verdad imponente, y la altanera espresion que se pintó en su rostro tan hermoso, las miradas de soberbia, de excesivo orgullo que lanzaron sus grandes ojos, hubieran hecho sensacion en el hombre à quien fueron dirigidas, si este hombre no hubiera sido aquel astuto anciano que ocupaba el puesto mas elevado de la aristocrática república veneciana. Pero Gradenigo sostuvo la espresion del bell rostro y las miradas de los grandes ojos de Blanca con la misma indiferencia que si se le hubiera dirigido una dulce sonrisa ó una mirada de amor.

Levantóse á la aparicion de la veneciana y acercándose á ella la ofreció con galante-

ría su mano, para conducirla á un sillón que estaba cercano á la mesa. Blanca Blandini la aceptó como quien concede una gracia, y se sentó con toda magestad que se hubiera sentado una reina. Gradenigo la contempló un momento, y luego la dijo con voz sumamente dulce:

—Hija mia, os he mandado llamar para que hagais desaparecer algunas dudas que han hecho nacer en mi espíritu respecto á un acontecimiento que ha tenido lugar esta mañana, ó mejor dicho, durante la última noche, y en que algunos insolentes se han atrevido á mezclar vuestro nombre, hija mia, el nombre ilustre de Blanca Blandini.

El Dux, al decir estas palabras, miraba atentamente á la dama, pero aquel rostro tan herinoso no hizo el mas ligero movimiento de sorpresa.

—¿Mi nombre mezclado en un acontecimiento nocturno? Deseaeria saber quien se habia atrevido á tanto, porque aunque soy muger, sabria castigar á quien tuviera semejante osadía.

—Yo hé impuesto silencio á quien tal ha dicho delante de mi, hija mia, pero deseaba veros para convencerme de todo punto.

—¿Luego habeis dudado, señor? Creia que no hariais esta ofensa á la esposa de vuestro sobrino.

—Perdóname, hija mia: me lo pintaron de un modo que á pesar de mi cariño por vos, confieso que llegué á titubear.

—Pero señor, dijo Blanca con cierta in-

paciencia, aun no me habeis dicho en qué clase de asunto se ha mezclado mi nombre, y estoy esperándolo, si es que lo que deseo saber puede oírlo una dama de mi clase.

—Hija mia: sin duda os debeis acordar de la última noche-del año, cuando estuvisteis aquí y salimos juntos para convenceros de que el español don Luis de Castro no os amaba, que os estaba engañando mientras su corazón le poseía todo entero la hermana de un miserable pescador de las lagunas, una pobre jóven napolitana que se mantenía borlando ropas de los nobles y los gondoleros. ¿Os acordais de la conversacion que sorprendimos?

—Me acuerdo, dijo la Blandini con una sonrisa desdeñosa. Era necesario oír aquella conversacion para curarme enteramente de mi loco amor por ese español. Gracias al cielo así sucedió, porque al dia siguiente la reflexion hizo su efecto y os escribí que me casaría con vuestro sobrino monseñor Mocenigo.

—Es cierto eso, así sucedió, hija mia, y yo no lo he olvidado. Os acordais de aquella pobre jóven ¿verdad? Pues habeis de saber que esta mañana se ha encontrado su casa abandonada, sin su hermano y la llave en la puerta. En cuanto á la hermosa jóven, estaba muerta y rodeada de sangre en mitad del aposento. La habian asesinado durante la noche.

Y el Dux miraba á Blanca sin pestañear.

—La habian asesinado? Pobrecilla! ¿Tan jóven y tan hermosa! Lo siento, señor, porque

parecía muy buena, y despues que me curé de mi insensato cariño por el español, casi amaba á aquella jóven.

—Lo sentís hija mia? Lo sentís? ¡Qué buena sois! Lo sentís, á pesar de haber sido vuestra rival, á pesar de haberos burlado por ella don Luis de Castro.

—Los Blandini somos generosos! señor. Esa pobre jóven no tuvo intencion de ofenderme, acaso ni me conocia, y yo debí perdonarla, como deLo compadecerla ahora. Aun haré mas, señor: para demostraros la nobleza de mi corazon, os ruego que castigueis sin piedad al miserable asesino de esa pobrecilla.

El Dux no pudo menos de hacer un movimiento imperceptible de sorpresa porque le espantaba tanta serenidad.

—Desearía complaceros, hija mia, pero quizá no pueda, porque tal vez pertenecerá á una ilustre familia el que ha asesinado á la hermana del pescador, y podeis conocer que por una jóven oscura no se debe tratar sin piedad á un vástago ilustre de las primeras familias venecianas.

—¿Luego se sabe ya quién es el matador de esa jóven? dijo Blanca como animada de una generosa indignacion.

—Se sospecha, contestó Gradenigo con su risita sardónica.

—Me alegraría saber que le han castigado como merece, exclamó la doncella.

El Dux no contestó. Pusose en pié y em-

pezó á dar largos paseos por la estancia. De cuando en cuando arrojaba disimuladas miradas sobre Blanca, y otras veces las dirigia sobre el sillón cubierto del gran paño de seda verde y debajo del cual parecia haber alguna cosa de bulto.

=Sols buena y generosa, hija mia, dijo acercándose á la Blandini, y tomándola una mano que estrechó entre las suyas y que notó no temblaba en aquel momento; sols buena y generosa, porque compadeceis despues de muerta á la que fué vuestra rival. Pobre jóven! Era bella, inocente, pura. Era digna del amor que habia inspirado.

=Así es, contestó Blanca como pensativa; era digna del amor que habia inspirado, y su miserable asesino merecia la muerte, aunque fuera el hijo de un noble, aunque fuera un senador.

=Entusiasta como buena veneciana, querida hija mia, murmuró el Dux fingiéndose enternecido! Veo que casi sentiais cierto cariño hácia esa pobre jóven, veo que lo que me han dicho de vos son infames calumnias que jamás perdonaré! Oh, hija mia, buena hija mia! Tanta abnegacion merece una recompensa, y ya que habiais perdonado á esa jóven, ya que os compadeceis de su desgracia, ya que casi llorais su pérdida, os voy á proporcionar un placer tristemente dulce, placer que acaso no esperais. Venid, querida hija mia, venid á ver lo que nadie, mas que vos y yo,

sabe que está en este sitio: venid, aunque su-
frais algo con tal vista.

Y sin soltar su mano, la llevó delante
del sillón cubierto con el paño verde, alum-
brado por las veinte bujías de los candelabros.
Alzó con rapidez el paño, y dijo con firme
acento:

Mirad, hija mía, mirad.

Y sobre aquel sillón de terciopelo carme-
sí estaba el cadáver de Angelina, vestido de
blanco, limpio, perfumado, peinada con sumo
cuidado la negra cabellera, y apareciendo her-
moso aun aquel rostro virginal, á pesar de
la palidez de la muerte, que le cubria. Es-
taba sentada y parecia dormida y desmayada.

Blanca estuvo próxima á lanzar un grito,
arrancado por la súbita aparicion de aquel ob-
jeto acusador, pero su presencia de ánimo no
la abandonó, y aquel grito no salió por sus
labios y tuvo que retroceder á donde se ha-
bia formado. Apesar de esto, su mano, que
estaba entre las del Dux, tembló un momen-
to y se puso repentinamente, por un solo
instante, fria como la de un cadáver. El Dux
lo notó, y la lanzó una mirada de triunfo, co-
mo si hubiera querido decirle: «te has vendido.»

Blanca se repuso de su leve emocion y
esclamó con espresion de lástima y mirando
imperturbable el cadáver de su víctima.

--;Pobrecilla! ¡Qué hermosa está aun des-
pués de haber dejado de existir! ¡Bien infame
debe ser el que cometió este crimen horrible

cuando no se compadeció de su hermosura, de esa belleza tan inocente que inspira compasion!

--Es verdad, es verdad, exclamó el Dux maquinalmente.

Convencido ya de que sus fuertes sospechas se habian convertido en realidades, el anciano volvió á cubrir el cadáver de Angelina y se dirigió otra vez hácia su mesa, siempre atento, siempre el sequioso con Blanca.

--Hija mia, la dijo con amabilidad, os ruego me perdonéis el haberos hecho alandonar el palacio de vuestro tio por satisfacer un capricho raro, por desvanecer una sospecha que ademas de ser injusta era altamente ridicula. Pero qué quereis, Blanca: los ancianos somos á veces demasiado exigentes, y necesitamos que se nos perdonen nuestras rarezas. Estoy convencido de que se nos ha hecho un insulto, mezclando vuestro nombre en la relacion del asesinato de esa jóven, y si alguno llegase á repetirlo en mi presencia, sabria castigar su insolente descaro.

--Y no hariais mas que vuestro deber, señor, dijo con altanería la Blandini.

Luego arreglando su velo negro continuó:

--Puesto que mi venida no ha tenido otro objeto que sacaros de un error què me ofendia, y que os perdono, permitidme que me retire, porque la noche está muy avanzada.

--Teneis razon, hija mia; es hora ya de que descanséis.

Besóla la mano con la misma galantería que la hubiera hecho un jóven, y conduciéndola hasta la puerta dió orden á Paolo que la acompañase hasta su góndola. Cubrióse Blanca enteramente con el velo, y antes de llegar á la estremidad de la primera galeria del palacio, dijo á Paolo:

--Dejadme; necesito, quiero ir sola; dad las gracias por este obsequio á vuestro señor y mi digno tío

El hombre imponente se inclinó, apresurándose á obedecerla, porque sabia que de no ser asi, podria incomodarse, y no queria tener por enemiga á la señora Blanca Blandini.

Cuando el Dux vió salir á la esposa de su sobrino corrió á la puertecita donde se habia ocultado Violetta, y sacándola de la mano la llevó cerca de la mesa y la miró con ojos terribles, apretando con fuerza su brazo.

La jóven estaba mas blanca que un papel y temblaba de terror.

--No has oido nada, no has visto nada, de nada te acuerdas, ¿verdad?

--Verdad, señor.

--No conoces á esa dama, no sospechas nada de ella, no le darás á entender nunca que posees un secreto que puede perderla, ¿verdad?

--Verdad, señor.

--Ni has estado aquí esta noche, ni sabes lo que hay debajo de aquel paño de seda verde, ni tienes relacion ninguna con el Dux Gradenigo, ¿verdad?

--Verdad, señor, contestó angustiada la jóven.

--Vete, pues, Violetta, y ¡hay de ti! si olvidases lo que acabo de decirte. Vete.

La jóven cogió su velo blanco, se cubrió y salió.

El Dux volvió á sus paseos, mas acelerados que anteriormente. Paróse de pronto delante del sillón en que estaba el cadáver de Angelina, alzó el paño de seda y se puso á contemplar atentamente la victima de los celos de Blanca Blandini.

--Ella la asesinó, ella: demasiado lo sabia yo: aun ama al español y por eso aborrece á mi sobrino! ¡Cuidado, señora Blanca Blandini, cuidado conmigo, que tambien yo sé vengarme. Mirad que todavía no he olvidado el odio que separaba hace poco tiempo á nuestras familias, y que si me apurais..... Esta pobre jóven ha sido vuestra veltima; este puñal fué vuestro, y sin duda os le vendió el viejo Isafas de Rialto: teneis, tal vez, otros dos, porque el armero hizo tres iguales ¿en que los empleareis, señora Blanca Blandini? Lo veremos: os perdonamos este asesinato porque sois la esposa de mi sobrino y sois una noble y rica señora, pero si empleais mal vuestros otros puñales, veremos de hacer algo por vos, á pesar de esa soberbia y de esa orgullosas miradas. Vuestra primera victima ha sido la miserable hermana de un pescador de las lagunas: tened cuidado como escogéis las damás, porque qui-

zás encontrareis quien os detenga en el camino, quizá halleis quien recompense vuestras hazañas valerosas.

Calló y se encaminó à la puerta.

--Paolo, dijo á media voz.

El activo servidor apareció al momento.

--Llevaos ese cadáver y enterradle, pero que sea en sagrado, pues aunque acaso habrá muerto sin confesion, yo quiero que se haga asi. Que no se vuelva á hablar mas de este asunto, y vos no hagais mas diligencias: llevadle.

Paolo obedeció, y cogiendo entre sus robustos brazos el adornado cadáver de Angelina, salió de la estancia.

El Dux, á pesar de lo avanzada que estaba la noche, volvió á ocupar su sillón y empezó á revolver papeles, examinándolos todos con escrupulosidad é interés.





XIII.

Cuando Blanca Bianlini salió del palacio ducal, en vez de dirigirse al muelle, se encaminó á la *Piazzeta*, y empezó à observar con afan hácia las columnas que sostenian el terrible leon de la república y la estatua del bendito San Teodoro.

Sin duda distinguió lo que deseaba ver, porque dando una ojeada en torno suyo y otra al palacio del Dux, como recelosa de que la estuvieran observando, se acercó á la columna del leon con paso rápido y cubriéndose el rostro con sumo cuidado llegó á ella, hizo una seña, y un bulto negro que estaba inmóvil allí, se dirigió hácia la noble dama, obedeciendo á su seña.

—Seguidme si sois un *bravo*, murmuró ella en voz baja, si no lo sois, quedaos en vuestro puesto.

—Podeis andar, dijo una voz debajo del

embozo de la capa negra, por el que solo se veían dos ojos que brillaban detras de una careta.

La Blandini volvió à mirar hácia la fachada del palacio ducal, y se dirigió rápidamente á las arcadas que formaban la línea de edificios que estaban en frente del que servia de morada á Gradenigo. Entraron debajo de ellos, la veneciana y el de la capa negra, la noble dama y el asesino mercenario, y perdiéronse ámbos entre las sombras que hacían las grandes y gruesas columnas, obra del célebre Sansovino.

Cuando estuvieron reguardados por la oscuridad, Blanca, procurando desfigurar la voz, preguntó:

—Sois un bravo al servicio del público?

—Lo soy.

—Vendeis caro vuestro puñal?

—Mi puñal no le venlo.

—Es verdad: le alquilais ¿no es esto?

—No le alquilo.

—Acabemos.

—Lo que vendo, lo que alquilo, son sus golpes.

—Ya! dijo la dama como burlándose.

—Ya! contestó el asesino en el mismo tono.

Hubo un momento de silencio.

—Llevais muy caro por un golpe de vuestro puñal?

—Segun y conforme: ¿cuantos quereis comprar-me?

=Dos.

=En donde?

—En el corazón, pero con mano firme, rápida, segura.

Ya! volvió á decir el bandido de ciudad consentido por aquel gobierno incomprensible; con que ¿una muerte?

=Sí, una muerte: deseo que sea obra de un segundo.

—Lo será. Quién es la persona? Qué nombre lleva?

=Su nombre? dijo ella como titubeando.

=Sí, señora, su nombre. Es rico ó pobre, muger ú hombre, noble ó pebleyo, judío ó cristiano, armenio, francés ó italiano. Mi puñal es igual para todos: mis golpes hacen desaparecer todas las diferencias. Qué es?

—Es veneciano.

Ya! volvió á decir el asesino. ¿Noble?

=Noble....

Ya! repitió otra vez. Veneciano, noble y dos puñaladas en el corazón, con mano rápida y certera. Este trabajo vale alguna cosa.

—Es cierto, contestó la dama con impaciencia, este trabajo merece ser recompensado dignamente. Te daré por esta muerte cien cequies de oro.

=Cien cequies de oro! murmuró el bravo con voz sorda. ¡Cien cequies de oro! Voto al demonio mi protector, que estoy rabian-do por saber el nombre de quien tanto vale.

—Le matarás? dijo Blanca con lúgubre acento.

—Le mataré, sea quien quiera; le mataré aunque sea el mismo Dux.

—Silencio: murmuró la Blandini, ¿no sientes ruido?

El bravo se volvió con rapidez hácia el palacio.

—Si, por el diablo mi patrono.....Pero no es nada, continuó despues de ver que aquel ruido tan ligero era causado por la salida del palacio de una muger, que cubierta con un velo blanco atravesaba rápidamente la plaza con direccion al muelle donde estaban dos góndolas, una sencilla y otra lujosa en estremo: es una muchacha que sale del *Palazzo Ducale* y vá á embarcarse para volver sin duda á su casa. Será la querida de algun sirviente de palacio, ó alguna jóven que el Dux ó el consejo de los tres habrán colocado entre la servidumbre de algun noble para que les repita luego hasta las palabras que dirijia a su esposa. Sin duda es esto, y sale ahora de hacer la delacion de los sucesos que han tenido lugar en el dia que ha pasado. No es nada, no es nada, señora: estábamos.....

—En que os daré cien cequies de oro por dos golpes seguros y rápidos, sobre el corazon del hombre que lleva el nombre que yo os diga.

—Venga ese nombre, venga, dijo el asesino con voz terrible. ¡Cien cequies! ¿Quereis

acabar de decirme ese nombre, señora?

Acercóse Blanca Blandini al bravo y le dijo:

—Se llama monseñor Angelo Mocenigo.

—Sangre del diablo! ¿Monseñor Mocenigo? ¿El sobrino del Dux? ¿El esposo de la noble señora Blanca Blandini?

—Mas bajo, mas lajo, dijo esta buscando detras de su velo alguna cosa. Ese mismo es ¿le matarás?

Pareció reflexionar un momento aquel hombre terrible, y dijo por fin resueltamente:

—Sin duda que le mataría, pero ahora que sé quién es la persona á quien tanto apreciáis, señora, páreceme que cien cequies es poco dinero.

—Miserable! ¿Cuando por uno solo serias capaz de matar á dos hombres!

—Pero dos hombres de la plebe, que no valen tanto como una uña del pie de monseñor Mocenigo.

—Está bien: ¿cuanto quieres por lo que ecsijo de ti?

—Me dareis doscientos cequies de oro ¿convenido.

—Convenido, contestó la dama; ciento ahora, y ciento al dia siguiente de haber cumplido con tu obligacion.

—Me conformo, pero donde los recogeré?

—Dónde? Dónde? dijo titubeando; en la tienda del viejo judío Isafas de Rialto.

—Os burlais, señora, ó queréis engañarme?

—Por qué decís eso?

—Porque Isafás de Rialto ha sido asesinado hace cuatro noches, en su misma tienda.

—Asesinado! asesinado....!

Otro momento de silencio.

—Pues bien: si matais á monseñor Mocenigo, yo misma á la noche siguiente, á esta hora, os traerè aquè ese dinero.

—Y quièn me responde de que así lo hareis?

—Mi palabra que te doy, y que vale algo mas que cien cequies.

—Sois veneciana ¿verdad?

—Lo soy.

—Sois noble?

Pequeña pausa.

—Lo soy, tanto como el mismo Dux.

—Está bien: fio en vos: venga la mitad de lo que he de ganar, y mañana mato á Mocenigo.

—Dónde le matarás?

—Todas las noches viene al café Florian y es el último que sale, cuando no hay nadie en la plaza, cuando todo está oscuro y silencioso, le mataré desde el café á la góndola.

—Lo prometes?

—Lo prometo.

—Si lo cumples, te daré mas de lo que has pedido, pero que no se sepa jamás quien le ha muerto.

—Por mí no se sabrá, por la cuenta que me tiene. ¡El sobrino del Dux! Esto sí que no se me perdonaría y lo pagaría con mi cabeza; os prometo que guardaré silencio, y aunque no os conozco, creo que vos hareis lo mismo, porque

tambien estais muy interesada en ello.

Blanca no constestó: hubo un momento de silencio, durante el cual solo se oia el ruido de las armas de los guardias del Dux, ó sean del palacio ducal. Blanca fingió la voz cuanto pudo, y dijo al bravo con firmeza:

—¿Hace mucho tiempo que ejerces la profesion?

—Diez años.

—Siempre con el mismo puñal?

—Siempre: es el primero que compré y nunca me ha sido infiel.

—¿Los golpes que has descargado sobre tus victimas han sido siempre mortales?

—Si he de decir verdad, algunas veces se han curado de ellos. ¿Por qué me haceis estas preguntas?

—Porque yo tengo una arma cuyos golpes son horribles; que si penetra una vez en el cuerpo de un hombre le desgarrá y le dá muerte. Es un magnífico puñal dentellado, trabajado con primor y admirable. ¿Le quisieras para asesinar á Mocenigo?

—Veámosle, si es que le teneis ahí, dijo el asesino con calma.

Blanca separó un poco su velo negro, y su mano mostró desnudo un puñal de los tres que la habia vendido Isafas de Rialto. Diósele al bravo, y este formuló una espresion de sorpresa y admiracion al observar el trabajo infernalmente calculado de aquella arma fatal.

—Oh; Sangre del diablo! Esto es una alhaja,

una alhaja inestimable, señora. Os aseguro que si descargo dos golpes con esta joya sobre el cuerpo de monseñor Mocenigo, sea en la parte que quiera, no se libra de la muerte. Si este digne llega á tocar su corazón, no podrá articular ni una sola palabra, y morirá como un perro, sin gritos, sin poder decir que un bravo le ha sesinado.

—¿Luego empleareis este puñal en ese trabajo?

—Si, señora, sí, le emplearé, con la condicion que me le habeis de dar luego, además del oro prometido, porque os lo agradeceré infinito.

—No, ese no, será otro igual que os entregaré con la seguuda cantidad; ese quiero que le degeis sobre el corazón de Mocenigo, porque si no diereis bien los golpes, sabed que la punta está bañada de un veneno tan activo, que él solo bastaria para darle muerte.

—Diablo! exclamó el bravo sorprendido; mucho debeis aborrecer à ese hombre cuando tanto pagais por su vida y tales precauciones tomáis para que no se malogre el golpe.

—Eso no es cuenta vuestra, dijo con voz sorda.

Sacó una bolsita de cuero negro, y dándosele al asesino le dijo:

—Tomad: hay en ella cien cequies: si cumplís vuestra palabra os daré doscientos más, porque soy rica y generosa y me importa que ese hombre muera. Si no cumplís lo prome-

tido ó revelais este secreto, yo os sabré buscar aunque os oculteis debajo de la tierra y cubrieran vuestro rostro cien caretas, porque os repito que soy noble como el Dux y no me falta poder para llevar á cabo una venganza. Además de hacer esto no sacariais ninguna ventaja, porque no sabeis quien os habla en este instante, y si lo supierais y me delataseis, os perderiais lo mismo, porque una palabra mia tendría mas valor que cien vuestras. Volved à vuestro puesto y cumplid lo que hemos pactado, que no os pesará.

—Hasta pasado mañana por la noche, señora; en este mismo sitio ó al pie de la estatua del bendito San Teodoro, á la misma hora que habeis venido hoy espero para recibir de vuestra mano el resto del oro y el puñal, porque para entonces Mocenigo estará muerto y viuda la orgullosa y bella señora Blanca Blandini, de quien sin duda sois enemiga.

Estremeciòse la veneciana al oír por segunda vez su nombre pronunciado, profanado por la boca del asesino, pero haciendo à este un gesto de despedida se encaminó á los muelles, desapareciendo en la recámara de una góndola magnífica, mientras el bravo volvía á ocupar su puesto al pié de la columna de San Teodoro, alegre con el pacto que acababa de celebrar.

La góndola llegó al palacio Foscari, y Blanca subió á sus habitaciones. En el dor-

mitorio halló à Violetta que la estaba esperando, y parecióle pálida y convulsa, como si algun acontecimiento extraordinario hubiera pasado por ella.

—Cómo está don Luis? preguntó quitándose el rico velo ó *cendale* que usaban las nobles damas venecianas.

—Aun delira espantosamente: los médicos no responden de su vida y creen que al menos perderá la razon.

Blanca palideció por un minuto: luego dijo:

—Bien: y monseñor Mocenigo?

—Hace un momento que entró: parece que venia de mal humor y se acostó al instante, segun me ha dicho su criado.

—Y mi tio? y mi tia?

—Acostados tambien.

—Bueno: desnúdame que estoy fatigada y quiero descansar.

Obedeció Violetta, y cuando colocó sobre los blancos hombros de Blanca una ligera túnica de lino, mandóle su señora que la dejase sola.

Sentóse sobre tres almohadones de terciopelo que estaban delante de un espejo, y apoyando en la palma de la mano su rostro tan hermoso, murmuró como distraida estas palabras:

—Ha sido asesinado Isaias, hace tres ó cuatro dias, en su misma tienda.....Mocenigo le debia diez mil cequies que pensaba pagar

con mis bienes.....La conversacion que tuvimos la noche del dia en que nos casamos... su rabia al hallarse con que yo sabia tales infamias, la imposibilidad en que se hallaba de pagar aquella enorme cantidad.....*si*, si, Isaias de Rialto ha sido asesinado por Angelo Mocenigo.

Rióse con infernal alegría.

--¡Miserable, miserable, miserable! Me ha servido á las mil maravillas sin saberlo, porque matando á aquel perro judío ha hecho desaparecer del mundo al único hombre que podia perderme, revelando algun dia á quien habia vendido estos admirables puñales. Ya no tengo cuidado ninguno: el armero que los hizo ni le conozco ni me conoce: solo Isaias y yo sabiamos que trabajó para mí ó mejor dicho para mis enemigos, añadió sonriendo con sarcasmo. Al fin, Angelo Mocenigo, me habeis ahorrado ese trabajo y un crimen mas, porque si vos no le hubierais asesinado yo tendria que haberle muerto para vivir tranquila....

Detúvose de pronto pensativa.

--Pero, ¿què se habrán hecho mis halhajas? ¿Dónde estarán las joyas de mi familia, heredadas de mi madre y que yo debia dejar un dia á mis hijos, si los hubiera tenido? ¡Hijos, hijos....! Preciso será buscar mañana aquella cajita, no solo por su riqueza, si no porque puede infundir sospechas que no me serian muy agradables.
Levantóse de los almoadones y se dirigió al le-

cho. Corrió las cortinas de gasa, ¡guarnecidas de encaje, y murmuró como si estuviera muy fatigada.

—Tengo sueño ¡Ah! ¡Qué torpe he sido, qué torpe y qué imprudente! Por llevar á cabo mi venganza, por desesperar á don Luis de Castro, me casé con ese odiado Mocenigo, porque don Luis me amaba, si, me amaba y debía sufrir horriblemente al verme pasar á los brazos de otro hombre. ¡Insensata!, insensata! Si entonces hubiera reflexionado en lo que iba á hacer, me hubiera detenido al borde del precipicio y tal vez habria conseguido mi objeto sin necesidad de derramarse tanta sangre, porque con matar solamente á aquella miserable.... Ah, ah, ah! El astuto Gradenigo ha sido burlado completamente; no sospecha nada. Bien, bien: Angelina ha muerto, don Luis se consolará; si Mocenigo desaparece, Blanca Blandini puede llegar á ser la esposa de ese español. ¡Oh, qué imprudente he sido en casarme con ese disipado y cobarde Angelo! ¡Por que cedería yo á aquel pensamiento melévolol! ¡Por qué empeñaría mi palabra con el Dux!... ¡Insensata!

Descubrió el lecho y exclamó:

Ya toda esto no tiene mas remedio que el que he empezado á usar: adelante, pues: sin titubear: firme osadamente, como han hecho siempre los Blandini cuando han querido conseguir alguna cosa. Ahora veamos de descansar de tanta fatiga.

Y se metió en el suave y perfumado lecho.



XV.

Eran las doce de la noche siguiente á aquella en que Blanca habia ajustado à tan alto precio la muerte del hombre á quien se habia unido en un momento de exaltacion. En uno de los aposentos que ocupaba don Luis de Castro en el palacio Foscari, estaban reunidos el senador, tio de la Blandini, la señora Lucrecia su esposa, uno de los médicos mas famosos de Venecia y por fin la misma Blanca, un poco pálida, inquieta, arrojando de vez en cuando miradas vagas, ya hácia la habitacion de la derecha, ya hácia el otro lado, que era el dormitorio de don Luis.

Inclinóse el médico ante las dos damas, saludó al anciano y se disponia á salir.

- Esperad, señor Francisco Brigandi, le dijo Blanca sonriendo, esperad y decidme antes de abandonarnos si es cierto que el enfermo no corre peligro.

—Así es, señora Blanca: antes habia creído que moriría ó que tal vez perdería la razón, pero ahora puedo asegurar que no sucederá ni lo uno ni lo otro, porque este delirio se le pasará transcurridos que sean algunos dias.

—Gracias, gracias por la noticia, amigo mio, exclamó el noble Foscari enternecido; no podeis calcular cuanto amo á este español tan noble, tan digno.

—Se salvará! murmuró Blanca con alegría.

—Se salvará, dijo tambien la señora Lucrecia.

El hombre de la ciencia se inclinó otra vez y salió.

—Hija mia, dijo el senador á Blanca, es tarde y nos retiramos á descansar. ¿Vais á imitarnos pronto?

—Antes voy á ver cómo queda don Luis.

—Pues hasta mañana, hija mia.

—Hasta mañana, Blanca, dijo la señora Lucrecia.

Un criado apareció llevarlo en la mano un candelabro de plata con seis bujías, y alumbrando á sus señores volvió á salir de la habitación seguido de estos.

—Violetta, gritó á media voz la Blandini.

La jóven apareció.

—No hay novedad?

—No señora.

—Ha venido monseñor Mocenigo?

—Aun no ha venido, señora.

— Cuando venga avisame: vete y prepara mi lecho, porque si tarda mucho mi esposo, no me detendré á esperarle.

Salió Violetta, y su señora murmuró en voz baja.

— No vendrá, no, si es que el bravo me cumple su palabra: esta noche debe morir, porque los puñales de Isafas de Rialto són magníficos y seguros, y además está la punta bañada de veneno. ¡Oh! ¿quién sabe si para estas horas serè ya libre! Entonces.....entonces..... salvado don Luis, tal vez alcance el porvenir que tanto me ha costado, la felicidad comprada con tanta sangre. Ahora vamos á ver otra vez á ese hombre que me ha fascinado tan completamente, á ese hombre á quien tanto amo á mi pesar.

Dirigiòse al dormitorio de don Luis, y se acercó á su lecho, tan conmovida como nunca habia estado.

En una mesita de mármol que se hallaba á la cabecera del lecho estaba una lámpara de alabastro, que arrojaba su claridad dudosa sobre cuantos objetos habia en aquella estancia. Don Luis de Castro, el arrogante mancebo español, habia sufrido tanto en las últimas cuarenta y ocho horas, que no era ni sombra de sí mismo. Pálido como un cadáver, las facciones contraídas, los ojos hundidos y rodearlos de una sombra amoratada, casi desaparecia la cabeza entre cuatro mullidos almohadones, y al caer sobre ella la luz de la

lámpara parecía pertenecer ya á un muerto. Pero don Luis tenia abiertos sus grandes ojos negros, y su mirada se hallaba fija en un punto, como si estuviera en la estática contemplacion de un objeto idolatrado. No hacia movimiento ninguno, no pestañeaba siquiera, y solo se conocia que habia vida en aquel cuerpo por su agitada respiracion....

Blanca, la altiva, la arrogante Blanca, se acercó con timidez á aquel lecho del dolor, y miró atentamente al hombre que tanto amaba y á quien tanto mal habia hecho... ¡Oh! mucho debia sufrir el desventurado, mucho debia sufrir, porque de sus grandes ojos abiertos, fijos, inmóviles, corrian tranquilamente gruesas lágrimas, agua que arrancaba del corazon la desesperacion, la angustia que le destrozaba. Al verlo Blanca, sintió un dolor profundo, se estremeció al considerar los dolores con que habia atormentado aquella existencia que le era tan querida, y por primera vez tuvo una especie de arrepentimiento de lo que habia hecho. Miróle de nuevo, le devoró, por decirlo así, con sus ojos verde-oscuros, y convencida por su inmovilidad que era presa de una idea fija, que estaba embebido en la santa contemplacion de algun ser adorado, tuvo valor de inclinarse sobre él y estampar en aquella frente, pálida y casi fria un beso de fuego, un beso apasionado, todo ternura, todo amor.

Don Luis ni se movió ni dejó de mirar

fijamente á su invensible objeto, ni cesaban de correr sus lágrimas. Entonces la soberbia veneciana se arrodilló delante de aquel lecho, y tomando una mano del que amaba, lloró sobre ella, sollozó besándola, sin que don Luis saliera de su inmovilidad.

Así se pasaron algunos minutos, hasta que el enfermo se estremeció repentinamente, y sentándose en el lecho, sacó su mano de entre las de Blanca sin siquiera notar la precencia de esta, y dando un grito de angustia murmuró sordamente.

—¡Hermanas, hermanas!

Y se cubrió el rostro con las manos zolozando.

—¡Don Luis! ¡Amigo mio! dijo Blanca con voz tímida.

El enfermo la miró espantado y gritó:

¿Quién está aquí? ¿Quién eres, quién eres. quién? ¿Sabes dónde está Giacomo? ¿Sabes quièn..... quièn mató..... à Angelina? Dí-melo, dí-melo, porque quiero saberlo pronto, ahora mismo.. .¡Ah, ah! ¡Desgraciada!..

Blanca se estremeció, separándose á cierta distancia.

Don Luis la perseguía con la vista, como si quisiera reconocerla. De pronto saltó del lecho y corrió á ella, sugetándola por un brazo: Blanca se ruborizó al verle en tan ligero trage.

—¿Quién eres? dijo él con voz cariñosa ¿què quieres á mi lado? ¿No estabas llorando

ahora sobre mi mano? Dime, pues, si lloras por ella ó por mí. ¡Pobre Angelina! ¡Verdad que es terrible morir tan jóven-, tan bella y tan querida y morir asesinada por su hermana, por aquel Giacommo que parecia quererla tanto? ¡Verdad que esto es horroroso? Y dime ¿no sabes tú dónde se ha escondido ese infame Giacommo? ¿No lo sabes? Tendria un placer en vengarme, tendria un placer en vengarme, porque te confieso que me ha hecho mucho mal, mucho.

Al decir esto con voz dèbil, soltó el brazo de Blanca y sollozó como si fuera un niño. Luego enjugándose sus lágrimas, la miró fijamente y la dijo:

—Tú no sabes que eran hermanas las dos ¿verdad? Pues sí, amigo mio, eran hermanas, porque el padre de Blanca estuvo en Nápoles y conoció á la madre de Angelina, y la engañó, y la perdió ¡Pol're muger!

—¡Justo Dios! gritó la Blandini cayendo de rodillas y cubriéndose el rostro horrorizada ¿es verdad lo que decis, don Luis? gritó con voz terrible y levantándose de un salto.

El español empezó á pasear distraido y dijo:

—Infernal, perverso Giacomo! ¡Que malvado, qué malvado! Y aquella misma noche que la asesinó tan sin piedad, la hacia tantas caricias, y me entregó la cartera de su madre, con dos retratos, dos, uno de monseñor Blandini, otro de la napolitana con quien fuè

tan vil, tan mal caballero.... ¡Ah, ah! ¿No has visto esa cartera? ¿No has leído aquellas cartas de monseñor Jacobo y de la madre de Angelina? Ven, ven, yo te las enseñaré.

Blanca no respiraba siquiera. Don Luis la arrastró hasta el lecho, y cogiendo con violencia los almohadones, los arrojó en medio del aposento, buscando debajo del último un objeto que supiera estaba allí, pero allí no había nada.

— ¡La cartera, la cartera! ¿Dónde está? ¿Que has hecho de ella? Quién me la ha robado? Quiero mi cartera, quiero mi cartera, y ¡ay del que se haya atrevido á tocarla! ¿La tienes tú? Dámela, dámela pronto!

— No sé que decís, amigo mio, no se de qué habláis; sosegaos, dijo Blanca con terror queriendo adivinar qué era lo que pasaba en la imaginación de don Luis.

— Me han robado, me han robado y yo quiero mi cartera... ¡Ah! ah! ¿Sabes tú si ha venido aquí Giacomo, si se ha acercado á mí y me ha quitado la cartera? ¿No conoces tú á Giacomo, el napolitano, que es pescador de las lagunas y tiene una hermana que se llama Angelina? No sabes tú que son hermanos de Blanca Blandini? Yo voy á decírselo porque ella es muy buena aunque se ha casado con ese hombre olioso; voy á descubrírselo todo, y sé que los amaré, porque yo también los amo.

Guardó silencio un momento: luego precipitándose sobre la veneciana, la apretó el brazo con furia y gritó:

—Pero, infame, ¿que has hecho de mi cartera? Devuélvemela, devuélvemela ó te ahogo.

—Piedad, piedad, murmuró Blanca cayendo á sus pies, al sentir sobre su garganta las manos ardientes y crispadas de D. Luis.

—La cartera, dame la cartera, porque mañana me caso con Angelina, y quiero devolver á Giacomo esas cartas y esos retratos.

—¡Ah, ah! perdon! Yo no sè nada de lo que me preguntais.

—Te voy ahogar, dijo sonriendo espantosamente.

Y empezó á apretar aquel cuello mas blanco que el de un cisne.

—Misericordia! murmuró Blanca.

En aquel momento asomó la cabeza de Violetta por la puerta del dormitorio de don Luis. Lanzó este un grito de júbilo y soltando á la Blandini, cayó de rodillas estendiendo los brazos en actitud suplicante y exclamando:

¡Angelina, Angelina!

Violetta entró en la estancia.

—Ah! No era ella! gritó con voz de trueno don Luis, corriendo hácia su lecho, en donde se tiró violentamente mordiendo y rasgando la ropa.

Blanca miró á su criada favorita con una severidad no acostumbrada, y la dijo con imperio:

—¿Qué quieres aquí?

¡Ah, señora, señora! ¡Qué desgracia, qué horrible desgracia!

—Y bien, ¿qué hay? acaba.

—Han traído la noticia que monseñor Mocenigo ha sido asesinado hace media hora, en la Plaza de San Marcos, al salir del café Florian, antes de llegar á la góndola. Como la noche está oscura no se ha podido coger al asesino, pero se cree que no se escapará el infame.

—Silencio, habladora! dijo Blanca con serenidad: lo que dices no puede ser cierto.

—No puede ser cierto, señora? Pues salid á informaros que hai está el hombre que ha traído la noticia y pregunta por vos.

—¿Por mí? ¿Un hombre? ¿Quién es? murmuró con alguna agitación.

—No le conozco, señora, pero dice que desca hablaros.

—Veremos quién es, exclamó la veneciana imperturbable: en cuanto á lo que me has dicho, Violetta, no pueda ser verdad.

—Dirijióse á la puerta de la estancia, pero antes de salir, oyó la voz de don Luis que gritó debajo de las sábanas.

—Otro asesinato! Mas sangre...Ja! ja! ja! ja!

Blanca se estremeció, le arrojó una mirada indefinible en que se veía pintado su amor, su angustia al verle en tal estado, y salió. Apenas se halló en la estancia donde un momento antes estaba en compañía de sus tios, se encontró de todo punto á oscuras, sin una luz siquiera, teniendo que andar á tientas por no tropezar.

Acercó á los vapores que cubrían las paredes el día otra vez sois lav que se tuvo de des-cuidados.

Siguió andando, y se halló en la segunda habitacion, donde creyó encontrar al hombre que le habia dicho Violetta, y que por un momento llegó á creer si seria el bravo con quien habia ajustado el asesinato de su esposo. Tambien aquella estancia estaba á oscuras, y al penetrar en ella, sintió la veneciana palpar acelerado su corazon como si la anunciase algun peligro.

—¿Qué es esto? dijo maquinalmente en voz alta.

En el mismo instante se sintió abrazada por dos brazos gigantescos, de hercúleas fuerzas, mientras otras manos le cubrían la boca con un pañuelo, que apretaron fuertemente para que no pudiera articular ni un débil grito. Amararonla las manos y los pies con sólidas ligaduras, y y sobre su cabeza, cubriéndola todo el cuerpo, descendió un gran paño ó capa que la envolvió como un sudario. Luego la levantaron en el aire, y todo quedó en silencio, sin sentirse ni aun las pisadas de los que se habian atrevido á hacer aquello con la rica y altiva señora Blanca Blandini.

Todos dormian en el palacio Foscari á tan avanzada hora de la noche, todos escepto Blanca, don Luis y Violetta, pero estos dos últimos no habian oido nada, y permanecian en aquel aposento en que los dejara la Blandini.

—Y bien, ¿qué hay en el palacio sobre la escalera de mármol del gran salón, y aparecieron sobre ella dos hombres enmascarados, que sostenían un bulto negro, pesado al parecer, según la fuerza que hacían. Saltaron en una gran góndola oscura que parecía aguardarlos, y sin abandonar su carga se ocultaron entre las persianas y tristes cortinas de la recámara.

La góndola partió como una flecha, cortando las aguas con extraordinaria rapidez, de modo que en pocos minutos llegó al muelle de la *Piazzeta*. Entonces salieron de la recámara los dos enmascarados siempre con su bulto cubierto y misterioso, y se dirigieron al palacio ducal, atravesado con aquella carga las interminables galerías y corredores que había antes de llegar á las habitaciones del Dux. Cuando estuvieron en ellas uno de los enmascarados despidió al otro, y cogiendo él solo entre sus brazos de hércules el pesado bulto, se dirigió á particular del anciano Gradenigo, á cuya puerta estaba un guardia y un pagecillo, quienes al pesar el enmascarado con el bulto cubierto se inclinaron con respeto, y dijo el pagecillo:

—S. A. está en el otro salón.

—Id á llamarle de mi parte, dijo una voz imperiosa debajo de la careta negra.

El pagecillo se inclinó y salió, mientras aquel hombre penetraba en la habitación del Dux.

Acercó á los tapices que cubrían las paredes el bulto que llevaba y que se tuvo derecho con la ayuda de dos sillones que colocó á los lados. Luego, dejándole cubierto con el mismo paño negro, se quitó la careta, respiró con fuerza y se limpió el copioso sudor que corría por su rostro. Acababa de hacer esto, cuando entró en la estancia el Dux Gradengo, con reposado continente, aunque sus labios estaban muy pálidos y ligeramente contraidos.

—Ahí está, señor, dijo el hombre que trajo el bulto negro.

—Bien: ahora salid, Paolo.

El dependiente del Dux obedeció aquella orden imperiosa.





XVI.

Cuando Gradenigo vió salir á Paolo acercóse precipitadamente al bulto que aquel traje y con rápido movimiento arrancóle el paño negro que lo cubria enteramente y que habia ocultado á los gondoleros y á los guardias del palacio ducal lo que habia debajo de él. Al arrojar sobre uno de los sillones aquel velo fúnebre, el Dux de Venecia rióse con risa convulsiva y lanzó una mirada de venganza y odio á lo que habia debajo de aquel paño y que era nada menos que la poderosa Sra. Blanca Blandini, con los pies fuertemente atados con gruesos cordones de seda negra, las manos unidas por delante con una cadenita de metal que subia hasta por los brazos, abierta la boca y metido en ella, para que no pudiera ni respirar, un pañuelo hecho una bola, cuyos extremos estaban amarrados detras de sus rubios y desordenados cabellos. Estaba desencajada, horrible: sus facciones contraídas por la ralia y

la desesperacion. sus grandes ojos verde oscuros brillaban infernalmente, arrojando miradas de violenta cólera, y sobre su frente se veian algunos de sus cabellos, derechos como si fueran de alambre, porque lo que pasaba debajo de ellos los hacia erizarse como puntiagudas espinas. Era el cuerpo de Blanca Blandini, pero aquel rostro tan magníficamente bello se habia transformado en una horrible figura, merced al violento furor que la devoraba, á la situacion desesperada en que se veia, porque sin duda habia comprendido que con ella no se tendria piedad.

El Dux la volvió á mirar, fingiendo una calma que seguramente no tenia, y acercándose á ella la pasó dos veces la mano por el rostro y dijo aparentando condolerse de su estado:

—¡Pobre hija mia! Pobre señora Blanca Blandini! ¿Quién se ha atrevido á insultar á tan poderosa dama? ¿Quién ha tenido la osadia de unir con tan gruesos cordones esos pies pequeños y delicados? ¿Quién ha tenido valor para lastimar esas manos pulidas, blancas y sonrosadas, esos brazos hechos á torno? ¡Sugetarlos con una cadenita de metal! ¡Qué infamia y que desacato hecho vuestra nobleza, hija mia!

Y el Dux la miró tiernamente: los ojos de Blanca querian salirse de sus órbitas y arrojaban sobre el anciano, que de tal modo se estaba burlando de ella, miradas de cólera,

pero impotentes, porque hacian aparecer una sonrisa de triunfo sobre los labios de Gradenigo.

—¡Pobre hija mia! volvió à decir este, ¿porquè os enamorásteis tan locamente de ese español? ¿No conociais que vuestro amor habia de tener mal fin? Pero sois una Blandini y debiais portaros como tal. ¡Mirad que desgracia que ese don Luis no os amara como le amabais! Yo os irè contando lo que habeis hecho para vengaros de èl y conseguir vuestros deseos yo os lo recordaré pobre hija mia, por si acaso lo habeis olvidado.

El Dux calló un momento: la volvió á pasar cariñosamente la mano por el rostro, ultrage el mas sangriento que un hombre podia hacer á una noble veneciana y besando luego sus manos atadas con la cadena, continuó con voz pausada, y como recordando los sucesos que iba á relatar:

—Amábais locamente á ese español y él os despreció sin duda, porque de otro modo no sé como esplicar vuestra repentina resolucion de casaros con monseñor Mocenigo, cuando la noche anterior me habiais dicho que jamas seriais su esposa! ¿Os acordais de aquella noche, hija mia?

Detúvose el terrible anciano, como esperando le contestasen, pero señalando indiferentemente al pañuelo que habian metido en la boca de Blanca, asclamó con gesto compasivo:

—¡Perdonadme, perdonadme! Habia olvi-

dato que no podeis hablar. ¡Qué distraccion la mia!

Blanca hizo un esfuerzo para levantar sus manos unidas, pero volvieron estas á su lugar, quedando inmóviles. Su nariz se puso abultada, sus labios se contrajeron horriblemente dejando descubiertos todos los dientes, de un blanco mate. El Dux se inclinó levemente, y al mismo tiempo que sonreia, la besó en la frente con apasionada expresion. La veneciana debia sentirse morir á cada nuevo insulto que recibiera de aquel hombre, y sin duda su corazon se partia de rabioso dolor, porque los grandes ojos habian adquirido una elasticidad estraordinaria y se desprendian de ellos lágrimas que tenian color de sangre.

Sin duda os acordais de aquella noche, volvió á decir al anciano, que venisteis á implorar mi proteccion para que no se os obligara á casaros con mi sobrino Mocenigo. ¿Verdad que os acordais, hija mia? Aquella noche, en esta misma estancia, os descubrí que vuestro adorado español amaba á otra muger mas que á vos. No lo quisisteis creer pero fuimos á una casita de las lagunas y os convencisteis de que no se os engañaba, porque oísteis las palabras de amor que don Luis dirigia á Angelina, aquella miserable hermana de un pescador. Al dia siguiente, sin duda impulsada por vuestros celos, me escribísteis, cuando menos lo esperaba, una promesa formal de casaros muy pronto con mi sobrino Angelo,

á quien sabia yo que despreciabais altamente; pero como lo que se queria eran vuestras riquezas, no vuestra persona ni vuestro corazon, poco nos importaba semejante odio, con tal que aquel enlace se verificase.

—Y se verificó. Pero no sé si antes ó despues, si de dia ó de noche, en vuestras habitaciones ó en su tienda, vos, pobre hija mia, encargásteis al judio Isalas de Rialto tres primorosos puñales, que sin duda teniais pensado emplear bien. Lo cierto es que os casásteis y la noche de la boda no tuvisteis á bien dormir en un mismo lecho con vuestro esposo ¿verdad? Ahora podeis conocer si es cierto que no sucede nada en Venecia que yo no llegue á saber.

Blanca dejó caer la cabeza sobre el pecho, y por entre el pañuelo y los labios salió una partícula de aire, como si fuera un suspiro deshecho al encontrarse en su camino con tal obstáculo. El Dux continuó:

—Algunos dias despues de la boda, una noche clara y hermosa, como son casi todas en nuestra Venecia, salisteis vos del palacio Foscari, os dirijisteis en vuestra góndola á la plaza de San Márkos, mandásteis allí á los gondoleros que volvieran al palacio, y disfrazada con el velo blanco de vuestra criada, os mezclásteis, sin duda, entre la multitud, para desorientar tal vez al que pudiera haberos conocido. Lo que se de positivo es que os acercásteis á una góndola oscura

que habia en la *Piazzeta*, y cuyos gondoleros estaban enmascarados, entrásteis en ella sin hablar, porque ya los habiais ajustado para la expedicion que teniais proyectada, y pasados algunos minutos estabais en las lagunas, observando despechada la casita de Angelina, dentro de la cual sabiais que se hallaba vuestro don Luis. Cuando este salió de aquella pobre habitacion, dejásteis que desapareciera, y entonces os acercásteis á la morada de vuestra rival, cuya muerte estaba resuelta. Pero sin duda temiais, que, como era natural, su hermano la defendiera de vuestros golpes, y por eso le engañásteis al infeliz, le hicisteis entrar en vuestra góndola, y poco despues se hallaba vivo, con una mordaza en la boca y unos barrotes de hierro en los piés, entre el fango de las lagunas. ¿Veis como lo sè todo, hija mia?

Blanca no se movió,

—Despues de esto, entrasteis en la casita y dejasteis en el corazon de Angelina uno de los puñales de Isaías. Como sois tan astuta, en vez de mandar á los enmascarados gondoleros que llevasen al palacio Foscari, desembarcásteis en el muelle de la plaza de San Márcos y mandásteis desaparecer la negra góndola, pero antes premiásteis como debiais á los que tambien os habian servido. ¡Oh! Es cierto que los Blandini siempre han sido muy generosos! Ya quedasteis satisfecha por aquella noche, porque en parte habiais cumplido vuestra venganza, pero aun faltaba

algo para conseguir lo que os proponiais , aun no erais libre para uniros al español si es que este no quedaba loco de su dolor al saber la muerte de la que amaba. Porque vos habiais calculado que don Luis volveria á vuestro amor , perdida vuestra rival. ¿Digo bien, hija mia?

La Blandini solo contestó con la misma inmovilidad.

—En fin , ajustásteis la muerte de vuestro esposo , olvidando , sin duda , que era mi sobrino , pero cometisteis la imprudencia de dar al bravo que le habia de asesinar el segundo de los tres puñales de Isafas , bien que vos creeriais que yo estaba inocente , que no sabia nada de todos vuestros pasos , ¿verdad? ¡Pobre hija mia! ¡Lástima es que nuestra policia esté tan bien organizada , que nada en Venecia se nos puede ocultar! Por eso estan descubiertos y presos los gondoleros que os acompañaron la noche en que no titubeasteis en cometer dos asesinatos horribles , por eso está preso el armero que hizo los tres puñales que tanto han jugado en vuestra historia , por eso está preso el bravo que en esta misma noche , hace una hora , asesinó de vuestra orden à monseñor Mocenigo. ¿Verdad que es lástima que esté tan bien montada nuestra policia Veneciana?

La soberbia dama levantó violentamente la cabeza y fijó sus grandes ojos sobre los ojos de Gradenigo , como si quisiera devo-

rarle con solo su mirada. El Dux se sonrió con amabilidad.

—No os altereis, hija mia, que aun no hemos llegado á lo mejor y lo mas bello de la historia ¡Oh! Es un secreto que os voy á revelar y que debeis agradecerme; bien que es tanto lo que yo os amo, que ni siquiera exijo de vos esta recompensa. Os voy á enseñar primero algunos objetos curiosos que han llegado á mi poder,

Diciendo esto, entró un momento el Dux en el pequeño aposento donde la noche anterior habia estado oculta Violetta, y salió de él trayendo en las manos una primorosa cajita de marfil, un puñal y una cartera.

—Mirad, hija mia, mirad esta cajita tan bella, que sin duda recordareis de quien era. Dentro de ella hay brillantes de gran valor, que parecen han pertenecido á alguna familia poderosa de Venecia. Estas preciosidades las han encontrado mis servidores en la tienda del viejo judío de Rialto, y en verdad que no puedo atribuir cómo estarían allí. Esto me confunde.... ¿las abreis dado por esos bonitos puñales? dijo con sonrisa irónica.

—Mirad, añadió: este es uno de ellos: estaba entre vuestras chucherías de tocador, y no tuvisteis la precaucion de guardarlo donde no le pudiera hallar vuestra criada Violetta, que en un momento de descuido me lo mandó para que no me quedara duda de vuestras hazañas. Siento que no le hayáis po-

dido emplear tan bien como los otros, ¡pero como ha de ser! ¡Paciencia, hija mia, paciencia! ¿Estaba destinado para don Luis, para vos ó para mí?

Volvió à sonreir mirando los ojos de Blanca que se habian vuelto verdosos.

—Ya no falta mas que os diga unas palabras sobre esta cartera. ¿La veis, hija mia? dijo habriéndola muy daspacio. Mirad: aquí hay dos retratos; uno es de muger, muy bella y muy jóven: otro es de un caballero: arrogante figura y terrible mirada, tan terrible y tan inútil como la que me arrojais en este momento, hija mia. Parèceme que quiero reconocerle.... sí, sí, es el retrato de mi amigo y vuestro padre monseñor Jacobo Blandini. Estos papeles son cartas suyas y contestaciones de una muger napolitana, que tal vez es la misma que está aquí retratada. ¡Oh, y es muy bella, mucho! En estas cartas habla vuestro padre de dos hijos que tuvo con aquella muger, y cuyos nombres parece que son Giacomo y Angelina. ¿Comprendeis, hija mia? Giacomo y Angelina. ¿Si serán por casualidad los mismos á quienes habeis asesinado, hermosa Blanca? Esto no seria bueno, hija mia, no seria bueno, porque al fin erais hermanos, y los hermanos no se deben matar unos á otros.

Aquella crueldad inmensa, aquel tono horriblemente cariñoso que habia adoptado el Dux, eran una sierra para el corazon de la Blandini. Al convencerse del atroz delito que ha-

bia cometido, al saber positivamente que sus desgraciadas víctimas eran hijos el hombre que la diera el ser, la dama tan arrogante y tan vengativa, se sintió atrocemente atormentada y elevó al cielo sus ojos desencajados, como implorando la misericordia divina, mientras en su imaginacion rogaba á Dios la perdonase, ya que no podia orar con la boca, ya que tanto sufría en aquel momento. Luego cerró los ojos, y dejó caer otra vez la cabeza sobre el pecho.

El implacable Dux parecia no estar aun satisfecho, porque acercándose á ella la levantó suavemente la cabeza y la dijo:

—Abrid los ojos, hija mia, abrid los ojos, y leed esta carta, si es que dudais que fueran aquellos miserables pescadores vuestros hermanos. Hicísteis bien en darles su merecido; hicísteis bien en vengaros de esa Angelina, porque vos no debiais imitar á vuestra madre que se dejó morir de tristeza cuando supo que su noble esposo la era infiel en los brazos de otra napolitana. ¿No quereis abrir los ojos, hija mia? Bien, bien, pero al menos me escuchareis hasta el fin, porque no podeis hacer otra cosa. ¡Oh cuanto dariais en este momento por poder vengaros de este pobre anciano que tanto os ama ¡verdad, hermosa Blanca? ¡Ingrata sois, hija mia, muy ingrata!

Rióse el Dux violentamente, y cambiando de tono, como si cediera á un mandato del corazón, dijo con acento terrible:

—Muger miserable y perversa: todo, todo te lo hubiera perdonado: los asesinatos de tus hermanos, tu amor á ese español, tus insultos al heredero de los Mocenigo y Gradenigo, pero debias reflexionar que tu último crimen seria sangrientamente vengado por mí, á pesar de tu nobleza y de tus cuantiosos bienes. ¿No comprendiste, alguna vez que debajo de mis cabellos blancos bullia un volcan de odio hácia tí, que te aniquilaría el dia de la erupcion? ¿No lo comprendiste infame? Pues ya llegó el terrible momento, ya llegó, y creo que algo has sufrido lo que hace que te estoy blando. ¡Infame, infame, como todos los Blandini, infame y maldita muger que me has privado del que amaba como à hijo á pesar de todos sus defectos, del que un dia habia de heredar mis riquezas, y tal vez mi dignidad. ¡Oh perversa muger! Mira, mira lo que me has dejado de él.

Y con mano trèmula de ira, corrió la cortina del pequeño aposento donde habia estado oculta Violetta, y señaló à Blanca el cadáver de monseñor Mocenigo; tendido en el suelo, y en rededor del cual veíanse grandes manchas de sangre.

Blanca no quiso mirar para allí.

El Dux corrió de nuevo la cortina, y cogiendo el paño negro de sobre el sillón en que le habia tirado, cubrió enteramente con él á la desfigurada veneciana. Luego se acercó á la puerta y llamó à media voz á Paolo.

—Escuchad, le dijo el Dux: llevàosla y que muera de la misma muerte y en el mismo sitio en que concluyó su existencia el pescador Giacomo. ¡Cúmplase la justicia del cielo! Así sabrà lo que hizo sufrir. No la pongais mas mordaza que el pañuelo que la habeis metido en la boca; pero en los pies y en la cabeza colocareis barrotes de hierro como ella hizo, los que la tendrán sujeta entre el fango. Silencio y discrecion, Paolo; nadie mas que vos y yo debe saber en Venecia que Blanca Blandini ha hallado la sepultura que merece debajo del agua de las lagunas, frente á la casita donde cometió dos crímenes espantosos. Mañana se sabrá la desaparicion de ambos esposos, pero ya procuraremos engañar á los que quieran saber demasiado. Marchad.

Paolo se acercó al bulto negro, pero el Dux le detuvo para decirle.

—Aun tengo que daros otra órden, Paolo: cuando concluya el dia en cuya mañana estamos, el español don Luis de Castro habrá salido de Venecia; ¿lo entendeis?

—Señor, tiene calentura y está delirando.

—Mas que estuviera muriéndose quiero que no pase otras veinte y cuatro en la capital de la república.

—Sereis obedecido, señor, contestó Paolo.

—Ahora podeis llevaros eso: yo voy á descansar ò á llorar à mi sobrino, dijo desapareciendo detras de la cortina que cubria la puerta del aposento donde estaba el cadaver de monseñor Mocenigo.

Paolo se puso la careta, y con fuerzas hercúleas levantó en el aire á Blanca y salió del aposento. En la segunda galería encontró al otro enmascarado, y entre los dos sacaron del palacio aquel bulto negro y se dirigieron al muelle de la Piazzeta, donde parecía esperarle la góndola. Entraron los dos solos en la recámara, y cerrando cuidadosamente las persianas y cortinas negras, dió orden Paolo á los remeros se dirigiesen á las lagunas.

La góndola partió: durante el camino Paolo y el otro enmascarados amarraron barrotes de hierro en los dos extremos de bulto negro, que no se movió lo mas mínimo. La góndola se quedó inmóvil al llegar al centro de las lagunas.

Entonces salieron de la recámara los dos servidores del Dux, llevando entre sus brazos aquel bulto tan pesado y tan cuidadosamente cubierto con el paño negro. dejarónle caer suavemente, y el agua se separó un momento para recibirle en su seno, pero al punto quedó tranquila como estaba.

—A la Piazzeta, dijo Paolo a los remeros al mismo tiempo que entraba en la recámara seguido del otro enmascarado.

Algunos minutos después saltaban en el muelle de la Piazzeta y se dirijieron silenciosamente al Palacio Ducal.

EPÍLOGO.

En un aposento bastante grande, perteneciente à un edificio de arquitectura moruna, que ocupaba media calle de la ciudad de Córdoba, en España, está sentada en un sillón de terciopelo una niña como de doce años, sumamente hermosa, y con un admirable perfume de candor en su hechicero semblante. Detrás del sillón, en actitud entre respetuosa y risueña, se vé un pagecito, blanco como la nieve y sonrosado como una flor de Alejandría; tiene larga y bien peinada cabellera rubia, que cae formando grandes rizos sobre su gorguera blanca, y con el sombrero en la mano y los grandes ojos azules fijos sobre la primorosa criatura del sillón, parece esperar sus órdenes.

La niña se volvió á él rápidamente y le dijo con una gravedad impropia de sus años.

—Hernando, ¿te has empeñado en desesperarme? ¿Quiéres que deje de ser bonita de tanto llorar por tu causa?

—¿Por mi causa, doña Elvira? exclamó el pajecillo, ¿pues en qué os he ofendido yo para que me digas eso?

Sí, sí, venme ahora con disculpa ¿no sé yo que has compuesto una canción dedicada á

Rosaura y que la cantaste en su aposento, no una sino tres veces? Esto es lo que no me gusta, porque tû eres mi paje y solamente debes componer canciones para tu señora ¿me entiendes?

—Perdonad, doña Elvira, pero el que os dijo eso no supo decir verdad ni nunca la ha dicho, porque yo no he compuesto tal canción para Rosaura. Lo que quieren con tales cosas es que la señora se enfade conmigo, y ya veo yo que al fin lo conseguirán.

La noble niña se levantó del sillón y le dijo:

—Malandrin, embustero, hipócrita, ¿quieres tú engañar á una Castro? Te parece que yo soy alguna niña para creer todas tus palabras cuando me dices que no has compuesto esa canción para Rosaura? Yo te he de enseñar ó respetarme como debes.

—Doña Elvira..... podeis creer que yo no queria.....

Silencio, Hernando, ó he de llamar al escudero don García para que te azote como á un porquerizo.

—No se atreverá á hacerlo, dijo osadamente el pagecillo.

—Insolente, gritó la niña, alzando su mano de rosa y dándole una solemne bofetada! Veamos que dices ahora.

—Digo, contestó el page bajando los ojos y poniéndose mas encarnado que una amapola, digo que vos podeis hacer conmigo esto y cuanto querais, porque sois mi noble señora, ¡pero ay de otro si se atreviera á tanto!

Y el jóven paje tomó una actitud marcial: La niña arrepiñtóse al momento de lo que acababa de hacer, y tendiéndole la mano le dijo conmovida:

—Perdonadme, Hernando, porque me he dejado llevar de la cólera, y esto es malo, según dice mi señora madre.

El de la rubia cabellera se atrevió á besar la mano que se le ofrecía, y al mismo tiempo murmurò:

—Què buena sois, doña Elvira.

Quedáronse ambos silenciosos al ver abrirse muy despacio una puerta que habia en el fondo y por la que apareció una respetable dueña, vestida de negro, con su pañolon blanco en el cuello y su rosario en la cintura. Miró con severidad á doña Elvira y al paje y exclamó con tono de reprension.

—¿Qué gritos y qué algazara es esta? ¿Así se olvida lo que está pasando en este momento? Paréceme: doña Elvira, que no debeis alborotar con ese pagedillo mientras vuestro tio don Luis se muere en el aposento contiguo. No es esto lo que os está diciendo continuamente vuestra señora madre, ni tampoco os hedado yo ese ejemplo.

—Es verdad, doña Beatriz, dijo la niña ruborizándose: habia olvidado un momento á mi señor tio, pero os ruego me perdoneis.

—No teneis de què perdonar á doña Elvira, mi señora doña Beatriz, porque si aquí se ha gritado yo he tenido la culpa, yo solo.

—Calle el pagedillo impertinente y desver-

gonzado, calle y marchese á la antesala, que allí es su puesto y no aquí, dijo la dueña con destemplado ademán.

Hernando no contestó y salió de la estancia,

—Ahora, doña Elvira, guardad silencio, porque vuestro tío don Luis esta concluyendo, dijo la que los reprendia.

—¡Pobre tío! murmuró la niña sentándose en el sillón y enjugando dos lágrimas que corrían por sus mejillas.

La dueña doña Beatriz volvió à desaparecer por la misma puerta, que daba á una habitacion donde en aquel momento espiraba un hombre noble y jóven, que se habia llamado don Luis de Castro.

Estaba tendido en un lecho lleno de molduras doradas, formando de colchas de damasco de seda, paños de finísimo lino, encajes y cintas de raso, aquel ser pálido, flaco, descarnado, con los ojos hundidos pero brillantes aun. A la cabecera del lecho, inclinando sobre el moribundo, un jóven sacerdote murmuraba palabras santas al mismo tiempo que de sus ojos se desprendian lágrimas de dolor y de ternura, porque él era tambien un Castro, era de menos edad que don Luis, el último de los tres. Un poco separado del lecho, otro Castro, el mayor, contemplaba tristemente á su moribundo hermano, y doña Ines de Luna, su esposa, lloraba tambien al hermano de su querido y valiente don Fernando.

Y don Luis, rodeado de toda su familia, conocia que por momentos se le acercaba la muer-

te, y aunque parecía sentir dejar sobre la tierra á aquellos seres que le rodeaban, algun pensamiento grandioso cruzaba por su imaginacion, porque de minuto rodaba por sus labios una sonrisa incomprendible, sus grandes ojos, relucientes y con el brillo de la muerte, se fijaban en los altos pabellones de la colgadura del lecho, como si implorase á Dios le sacase pronto del mundo.

Al mismo tiempo que entraba la dueña doña Beatriz, el muribundo lanzó un suspiro tristísimo y trabajoso, haciendo un movimiento como si quisiera sentarse en el lecho.

—Don Luis? dijo la esposa de don Fernando queriendo contener al enfermo.

—Hermano mio! esclamó el sacerdote; estaos quieto, porque no os conviene moveros.

El desventurado le miró y sonrió tristemente, como quien no tiene ya esperanza, ni quiere tenerla, porque la vida le es molesta. Luego reclinó la cabeza sobre los almohadones, suspiró débilmente y cerró los ojos.

—Se muere, murmuró la dama.

—Callad, doña Ines, la dijo su esposo, no le aflijais diciendo eso.

—No me oye yá, no puede oirme, don Fernando.

El muribundo abrió con lentitud los párpados, miró fijamente á sus afligidos hermanos uno por uno, como si en aquella mirada les mandase su despedida, y cerró otra vez los ojos.

—Se muere, repitió doña Inés.

El jóven sacerdote contestó con un movi-

miento de cabeza, en señal de afirmacion.

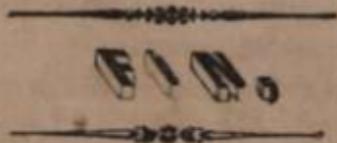
Entonces el desventurado don Luis de Castro sacó un brazo de entre las ropas del lecho y empezó á buscar algo debajo de los almohadones. Por fin sacó de allí dos medallones de oro, en cada uno de los cuales habia un hermoso retrato de muger, ambas bellas en la estension de la palabra, pero cada cual distinto género de hermosura. La una era blanca, de imponente belleza, rubios y brillantes cabellos y ojos verde-oscuros. La segunda, dulce, tímida, con la candidez de un niño y la mistificacion de una santa, sus ojos y su cabellera eran del color del ébano, su sonrisa tenia algo de divina. Al pié del primero, con letras doradas, se leia este nombre: »Blanca Blandini.» Al pie del segundo con las mismas letras y rodeado de una guirnalda de rosas de plata, habia escrito este otro, «Angelina».

Ambos los habia hecho don Luis de Castro fiándose en su memoria, estaban tan perfectos que parecian querer hablar. Eran los retratos de las dos mugeres á quienes tanto habia amado, y que con tal idolatria le adoraron á su vez. La una la habia tenido muerta en sus brazos, la otra habia desaparecido de Venecia, sin que jamás se hubiera vuelto á saber de ella. Aunque no podia don Luis volver á la ciudad de las lagunas, procuró averiguar el paradero de Blanca á quien jamás pudo olvidar, pero todas sus diligencias se habian estrellado contra el impenetrable misterio que envolvía aquella desapari-

cion tan extraordinaria y repentina.

Por eso, considerándose solo en el mundo, el desventurado caballero habia pedido á Dios la muerte, y Dios se la mandó envuelta en una especie de tristeza ò melancolía, que le condujo insensiblemente al sepulcro.

Miró el muribundo aquellos dos retratos con tristísima espresion. y besó repetidas veces el de la hermosa señora Blanca Blandini, dejándole luego sobre el paño de damasco que cubria su lecho. Despues quedó como estasiado, contemplando el de Angelina, le acercó sus labios, le tuvo sobre ellos unos minutos y mirándole de nuevo, sin distinguirle ya, pronunció débilmente el nombre de aquella muger adorada y llevando el retrato sobre el corazon que ya no latia, cerráronse para siempre sus ojos.



5000

Exc. ca.
1/2 mil

o h e o b r e
2 ip e m

- AN
- CAD
- SXIX
- VSR
- LVA
- OFA



